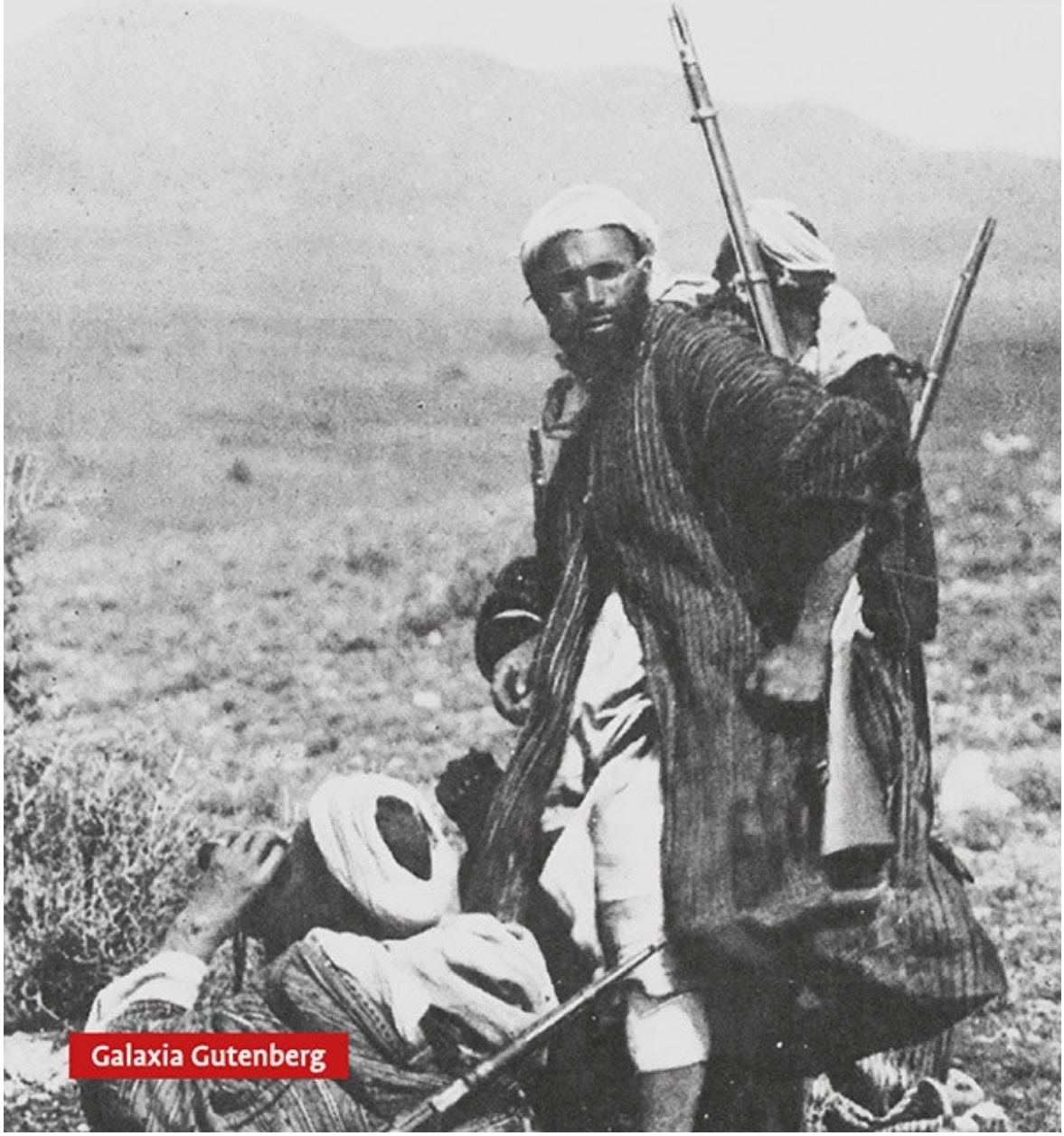
Jorge M. Reverte

El vuelo de los buitres

El desastre de Annual y la guerra del Rif

En colaboración con Sonia Ramos y M'hamed Chafih



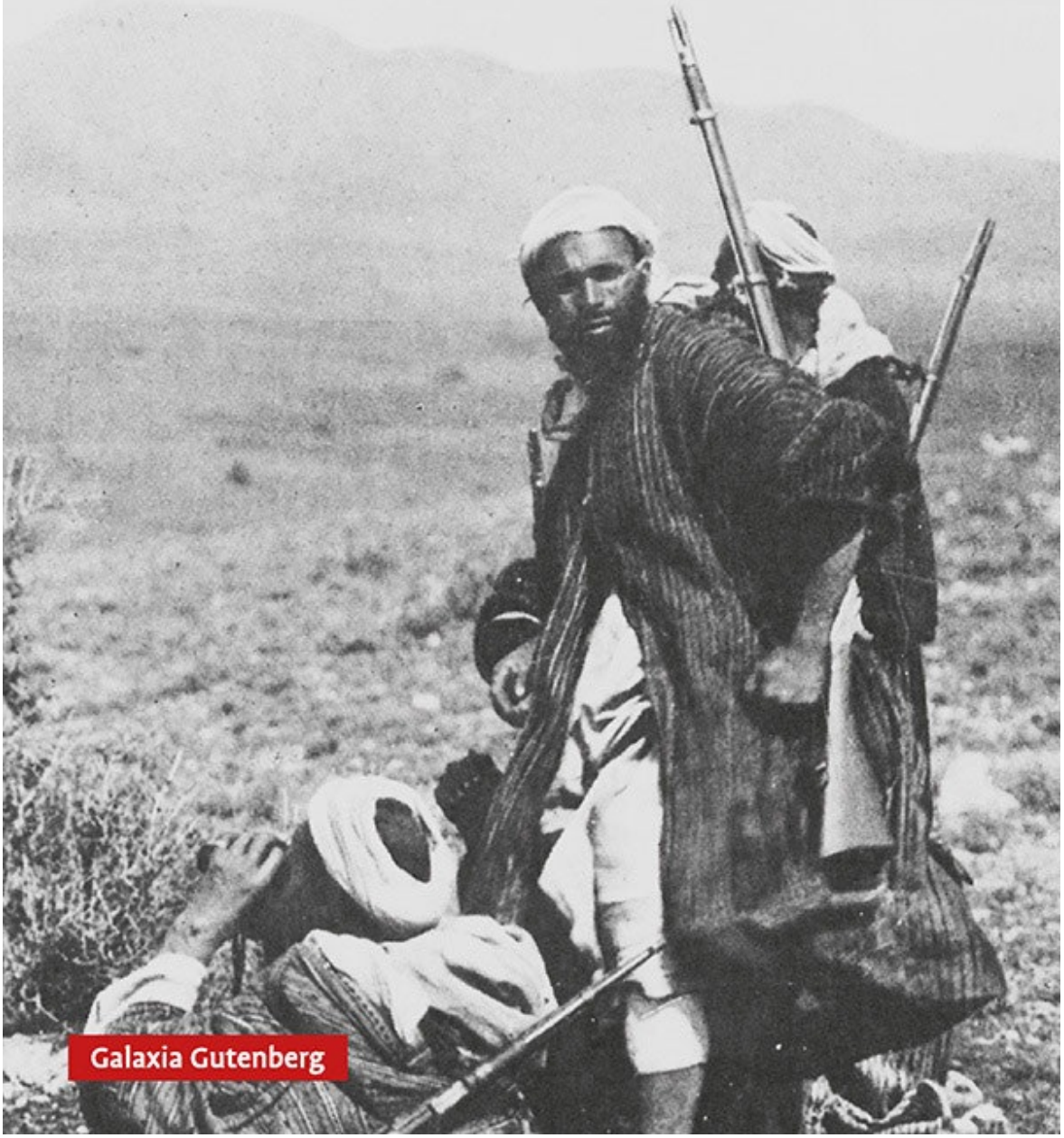
Galaxia Gutenberg

Jorge M. Reverte

El vuelo de los buitres

El desastre de Annual y la guerra del Rif

En colaboración con Sonia Ramos y M'hamed Chafih



Galaxia Gutenberg

Jorge M. Reverte

El vuelo de los buitres

El desastre de Annual y la guerra del Rif

En colaboración con
Sonia Ramos y M'hamed Chafih

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril de 2021

© Jorge M. Reverte con la colaboración de

M’hamed Chafih Meddah y Sonia Ramos González, 2021

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Imagen de portada:

© BNE. Archivo José Lázaro Bayarri

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-18526-66-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de Santos Juliá y de Javier Reverte.

A Enzo de la Serna, Julia Bermejo, Olivia Alonso, Jorge Domenech,

Luka Lorite y Lope Torrent, que todavía tienen poca memoria.

A Mari Celi Castro, compañera Ait ba-marahani

Índice

Introducción

Agradecimientos

I PARTE

1. Melilla y Axdir no duermen

23 de julio de 1921

2. Un objetivo compartido: Alhucemas

3. La familia Abd El-Krim

El negocio de las minas

La Primera Guerra Mundial

4. La obsesión de Alhucemas

Abd el-Krim se organiza

De cómo combaten los rifeños y los españoles

5. La chulería de Silvestre

Berenguer y Silvestre en el Giralda

El bombardeo. Cómo empezar una guerra

6. ¿Una tregua?

El gran juramento en Yebel el Qama

7. Hacia el enfrentamiento

II PARTE

8. Abarrán. La guerra (1 de junio de 1921)

Revés en Sidi Dris

9. Tras Abarrán, ¿tregua? (del 2 al 7 de junio de 1921)

Silvestre y Berenguer en el Princesa de Asturias

10. Igueriben (del 7 de junio al 21 de julio de 1921)

La toma de Igueriben por el Ejército español

Últimas negociaciones en Sidi Dris

La loma de los Árboles

Los convoyes no llegan

Igueriben cambia de manos

11. Annual (22 de julio de 1921)

Nadie duerme en Annual

Amanece en Annual, órdenes y contraórdenes

¿Y el general Silvestre?

III PARTE

12. La desbandada (del 22 al 24 de julio de 1921)

Navarro toma el mando

Abandono de Dar Drius

Angustia en Madrid y en Melilla

El frente se desmorona

13. Nador-Zelúan (del 24 de julio al 3 de agosto de 1921)

Melilla y la península se movilizan

El himno del desquite y la capitulación

14. Monte Arruit (del 29 de julio al 9 de agosto de 1921)

Melilla colapsa

La rendición

15. Salvar Melilla (del 9 de agosto al 4 de septiembre de 1921)

El juramento de Zanut Arroman

Se avecina otra tormenta

El futuro Gobierno del Rif

El último ataque a Melilla, 4 de septiembre

16. El desquite (del 12 de septiembre al 10 de octubre de 1921)

Nador cambia de manos

La República del Rif

Los prisioneros españoles

Melilla es cristiana

Epílogo

Glosario

Cronología

Bibliografía y fuentes

Mapas

Notas

Introducción

El 30 de junio de 1921, el Ejército español en la zona oriental del Protectorado de Marruecos, a las órdenes del general Manuel Fernández Silvestre, sumaba 361 oficiales y 9.303 soldados, repartidos en 121 posiciones, que disponían de 2.578 cabezas de ganado. Tres semanas después, las cifras pasaban a ser 588 jefes y oficiales, y 16.582 de tropa, además de 3.592 caballerías, distribuidas en 144 posiciones. Habría después una nueva revisión, y entonces aparecerían 845 jefes y oficiales, 20.139 de tropa y 5.251 cabezas de ganado.

Pocos días más tarde, estas cifras no llegaban ni a la mitad. En la explanada de Annual, en las cuestas y los barrancos de Annual a Izumar, y más tarde en Monte Arruit, Nador, Zeluán y muchos otros lugares, los cuerpos exánimes de unos diez mil militares españoles, puede que más, alterarían las cuentas de forma dramática.

Los hechos del barranco del Lobo, que apenas hacía doce años habían conducido a España, y singularmente a Barcelona, a una crisis social con pocos precedentes, se quedaban cortos ante la magnitud de lo sucedido en Annual el 22 de julio y, más fuerte aún, lo acontecido en el resto del territorio del Protectorado africano, donde algunas tribus rifeñas habían llevado a cabo una matanza gigantesca, acompañada de torturas sin cuento, de soldados y paisanos cristianos.

A muy pocos días de los terribles sucesos, un general apellidado Picasso recibió el encargo de buscar a los responsables de lo que se conoció muy pronto como el «desastre de Annual» en unos lugares, y como la «victoria de Annual», en otros. Picasso hizo en pocos meses un trabajo espléndido por su profundidad, su contención y su capacidad para no dejar nada suelto con los datos que se conocían por entonces. En 1923 el golpe militar de Miguel Primo de Rivera sirvió, entre otras cosas, para que los principales responsables de aquello no pagaran sus muchas culpas. Miles de cadáveres de oficiales del Ejército y de soldados de reemplazo quedaban pudriéndose bajo el sol africano sin que el país pudiera conocer de quién o de quiénes era la responsabilidad de aquellos bestiales hechos… Aparte de quiénes eran los autores directos, claro.

Las cifras de oficiales en activo se habían reducido por un sistema que nadie deseaba, pero no en la medida que España necesitaba. El procedimiento, por

supuesto, nada tenía que ver con ninguna ley.

En 1898, después del otro desastre colonial, el de Cuba y Filipinas, el Ejército español tenía 499 generales, cerca de seiscientos coroneles y unos 24.000 oficiales.[1] Más del doble que el Ejército francés, de un país mucho más poblado y con unos recursos mucho mayores.

Ese desmesurado Ejército tenía unos deseos casi incontenibles de nuevas colonias que reemplazaran las perdidas en la desigual guerra con Estados Unidos. Los militares españoles eran decididamente colonialistas.[2]

Como también lo era el Rey, o, mejor dicho, la Monarquía española. La mentalidad colonialista estaba muy extendida en toda Europa, aunque en el caso de España no tenía apenas territorio al que agarrarse… hasta que las grandes potencias europeas llegaron a un acuerdo para repartirse el norte de África. El continente africano había sido el blanco preferido para el gran reparto de tierra que los colonialistas europeos llevaron a cabo en busca de nuevos mercados y de unas riquezas minerales que se suponían desmesuradas. Por un tiempo, afortunadamente corto, hubo quien pensó en España que Melilla podía ser un nuevo Bilbao.

España y Francia, bajo el evidente predominio de la segunda, se repartieron el norte de África para llevar adelante una bondadosa política de protección que pudiera conducir a Marruecos a ser algún día un país civilizado y pasar a formar parte, o quizás no, del privilegiado núcleo de las grandes potencias.

Para ello, los estados coloniales tenían que conseguir algunos logros, como erradicar las hambrunas constantes o acabar con el analfabetismo. Cosas del subdesarrollo. Silvestre, que era el jefe del Ejército en Melilla, lo veía muy claro antes de liarse a tiros con quien osaba no obedecerle en la parte que le había tocado a España, el Rif, la más dura y agreste del norte de África:

Sería una inhumanidad, y se nos podría hacer gravísimo cargo por ello, dejar que muera de hambre un territorio que hemos venido a proteger y civilizar. Y ninguna ocasión mejor que ésta se puede presentar para que vea el indígena las ventajas de nuestra intervención, para que sienta cariño y gratitud a la Nación que lo salva de la miseria y de la muerte; y para que los demás pueblos observen también que somos capaces de resolver airosamente este conflicto, tomando

medidas adecuadas en lugar de limitarnos a mirar, con los brazos cruzados, cómo van desapareciendo, por docenas diarias, todos aquellos que no pueden soportar las privaciones que sufren, y cómo quedan un gran número en tal estado de anemia y de consunción, que serán siempre cadáveres ambulantes sin lograr restablecerse jamás.[3]

Silvestre se conmovía al ver a sus «protegidos» perseguidos de forma tan pertinaz por el hambre. Porque en 1921 se cumplían cuatro años desde que comenzara el ciclo de sequías aún vigente.

Al parecer, sólo él, y nadie más, tenía el derecho a someter, matándoles si era preciso, a los duros rifeños. A los rifeños, que, orgullosos, se rebelaban levantando una bandera que a los generales españoles les resultaba muy extraña, la de blad es siba, la del territorio rebelde.

En 1921, Silvestre tenía sus propios planes: haciendo de Annual la base de operaciones de sus contingentes, preveía lanzar sus tropas sobre el frente temsamaní, cortar en dos la línea del río Amekrán y, con un avance múltiple, plantarse en la desembocadura de otro río, el Nekor. Desde allí, tenía al alcance de su mano el sueño de todos los generales españoles que habían guerreado en la zona: Alhucemas, la inviolada. No le salió bien.

Y eso a pesar de que estaba apoyado por una potencia europea. Renqueante, pero potencia, con una población que llegaba a más de veinte millones, y un PIB enormemente superior al del Rif. Por muy mal que estuviera España, sus diferencias con esta agreste pero pequeña región de Marruecos eran enormes.

Mejor le salió, en cambio, a Mohamed Abd el-Krim, que se puso al frente de un casi imposible aglomerado de tribus, que sumaban unos pocos cientos de miles de habitantes, a los que convenció para que se unieran a su idea de «guerra total», del pueblo en armas en pos de la que él veía como República del Rif. Un sueño contra otro.

Un guerrillero moderno anticolonialista luchó contra el Ejército de una potencia europea. Y venció.

Este libro es la historia de ese enfrentamiento que duró pocos meses, pero se fraguó durante años, porque empezó en lugares como Fez mucho tiempo antes.

Un combate que se resolvió con una escandalosa derrota provisional de las tropas coloniales españolas en un lugar llamado Annual, aunque siguió en otros sitios, como Nador, Zeluán o, sobre todo, Monte Arruit. Entre ocho y trece mil soldados españoles perdieron la vida en aquellos días. Algunos a manos de los rifeños y otros a causa de la sed, el hambre, el paludismo, el agotamiento…

Las responsabilidades sobre aquellos hechos quedaron bastante aclaradas por la instrucción impecable del general Picasso. Su expediente, con cientos de declaraciones de los supervivientes, constituye, sin duda, una fuente inestimable para todo aquel que pretenda reconstruir la historia del desastre de Annual.

Aunque Picasso, como es natural, dejó algún fleco suelto en su investigación. Flecos que han servido para que algunos historiadores plantearan tomas de partido extremas con la Corona de por medio. Y por eso hay autores que han desarrollado trabajos al respecto, algunos de ellos muy interesantes. Los de Julio Albi de la Cuesta, Juan Pando Despierto, Luis Miguel Francisco o tesis doctorales como las de Pablo La Porte, Alfonso Caballero Echevarría, María Gajate Bajo, Alfonso Iglesias Amorín, Jorge Luis Loureiro Souto, Charles Richard Pennel o El Mesaudi Faris-Ahmed.

La posible responsabilidad de Alfonso XIII en los hechos me parece de menor interés. En todo caso, se queda en un supuesto apoyo al general Silvestre para que se lanzara a sus planes de conquista. Si Alfonso XIII fue responsable de lo sucedido, lo fue por su actitud machista y sus atributos de rey indiscutido.

Lo que Annual puso en solfa fue el sistema, la pulsión colonialista europea. Los generales Manuel Fernández Silvestre y Felipe Navarro tienen, según el trabajo que sigue, una seria responsabilidad en los hechos acaecidos entre el 22 de julio y el 10 de agosto de 1921 en el norte de África. Su incompetencia raya la irresponsabilidad en todo el relato. Una incompetencia que es característica, una vez más, de todo el sistema colonial, de toda su planificación, que por ejemplo se basaba, sin la menor duda, en casi un centenar y medio de posiciones sin recursos propios y aislables por el enemigo.

Abd el-Krim le dio una respuesta sencilla a esa planificación: la que en este libro se llama «estrategia de la sed». A la que se añade un sabio uso de su relación con las cabilas, las tribus con las que Silvestre habría tenido que llevar una política muy distinta.

Silvestre sustituyó en parte la corrupción por la fuerza. Abd el-Krim la eliminó entregando parte de un sueño a cada cabila.

La guerra, que según este libro pretende demostrar la comenzó España cuando bombardeó Axdir en el mes de abril, fue un conflicto tan sucio y tan limpio como tantos otros… hasta Monte Arruit, que en la lengua de los rifeños se dice Arruí, eliminando la «te» introducida por la arabización. Algunos guerreros rifeños se ensañaron entonces con los indefensos soldados españoles después de haberse rendido. Fue una acción de justificación imposible, ni siquiera por los agravios acumulados, que dejó a España apesadumbrada, herida y revanchista. Pero también a un Abd el-Krim muy herido en su prestigio. Las imágenes de los cadáveres son inequívocas. Aquellos hombres sufrieron mucho antes de morir y por ello, después, pagaron justos por pecadores. Porque tras el descalabro militar sufrido en el Rif, el Ejército español desplegaría todo su poderío contra el pueblo rifeño, masacrando a mujeres y niños, exhibiendo una crueldad igualmente infinita para vengar a sus muertos.

El libro también mantiene una tesis al respecto, y es que Abd el-Krim no controló, ni mucho menos, la situación. Los hombres de Metalza, Beni Bu Yahi y Beni Bu Ifrur, fueron quienes cometieron los peores excesos, espoleados por el enemigo desarmado y por viejos rencores personales y estafas mineras. Los datos encontrados sugieren que los hombres de Abd el-Krim no participaron en las matanzas ni en las torturas masivas que siguieron a la rendición del general Navarro, o al menos no las encabezaron. Puede ser excesiva la interpretación de María Rosa de Madariaga sobre las pugnas rifeñas en torno al trato de los prisioneros y vencidos como algo cercano a una guerra civil; pero es una idea que tampoco debe descartarse.

Hablar de Marruecos sin referirse a los trabajos de esta historiadora sería, como mínimo, algo osado. Como también lo sería no hablar de los trabajos de Germain Ayache, Charles Richard Pennel, o de Zakya Daoud, indispensables para seguir la pista de Abd el-Krim y de sus hombres en sus derroteros.

Este libro no tendría sentido si no fuera por la calidad de sus fuentes. Cualquier trabajo sobre este asunto tropieza con el mismo obstáculo, que es el de que algunas culturas ofrecen al historiador una base documental muy poco amplia y fiable, lo que tiene que ver con su grado de alfabetización. Los archivos marroquíes no contienen apenas datos sobre el lado rifeño de la historia. Hay un enorme desequilibrio entre la documentación abundante y de buena calidad del

Ejército español, recopilada casi toda ella por el Servicio Histórico Militar (SHM), y la escasísima y dispersa documentación rifeña. Esto ha obligado a buscar datos por otras vías que suelen ser extraordinarias: la memoria oral y la literatura, por ejemplo.

Los larguísimos poemas del Rif, algunos de los cuales se han traducido por vez primera al castellano desde el amazigh o el árabe para este libro, o las canciones infantiles han sido una buena fuente. Los poemas se los aprendían de memoria hombres mayores, que eran quienes tenían tiempo para ello.

La memoria oral tiene muchos peligros de inexactitud. El contraste de los datos ha sido uno de los trabajos más pesados que se han presentado a lo largo de los meses que ha durado la preparación de este libro. En algunos casos, la memoria oral da unos frutos muy magros para el trabajo invertido. Pero esa impresión se revela falsa cuando se ve que unas horas producen medio folio de historia de verdad. Un medio folio de mucho valor.

Para ese trabajo – no sólo para eso, por supuesto – ha sido fundamental la participación en el libro de un hombre de sólida cultura, M'hamed Chafih, un bocoia natural de Alhucemas que habla el castellano con soltura de castizo madrileño, además del árabe, el rifeño, o amazigh, y el francés. Su curiosidad es, con mucho, una de sus grandes virtudes. Su conocimiento profundo del Rif y de la idiosincrasia de su gente ha sido fundamental para este trabajo.

Sonia Ramos escribe historia. Y, además, investiga en historia. Es una excelente compañera de trabajo y una incansable perseguidora del dato minucioso. Con Sonia resulta una negligencia monstruosa ser coautor y no haber leído todos los libros que tratan del asunto, sea el que sea.

El trabajo de ambos le ha dado al libro un carácter muy superior al que tenía en un principio. Empezó como el capricho de un escritor obsesionado, que quería saber qué pasó de verdad en 1921 en el norte de África, y acabó en la elaboración de un libro al que ha sido preciso quitar cientos de páginas para que sea manejable.

Sonia y M'hamed son, en realidad, coautores de este libro, al que han dedicado muchas horas entusiastas robadas a sus familias, y trabajando bajo las severas leyes que a todos nos ha impuesto la pandemia de la Covid-19.

He intentado ser fiel, a la hora de escribir la historia que el lector tiene entre

manos, al espíritu de dos personas: Bárbara Tuchman y Santos Juliá. Al de ella, por su maravillosa insistencia en que la historia hay que contarla de modo que el lector disfrute. Y al de Santos porque supo unir una escritura de apariencia sencilla con el rigor y la creatividad que tanto admiramos en él.

Esta es una historia triste, porque acumula miles de historias tristes, casi todas de hombres jóvenes, españoles y rifeños, envueltos en una guerra colonial sin ningún sentido para los españoles y con todo el sentido para los rifeños, que defendían su casa, su tierra y querían volver a su independencia, discutible como todas, pero suya.

Al frente de los españoles, un general tan valiente como pagado de sí mismo, y, al frente de los rifeños, un increíble estratega sobrevenido, un hombre que aprendió sobre la marcha acerca del terreno en el que combatía y de quienes le siguieron. Fue, con seguridad, el más eficiente luchador, político y militar, anticolonialista de principios de siglo. Y uno de los primeros.

Esta historia había que contarla con todos sus protagonistas. Es lo que hemos intentado.

JORGE M. REVERTE

Agradecimientos

Mercedes Cabrera y Miguel Martorell son dos historiadores importantes, además de amigos de los buenos. Y a ellos debe este libro, en parte, que sus fuentes se consideren fiables. Eso, y el esfuerzo de leer las primeras páginas, aún sin desbastar, del manuscrito. Les debemos mucha tranquilidad para acercar al público nuestro trabajo. A Miguel le debemos además el habernos dedicado tiempo para discutir el epílogo de este trabajo, que tanto debe a su estupenda biografía sobre José Sánchez Guerra.[1]

José Ramón Alonso Contreras facilitó mucho las cosas, al abrir su biblioteca particular para este libro.

También le debemos agradecimiento a María Abel González, Habib Chafir, Pilar Balseyro, Alfonso Corominas, Mercedes Fonseca, Carmelo Plaza, Juan Mingot, Agapito Ramos, Socorro Thomás, Cristina Solares, Pedro Arjona y varios Reverte, como Javier, José, Cristina e Isabel, que han dedicado parte de su tiempo a valorar alguna parte o todo el manuscrito. Pacho Fernández Larrondo ha ayudado mucho con sus consejos, saberes y sugerencias. Y María Rosa de Madariaga, que ha hecho que no se pueda escribir de Marruecos sin leerla, ha sido una fuente constante de contraste.

Nuestra editora, María Cifuentes, con su entusiasmo y con su posterior nivel de exigencia, ha sido crucial para que el libro llegara a buen fin.

Y los innumerables individuos que han mantenido la memoria de dos pueblos. Las familias de Mazouk Mosand, Agapito Cuenca, Vicente Valle y Mariano García han permitido ponerle una guinda final al pastel que aquí viene cocinado.

A todos ellos, gracias.

I PARTE

El Protectorado español
PROTECTORADO ESPAÑOL
CEUTA
TÁNGER
ZONA INT.
YEBALA
TETUÁN
Río Martín
Mar Mediterráneo
ARCILA
Río Lau
PUERTO CAPAZ
PEÑÓN DE VÉLEZ DE LA GOMERA
ALHUCEMAS
PEÑÓN DE ALHUCEMAS
MELILLA
ISLAS CHAFARINAS
LARACHE
GOMARA
AXDIR
NADOR
ALCAZAR-QUIVIR
Río Loccus
XAUEN
KETAMA
EL RIF
Río Nekor
EL KERT
ZELUÁN
Río Kert
Río Muluya
PROTECTORADO FRANCÉS

1

Melilla y Axdir no duermen

Melilla es una importante ciudad del norte de África, pero los días claros, antes de que el sol comience su ruda tarea de evaporar el mar, que allí está casi por todas partes, también es un excelente observatorio. Cuando no hay polvo ni agua en suspensión en el aire, se ve con nitidez a muchos kilómetros. Hay quien jura que desde allí se puede observar la costa española, lo que es una exageración notable.

A pocos kilómetros de la ciudad de Melilla aparece un rotundo cambio en la costa agresiva y agreste. Es la bahía de Alhucemas, que la leyenda, pero también algunas noticias ciertas, señalan como refugio de piratas. En plena bahía está Axdir, para los españoles capital del Rif.

Axdir es, en realidad, una aldea dentro de la cabila, la tribu de Beni Urriaguel. Pero su situación, frente a la isla de Nekkour, que los españoles, sus dominadores, conocen como el peñón de Alhucemas, la han convertido en la más próspera de la zona. El comercio con la isla, la corrupción clientelar y la seudorrepresentación de la autoridad del Majzén, o Gobierno del sultán, encuentran su mejor expresión en este aduar, este barrio, que agrupa más notables ricos o instruidos que el resto de las aldeas de la tribu. Eso sí, todo controlado por la familia Abd el-Krim. Allí es donde ha nacido Mohamed, el que es ahora el líder de la rebelión contra el Protectorado español.

Entre la moderna Melilla y la tradicional aldea de Axdir se desarrollan los hechos fundamentales de esta historia que para unos fue una gran victoria y, para otros, el desastre por antonomasia.

A veces se puede observar, desde Melilla o desde Axdir, el vuelo perezoso de algunas aves rapaces que normalmente se dejan aupar por las corrientes térmicas y sólo usan sus alas de cuando en cuando para salirse del itinerario que el viento les marque y buscar, con su agudísima vista, alguna carroña preparada por el sol para sus afilados picos. Cualquier soldado español que venga de zonas de sierra está acostumbrado a ver los itinerarios circulares de los buitres que habitan los

cielos de su campo. No le pueden sorprender. Y sabe diferenciar un buitre de otras aves. Es fácil, por las plumas en que terminan las alas.

Cualquier agricultor, pero también cualquier pescador bocoia, una tribu del Rif central, sabe distinguir bien esos pájaros. Su vuelo es inconfundible. Hoy los buitres, mucho más que de costumbre, se dejan llevar hacia el sur. Pero su habitual planeo ha sido sustituido por un vuelo enérgico que les conduce a una extensa zona donde ahora hay alimento para todas las alimañas. Van a Annual.

Casi nadie ha dormido esta noche del 22 de julio en Melilla. El termómetro no ha bajado de veintiún grados, que es una temperatura mínima normal en esta época del año, según confirman las estadísticas. Para colmo, la humedad en la que vive instalada la ciudad, literalmente metida en el mar, contribuye a hacer irrespirable el ambiente. Por mucho que se armen corrientes, con la sabiduría andaluza que sobra en la ciudad, el aire que entra y sale por cada ventana es caliente, a la misma temperatura en la entrada que en la salida, y eso no tiene arreglo. Así no hay quien duerma. Pero casi nadie ha podido pegar ojo porque el miedo se lo ha impedido.

Hay algo más que miedo abstracto. Y son más que rumores. Poco a poco, con cuentagotas, pero sin parar, han ido llegando a la plaza los primeros heridos de lo que ya se empieza a conocer como un desastre. Traen noticias muy malas de lo que parece ser una guerra con el peor de los pronósticos, es decir, una gran derrota. Y ya se habla de que el general Silvestre, jefe militar de la zona, puede haber muerto en los combates. Si no fuera así, con su carácter y su autoritarismo, no pasaría nada de lo que se cuenta. ¡Menudo es el general Manuel Fernández Silvestre![1]

Nadie en la ciudad puede ser ajeno al magnetismo de su marcial figura. Todo el mundo conoce las acrobacias que hacen sus caballistas rifeños en los desfiles, lo vistoso de sus paradas militares, con banderas y gallardetes adornando cada evolución de la caballería, y con moros descalzos subidos a monturas de apariencia montaraz, haciendo cabriolas imposibles.

Melilla está muy bien situada en teoría. Pero sus cimientos se asientan en el Rif, en el borde o la orilla, que es lo que significa la palabra en bereber. Están a tiro de piedra de la tribu de Beni Urriaguel, el lugar donde más se odia lo español y cualquier apariencia de colonialismo.

En los arrabales de Melilla, una ciudad que es española desde 1467 según los voceros del ducado de Medina-Sidonia, especializados en luchar contra moros durante siglos, empieza a percibirse uno de los paisajes más duros que se pueda imaginar. Un paisaje hecho a medida de los indómitos hombres y mujeres que lo habitan, los rifeños, un grupo étnico que no se parece en nada a los árabes. Son bereberes, y lo llevan con un cierto deje de superioridad, incluso de xenofobia.

Ayer por la mañana, se enterraron en Melilla los cadáveres del capitán Carlos Zappino y del teniente Francisco Nuevo, ambos de las Fuerzas Regulares; por la tarde, a varios soldados del Regimiento San Fernando. Y hoy ha sido el turno de Juan Romero López, comandante de Infantería, y de los capitanes de las Fuerzas Regulares, Eduardo Guzmán Ruiz y Ramón Moreno de Guerra.[2] En la plaza de España, el centro neurálgico de la ciudad, se suceden los homenajes y las manifestaciones de duelo. Allí se concentran los melillenses, algunas personalidades de la ciudad y comisiones militares acompañadas de las bandas de música de uno u otro regimiento, según proceda, y según haya quedado o no con vida y podido volver a la ciudad alguien de la agrupación musical.

Los comercios están cerrados durante los actos, y ondean colgaduras negras en los principales edificios de Melilla, en el Círculo Mercantil o en el Ateneo. Es imposible ignorar los acontecimientos, por muy impreciso que sea todavía el grado de conocimiento de los mismos.

Nadie imagina que, en los próximos días y semanas, habrá que celebrar muchos más entierros y múltiples actos por heroicos capitanes o tenientes, o por simples soldados. En el cementerio de la Purísima Concepción no darán abasto para enterrar a tantos muertos.

El Telegrama del Rif, que dirige un teniente retirado de Caballería, Cándido Lobera, es el periódico más leído por los melillenses, y da el parte del combate de ayer, que «fue muy reñido durante todo el día, y en su curso, las tropas peninsulares e indígenas dieron constantes muestras de denuedo, resistencia y entusiasmo». El fuego duró hasta la caída de la tarde causando numerosas bajas a los rebeldes. Nada dice el diario de las bajas de los españoles ni aún menos de la supuesta muerte de Silvestre. «El espíritu de las tropas, levantadísimo, como siempre», concluye el artículo.[3]

La realidad, por encima de las consignas a las que tiene que ser fiel, seguramente de buen grado, el director del diario, es muy distinta. Porque los heridos hablan,

y aunque suelen exagerar para dar importancia a lo que han sufrido ellos, acosados siempre por un enemigo muy superior en número, con mucha munición y bien arropado por el paisaje, esta vez es distinto. Porque lo que dicen se acerca a la verdad, a la que ellos conocen y han padecido, que parece ser una minúscula parte de lo que pasa. Los conductores de las ambulancias que han conseguido llegar con bien a la plaza confirman todo lo que los hombres desgarrados por el dolor anuncian: en Annual se ha producido un desastre. Y los soldados han huido hacia Batel, Dar Drius y Monte Arruit, lugares donde esperan encontrar refugio y orden, de los que están faltos.

Las noticias son enormemente confusas, pero todas coinciden en ser muy negativas para los militares españoles, tanto que muchos habitantes de Melilla se lanzan hacia el puerto con el fin de abandonar la ciudad. Desfilan sin ningún orden familias enteras que se dirigen hacía el muelle, con maletas y algunos enseres; llevan encima apenas lo puesto. Otras, las que creen que no pueden permitirse huir de Melilla, se trasladan al casco antiguo donde la ciudad fortificada da más seguridad. Se masca el miedo.

Y eso que los melillenses están acostumbrados a ver soldados heridos que hablan siempre de un apocalipsis lleno de moros sedientos de sangre, con las gumías fuera de sus fundas. Los moros van a atacar la ciudad, y sus habitantes están indefensos. Nadie lo ha anunciado, pero se sabe la verdad, que es tan dura como que la Comandancia de Melilla ha colapsado desde el punto de vista militar. En el puerto se producen graves desórdenes porque mucha gente pierde los nervios. Hay intercambios de golpes en torno a los barcos amarrados que se supone que van a salir. La inminencia del ataque de los moros es sentida unánimemente por los habitantes de la ciudad. ¡Vienen los moros! A qué vienen, ya se lo puede imaginar cada uno.

En la península, las planas mayores del Gobierno y la Casa Real disfrutan de sus vacaciones. Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia están en San Sebastián, donde acaba de celebrarse el cumpleaños de la Reina. La perfecta bahía de La Concha, con sus aguas casi siempre adormecidas, reluce, bien arropada por la alta sociedad madrileña ataviada con sus mejor galas.

Luis de Marichalar, vizconde de Eza, que es ministro de la Guerra entre otras razones por ser uno de los grandes caciques de Soria, va de camino a la frontera francesa para recoger a una de sus hijas que regresa de un colegio en Londres, donde ha interrumpido sus estudios para tomarse, como se dice en la prensa

cercana a la Corte, «unas bien ganadas vacaciones».

José Sánchez Guerra, el presidente del Congreso, acaba de llegar a San Sebastián. No va a poder disfrutar de la bahía impresionante que se puede ver desde el Palacio de Ayete, más allá de la playa de Ondarreta.

A todos les pilla la noticia del desastre fuera de Madrid y regresan precipitadamente a la capital en el primer medio de locomoción disponible. El presidente del Gobierno, Manuel Allendesalazar, convoca de inmediato un Consejo de Ministros extraordinario para el día siguiente, aunque caiga en sábado, que habrá de presidir el soberano, dispuesto, como siempre, a sacrificarse por la patria.

Hay un pánico general que provocan las noticias que llegan del norte de África. Entre los miembros del Gobierno, el Monarca y la Comandancia General en Marruecos, que preside el general Dámaso Berenguer, se cruzan telegramas y conferencias. Algo gordo ha debido de pasar. Los rumores se propagan y la prensa se afana en saber. Esa misma noche, en Madrid, en el Ministerio de la Guerra, la actividad es manifiesta. Allí se reúnen los ministros que han quedado en la ciudad y los que han ido llegando a la capital. El vizconde de Eza ha podido tomar un tren rápido desde San Sebastián, usando sus influencias, que son muchas. Él y el propio monarca, Alfonso XIII, vienen de camino. En los despachos del Palacio de Buenavista, la noche se hace larga.

El jefe del Gobierno ve cómo se confirman sus peores temores sobre los resultados de un acuerdo internacional que no comparte y que se ha encontrado ya firmado.[4] Manuel Allendesalazar es cualquier cosa menos un ignorante sobre el asunto marroquí, que controla al dedillo. Es un notorio y ferviente partidario de que la colonización económica de Marruecos, necesaria en su opinión, sea asumida por el capital industrial español. Y sabe que España no puede ejercer de gran potencia colonial porque es un país mediano, con un presupuesto pequeño, un Ejército anticuado, sin fondos ni medios, y encima a rebufo de Francia. Quizás es consciente de que España no ha llegado a Marruecos por mérito ni por voluntad propios, sino precisamente porque es una potencia pequeña y ninguna de las grandes está dispuesta a que otra rival controle el lado sur del estrecho de Gibraltar. Ni los franceses quieren que el estrecho sea absolutamente inglés, ni los ingleses tener enfrente a los franceses, ni los alemanes que el estrecho lo controlen franceses e ingleses. Esa es la idea que ha presidido la Conferencia de Algeciras de 1906 y el acuerdo del Protectorado de 1912. No ha sido el

reconocimiento de España como potencia, ni el retorno de España al concierto mundial, ni una incorporación victoriosa al reparto colonial. Es todo lo contrario: España acaba en el Protectorado porque ni molesta, ni preocupa, ni pinta nada, y sigue los pasos de Francia. Y cuando intenta ir por libre, pasa lo que pasa... Se cree capaz de resolver un problema como el rifeño, aunque ahora verá que no es así.[5]

El presidente del Consejo de Ministros percibe que los militares africanos, empezando por el fallecido general Silvestre, le han metido en un buen lío, que va a costar la caída de su Gobierno.

En Axdir, considerada la capital de la constante rebelión rifeña, tampoco se ha podido dormir. Desde luego, el calor también afecta a los rifeños, por mucho que, con la misma sabiduría meridional que tienen sus vecinos melillenses, intenten conciliar el sueño en las habitaciones situadas en la planta baja de sus casas.

La mayoría de los hombres están con la harka en un lugar incierto, con la fusila que ha estado, hasta ahora, bien oculta y limpia. Las mujeres y los chavales sustituyen a esos hombres que van a estar ausentes una temporada. Aunque no van a poder hacerlo por mucho tiempo, porque hay que empezar ya los trabajos de recogida de la cosecha. Este año, que ha estado, como los anteriores, marcado por el hambre, la cosecha promete ser buena. Harán falta todos los brazos para recogerla. Y si no llegan a tiempo los hombres adultos, los jóvenes todavía imberbes y las mujeres les tendrán que remplazar.

Se respira un aire de revancha en todas las casas de Axdir. Porque ha transcurrido muy poco tiempo desde la última vez que los cañones de los barcos cristianos arrasaron los aduares de la ciudad y el zoco del aduar vecino de Bukidán.

Ese día hubo muertos y heridos, aunque nadie los haya contado. Ya había razones para odiar a los cristianos, pero el bombardeo hizo que el vaso se desbordara. Los bocoia, que casi siempre han ligado su suerte a la de los beniurriaguelíes, son, ahora, uña y carne con ellos[6] a pesar de la traición de hace unos años, cuando sus poderosos vecinos se aliaron con el sultán y arrasaron los aduares de los bocoia. En aquella razia también hubo muchos muertos, y hay gente que no lo ha olvidado.

Las noticias que vienen de Igueriben son tan positivas o más para los rebeldes rifeños que las que llegaron de Abarrán hace pocas semanas.

Las mujeres no duermen porque piensan en sus maridos ausentes; los viejos, en sus hijos; y los niños, en sus padres.

Algunos hombres no volverán.

23 DE JULIO DE 1921

El sábado amanece en Madrid y Melilla con el mismo calor y parecida expectación. A las diez menos diez de la mañana, el Gobierno en pleno y las autoridades civiles y militares de la capital reciben en la estación del Príncipe Pío a Alfonso XIII, que seguramente ha pasado muy mala noche. Después de los consabidos saludos, el Rey parte, acompañado del ministro de la Guerra, en el automóvil de éste, en dirección a Palacio para celebrar el Consejo. Allí les espera una avalancha de periodistas, pero nadie contesta a sus preguntas. A las doce del mediodía acaban la reunión y algunas de las más destacadas personalidades del Gobierno no tienen más remedio que atender a la prensa. Por ejemplo, el vizconde de Eza, que responde con evasivas, sin afirmar ni desmentir la muerte del general Silvestre. Emplaza a los periodistas a las tres de la tarde, en su despacho. Pero los gestos y las caras de muchos ministros no dejan lugar a dudas: por desgracia, los rumores se confirman. Manuel Allendesalazar, descompuesto, dice, quizás con el fin de tranquilizar al público: «esto es muy lamentable, pero ya verán ustedes cómo se arregla rápidamente».[7]

Unas horas después, por fin, el vizconde transmite a la prensa lo ocurrido en Igueriben y Annual: no hay duda, se ha producido una tragedia. Los rotativos nacionales trabajan con ahínco para hacer pública, al día siguiente, la noticia. «Muerte del general Fernández Silvestre», dirá el titular de El Sol; ABC publicará en portada un retrato del infortunado comandante general de Melilla con esta frase a pie de página: «El general Manuel Fernández Silvestre, muerto gloriosamente frente al enemigo en el sangriento combate de Annual».[8] Lo de gloriosamente se debe a la imaginación del redactor, que a buen seguro no concibe otra manera de morir para un general.

En Melilla la situación es otra. El Telegrama del Rif se resiste a dar la noticia, pese a que, a estas alturas, ninguno de los habitantes de la ciudad tiene dudas sobre el desastre que se ha producido. Habrá que esperar dos días más hasta que el único periódico de la ciudad, y, por tanto, el de referencia, confirme la muerte del general Silvestre y la pérdida de las posiciones de Igueriben, Annual y muchas más.

El ambiente es muy distinto en los zocos distribuidos por todo el Rif, es decir, por una gran parte del territorio que ocupa el Protectorado español de Marruecos. La gente se reúne en Axdir para congratularse con la noticia de una victoria, no la de un desastre: los guerreros del Rif, ahora soldados de Abd el-Krim, han derrotado al Ejército de los cristianos y han matado a su jefe, el que había amenazado a todos los varones de la zona con cortarles sus atributos viriles y a las mujeres con hacerlas madres incluso contra su voluntad.[9]

Casi no se ven hombres en los corrillos. Si acaso, ancianos o los muchos tullidos que hay siempre en cualquier país menesteroso, también en España. La mayor parte de los que celebran esa victoria son mujeres y niños. Los hombres están recogiendo el botín de la victoria o persiguiendo al enemigo que huye. Algunos estarán heridos y otros, quizás, muertos. Todas las mujeres aparentan estar felices, pero temen por sus maridos o sus hermanos. Parece ser que en Annual se ha producido una gran victoria.[10] Eso significa que hay muertos.

En Melilla, la expectación está centrada en otro acontecimiento: la llegada del alto comisario general en Marruecos, el general Dámaso Berenguer. «Ha llegado el general Berenguer, con un entusiasta recibimiento», dirá el titular de El Telegrama del Rif al día siguiente.

Berenguer ha salido hoy por la mañana de Tetuán, donde tiene su residencia, ha ido a Ceuta para subir a bordo del cañonero Bonifaz y se le espera al anochecer en Melilla. Muchos habitantes de la ciudad se han concentrado en los muelles antes de la hora señalada para recibirle:

Ni en los muelles de ribera ni en el dique de Villanueva se podía dar un paso cuando el cañonero doblaba el morro. Podía advertirse en la muchedumbre un estado de verdadera serenidad de espíritu y el sentimiento de la esperanza se leía en todos los ojos. Cuando el ilustre general ponía el pie en tierra, estallaron

salvas de aplausos y cálidos vítores, que eran la exteriorización del común sentir.[11]

La realidad es muy distinta, como pasa muchas veces, porque no hay serenidad en los muelles. Silvestre, con conocimiento de su superior, encabezaba hace unos días un orgulloso Ejército que iba a hacer una heroica, pero hasta cierto punto fácil, conquista de territorio del Protectorado. Ahora, está desaparecido y seguramente ha muerto. No hay confianza entre la población, que teme un ataque inminente de los rebeldes a Melilla. Toda la esperanza está puesta en Berenguer, la gente le pide lo más necesario, o sea, seguridad. Pero cuando se comprueba que el Bonifaz llega solo, se desata la indignación porque se esperaba que viniera con tropas, refuerzos, un Ejército que salvara la ciudad. Mientras Berenguer desembarca, muchos melillenses intentan saltar a bordo de cualquier embarcación amarrada en el puerto para poder huir. Los marineros y soldados se afanan en poner orden, pero hay insultos y blasfemias, se producen forcejeos y empujones entre unos y otros. Incluso un oficial resulta herido de una puñalada al intentar contener a esa masa humana.[12]

Berenguer asiste, conmovido y desalentado, al triste espectáculo: «emocionantes horas, de abrumadora responsabilidad, en que pude darme cuenta de lo que pesa un pueblo que espera su salvación de un gobernante…».[13] Por fin la gente se dispersa y sobreviene una calma angustiada. «Sensación dolorosa la de contemplar el triste desfile de aquella congregación, dispersándose silenciosa, lúgubre, camino de sus hogares, con la esperanza inconcreta…», dirá Berenguer en la misma anotación.

Al comandante general le aguardan algunos jefes rifeños, que han acudido a rendir de nuevo las zalemas de sumisión que sean necesarias. También ellos están decepcionados, porque esperaban ver una muestra palpable de fuerza en el Ejército español. Además, todos esos notables, pensionados por el Gobierno de España, o sea, corrompidos por la administración colonial, ya no representan a nadie. Y saben algo de la victoria de Annual. Aunque aún manifiestan lealtad a España, pronto se rebelarán, o al menos lo harán las tribus cuya representación todavía ostentan, aunque sólo sea en teoría.

En el cuartel del hipódromo el ambiente es de inquietud y preocupación. Pese a que los militares que han quedado en Melilla sufren del aburrimiento que

produce la inacción, el temor a lo que parece que se viene encima va haciendo mella también en ellos. Aun así matan el tiempo como pueden. En las guardias, los centinelas se aburren recostados en los quicios,[14] pero algo les reconcome. Y en los barracones de madera que alojan a las tropas, los soldados juegan las perseguidas partidas de cartas,[15] pero no pueden evitar que el pensamiento se les vaya a otro lado.

Cuando están de permiso, oficiales y soldados acuden a las tabernas y a los cafés, como el famoso La Peña, lugar muy concurrido por toda la guarnición. También, cómo no, frecuentan los muchos prostíbulos que siempre adornan las plazas militares españolas. La gente hace lo que puede para distraerse, aunque ahora la zozobra y la inquietud sacuden a todos. Los prostíbulos y los cafés se vacían poco a poco.

El cine Alfonso XII y el teatro Reina Victoria siguen muy concurridos. Esta noche también tendrá lugar la inauguración del Parque de Caridad, instalado en el antiguo de Espectáculos. Se espera que sea todo un éxito, según opina El Telegrama del Rif. Los que no pueden permitirse ir al cine, al teatro o a los burdeles se acercan a pasear al Parque Hernández, a la verbena. Allí se distraen todos, civiles y militares. Aunque lo cierto es que ahora nadie va a esos sitios a distraerse, sino a saber «algo más» sobre la situación que están viviendo los que combaten.

En la ciudad modernista de Melilla, donde los edificios compiten unos con otros por tener una mayor presencia del art nouveau que arrasa en Europa y muchos de los nuevos están diseñados por un militar del Regimiento de Ingenieros en activo, el pamplonés Emilio Alzugaray,[16] la gente tiene miedo: de los moros, que cercan la ciudad. Y ese miedo tiene un nombre: Abd el-Krim.

Las áreas políticas del Marruecos español: división por cabilas (1921)

2

Un objetivo compartido: Alhucemas

Todo lo relacionado con lo que los españoles conocerán como el desastre de Annual y los marroquíes como la victoria empieza, en realidad, con la aceptación por España del peor de los regalos posibles, un Protectorado sobre la zona más agreste, poblada por las gentes más duras e indómitas de África: a España le ha tocado el Rif.

Aceptar el Protectorado supone, entre otras cosas, controlar el territorio, o sea, dominarlo militarmente. Los distintos gobiernos españoles lo han intentado, con fortuna muy dispar. El nombramiento en febrero de 1920 del general Manuel Fernández Silvestre como comandante militar en Melilla dará un vuelco a la situación. ¡Y qué vuelco! Se producirá «el mayor desastre militar que España haya conocido».[1]

Él es ahora el hombre encargado por el Gobierno para hacer realidad ese dominio militar en la zona oriental del Protectorado, el Rif. Está a las órdenes de otro general, Dámaso Berenguer, que ejerce funciones más complejas, político-militares, en su cargo como alto comisionado.

Silvestre, que pertenece al arma de Caballería, tiene cincuenta años, es el general más joven del Ejército español y posee una larga hoja de servicios cargada de hechos heroicos de armas en su tierra natal, Cuba. A lomos de desgraciados caballos, que han muerto uno tras otro bajo las encorvadas piernas del guerrero, ha ido consiguiendo, frente a los rebeldes mambises, un buen número de cicatrices que le acreditan como hombre combativo y valeroso, que llega a despreciar la muerte, o sea, la vida, en sus acciones. Los actos heroicos, tanto como la antigüedad en el servicio, le han valido para sumar los méritos que se necesitan para ascender hasta el generalato. Pero la calidad levantisca, incluso pendenciera, del personaje no basta para definirle, porque, además, es un buen alumno de la Escuela de idiomas, donde ha sido el número uno en árabe de su promoción. Dista mucho de ser un borrico iletrado, como los representantes de las otras armas gustan muchas veces de calificar a quienes pertenecen a la Caballería. Él presume, además y con razón, de mantener muy buenas relaciones

con el Rey. Ha sido, durante un tiempo, su asesor militar.

Como es hombre con muchos arrestos, Silvestre se enfrenta gustoso al reto de «pacificar», esto es, de tomar militarmente, toda la parte oriental de la extensión que le ha correspondido a España del norte de Marruecos. Su tarea, en realidad, es tan fácil de explicar como difícil de llevar a cabo: tiene que conseguir la sumisión de todas las cabilas del Rif. Unas parecen estar ya sometidas. Pero otras son aún remisas a aceptar doblegarse ante los españoles. Perderían su poder y su predicamento en la zona, y eso es difícil de aceptar. Pero el tema es complejo porque ni siquiera dentro de cada tribu hay unanimidad ante la posición a tomar ante los españoles. Las fracciones de cada cabila tienen opiniones enfrentadas y además arrastran enemistades antiguas entre ellas. De esto se aprovechan sin escrúpulos los españoles: divide y vencerás. Para eso están los sobornos: los españoles no dudan en dar pensiones a los caídes amigos, un sistema que existía incluso antes del Protectorado, y así, supuestamente, les tienen contentos y a su favor.

Silvestre quiere tomar Alhucemas, lo que es clave para someter a las tribus díscolas del Rif, empezando por la que ha mostrado una mayor oposición a la colonización española: la de Beni Urriaguel. No es un objetivo que se haya inventado el general Silvestre, sino que figura en todos los planes de operaciones del Ejército.

Siempre se pensó que el desembarco era el medio más directo para tomar Alhucemas. Los españoles ya lo habían intentado en 1911, 1913, 1916 y 1918, pero nunca lograron llevarlo a cabo porque habría sido necesario tener una potente fuerza naval, cosa de la que España carece, sobre todo desde 1898. Silvestre tampoco lo descarta, pero tiene un problema: ahora algunas fracciones de los de Beni Urriaguel que antes estaban por el desembarco se oponen a ello, y su apoyo es fundamental para conquistar el territorio.

Desechada la idea del desembarco, Silvestre se centra en planificar la toma de Alhucemas por tierra. Tiene prisa. A esa urgencia no es ajena la conciencia, cada vez más clara, que tiene Silvestre de los planes de su jefe, Dámaso Berenguer, de llegar a la bahía antes que él, lo que le parece intolerable.[2] Por fortuna para Silvestre, su amigo y rival tiene razones militares que retrasan sus propósitos: la dominación de la cabila de Beni Arós, en Yebala, que exige el despliegue de una gran parte del Ejército en el Occidente del Protectorado.

Los generales Berenguer y Silvestre están, a pesar de sus diferencias, condenados a entenderse: la que se considera, sin discusión, operación inevitable y necesaria de Alhucemas permitirá unir por tierra las dos zonas en que la geología ha decidido dividir el norte de Marruecos. La capacidad militar de la Marina no garantiza, ni mucho menos, que una operación anfibia, un desembarco que dejara en la bahía los soldados y los medios suficientes, resuelva el problema. Tendrá que ser el esfuerzo conjunto de los dos ejércitos, el de Ceuta y el de Melilla, el que solucione, de una vez por todas, el problema mayor de España en África.

Alhucemas da nombre a ese problema. Es una obsesión para Silvestre, pero se puede decir que lo es para todo el Ejército español. Berenguer no lo pone en duda, pero es responsable de lo que suceda en todo el Protectorado, y no considera que haya que hacer nada que requiera más tropas o más material en el Oriente mientras él no haya vencido en Occidente la férrea resistencia de El Raisuni, el hombre que encabeza la resistencia a la ocupación española en el Marruecos que le ha tocado en suerte.

Berenguer no es ningún novato en África, como tampoco lo es Silvestre. Él fue quien, en 1911, puso en marcha el primer batallón de ochocientos hombres de las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla. Los tabores, que es el nombre que reciben los batallones de esas fuerzas, se utilizan como fuerzas de choque con excelentes resultados. Silvestre era por entonces la máxima autoridad de Larache y no escondía su admiración por la idea de Berenguer. Ya dijo en una ocasión: «tengo mucha fe en la Policía Indígena y en los Regulares. Ahí están los resultados, quizás mañana no sea lo mismo; hasta hoy han sido carne de cañón». Aparte de ello, tenía una relación poco igualitaria, por decir algo, con los miembros de las cabilas que le hacían la vida más fácil, porque decían, y probablemente fingían, que le adoraban casi como a un dios. Les llamaba «mis mastines».[3]

Al enorme interés del general Fernández Silvestre, a su obsesión urgente por Alhucemas, se oponen muchas voluntades que no surgen de la rivalidad, empezando por la de un hombre clave en el Ejército, el coronel Morales, jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas y de la Policía. Gabriel Morales no discute ese objetivo, sino la urgencia de su conquista. Morales tiene 55 años, algunos más que Silvestre, y comparte con él muchas cosas. Es un hombre culto, que ha escrito un libro sobre Melilla, de algo más de setecientas páginas, titulado con un modesto Apuntes sobre la historia de Melilla.

Haber nacido en Cuba, en el seno de familias de militares, no es la menor de las coincidencias entre ambos. Pero esos hechos, que probablemente signifiquen compartir una idea sobre la necesidad de que España vuelva a tener un imperio, no suponen que la complicidad entre ellos vaya más allá de recordar el perfume casi tóxico de la jungla tropical, la humedad del aire, que a veces se echa tanto de menos en los infinitos secarrales de África, o la abundancia de agua, aunque no siempre potable, que hay entre los pantanos y los ríos de la selva cubana.

Morales es quien más sabe sobre el enemigo. Él es uno de los interlocutores más reputados y valiosos que trata con los jefes indígenas. No en vano conoce el país y sus habitantes. Domina el árabe y el bereber, además del inglés y el francés. Hombre culto y afable, le respetan no sólo los otros oficiales y jefes militares, sino, lo que es más importante, los notables rifeños. Morales es quien tasa y después compra las voluntades de los que, metidos en el fangal de ser «pensionados» por España, tienen que garantizar que su cabila va a ser sumisa a cambio de un dinero mensual que puede llegar a igualar el sueldo de un capitán del Ejército español. Él es quien recluta a los hombres que forman las mías, las compañías de Policía encargadas de mantener el orden en cada cabila. Por supuesto, esos voluntarios, que cobran dos pesetas diarias por su trabajo, son también los ojos y los oídos de Morales en cada tribu. Sus informes sobre el enemigo, casi siempre certeros y atinados, no serían lo mismo sin sus confidentes. Uno de ellos es Sidi Mohamed, oficial de Regulares, que se presentó de voluntario para darse de baja en el Ejército e informar a los españoles desde su cabila.[4] Los confidentes no siempre tienen buena fama. Y está justificado que no la tengan.[5]

Entre los españoles, no sólo se opone Morales a los planes marcados por Silvestre para la toma de Alhucemas. También se muestran reacios algunos otros militares importantes como el coronel Riquelme o el teniente coronel Dávila. Riquelme es uno de los teóricos de la corrupción como sistema de avance más eficaz: «cuando se comete un asesinato, la tribu inflige una multa y con ello la paz ya está hecha». Ahora es comandante militar de Alhucemas, un rimbombante título que responde más a un deseo que a una realidad.[6] Designa, eso sí, la voluntad de asentar la influencia española en la zona. Para decirlo en corto, Riquelme es el que decide a quién sobornar. Su idea es devastadora, porque quiere romper el lif, quiere promover la vuelta a la anarquía, a lo que se ha dado en llamar de forma caricaturesca la lifublique.

Pero, sobre todo, quien ahora se opone a Silvestre es un beniurriaguel clave,

nativo de Axdir. Se llama Mohamed Abd el-Krim. No siempre ha sido así. Hasta ahora, Abd el-Krim y su familia han apoyado un posible desembarco español en Alhucemas, contra el sentir general de los beniurriaguelíes, a cuyo clan pertenecen.

3

La familia Abd El-Krim

Mohamed Ben Abd el-Krim, que significa hijo de Abd el-Krim, también llamado por los rifeños con el respetuoso apelativo de Si Mohand, nació en 1882, en Axdir, y es el primogénito de Abd el-Krim Ben Mohamed El Jatabi, alfaquí y caíd de la fracción de los Ait Khattab, de la cabila de Beni Urriaguel. Perteneciente a una familia culta e influyente, Abd el-Krim, junto a su hermano M'hamed, quince años menor que él, ha recibido, como buen musulmán, una educación profundamente religiosa.

Pero Abd el-Krim padre, caíd, y por tanto representante y juez del mismo sultán, considera que su deber es colaborar con los españoles que, con el beneplácito del soberano de Marruecos, han venido a su país con buenas intenciones, para ayudar a las élites marroquíes a modernizar el país, sumido en luchas intestinas, en la violencia, en la corrupción y en el hambre y la miseria.[1] El caíd decide que sus hijos han de recibir una educación española. Sabe que esta decisión es arriesgada porque los beniurriaguelíes, indomables y duros como su orografía, rechazan todo poder exterior. Si ni siquiera se doblegan al sultán, a pesar de que no cuestionan su autoridad religiosa, aún menos lo harán ante un español, el ocupante de sus tierras, el invasor, el enemigo.[2]

Aun así, Abd el-Krim padre manda a su primogénito a cursar el bachillerato español en Tetuán y Melilla, y posteriormente derecho islámico en la Universidad de Qarawiyyin en Fez, mientras que M'hamed estudiará primero en Melilla, luego en Málaga, y finalmente será enviado a Madrid para estudiar la carrera de ingeniero de Minas. Los dos hijos obedecen sin rechistar, porque la autoridad paterna está fuera de toda discusión.

En el turbulento ambiente intelectual y político de Fez de principios del siglo XX es donde el joven Abd el-Krim construye su primer corpus ideológico. En la Universidad de Qarawiyyin, cuna del pensamiento y tradición cultural de Marruecos, aflora el descontento ante la insoportable debilidad del Majzén, el Gobierno del sultán, frente a la humillante intervención y tutela que ejercen las ávidas naciones europeas. Es el tema de todas las discusiones políticas en boca

de los estudiantes y de los profesores que, como en toda universidad que se precie, «se dedicaban más a la polémica y luchas políticas que a los estudios».[3] Muchos tienen sus ojos puestos en Turquía, donde el movimiento de «los jóvenes turcos» lidera el deseo de cambio político y la lucha contra el despotismo del sultanato.

En el ámbito teológico, la versión religiosa de ese descontento, la salfiyaa, proclama una nueva teología de renovación islámica para combatir la corrupción y los preceptos islámicos que abandera el propio Majzén desde dentro de sus propias estructuras como son las zaujas, cofradías religiosas en las que se asienta el poder del sultán. También promueven la lucha contra la dominación colonial, aunque los seguidores de la salfiyaa sostienen que el desarrollo, venga de donde venga, incluso de los países occidentales, es fundamental para su pueblo.

Estas ideas, lideradas por Jamal Addine El Afghani y Muhammad Abduh, sin duda hacen mella en el joven Abd el-Krim, ávido de adoptar un ideal y de cambiar el mundo. Porque soñar con el progreso y la liberación de las naciones no es asunto baladí. En Fez, conocerá además a Abdelmalek, nieto del emir Abdelkader, jefe de la resistencia argelina contra los franceses en el siglo XIX.[4]

En 1907, con apenas veinte años, Abd el-Krim se instala en Melilla. Su padre, gracias a las relaciones que mantiene con las autoridades españolas, ha conseguido un puesto para él en la escuela primaria hispano-árabe que se acaba de abrir. En ella ejerce como maestro para los hijos de los funcionarios marroquíes y cobra su primer sueldo de 155 pesetas mensuales.[5]

Abd el-Krim está lleno de entusiasmo, y no sólo por estar en Melilla o por su salario. Tiene ideas muy optimistas y esperanzadoras sobre la acción que puede ejercer España en favor de su pueblo. Como maestro, se siente parte de este proceso, ya que, como bien le ha transmitido su padre, la educación es fundamental para la modernización de su país.[6]

Pocos meses después, Cándido Lobera, director de El Telegrama del Rif, le ofrece colaborar en su periódico. En sus crónicas diarias en árabe, se manifiesta, al igual que su padre, a favor de España, de quien espera que traiga el progreso y renueve el país frente al colonialismo expansionista de Francia, que no duda en condenar. Sobre esto escribirá en 1911: «Francia está resuelta a integrar parte de nuestra patria bajo su dominio colonial, quiere reducir el mundo musulmán y tenerlo bajo su dominación».[7] Y, veinte días después, añade en otro artículo:

«Francia quiere unir Marruecos a Argelia y Túnez haciendo perder a los marroquíes su independencia, quiere borrar a Marruecos del mapa. Es, por ello, nuestro enemigo».[8]

Su trabajo como periodista despierta en él un gran interés por estar informado. Aprovecha para leer todo lo que cae en sus manos, y se suscribe a varios periódicos y revistas españolas, francesas, turcas… Su curiosidad por conocer el mundo en el que vive no tiene límites.[9]

En 1910 es nombrado secretario e intérprete en la Oficina Central de Asuntos Indígenas en Melilla donde poco a poco va ganando prestigio entre los españoles. Las oficinas de Asuntos Indígenas, creadas apenas dos años antes, tienen como objeto realizar labores de «atracción política» en las cabilas, función que Abd el-Krim pronto pasa a ejercer con éxito y por la que cobrará un sueldo de 1.250 pesetas. Es muy apreciado por todos los que trabajan con él, por su seriedad, su inteligencia y su enorme capacidad de trabajo. Su lealtad a España, sus dotes diplomáticas, su dominio del bereber y del español, así como su conocimiento de las instituciones españolas y de su pueblo, le convierten en un colaborador privilegiado para los intereses españoles.[10]

Abd el-Krim es agradable, educado y muy culto. Cae bien.

De estatura mediana, con cara más bien redonda y pelo castaño, tirando a rubio,[11] bien podría pasar por un español cualquiera, cosa que los españoles sin duda agradecen, aunque sea sólo inconscientemente. Además, tiene un aspecto austero y modesto, «comparable al de cualquier campesino».[12] Acude al trabajo vestido de forma sencilla, con una chilaba gris claro de rayas marrones, con turbante blanco y con unas simples babuchas.[13] No parece pretencioso ni arrogante, y eso, seguro, también gusta.

Por su parte, el joven Abd el-Krim se siente a gusto entre los españoles y está tan vinculado a España que solicita la nacionalidad española al igual que lo hará su padre poco después. Su petición es recibida favorablemente porque «son notorias su lealtad y amor a España, su familia es la más adicta del campo vecino de Alhucemas, cuya plaza frecuenta su padre continuamente, laborando a favor nuestra».[14] Pero se traspapela en los despachos de Madrid, quizás no de forma inocente, y no llega a cursarse. Para una forma miope de entender los intereses españoles resulta más útil que Abd el-Krim y su padre continúen siendo marroquíes.[15]

Para los miembros de la familia Abd el-Krim ser amigos de España no es tan fácil. Ser proespañoles significa granjearse numerosos enemigos entre los suyos, porque muchos jefes y notables se oponen a la presencia de los cristianos en su territorio y ven con malos ojos el creciente prestigio y poder que la familia Abd el-Krim está alcanzando en detrimento del suyo. Abd el-Krim padre no las tiene todas consigo entre los notables de su cabila porque, aunque ostenta un poder importante, no ha conseguido imponerse al resto de las familias beniurrigueles encabezadas por Hach Moh Cheddi, Moh Abocoy y Si Bucar.[16] Con el apoyo que presta a los españoles pretende convertirse en el jefe indiscutible de su cabila, pero al mismo tiempo el hecho de recibir un sueldo mensual de los más altos por parte de los españoles, tener a su primogénito trabajando en la Oficina de Asuntos Indígenas y a su segundo hijo estudiando en Málaga gracias al Gobierno español provoca una gran hostilidad, envidias y recelos entre los otros jefes de su cabila. Un arma de doble filo difícil de sortear.

En 1911, Abd el-Krim padre organiza y apoya a los españoles en el primer intento de desembarco en Alhucemas. Con esta operación se pretendía contraatacar a la resistencia rifeña liderada por Amezian que andaba atacando la línea del Kert, pero la operación se suspende. Por ello pagará un alto precio: la quema de su casa y de sus propiedades, así como la muerte de algunos de sus familiares. Abd el-Krim padre se ve forzado a buscar refugio en Alhucemas, desde donde las autoridades españolas deciden enviarle a Tetuán, en lo que será su primer exilio. Además le compensarán con su más eficaz arma, el dinero: 2.000 duros de indemnización por las pérdidas de sus bienes y un incremento de su pensión que pasa de 75 a 250 pesetas mensuales.[17] Un aumento más que sensible y también una forma de asegurarse la fidelidad de la familia Abd el-Krim, ya que los franceses andaban detrás de ellos, ofreciéndoles una pensión de 225 pesetas.

Desde Tetuán, Abd el-Krim padre prosigue con su labor de informador para los españoles. Aparentemente, su fidelidad es intachable, aunque las autoridades españolas empiezan a desconfiar porque mantiene contactos con franceses y alemanes y, aunque se sabe que el objeto de los mismos es el negocio de las minas, hay que estar vigilantes.

El joven M’hamed, que está cursando sus estudios en Málaga, aprovecha sus vacaciones de verano para inscribirse en la escuela de la Alianza Israelita en Tetuán para aprender francés. Como era de esperar, aquello no les gusta nada a los españoles y más tarde M’hamed será acusado por algunos de ser «un

protegido francés».[18]

Para reforzar aún más el apoyo de la familia a los intereses españoles, Abd el-Krim es nombrado en 1912 caballero de la Orden de Isabel la Católica. Unos meses más tarde, por su labor en la liberación de los prisioneros españoles en manos de Amezian, se le concede la Cruz de 1.ª clase del Mérito Militar con distintivo blanco. Para Abd el-Krim, pese a los sinsabores que sufre su familia, su estancia en Melilla no puede ir mejor.

En mayo de 1913, un nuevo intento fallido de desembarco en Alhucemas genera una nueva decepción en la familia Abd el-Krim. En la playa de Agiur, el cañonero General Concha, que patrulla y vigila, como es habitual, en las costas de Bocoia para interceptar el contrabando, encalla a causa de la niebla. Inmediatamente es asaltado por los cabileños de la zona y, después de varias horas de combate, el saldo no puede ser peor: del lado español, veinte muertos de los 85 hombres que componen la tripulación, diez prisioneros y la pérdida de toda la artillería;[19] del lado rifeño, al menos diez muertos.[20]

La operación del desembarco tenía ya fecha señalada e incluso se había entregado el dinero que la empresa requería a algunos notables de Beni Urriaguel y de Bocoia. Pero el desenlace turbio del cañonero General Concha, uno de los buques que debía participar en el desembarco, hace que el general Gómez Jordana desista de llevar a cabo su plan y que se incline por un avance progresivo por tierra para hacerse con Alhucemas. Todo un desastre que no estará exento de polémica, ya que el general Gómez Jordana, entonces comandante general en Melilla, había planificado la operación con gran secreto y a espaldas de su superior, el general Alfau, alto comisario en Marruecos.[21]

Abd el-Krim padre, profundamente contrariado, sugiere a las autoridades que bombardeen su propio poblado para acabar así con sus rivales y consolidar su posición. Por ahora, no será escuchado.[22]

Unos meses después, presionado por la gente de su cabila, exhorta a los suyos para que se opongan a un futuro avance español. En el Rif todo se sabe y cuando los españoles, por medio de sus confidentes, se enteran de que en Axdir la familia Abd el-Krim está conspirando contra ellos deciden actuar. Abd el-Krim padre argumenta, con gran astucia, que aquello no es más que una patraña destinada a ganarse la confianza de los suyos.[23]

Las autoridades españolas recurren de nuevo a su estrategia preferida para calmar los ánimos de la familia Abd el-Krim y tanto el padre como el primogénito reciben «en recompensa de los señalados servicios prestados a España, sacrificando por ello sus intereses», la Cruz de 1.ª clase del Mérito Militar con distintivo rojo que conlleva una pensión de 75 y de cincuenta pesetas, respectivamente.[24] Además, en mayo de 1913, Abd el-Krim es nombrado cadí de Melilla y, poco después, recibe también la Medalla de África al Mérito Militar.

Acceder al rango de cadí no es poca cosa, es una promoción en toda regla, ya que ahora Abd el-Krim, además de ser un empleado español, pasa a ser un funcionario al servicio del Estado marroquí. Acepta este puesto que no sólo incrementa su poder y prestigio entre los suyos, sino que tácitamente significa reconocer la soberanía española sobre la zona ocupada.[25] A pesar de su extraordinaria capacidad de trabajo, no da abasto y decide entonces renunciar a su cargo de profesor de árabe en la escuela hispano-marroquí. No tiene tiempo para tantos empleos.

Dos meses después, es nombrado cadí codat, es decir, juez de jueces, lo que equivale a ser presidente del Tribunal de Apelación y máxima autoridad judicial de la zona.[26] No se puede pedir más en su meteórica carrera al servicio de España.

Sin embargo, está decepcionado con los españoles porque no acaban de culminar el ansiado desembarco que permitiría a la familia protegerse de los beniurriaguelíes, los suyos. Los españoles les han fallado, y la acción del Protectorado español para con su pueblo, también. Abd el-Krim dirá después que su esperanza en la acción de España en Marruecos se fue debilitando poco a poco porque no se producían los cambios que esperaba, ni las obras necesarias, ni la creación de escuelas, ni una organización pública moderna.[27]

Entretanto, su padre está centrado en cumplir con la misión que le han encomendado los españoles: la creación del llamado Partido Español con el fin de impedir que las facciones de su tribu y cabilas colindantes se unan al «partido de los pequeños», es decir, a los rifeños rebeldes. Aprovecha también para iniciar las gestiones pertinentes encaminadas a que su hijo pequeño, que acaba de finalizar sus estudios de Magisterio en Melilla, pueda cursar la carrera de ingeniero militar. Las autoridades de Melilla y de Marruecos le apoyan, pero tardarán aún un par de años en conseguir una beca para que M’hamed pueda irse

a Madrid e iniciar sus estudios de ingeniero de Minas.[28]

A pesar de las apariencias, la familia Abd el-Krim duda sobre la conveniencia de seguir apoyando a los españoles. Abd el-Krim no puede evitar sentir admiración por el cherif Amezian, que consiguió unir en su momento a las cabilas del Rif y hacer frente a los españoles, aunque fracasara a la postre.

Por su parte, Abd el-Krim padre sólo aspira a velar por los intereses de la familia. Decepcionado con los españoles, se muestra abierto a explorar nuevos caminos y a emprender otras alianzas que le protejan. Las tensiones entre las distintas potencias se lo ponen en bandeja.

En esos años, Melilla está llena de vida. Creada, hace ya algunas centurias, como una ciudad fortín, se ha convertido en una urbe próspera donde los negocios y el comercio que se generan atrae a numerosos aventureros, buscadores de tesoros, empresarios y negociantes. Entre todos han ido creando a los melillenses de ahora. El establecimiento del Protectorado en 1912, el inicio de la explotación de las minas del Rif y la construcción del ferrocarril han impulsado definitivamente a la ciudad. En apenas diez años su población se ha cuadruplicado y cuando Abd el-Krim se traslada a vivir a Melilla la urbe tiene casi cuarenta mil habitantes.[29] La Ciudad Vieja se ha quedado pequeña y se han tenido que construir nuevos barrios exteriores, como la Alcazaba, el Mantelete o el Polígono, donde se edifican fondaks, espacios que sirven de fonda y de establo para los nuevos habitantes que se van asentando en la ciudad o están de paso.

Gobernada y dirigida por los militares, es un tipo de ciudad en la que proliferan los cafés, los casinos, los teatros, los cines y, cómo no, los prostíbulos. No hay compañía de variedades que se precie que no acuda a Melilla. Conchita Piquer o Lola Montes, en la época más dura de la rebelión rifeña, actúan en el teatro Reina Victoria, y los más renombrados toreros de la época, como Juan Belmonte o Machaquito, frecuentan su plaza de toros.

Los soldados, o mejor dicho los oficiales, que son quienes disponen de dinero, cuando no están ocupados en operaciones militares, se dejan sus sueldos en los casinos y los juegos de apuestas que abundan en la ciudad. Circula el dinero, hay trapicheo, hay contrabando y en ella viven y por ella deambulan españoles, musulmanes, judíos, e incluso hindúes, estos últimos vinculados principalmente a empresas británicas que comercian con Gibraltar. No hay duda de que Melilla, que además tiene puerto de mar, es una ciudad marcadamente cosmopolita.

A principios del siglo XIX hay apenas doscientos musulmanes que residen en Melilla, procedentes casi todos de la parte oriental de Marruecos, y que se concentran en el barrio del Mantelete dedicados sobre todo al comercio. Allí se irán ubicando los principales almacenes y tiendas, el mercado cubierto o los zocos. Aunque la mayoría de los comerciantes del barrio son musulmanes, también se instalan en él algunos hebreos. A ellos se suman diariamente los centenares de marroquíes que van a la ciudad a comprar y vender todo tipo de mercancías.

En algunas épocas del año, principalmente en julio, los musulmanes llegan a ser unos tres mil porque numerosos rifeños se desplazan a Melilla de camino a Argelia, adonde van para la recolecta de grano.[30] Desde finales del siglo XIX los musulmanes reclaman, de forma muy educada, eso sí, la construcción de una mezquita. Pero por distintos avatares y pese al apoyo de muchas personalidades de la ciudad que lo ven necesario para la «penetración pacífica» en Marruecos y para la convivencia entre las distintas comunidades, no llegarán a tenerla hasta 1927. La comunidad musulmana habrá de conformarse con rezar y realizar sus rituales funerarios en un oratorio situado en el barrio del Mantelete, aunque sí contarán con un cementerio propio llamado Sidi Guariach.[31]

En cuanto a los hebreos, la comunidad es mucho mayor que la de los musulmanes, y crece sin parar. Desde 1882, han ido estableciéndose en la ciudad, más que por hacer negocio, por encontrar un lugar seguro para vivir. Melilla es la primera ciudad española a la que vuelven los judíos después de que los Reyes Católicos les expulsaran de Sefarad en 1492, a los tres meses de haber conquistado Granada, el último reino musulmán. Muchos de los judíos que se han instalado en Melilla huían de las matanzas que han tenido lugar en ciudades marroquíes, como Taza y Uxda, donde no les ha valido de mucho haber compartido el éxodo forzoso con los súbditos de Boabdil, que vieron truncarse sus vidas al tiempo que las de los judíos.

La guerra santa no hace distinciones, los enemigos son todos, y aunque las luchas que se suceden son contra los franceses o los españoles, según toque, también se persigue a los hebreos, que sufren saqueos, violaciones y asesinatos. En tiempos de paz, los llamados dhimmíes, o gentes del Libro, es decir, los cristianos y los judíos, viven bajo la protección del sultán, eso sí, a cambio del pago de un tributo especial y de soportar un estatus inferior al de sus vecinos musulmanes.

Hace casi veinte años, en 1902, llegaron a Melilla, huyendo de Taza, trescientos hebreos de pocos recursos económicos. Con ellos se inauguró el miserable barrio judío. Con máquinas de coser compradas en condiciones leoninas comenzaron a malganarse la vida confeccionando camisas baratas a un real la pieza. Es un oficio duro, pero digno, y mucho menos desagradable que otros, que aún están en las mientes de quienes los han desempeñado hasta hace muy poco tiempo. Muchos recuerdan cómo las victorias, las del sultán, pero también las de sus enemigos, solían celebrarse con la exposición pública de cabezas de gente del bando perdedor. En esas ceremonias triunfales, algunos judíos tenían un papel destacado haciendo que las cabezas cortadas pudieran conservarse mejor metiéndolas en una salmuera preparada al efecto. Algunas cabezas de seguidores de El Roghi se pudieron ver en Fez en 1909 con motivo de su ejecución, en la que se puso mucho esmero por orden de Muley Abdel Hafid, el sultán.

Para el joven Abd el-Krim, Melilla es ante todo una ciudad espléndida y, aunque sus diferentes empleos y carga de trabajo le dejan poco tiempo para divertirse, no por ello renuncia a hacerlo. No es un santo, ni pretende que se le conozca por tal. Se instala en el barrio del Polígono, en la calle del general García Margallo, cerca de la relojería alemana y no muy lejos del mercado de abastos. No es un sitio cualquiera porque allí se concentra la burguesía melillense y, no muy lejos, al final de la calle, empiezan los barrios judíos y musulmanes.[32]

Gracias a sus diferentes fuentes de ingresos lleva una vida confortable y hasta puede permitirse tener a su cargo a una cocinera española y a un criado musulmán llamado Hosain Bunseri. Se le ve además con una malagueña del mismo barrio, cosa que no le gusta nada a su padre, que, cuando se entera, le insta a sentar la cabeza y a casarse en Axdir, como Dios manda. Pero Abd el-Krim siente que tiene toda la vida por delante y quiere disfrutar de ella. Incluso planea emprender un viaje y ver mundo.[33]

Es inusual que un joven musulmán no se case, y a su padre el tema le preocupa. De hecho, pocos años después, en 1916, el padre conseguirá finalmente que Abd el-Krim contraiga matrimonio siguiendo la tradición, es decir, con una joven muchacha de Axdir, previo acuerdo entre las familias. La esposa se llama Taimunt y pertenece al mismo clan que Abd el-Krim, aunque es de otro linaje. Probablemente sea un acuerdo calculado, para afianzar alianzas. Su futura esposa es aún una niña cuando se acuerda el casamiento, algo habitual en esos tiempos. Los recién casados habrán de esperar a que ella crezca para irse a vivir juntos y consumar el matrimonio.[34]

En Melilla, Abd el-Krim no sólo anda en amoríos inconvenientes, sino que también frecuenta los cafés y se granjea todo tipo de amistades: españoles, tanto civiles como militares, y algunos judíos o musulmanes, aunque entre estos últimos únicamente se relaciona con dos o tres ilustres.

Por su trabajo en la Oficina de Asuntos Indígenas traba relación con el coronel Gabriel Morales, el teniente coronel Riquelme y muchos otros militares. Abd el-Krim incluso dirá más tarde que el general Silvestre llegó a ser «muy amigo suyo», aunque negó que éste le hubiera abofeteado, tal y como se rumoreó. Toda persona grande tiene huecos en su biografía, y éste es uno de los de Abd el-Krim. Lo cierto es que sí coincidieron en alguna ocasión, por ejemplo, en abril de 1908, cuando se celebró una fiesta onomástica en honor de Francisco Marín, arabista y director de la Academia oficial de Árabe. Francisco Marín invitó a su casa a los alumnos y profesores de la academia, entre los que se encontraban Abd el-Krim, Riquelme, el millonario Horacio Echevarrieta y el general Silvestre.[35]

En los círculos más elitistas de Melilla Abd el-Krim es alguien importante y conocido por todos. Acude a numerosos actos oficiales, a celebraciones, reuniones y al Ateneo de Melilla, del que es nombrado vicepresidente. Es un buen orador y aparece siempre como representante y portavoz de los rifeños. No le resulta difícil relacionarse con lo más granado de la ciudad y parece moverse en sus mentideros como pez en el agua. Sus primeros contactos con los españoles se habían producido desde muy joven, en el peñón de Alhucemas, cuando acompañaba a su padre en cárabo a visitar al gobernador de turno y luego se dedicaban ambos a recorrer los comercios de la familia Ibancos o del hebreo Mesod A. Benaim.[36]

Cuando Abd el-Krim conoció a Antonio Ibancos, éste regentaba un comercio en Alhucemas. Había nacido en Melilla, de padres andaluces emigrados a Argelia en el siglo anterior. Con una modesta barca, el padre de Ibancos se inició en el comercio, en Orán, para luego asentarse en Melilla, donde existían prometedoras perspectivas de negocio al haber sido declarada la ciudad puerto franco.[37]

Antonio Ibancos, al margen de sus actividades de exportación de todo tipo de productos, como huevos, pescados, almendras, miel, cera y pieles, consiguió hacerse agente de la Vacuum Oil Company de Lisboa y representante de la sucursal del banco Hispano-Americano de Málaga así como del banco de Cartagena en Melilla. Conocía muy bien a las autoridades españolas, militares y

hombres de negocios. Pero no era trigo limpio y hubo quejas de algunos militares sobre sus actividades paralelas, ya que «tiene en su casa una Oficina Indígena propia».[38] Todo un personaje.

En cuanto a Mesod A. Benaim, también instalado en el peñón de Alhucemas, es asimismo comerciante, hebreo y amigo de toda la vida de los Abd el-Krim. Es uno de los pocos judíos que han conseguido prosperar en el Rif. Los que lo consiguen, controlan una gran parte del comercio, la industria y la banca. Como José y Jacobo Salama, los dos banqueros en Melilla y fundadores de la Compañía Española de Colonización, la Colonizadora; o Isaac Benarroch, miembro de su comité de dirección.[39]

La Colonizadora es la encargada de impulsar económicamente la zona del Protectorado mediante explotaciones industriales, compra y venta de tierras, instalación de vías férreas, líneas telefónicas, colonias agrícolas y fomenta la importación y exportación de toda clase de productos.[40] Formar parte de ella significa introducirse en todo este entramado de negocios y entrar en contacto con empresarios, políticos y aristócratas españoles que, interesados igualmente en hacer fortuna, invierten en Marruecos creando todo tipo de sociedades. Todos ellos, o casi todos, son cercanos al Partido Liberal o miembros del mismo, ocupan altos cargos en el Estado o están relacionados con ellos y cuentan con el inestimable apoyo y la amistad de Alfonso XIII, el máximo partidario e impulsor del proyecto imperialista español en África.[41]

EL NEGOCIO DE LAS MINAS

Uno de los objetivos más importantes de las oligarquías españolas y europeas es el subsuelo marroquí. El descubrimiento de yacimientos mineros en territorio rifeño genera desde principios del siglo una intensa actividad en torno a esas élites. Atraídos por esa fiebre del oro, exploradores, prospectores, aventureros, industriales, comerciantes y financieros sin escrúpulos se afanan en descubrir nuevos yacimientos, en comprar los terrenos donde se encuentran, y para ello tienen que negociar primero con los notables rifeños y solicitar después las concesiones para su explotación.

Viendo el interés que suscitan sus tierras, los rifeños alimentan la leyenda de El

Dorado. Aprovechan sus viajes a Argelia o sus desplazamientos a Melilla para llevar consigo muestras de minerales y enseñárselos a los pocos extranjeros que se cruzan en su camino. Éstos no suelen saber, como es lógico, nada de geología. Pero siempre hay alguien que quiere ir más allá y se establecen nuevas relaciones.

Ya desde el siglo XVI, los escritos de León el Africano, o más recientemente los de viajeros como Gonzalo de Reparaz, decían que los territorios del Rif escondían grandes cantidades de minerales, incluso se rumoreaba que de oro o de plata.[42] Con ello, la expectativa que se genera en torno a esas tierras aparentemente yermas es formidable:

No sólo España, sino la comunidad empresarial europea, a través de poderosos consorcios –Delbrel, Keen y Williams, Mannesmann–, a los que se unen los trust de grandes fabricantes de armas –Le Creusot, Krupp, Schneider, Vickers – , están mostrando un interés inusitado por esa riqueza en minerales del norte marroquí.[43]

Las potencias europeas podían así sustituir sus tradicionales fuentes de aprovisionamiento de mineral de hierro, que se estaban agotando.[44]

Cuando Abd el-Krim, gracias a su nuevo cargo de cadí codat, tiene acceso a toda la información concerniente al negocio, la pugna por la concesión de la explotación de las minas está en pleno apogeo. En realidad, no había dejado de estarlo desde hacía prácticamente una década, con un grave conflicto militar por medio, como fue la campaña de 1909, que causó una conmoción enorme en España con el desastre del barranco del Lobo y sus secuelas, la Semana Trágica entre ellas.

En 1908 dos compañías importantes habían iniciado los trabajos para explotar las minas situadas en el territorio de Beni Bu Ifrur. Una era la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR), que había obtenido el permiso para explotar los yacimientos de hierro de los montes de Uxian y Axar y los derechos de construcción de un ferrocarril entre San Juan de las Minas, un desastrado poblachón minero, y Melilla.[45] En los montes de Uxian se encontraba presuntamente el mineral de hierro de mejor calidad de Marruecos (60% de

hierro, 5-6% de sílice, 0,03% de fósforo), que podía explotarse a cielo abierto y estaba a una distancia prudencial del puerto de Melilla.

Detrás de la CEMR están los mismos hombres que se hallan en La Colonizadora, sobradamente conocidos en Melilla y que forman parte de la oligarquía española, como Miguel Villanueva y Gómez, destacado miembro del Partido Liberal y primer presidente de la CEMR, Alejandro Gandarias, empresario vasco, Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, Manuel González Hontoria, Manuel Portela Valladares, Alfonso Gómez Jordana, Tomás de Zubiría e Ybarra, conde de Zubiría, o Juan Antonio Güell y López.[46] Incluso se dice que Alfonso XIII, camuflado tras el nombre de algunos de los accionistas de la CEMR, tiene también intereses directos en la compañía.[47]

La otra sociedad que inicia al mismo tiempo sus trabajos preparatorios para la posible explotación de las minas de plomo de Afra, también situada en Beni Bu Ifrur, es la Compañía Norte África (CNA). Igualmente, acometería la construcción de un ferrocarril para el transporte del mineral que discurriría paralelo al de la CEMR. Creada por Alfredo Massenet en 1907 con capitales franceses pero de nacionalidad española, tenía como presidente a Antonio García Alix, antiguo ministro conservador y gobernador del Banco de España.[48]

En Melilla, desde su puesto privilegiado en la Oficina de Asuntos Indígenas, Abd el-Krim va adquiriendo gran conocimiento de los intríngulis y del funcionamiento de la administración española sobre todo tipo de asuntos. Tiene acceso a expedientes e informes, no sólo políticos, sino también sobre los negocios mineros.[49] Su puesto como cadí codat le permite además adentrarse en el mundo de las solicitudes, denuncias y pleitos que se producen por las concesiones de explotaciones mineras o las compras y ventas de tierras.

La familia Abd el-Krim, tentada quizás por agentes y comerciantes interesados en atraerles y conseguir de ellos concesiones mineras, y desencantada con los españoles, tomará parte también, al igual que otros muchos notables, en los negocios mineros. Al menos conseguirán así obtener algún beneficio para sí y para su tribu,[50] una forma de cubrirse por si las cosas les vienen mal dadas por la política, que es la auténtica vocación familiar.

Desde Melilla, Abd el-Krim organiza reuniones y mantiene correspondencia con varias personas relacionadas con sociedades españolas, como la CEMR o Setolázar, relativas a la compra de terrenos, minas y otros negocios. Además, «es

muy probable que en esa época las compañías mineras le pagaran con largueza como asesor y perito sobre la autenticidad de documentos árabes de propiedad de terrenos […] que pensaban adquirir».[51]

Las primeras concesiones que se otorgan en el Rif para la explotación de las minas se hacen antes de que se firme el reglamento minero incluido en el Acta de Algeciras de 1912 en el que se establecía la creación de un organismo, la Junta Arbitral de Litigios, que habría de determinar la concesión de las explotaciones de las minas en la zona del Protectorado español. Hasta esa fecha las solicitudes tenía que aprobarlas el Majzén, pero de facto, dado que el Rif estaba en manos del cabecilla rifeño Bu Hamara, también llamado El Roghi, que se había sublevado contra el sultán, fue él quien dio las primeras concesiones para la explotación de las minas de Beni Bu Ifrur, a cambio de grandes sumas de dinero y de armas. No le importó conceder autorizaciones relativas a las mismas minas a unas compañías y a otras, cosa que desde el principio generó graves conflictos que trascenderían a nivel diplomático, teniendo en cuenta que las empresas concernidas eran de diferentes países y tenían detrás a grandes grupos financieros respaldados por sus correspondientes gobiernos. Era vox populi que los acuerdos internacionales se incumplían sistemáticamente y que las actividades lucrativas que se hacían no eran legales puesto que carecían de la autorización del sultán, máximo representante legal en Marruecos.[52]

1912 es el año del inicio del Protectorado español y francés en Marruecos, pero la creación del reglamento minero no cambia las habituales prácticas fraudulentas que se producen con la venta de terrenos y las concesiones. En 1913, El Telegrama del Rif decía: «no hay yacimiento importante de algún valor que no haya sido vendido por los indígenas a más de una compañía o denunciado por varias».[53]

La creación de la Comisión Arbitral, a raíz de la promulgación del reglamento minero, despejó en parte el panorama de las concesiones porque resolvió las demandas presentadas desde principios de siglo por las distintas compañías. Pero, por otro lado, su actuación complicó aún más el asunto porque, al favorecer ante todo los intereses de Francia y de forma subsidiaria a los españoles, dejó fuera a Alemania.

Las solicitudes de los Mannesmann, junto a las de Horacio Echevarrieta, fueron rechazadas. A cambio la CEMR y la CNA resultaron las principales beneficiadas.[54] A partir de ese momento la lucha entre las distintas compañías

sería, si cabe, más encarnizada aún porque los Mannesmann no se resignaron y Horacio Echevarrieta tampoco.

Cuando el clan de los Abd el-Krim se inicia en el mundo de los negocios mineros, éste era ya el panorama. En el Rif las principales compañías mineras se habían repartido el pastel de las minas situadas en Beni Bu Ifrur, que sin duda eran las más importantes y las que dieron mayores beneficios a las sociedades que las explotaron. También se suponía que existían muchos otros yacimientos ricos en el resto del territorio. En la zona de Beni Urriaguel, en el monte de Yebel Hamam, se hablaba incluso de yacimientos de oro y plata. Esta fue la baza de los Abd el-Krim en un inicio, y no se puede descartar que operaran como el resto de los notables rifeños, con prácticas fraudulentas en la venta de terrenos en Beni Urriaguel, y más adelante en la de otras cabilas.[55]

En Beni Urriaguel, los habitantes son conscientes de que los posibles yacimientos mineros en sus tierras son un arma de doble filo. Por los aduares se oye cantar un pequeño poema, un Izri, en el que reflejan su inquietud sobre su futuro:

¡Oh, hijo mío, oh, Yebel Hamam!

¡Tú eres la causa de que no tengamos la paz!

¡Tus aguas son frescas, hacen crecer árboles frondosos en tus flancos![56]

Abd el-Krim padre, en su primer exilio forzado en Tetuán, inicia sus primeros contactos con la poderosa firma alemana Mannesmann para la venta de tierras situadas en su cabila, donde se suponía que había importantes yacimientos. Los franceses no tardan en dirigirse a las autoridades españolas para reclamar la vigilancia estrecha sobre la familia Abd el-Krim, ya que consideran que esto beneficia a los intereses empresariales alemanes frente a los suyos.[57] Nadie es aún consciente del conflicto mundial que se avecina ni de las consecuencias que pueden traer a la familia Abd el-Krim estos contactos con los alemanes.

Mannesmann A.G., creada en 1890, es una de las firmas siderometalúrgicas alemanas con mayor peso en Europa. Interesada desde su creación en las minas

de hierro y carbón del norte de África, en 1906 consigue del sultán la concesión de 789 puntos mineros en Marruecos. Hasta la Primera Guerra Mundial intenta por todos los medios pactar con los franceses y los españoles para repartirse la explotación de las minas, pero sin éxito. Para Francia y España, Alemania es el enemigo a combatir, y no están dispuestos a que se adentre en territorio marroquí a pesar de que los acuerdos internacionales así lo avalan. Lo dejaron bien claro en 1911 cuando los alemanes enviaron su cañonero Panther al puerto de Agadir con el pretexto de defender a los comerciantes alemanes de la zona. Se abrió entonces una crisis diplomática en toda regla que bien podría haber acabado en guerra mundial.

Con ello no es de extrañar que los Mannesmann, apoyados y respaldados por su Gobierno, no quieran renunciar en Marruecos a su parte en el botín del negocio de las minas e intervengan políticamente en el territorio para sus fines económicos. Por un lado, incitarán a las tribus del Rif y a El Raisuni a luchar contra los españoles a cambio de apoyo financiero y protección alemana.[58] Por otro lado, ofrecerán a los españoles pacificar la zona del Rif a cambio de obtener concesiones mineras. Pero haciendo honor a la patria, los españoles rechazan indignados cualquier tipo de pacto con

estos personajes que, con sus manejos ocultos, son los principales enemigos con que España tiene que luchar en su zona de influencia. […] No se deje nadie sorprender por quien, después de causar a España perjuicios sin cuento en la sombra, tiene la osadía de pretender dar la resolución de un problema, en el que el solo intento de intervención de elementos extraños, el solo consejo o insinuación de quien no lleve en sus venas sangre del Cid nos ofende y nos mancilla.[59]

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La Gran Guerra lo precipita todo. El enfrentamiento entre Alemania y Francia desequilibra el panorama internacional. Turquía se posiciona a favor de Alemania y llama a la Yihad universal de los musulmanes contra los aliados. En este contexto, en Marruecos, los alemanes fomentan la lucha contra los

franceses. Seis meses después del inicio de la guerra, circulan por los zocos del Rif pregones a favor del sultán otomano. La estrategia militar de los alemanes no es mala, la idea es que Francia se vea obligada a desviar sus tropas a Marruecos y deje debilitado su frente en Europa.[60]

La lucha en Marruecos contra los franceses la encabeza Abdelmalek, nieto del legendario Abdelkader, líder argelino resistente contra los franceses en el siglo XIX. Éste, en nombre de Alemania, promete a los rifeños la independencia a cambio de unirse a su causa.

Abd el-Krim padre no oculta su apoyo a la causa turco-alemana. Para él es una oportunidad de ganar prestigio entre los suyos y, además, en caso de que Alemania lograra derrotar a los franceses, bien podría de paso conseguirse echar a Francia y a España de Marruecos. Además, la casa alemana Mannesmann ofrece más dinero que nadie, una razón más para apoyarles.

En noviembre de 1914 Abd el-Krim padre recibe en Axdir a un oficial turco que trata de buscar apoyos en el Rif para luchar contra los franceses. Abd el-Krim padre accede entonces a aportar 2.000 hombres a la harka de Abdelmalek, siempre que les proporcionen armas.[61] Unos meses después un tal Francisco Farle, o Farlang, antiguo ingeniero de la mina Navarrete, situada en el territorio de la cabila de Beni Bu Ifrur, viaja a Axdir a entrevistarse con Abd el-Krim padre. Aparentemente todo sale a pedir de boca porque Farle viene con 70.000 duros españoles y con la promesa de conceder a los rifeños la independencia si los alemanes consiguen ganar la guerra.[62]

En el Rif, no es el único notable que abraza la causa turco-alemana. Sidi Hamido de Beni Iteft y Haj Amar de Metalza hacen todo lo posible por movilizar a los suyos, pero los agentes alemanes no consiguen mucho. La razón es que para la mayoría de los rifeños los españoles son los invasores de sus tierras, el Protectorado francés no les concierne y se niegan a ir a luchar contra los franceses.

Abd el-Krim padre empieza a ser señalado por los suyos y la gente corea estos versos por los aduares: «Abd el-Krim con barba de jilguero, ayer tarde español, esta mañana, alemán».[63] En la cultura bereber el jilguero destaca por su belleza, pero no por su valentía; es un pájaro débil y cobarde frente a los halcones o las águilas, metáfora que en nada favorece al caíd Abd el-Krim padre. Su actitud le trae también problemas con las autoridades españolas porque, aunque hay

españoles proalemanes en Melilla que hacen la vista gorda al tráfico de dinero y armas cobrando, por supuesto, por sus servicios, España oficialmente es un país neutral.

En el Rif francés hay inquietud, y el general Louis Hubert Lyautey, el todopoderoso residente general en Marruecos, traslada el problema al Quai d'Orsay, que, a su vez, se queja a Madrid. Acusan a España de no ser capaz de controlar lo que ocurre en su parte del Protectorado y de estar incumpliendo los tratados internacionales. Madrid solicita a las autoridades españolas en Marruecos que tomen cartas en el asunto y éstas ponen el ojo en la familia de Abd el-Krim. Hace varios meses que Abd el-Krim padre no acude a Alhucemas, y esto no ayuda en nada a contrarrestar los rumores y acusaciones que ya circulan sobre él por su apoyo a la causa germano-turca.

En agosto de 1915, el capitán de Policía Vicente Sist, de la Oficina de Asuntos Indígenas de Alhucemas, decide ir a Melilla a entrevistarse con Abd el-Krim y exigirle explicaciones sobre la actitud de su padre. Negar en rotundo los hechos no es una buena idea y Abd el-Krim lo sabe. Opta por reconocer que su familia apoya a Turquía y a Alemania, pero que eso responde sólo al odio que sienten hacía los franceses. Deja caer su deseo de independencia para el Rif no ocupado, aunque insiste en que su apoyo a los españoles sigue intacto.

El capitán Vicente Sist se frota las manos. Las explicaciones de Abd el-Krim han sido confusas y piensa que tiene base suficiente para acusar a la familia. Sus razones para querer acabar con los Abd el-Krim no son precisamente patrióticas, porque los negocios que se trae con El Cheddi, principal rival de Abd el-Krim en su propia cabila, en los que también está implicado el comandante militar de Alhucemas, Roberto Gavilá, explican su encono hacía la familia Abd el-Krim.

Gavilá y Sist acusan entonces formalmente a Abd el-Krim y a su padre de conspirar contra los intereses españoles. De nada servirán las explicaciones de Abd el-Krim a Riquelme, esquivando el asunto de la independencia y negando la mayor.[64] El 8 de septiembre de 1915, Abd el-Krim es encarcelado en el fuerte de Cabrerizas Altas. A pesar de que el rifeño cuenta con el respaldo del alto comisario de España en Marruecos, Francisco Gómez Jordana, y de los coroneles Gabriel Morales y José Riquelme, nada impide que le juzguen. Al final, las autoridades de Alhucemas, enfrentadas a las de Melilla, ganan la batalla y Abd el-Krim es acusado de traidor a España. Sin embargo, paradójicamente, es declarado inocente, por falta de pruebas. Aun así, «por

razones políticas, muy dignas de tener en cuenta», según las propias palabras del coronel Jordana, se decide que continúe preso y se procede a suspenderle de empleo y sueldo.[65]

¿Es la petición de Francia, como sostiene la versión oficial, o son las ideas sobre la independencia de Abd el-Krim las que motivan su arresto? Sea como fuere, acaba encarcelado. Unos meses después, Abd el-Krim intenta escapar con ayuda de una soga convenientemente escondida en una cesta de comida que le ha llevado su criado, Hosain Bunseri.[66] Sólo conseguirá romperse una pierna y arrastrar una cojera de por vida.

Mientras tanto, su padre hace todo lo posible por liberarle. Propone en vano que le encarcelen a él en vez de a su hijo y le pide también a su amigo Antonio Ibancos que interceda ante las autoridades españolas. Abd el-Krim padre ignora que Ibancos es un espía de los españoles y que nada hará por él y por su hijo. Más bien, al contrario. Finalmente opta por lo más eficaz, y accede a declararse públicamente a favor de España. En agosto de 1916 Abd el-Krim es puesto en libertad porque los españoles están planificando de nuevo un desembarco y necesitan el apoyo de su familia.

De un día para otro, a Abd el-Krim se le restituye en sus funciones y le devuelven su pensión. A su hermano M’hamed le conceden la ansiada beca para ir a estudiar a Madrid la carrera de Ingeniería de Minas. En septiembre de 1917, parte a la capital y se aloja en la Residencia de Estudiantes. A Abd el-Krim padre le doblan la pensión al objeto de que reorganice el Partido Español y les ayude en el proyecto de desembarco. No hay duda de que los españoles tienen prisa.

El entonces comandante militar de Melilla, Luis Aizpuru, interpreta el asunto a su manera: para él, las medidas tomadas con los hijos de Abd el-Krim permiten utilizarlos como rehenes y asegurarse así la colaboración de Abd el-Krim padre para el desembarco que de nuevo planean.

En Beni Urriaguel, la animadversión hacía la familia Abd el-Krim sigue intacta. Unos, porque sospechan que siguen colaborando con los españoles; otros, porque no ven con buenos ojos el apoyo que sigue manteniendo Abd el-Krim padre a Abdelmalek. En diciembre de 1917, se les inflige de nuevo un castigo rifeño: sus propiedades son arrasadas y Abd el-Krim padre, rechazado por su propia cabila, se refugia ahora en tierras de Temsamán.

Las autoridades españolas están satisfechas con el curso de los acontecimientos porque, aparentemente, todo está en calma. Los Abd el-Krim vuelven a colaborar con ellos y la Gran Guerra ha terminado, lo que significa poder retomar sus planes militares en Marruecos. A principios de 1918, el comandante general de Melilla, el general Luis Aizpuru, se pone manos a la obra y encarga al coronel Riquelme que planifique, por enésima vez, el ansiado desembarco.

En un último intento por salvar su pellejo, Abd el-Krim padre propone ocupar Alhucemas desembarcando en Tugrut, fracción de la cabila de Temsamán. Pero el plan, cuyo coste cuantifica en 300.000 pesetas, de nuevo es anulado porque las fuerzas concentradas en Melilla no son suficientes para asegurar su éxito.[67] Para los Abd el-Krim no habrá vuelta atrás. Es el principio del fin de su colaboración con España.

Aprovechando la celebración del Ramadán, Abd el-Krim pide permiso para ir a Axdir y abandona Melilla, adonde no volverá. Poco después, en diciembre de 1918, su hermano M'hamed, a pesar de que acaba de ser admitido en la Escuela de Ingenieros de Minas, deja Madrid para reunirse con su familia en Axdir. No regresará a España. De nada sirven ya las insistencias por parte de las autoridades españolas para atraer a su lado a los Abd el-Krim. No abandonarán Axdir.

El recién nombrado comandante militar de Alhucemas, el teniente coronel Manuel Civantos, intenta por todos los medios hacerles cambiar de idea, utilizando todo tipo de argumentos, echando mano de intermediarios, y al final, pasando a las amenazas. Todo en vano. La suerte ya está echada.

4

La obsesión de Alhucemas

Pese a los consejos que recibe y a la falta de apoyo dentro de la cabila de Beni Urriaguel, el general Silvestre no ceja en su empeño de tomar Alhucemas lo más rápidamente posible. Es ya una obsesión personal más que un mandato militar. Apenas unos meses después de su llegada a Melilla, y con el beneplácito de su jefe, el general Dámaso Berenguer, las tropas españolas mandadas por Silvestre han ido avanzando y ocupando posiciones, una tras otra, sin descanso. En mayo, Dar Drius, y a finales de junio, Cheif, Carramidar y Ain Kert.

Abd el-Krim padre, que se siente abandonado por los españoles, ha decidido definitivamente plantarles cara. En Tafersit consigue organizar una harka encabezada por él mismo, con hombres de Temsamán, Beni Tuzin, Beni Said y su cabila, la orgullosa Beni Urriaguel.[1] Silvestre lo sabe, y así se lo transmite a Berenguer. Estima que la harka cuenta con seiscientos u ochocientos hombres. No es todavía motivo de gran preocupación, aunque sí considera que hay que tomar medidas y propone suspender las pensiones de los notables de Temsamán y Beni Urriaguel. Sin embargo, rectifica y se conforma, por ahora, con retrasar los pagos.[2]

En Tafersit, Abd el-Krim padre cae enfermo repentinamente, abandona la harka y regresa a Axdir. El 8 de agosto de 1920, fallece. Se dice que envenenado por los servicios españoles, o eso sostienen su familia y muchos de los suyos. Es un asunto que nunca se aclarará. En todo caso, Silvestre saca alguna ventaja de ello, ya que su muerte hace más difícil que se forme una seria oposición entre los rifeños y que se puedan truncar sus planes. Y no le falta razón porque, durante todo el resto del año y parte del siguiente, el comandante militar de Melilla prosigue sin problemas su toma de posiciones. En agosto, Tafersit; en diciembre, Beni Said, Dar Quebdani, Monte Mauro… cada vez se acerca más al mar. Todo en un tiempo récord.

Mientras, los rifeños acumulan malestar porque, en la retaguardia, proliferan los castigos españoles a la población. Se suceden los bombardeos a las pequeñas harkas que se forman y la Policía Indígena aprovecha la coyuntura para

proseguir sus saqueos, vejaciones o violaciones entre sus compatriotas. Sea por las guerras o por venganzas personales, no hay duda de que la Policía va ganándose a pulso su mala fama. Los bombardeos son un más que dudoso motivo de orgullo para los aviadores españoles, como lo contará Víctor Ruiz Albéniz:

En algunas de las fracciones de cabilas, por ejemplo, en la de Tafersit, los indígenas desde hacía tiempo negábanse a todo trato con nosotros, porque parece ser que a causa de algunos disturbios y desobediencias, los poblados habían sido bombardeados por orden de Silvestre por nuestros aeroplanos, y las bombas causaron víctimas entre las mujeres y los niños de los aduares, provocan el hecho la mayor indignación, así como el que se apresara en el reducto de Buhafora, situado en el valle de Tafersit, a los notables de cabila que habían ido a exponer sus quejas por el cruel bombardeo.[3]

Hacían vuelos rasantes, que acompañaban con sus ametralladoras. Desde 1920, los vuelos de castigo se han reanudado:

El general de ingenieros Francisco Echagüe se propuso fortalecer el arma de aviación mediante la adquisición de nuevos aviones de los excedentes aliados de la Gran Guerra y la formación de nuevos pilotos a partir de 1920. En este año la aviación reanudaría también su actividad en Marruecos, lo que llevaría a los rifeños a construir refugios para protegerse. Según confidencias del 16 de julio de 1920, en el zoco de Tafersit habían pregonado que cada fracción tenía que dar veinte hombres con el objeto de hacer trincheras y cuevas para ocultarse de los aeroplanos.[4]

Los aviones que realizan vuelos rasantes, además de bombardear, ametrallan los aduares y los zocos, causando gran número de víctimas y sembrando el terror. Todo ello contribuye poderosamente a desmoralizar a la población.[5]

El avance prosigue a comienzos de 1921: en enero será el turno de Annual.

Desde el inicio de la campaña en mayo de 1920, Silvestre ha avanzado 135 kilómetros. En seis meses ha conquistado más territorio que en los años anteriores y lo ha hecho con menos de siete mil hombres, ocho baterías y «una renqueante escuadrilla aérea».[6]

El general está exultante. Berenguer también, pese a que en sus planes no está intensificar la acción en Melilla. Pero la toma de las últimas posiciones no ha sido tan fácil como las primeras. Según van avanzando, la resistencia rifeña parece incrementarse de forma seria, aunque ni Silvestre, ni Berenguer, ni el vizconde de Eza, ministro de la Guerra, le darán importancia. No hay razón alguna que lleve a replantearse la política colonial española en la región. Para algo tiene España un Ejército.

ABD EL-KRIM SE ORGANIZA

En febrero de 1921, tras la toma incruenta y sin ruido de Annual por Silvestre, Abd el-Krim mueve sus fichas. Está buscando un lugar desde donde controlar y tener a la vista las posiciones españolas recientemente conquistadas. El emplazamiento seleccionado será Yebel el Qama, en las cumbres de Temsamán. Sin duda, el dirigente rifeño no podía haber elegido mejor sitio. A setecientos metros de altura, se domina por el oeste la bahía de Alhucemas, y las nuevas posiciones españolas por el este, Annual e Igueriben. La única posición que queda fuera de la vista es Abarrán, pero esto se soluciona con la instalación de un puesto avanzado.[7] Yebel el Qama es un monte perfecto para resistir, para intervenir y para observar, y ahí emplaza su primera harka, aún embrionaria, compuesta mayoritariamente de guerreros beniurriaguelíes aunque también temsamaníes, de la fracción de Tugrut.[8] De ésos puede fiarse, porque siempre se han opuesto a toda presencia colonial.

Aún es pronto para tomar la ofensiva. Al menos, eso le parece a Abd el-Krim: no son suficientes hombres. Antes de cambiar de actitud tiene que movilizar a más gente para que se una a su harka, y eso significa atraerles y convencerles de unirse a su causa mediante una acción política de envergadura.

Yebel el Qama es una posición que puede considerarse estratégica por ello. No es, además, objetivo de Silvestre, porque no se interpone en su obcecado camino

al cabo de Quilates, y porque el general español ignora o menosprecia que allí aparecen ya algunas de las fuentes del Estado que quiere crear su rival rifeño. De ese Estado forma parte la redacción de un primitivo código penal «exprés» basado en la ley islámica, la Sharia, para frenar y encauzar la justicia propia de un tiempo de anarquía. Instaura la Makhama, el tribunal que se irá asentando paulatinamente para intervenir en asuntos tanto militares como civiles. Desde allí Abd el-Krim ha dictado su primera sentencia de muerte contra un notable llamado Mohamed Ben Mohamedi Diccort, acusado de tomarse la justicia por su mano.[9]

El cuartel general de Abd el-Krim se ha construido de forma modesta, pero eficiente, con jaimas de tela o de lona. Tiene que haber sitio para el jefe rebelde y su fiel escolta de veinte o treinta hombres mandados por tres caídes, y por Amoghar Ben Haddu,[10] un beniurriaguel alto, corpulento y con barba, todos ellos de su máxima confianza. Un número de guardaespaldas tan crecido da idea de la desconfianza del líder hacia sus adversarios y sus quizás enemigos en estos tiempos en que su poder es aún incipiente. Las presiones y la contundencia de su guardia personal, que ejecuta en el acto a cualquier sospechoso de ser espía francés o español, son una pequeña parte de sus innovaciones. Tampoco es despreciable, por ejemplo, que reduzca los días de celebración de una boda de siete a tres, ni que prohíba bailar en público a las mujeres casadas.[11]

También tiene que haber espacio para los almacenes de intendencia y las asambleas de las cabilas que deben tomar graves decisiones en tiempos casi de guerra como los que se viven ahora. Decisiones tan importantes como la relacionada con una propuesta que está haciendo Abd el-Krim desde el mes de abril: poner en marcha un levantamiento general de todas las cabilas del Rif, cuando se lleve a cabo la exigencia previa de una victoria sobre los cristianos.

La rapidez y la urgencia de los acontecimientos, tanto en el plano bélico como en el civil, están obligando a Abd el-Krim a diseñar un Ejército y un seudo Estado sobre la marcha y de forma precipitada. Todo esto lo hace en Yebel el Qama.[12] Abd el-Krim no se detiene y decide dar un golpe político a todos los notables temsamaníes que han hecho acto de sumisión a España el 1 de enero en Melilla: les impone todo tipo de multas y les dice que la siguiente vez que incurran en actos similares se les confiscarán todos los bienes. Se siente fuerte. Es capaz de sacudir a fondo a los poderosos notables de Temsamán.[13] Y lo hace en su terreno.

Pero también conoce sus límites, porque la cultura rifeña es enemiga de que un

solo hombre domine ni la paz ni la guerra. Siempre hay asambleas que lo deciden todo, asambleas a las que pueden asistir todos los miembros de una tribu que, eso sí, puedan sostener un fusil.[14] Las mujeres, por supuesto, no tienen ninguna opción. Sobre sus derechos nadie se manifiesta. Ni siquiera se les pasa por la imaginación a los participantes en las asambleas la posibilidad de que tengan algo que decir allí.

Abd el-Krim se asegura de que siempre va a tener la mayoría en las asambleas que traten los asuntos que le importan. Las mujeres como Fathma pueden «desafiar las balas, recogiendo muertos, llevando agua a los harkeños en primera línea e, incluso, haciendo fuego».[15] Fathma tiene que segar cuando su marido está en Orán o en la harka. También le tiene que llevar agua y comida cuando está haciendo la guerra si se encuentra a una distancia razonable. Y debe darle hijos, y educarlos en la ley coránica. Y tendrá que curar sus heridas, siguiendo las instrucciones del tebib, cuando algún arumi le alcance con sus disparos… Pero no tiene nada que decir en la asamblea, salvo cuando se produzca una grave violación de sus derechos. En ese caso tendrá que defenderse a voces para que la Yemáa la escuche, ya que ella no puede entrar en ese recinto que es exclusivamente para hombres.[16]

Lo cierto es que las mujeres de los cristianos no tienen muchos más derechos legales. No pueden votar en las elecciones, por ejemplo. Hasta noviembre de 1933 las mujeres españolas, encabezadas por Clara Campoamor y otras feministas, no podrán ejercer su derecho al voto, reconocido en la Constitución republicana de 1931. A las mujeres de los guerreros arumis todavía les faltan doce años para ser legalmente superiores a la rifeñas. Sus maridos, los soldados cristianos, ocupan las fuentes donde las rifeñas se reúnen, donde intercambian mensajes y confidencias. Ese es un motivo más para odiar al cristiano.[17] Los trovadores del Rif cantan esta cruel interferencia.

DE CÓMO COMBATEN LOS RIFEÑOS

Y LOS ESPAÑOLES

Sin duda, los rifeños son hombres bien aguerridos. Desde muy temprana edad se adentran en el mundo de las armas, por juego, por tradición, por mero instinto de

supervivencia. Todo hombre que se precie lleva un fusil, y eso marca:

Son los mejores guerreros del mundo. Poseen sobre todo una cualidad maestra: el desprecio absoluto al peligro, y una maravillosa facultad innata a la exploración del terreno, una seguridad excepcional en el tiro, una noción increíble de la táctica, de la maniobra envolvente, del ataque relámpago por los flancos y, finalmente, una frugalidad que elimina la necesidad de repostar y confiere a sus formaciones, o mejor dicho a sus grupos, una movilidad asombrosa.

Así son los rifeños, una tribu de una raza pura y primitiva, guerreros incomparables pero incapaces de soportar una autoridad que no emane de las personas que ellos hayan elegido.[18]

Los rifeños son bereberes, pero los árabes musulmanes han conseguido convertirles a la religión de Mahoma, a unos más que a otros, eso sí, aunque en eso se queda su dominación, lo que no es poco, pero no es suficiente a ojos del Majzén. No hay forma de obligar a las tribus del norte a que paguen todos los impuestos que deberían satisfacer para las múltiples necesidades del Estado que encabeza el sultán, excepto, al parecer, en el Rif.

La islamización de los bereberes la puso en marcha Musa Ibn Nusair, que ordenó a su jefe militar, Tarik Ibn Ziad, cruzar el Estrecho y comenzar la islamización de la Hispania de la época. El personaje de ficción conocido por el «moro Muza», tan caro a la mitología popular española, es él.

Casi todos los primogénitos de cualquier estirpe rifeña se llaman Mohamed, como el profeta. Mohamed, Mohand en lengua bereber, es uno de los muchos Mohamed que viven y se sienten parte de los bocoia, los «intrépidos» en lengua bereber. Mohamed, siguiendo los dictados del jefe de su tribu, ha cogido su fusil, un Lebel francés capaz de cargar cuatro balas, de ahí le viene el nombre «de a cuatro» en bereber, nuevecito, al que cuida con gran esmero, ha comprobado que funcionan todos sus mecanismos y ha llenado sus alforjas de cartuchos del calibre 8 milímetros.

Para los rifeños, poseer un fusil no sólo es un signo de autoridad, de poder, sino

también de supervivencia.[19] Por ello, en todas las casas tiene que haber al menos un fusil. Los que no lo tienen, han de pactar con familiares próximos su auxilio en caso de una agresión o un conflicto con otras familias.

Los bocoia son los grandes traficantes y compradores de armas de contrabando,[20] y Mohamed se precia de tener un fusil en tan buen estado que puede disparar sus mortíferos proyectiles a más de cuatro mil metros. Todos los hombres adultos de la tribu han ido guardando el dinero necesario, unos cincuenta duros españoles, para hacerse con ese fusil francés o con un Mauser de fabricación española o, por mucho menos dinero, uno viejo de marca Remington fabricado en Gran Bretaña. Se calcula que los bocoia tienen unos dos mil fusiles. No está nada mal, si se considera que en total la tribu la forman 25.000 personas.[21]

Antes de salir en compañía de otros hombres de Alhucemas para unirse a quienes ya luchan victoriosamente a las órdenes de Abd el-Krim, Mohamed ha llenado de té su cantimplora y se ha provisto de higos y de frutos secos, aunque no en gran cantidad porque son un lujo, que ha guardado en la capucha de su chilaba junto a algún mendrugo de cebada completa, la frugal dieta del combatiente rifeño. Nadie sabe lo que puede durar la lucha. Mejor ir cubierto para varios días, dos o tres máximo, lo que puede durar su provisión, salvo que los relevos garanticen también el abastecimiento. Unas alpargatas de esparto trenzado, con su repuesto en bandolera por si el camino destroza el primer par, completan el equipo de guerra de Mohamed.

La participación en una harka es una obligación de todos los varones adultos válidos y que sepan manejar un fusil, que son la gran mayoría, no sólo entre los bocoia, sino entre los miembros de cualquier tribu rifeña. Entre ellos, no hay ningún periodo de servicio militar. Ese tipo de educación forma parte de las obligaciones de cualquier chiquillo, algo que, además, hacen todos entusiasmados. Mohamed tiene que participar en la harka porque así se ha decidido en su tribu. Va a intentar matar infieles, arumis, y puede ser que, cuando todo acabe, vuelva a su aduar con un gran botín, no sólo de armas.

En época de guerra o cualquier otro conflicto, como tener que defenderse de la agresión de otra cabila o de la amenaza de una mehala, generalmente de castigo, o sea, enviada por el sultán, la instrucción e intercambio de fusiles entre los rifeños de un mismo aduar se considera un acto de obligado cumplimiento.

Respecto al sultán de turno, el Rif ha conservado una especie de autonomía que

muchos atribuyen al carácter independiente, libre y anárquico de esta región, y de estas gentes. Los rifeños no digieren bien la autoridad, ni siquiera entre los de la misma comunidad, y menos aún si se trata de un extranjero. Para ellos, el sultán lo es. De ahí el nombre de blad assiba con el que el sultanato denomina al Rif, que significa algo así como el país de los insumisos. Y lo son: por ejemplo, no pagan tributos al sultán, el rey común de los marroquíes.

Esta especie de anarquía está gobernada por oligarcas cheij, amghar, azejif…, los nombres que va tomando la autoridad según crezca la esfera de influencia, que se eligen de acuerdo con reglas establecidas ancestralmente por un derecho consuetudinario que es, lógicamente, muy inestable. Las alianzas entre clanes, fracciones y cabilas son extraordinariamente frágiles. En este ambiente, el instinto de defensa es casi natural. El valor del fusil se vuelve determinante. Con las diferencias que se quiera encontrar, es algo así como la primera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de América, que consagra el derecho de los ciudadanos a ir armados para defenderse incluso del Estado. Pero hay una diferencia: se trata de una ley no escrita, lo que quizás la haga más permanente.

El reclutamiento, la movilización de los miembros de la harka, depende de la gravedad de la situación y, aunque sea un deber ineludible, tiene que respetar una serie de condiciones. Por ejemplo, dependiendo de la duración y de la distancia del aduar a la zona de conflicto, puede ser rotatoria y, en consecuencia, se organizan relevos. Cuando no es posible, al menos hay que dejar un varón en cada casa. En casos extremos, se delegan todas las tareas agrícolas en las mujeres. Ahora, las circunstancias son tan extraordinarias que incluso algunas mujeres participan en la harka, en tareas como el cuidado de los heridos o el aprovisionamiento de víveres o de agua, que llevan en sus gamburas.

Al frente del grupo o contingente que se moviliza en cada aldea, en cada aduar, va un notable de la comunidad. Varias aldeas forman un contingente mayor, el de fracción de cabila, cuyo mando se deposita en un cheij nombrado por los notables de las aldeas. Y por último, dependiendo de la cabila en cuestión, si hay más de una fracción, como es el caso de los bocoia, que tienen dos, al frente se pone a un hombre, que recibe el nombre de caíd. La elección responde al antiguo sistema de organización tribal de los rifeños, que tienen en la Yemáa, una especie de asamblea o consejo, la legitimidad para imponer y sancionar lo acordado.

Familia y clanes familiares constituyen un aduar. Varios aduares constituyen una fracción, y varias fracciones forman una cabila. La cabila de los aituariaguelíes o

beniurriaguelíes es la más importante en extensión y población en toda la zona.

Los hombres convocados tienen que desplazarse hasta la zona de conflicto que se fije. Los contingentes armados de cada cabila se responsabilizan prioritariamente de su defensa, lo que es lógico, ya que conocen el terreno y los recursos de la misma. Pero no siempre es así. La mayoría de las veces tienen que desplazarse hasta la zona de conflicto que fije la asamblea de las Yemáas, que se llama Agrau. Las Yemáas se convocan a nivel de aduar y fracción, pero el Agrau a nivel de cabila. La convocatoria de la Yemáa se suele hacer a la salida del rezo en la mezquita. Se fija el día y lugar de la reunión y los asuntos a tratar. Dependiendo de cuáles sean éstos, de su importancia y gravedad, así será la asistencia de los representantes de cada familia o azejif, de cada clan o amghar y de los notables que representan a la aldea en su conjunto. El notable puede tener uno de los siguientes atributos: ser docto en asuntos religiosos; tener más propiedades y familia o clan extensos; poseer más fusiles que los demás; o ser respetado por su pertenencia a alguna cofradía de religiosos y demostrar una conducta recta e imparcial para erigirse en árbitro o mediador. O al menos descender de alguien que sí lo fuera.

Para Mohamed, como para todos los chavales de su edad, ha llegado el momento de convertirse en un muyahidín, un guerrero de la harka. A la salida de la mezquita se ha producido el llamamiento, algo que se veía venir. Nadie puede negarse al mismo, pero, además, nadie quiere hacerlo. Un enorme botín y mucha gloria esperan a los guerreros.

Sobre la camisola y el zaragüel, Mohamed se pone una chilaba corta que permite correr y tiene una capucha a la espalda en forma de cono que, por el propio peso del contenido, no puede salirse aunque quien la vista vaya a zancada ligera. En ese cono irá buena parte de su alimento para los días que vengan, un par o tres a lo sumo.

Mohamed, el primogénito de una familia de Bocoia, se calza por fin unas alpargatas de esparto, con refuerzos en los talones para que los pies no se queden desprovistos de protección cuando haya que correr durante el combate, y se amarra bien la chilaba corta con el cinturón, también de esparto o de cuero si el harkeño puede costeárselo, con el que ciñe las ropas a su cuerpo.[22] Ya puede ir al combate, aunque, por supuesto, no olvidará ceñirse la bolsa de piel de cabra donde transporta las municiones.

El toque de corneta y no las voces de ningún mohecín ha levantado de sus improvisados lechos a otros rifeños: a los miembros de la 13.ª Mía de la Policía Indígena, que manda el capitán español Fortea, o a los de la 15.ª, que manda el también capitán Margallo.[23] Los policías indígenas no son ahora muy populares en ninguna parte. Entre los españoles, porque se teme – con bastante razón – que puedan «darse la vuelta». Y entre sus compatriotas rifeños, por razones obvias: les llaman «los traidores» o «los hijos de las monjas» en referencia a los vendidos a los cristianos, uno de los peores insultos para un musulmán.[24]

Los rifeños aman más a un fusil, la fusila, que a la palabra divina. Es más fuerte la idea de utilizarlo que saber en qué pasaje del Corán está escrito lo de la guerra contra los infieles. Y al mismo tiempo que Mohamed toma su fusil para respetar la llamada a la lucha hay otro Mohamed que se debate entre la obediencia a que se ha comprometido con los españoles y la exigente llamada al combate del jefe de la harka, el cheij de su aduar. Es un soldado a sueldo de la 13.ª Mía de la Policía Indígena. Cobra por su empleo 2,50 pesetas diarias, lo que puede librar a parte de su familia de la terrible hambruna que asuela el Rif desde hace cinco años.

El Mohamed de la Policía Indígena casi siempre es un guelaia, o sea, natural de alguna de las cinco cabilas que viven en torno a Melilla. Conoce bien a los cristianos porque ha vivido a su lado toda su vida, y se sabe de memoria todas las carantoñas que pueden hacer para engatusarle, cómo maneja la harina, la carne de cordero, para que, a cambio, el guelaia le dé su trabajo o, como es el caso, se ponga el uniforme de la Policía y obedezca sus órdenes.

Los tiradores rifeños se colocan a veinte o más metros de distancia entre unos y otros si la orografía lo permite. Un cañonazo de los españoles puede causar, si es muy atinado, una o dos bajas a lo sumo en su respuesta. Aunque lo más probable es que no provoque ninguna. El tirador tiene tiempo de sobra para irse antes de que llegue una patrulla para socorrer a uno de los que hacen el servicio de aguada, que suelen ser las víctimas favoritas de los tiradores. La patrulla «vengadora» hará siempre un gasto desmesurado de disparos. Sin embargo, el tirador ha conseguido con su disparo certero seguir el principio económico del Rif: un tiro, un muerto. Antes no había muchas balas. Y ahora tampoco. Son luchadores pobres.[25]

Cuando Silvestre conquista en el primer trimestre de 1921 Dar Drius, Tafersit, Beni Said y muchas otras posiciones, somete también y toma Monte Mauro. Tal

y como desea el general, se establecen decenas de pequeños nuevos puestos en tiempo récord y, lo que es más importante, Silvestre lo consigue sin aumentar apenas las tropas. [26] Lleva adelante un plan que parece el de un hombre descontrolado, pero no ha hecho sino aquello que su superior, el general Berenguer, y su más superior aún, el ministro de la Guerra, le han encomendado en función de sus planes sobre la zona:

Por lo que se refiere a Alhucemas sería un desvarío pensar en una acción militar en los momentos actuales. Otra cosa ocurrirá el día que tomado Tafersit y neutralizadas Temsamán, Beni Ulichec, Beni Tuzin y Beni Said la acción llegue directamente a Beni Urriaguel, en combinación con la influencia que sobre el Rif puede ejercerse desde Xauen, siendo entonces llegado el momento de pensar en afrontar el problema.[27]

Es el anuncio de que el objetivo es Alhucemas, y no puede sorprender a nadie. Pero sí puede encrespar a los más radicales, a los de Beni Urriaguel. Saben que los españoles necesitan su sumisión para dominar el Rif. La amenaza es constante, pero falta la fecha exacta para su concreción. Con su fórmula de conquistar, a toda velocidad y a todo trance, Silvestre y Berenguer no han hecho sino profundizar en los errores de «libro» del Ejército español en el norte de África. Posiciones aisladas, sin agua, mal comunicadas, con guarniciones insuficientes…[28]

El blocao es el centro de esa estrategia y un invento muy controvertido. Su nombre viene del alemán blockhaus, aunque la inspiración es sudafricana. Es una construcción de tamaño variable diseñada para que un grupo de soldados pueda resistir ataques de grandes contingentes enemigos. Tienen más aspilleras que ventanas porque es más importante disparar con seguridad que ventilar.

Los blocaos españoles no tienen aljibes que guarden agua para soportar un sitio, y por ello son abastecidos por convoyes que pasan cada dos días para suministrarles alimentos, agua o medicinas. También para evacuar, si es necesario, heridos o enfermos. La evacuación, en caso de ser imprescindible, se hace sobre mulas, equipadas con artolas, un atalaje que llevan las caballerías de modo que uno o dos pacientes pueden ir sentados.

El heliógrafo es muy importante en esas situaciones, imprescindible, porque permite que la información sobre necesidades fluya. Se trata de un ingenio que, a través de un sistema de espejos, aprovecha los rayos del sol para emitir un lenguaje visual parecido al morse. Necesita que haya sol para funcionar, pero en África eso no suele faltar, salvo durante las noches.

El asturiano José Díaz Fernández manda un pelotón de su compañía por la misma razón que ha hecho que otros hombres manden tropas en África, y es que sabe leer y escribir. Estudia Derecho y además ha escrito ya para el diario El Noroeste de Gijón crónicas que, cuando acabe su compromiso con el Ejército, seguirá haciendo para un diario de Madrid, ni más ni menos que El Sol. Eso todavía no lo sabe. José tiene que pasar dos meses metido en el blocao que le toca, en la zona de Yebala, que en árabe quiere decir montaña, muy hostilizada por las huestes de El Raisuni. Comparte claustrofobia con veinte soldados más, mandados todos por un sargento. Los hombres ven pasar los días con lentitud desesperante. La rutina se rompe sólo con la aparición periódica del convoy, que en ocasiones lleva correo. Los afortunados que reciben alguna misiva suelen irse a un rincón de la construcción para regodearse en la lectura solitaria.

El blocao es una estructura defensiva, normalmente expuesta a los disparos de los francotiradores rifeños. No conviene salir de su perímetro, que está reforzado por una alambrada y un parapeto de sacos terreros. La satisfacción de las necesidades fisiológicas conviene dejarla para las horas nocturnas. Pero tarde o temprano alguien comete la temeridad de tentar a la suerte, aunque sólo sea para darse el gusto de estirar bien las piernas. Entonces, a veces, suena un disparo que en ocasiones da en el blanco. Las voces de mando no se hacen esperar. «Todos a cubierto», grita el sargento o el cabo. Y se produce la ensalada de tiros, pero en una sola dirección porque los rifeños no malgastan las municiones. Los soldados españoles disparan hacia donde alguien ha visto una sombra o una nube de polvo. Poco a poco, el nutrido fuego cesa.

A veces, la agresión es más severa y se produce un combate mucho más serio. La noche suele ser la compañera de estos enfrentamientos. Los recluidos deben tener un especial cuidado para que los atacantes no puedan usar las aspilleras en beneficio propio. Si el contingente encerrado sufre alguna baja, tendrá que esperar al día siguiente para comunicarlo a través del heliógrafo y que el convoy lleve un oficial médico, si lo hay disponible, y una mula con artolas si hay que transportar al herido.

En algunas ocasiones, el blocao se construye en un lugar desde el que se domine algún aduar. Y no es muy frecuente, pero se puede dar el caso de que algún hombre hastiado abra fuego sobre una cabeza de ganado. Una cabra, por ejemplo. Arreglar un asunto así no es fácil. Suele costar mucho dinero o algunas heridas.

Cuando José Díaz cumpla los dos meses que le ha tocado vivir en el blocao se unirá a un convoy que, por fortuna, no va a llevar mulas con artolas, y seguramente no volverá la cara para ver qué deja atrás.[29] Según el soldado Eulogio de la Vega, allí dentro no es raro el suicidio:

¿Quién era capaz de resistir noches interminables en un blocao de madera de reducidas dimensiones, seis por cuatro metros para quince o veinte soldados, defendido por unos cuantos sacos terreros, sin provisiones de agua, armado de fusiles descalibrados, pendiente del menor ruido, tiritando de frío y miedo con los ojos borrosos por el esfuerzo, siempre pendiente de los convoyes de aprovisionamiento, con la sola ayuda de un heliógrafo, de un escapulario, del rosario que al partir te dio tu madre?[30]

5

La chulería de Silvestre

Aunque los confidentes informan al general Silvestre de que en Yebel el Qama se encuentra una harka dirigida por Abd el-Krim, la noticia no le preocupa. Sabe que el grupo hostil no es muy numeroso y confía en que se disuelva, como ha pasado tantas otras veces, por la desunión entre clanes o entre cabilas, por el hambre que asuela el Rif.

Silvestre acaba de tener una charla con el bocoia Civera, que viene a proponerle desembarcar por la costa de su cabila, en Morro Nuevo, sin más demora.[1] Ha de hacerse ya, pillar por sorpresa a Abd el-Krim y aprovechar que todo el Rif sufre de hambruna por las malas cosechas de los últimos años.

Civera ha demostrado hasta ahora ser un buen amigo de los españoles. Quiere su protección porque teme perder sus propiedades, adquiridas gracias al contrabando.[2] A Silvestre la idea de Civera le tienta, pero la descarta. ¿Tiene miedo a un fracaso? Está visto que los planes de desembarco están gafados, ¿o es que las fuerzas con las que se cuenta son insuficientes para llevarlo a cabo? Mejor seguir con el plan trazado y tomar Alhucemas por tierra. Además, su jefe, Berenguer, opina lo mismo.

Aun así duda, porque a pesar del entusiasmo general en el Estado Mayor no todos apoyan su idea obsesiva de seguir avanzando. Cuando se ocupó Beni Said, el teniente coronel Dávila ya se mostró reacio a nuevas operaciones. La toma de Annual incrementaría su preocupación: «Annual no nos dejará dormir, porque todo son barrancadas».[3]

En febrero, Silvestre encarga a Morales un informe para analizar la situación. Para el coronel, el avance ha sido demasiado rápido y ahora toca frenar el ritmo y centrarse en realizar una labor política. Calcula invertir todo el verano en ocupar pacíficamente las cabilas de Beni Ulichec y Beni Tuzin y aconseja esperar al próximo otoño para pasar el Nekor, «si queremos fiar el éxito más a la prudencia que a la audacia. […] Ocupado Sidi Dris, habrá que creer que se ha llegado al límite de elasticidad de las fuerzas». A Silvestre el informe no le gusta

y no tardará mucho en destituir a Morales de sus funciones.

Pero Silvestre no es un loco. No es ajeno a todos estos problemas que Morales le plantea, y es consciente de que no puede confiar en las cabilas que le han prometido fidelidad. Aun así, sigue adelante con su plan de avance y piensa que es mejor realizarlo de inmediato, antes de que llegue el tiempo de recolección que sabe que se espera, por fin, abundante. Algo muy bueno para los rifeños y un inconveniente para sus planes militares, aunque ahora encuentren un buen aliado en el hambre de los montañeses.

El 10 de marzo Silvestre comunica a Berenguer su plan de ataque, para su aprobación. Una vez cosechados los éxitos, ahora quiere ir a por todas, a la conquista de Alhucemas. Planea una ofensiva general en tres ejes: por la derecha, desde el mar, en la dirección Sidi Dris-Zoco el Telatza-Zoco el Sebt; por el centro, desde el interior, por Annual-Zoco el Jemis-Zoco el Arbáa; y por último desde la izquierda por Tizzi Azza-Igarmauas-Zoco el Had. La idea es rodear a los de Axdir desde el interior.

Este diseño operativo le enfrenta a cuatro grandes cabilas a la vez: Temsamán, Beni Tuzin, Tafersit y, por supuesto, Beni Urriaguel. También dejaría detrás a cuatro cabilas más, nada desdeñables: Beni Ulichec, Beni Said, Metalza y Beni Bu Yahi. Representan miles de fusiles plenamente operativos.[4] La única cabila que dará alguna muestra de auténtica sumisión será la de Beni Said, a la que pertenecen Dar Quebdani y Monte Mauro. Por supuesto, ninguna está desarmada. Berenguer le dará autorización para seguir con la ofensiva.

A principios de marzo las tropas españolas ocupan Sidi Dris, en la desembocadura del río Amekrán, a unos diez kilómetros hacia el norte de Annual. Una posición importante ya que desde ella se podrá suministrar por vía marítima el avituallamiento necesario a las posiciones del interior. La operación está autorizada desde principios de febrero, pero las lluvias han impedido llevarla a cabo antes.[5]

BERENGUER Y SILVESTRE EN EL GIRALDA

El general Dámaso Berenguer, muy contento con los éxitos militares cosechados

por Silvestre en la zona del Rif, decide felicitar en persona a su amigo y preparar los siguientes pasos para la ansiada, por ambos, toma de Alhucemas. El 28 de marzo Berenguer parte hacía Melilla a bordo del yate armado Giralda. Durante su viaje, el alto comisario realiza varias escalas para reunirse con notables de la zona, que le rinden pleitesía para su gran satisfacción. Por su parte, Silvestre, a bordo del cañonero Laya, llega puntual al peñón de Alhucemas, lugar previsto para el encuentro. Allí también se encuentran los notables de las cabilas amigas que han sido convocados para el evento. Berenguer se retrasa porque un fuerte temporal impide que desembarque. Silvestre, entonces, se acerca al Giralda para charlar con su jefe político, el también general Dámaso Berenguer, antes de reunirse con los jefes de las distintas cabilas que le esperan en el peñón.[6]

La reunión comienza sin el alto comisario, que acudirá más tarde. Todo esto les parece a los invitados una provocación calculada de los españoles. A lo anterior hay que añadir el despliegue de buques de guerra que se ha realizado en el peñón de Alhucemas, que no es bien recibido por los habitantes de Axdir y menos aún por los notables y caídes, convocados para reunirse con los generales. Todos los rifeños se alarman ante tal manifestación de fuerza. El coronel Morales, también. Desde la Oficina de Asuntos Indígenas, que aún dirige, dirá del alto comisario que «para demostrar que hacía algo, arribó una buena mañana con el lucido cortejo de varios buques de guerra a la plaza de Alhucemas». Califica la visita de Berenguer «de inoportuna por la época en que la hizo y de funesta por sus consecuencias». Además, Silvestre, crecido quizás por sus conquistas, no ha caído bien entre los notables.[7]

Silvestre mantiene en el peñón de Alhucemas una charla con su jefe político, el también general Dámaso Berenguer, y después una reunión con varios notables representantes de diversas cabilas. Entre ellos están dos rifeños de gran importancia política, el antiguo pirata Civera, de la cabila de los bocoia, y Solimán, o Soleimán Ben el Muyahid, cheij proespañol del linaje de Beni Zahra, el mismo que el de Abd el-Krim, quien ha prohibido taxativamente cualquier contacto con las autoridades españolas. Quien no obedezca sus órdenes perderá su casa, que será quemada, y serán confiscadas todas sus posesiones. Es una amenaza que no todos se toman en serio.

Civera y Solimán han decidido resistir a las presiones del que ya es claramente el jefe militar y político de la cabila de los Beni Urriaguel, la más poderosa del Rif. Y se presentan a la convocatoria de Silvestre. Tanto ellos como los demás notables presentes confían en que España les defenderá en caso de que haya

problemas.

La hostilidad entre Solimán y los Abd el-Krim viene de antaño, es una rivalidad entre clanes familiares del mismo linaje.

Se cuenta que los Abd el-Krim desbancaron a los Solimán de su liderazgo dentro del clan por la inclinación desmesurada de éstos a la acumulación de tierras y riquezas, mientras que ellos se dedicaron más a la instrucción y al conocimiento. Esfuerzo que les valió ser representantes del Majzén en el Rif, ya en tiempos del sultán alauí, Muley el Hassan I, el padre de Abdelaziz, conocido como «sultán marioneta».

Después de recibir a los notables «amigos de España» y departir con el alto comisario de Marruecos, Silvestre desembarca en Alhucemas por primera vez, donde le espera una apretada agenda. Las autoridades y sus escasos habitantes se han apresurado a recibirle por todo lo alto. «Campanas lanzadas al vuelo, colgaduras en los balcones y recibimiento oficial al Comandante General en la Comandancia Militar», dirá quizás con entusiasmo el corresponsal de El Telegrama del Rif allí desplazado.

En un día que se presenta perfecto, Silvestre se dedica a ensalzar allá por donde va las maravillas de Alhucemas, que pronto nada tendrá que envidiar a Melilla. Pero por la noche, en una velada en la Comandancia Militar a la que acuden civiles y militares, familias ilustres del lugar y periodistas, Silvestre, alegre y algo achispado, hace público ante todos sus planes militares: Alhucemas pronto dejará su aislamiento y se convertirá en la ciudadela avanzada de la zona que se ocupó.[8] Y por si no había quedado claro, pocos días más tarde, el alto comisario, el general Berenguer, lo confirma también públicamente: «en otoño estará sometido al Majzén todo el litoral mediterráneo de nuestra zona de influencia y podrán los barcos aproximarse a tierra sin riesgo de ser hostilizados […] Alhucemas, fruto maduro».[9]

El general Silvestre y Berenguer han cometido un error que cualquier militar con menos experiencia habría evitado cuidadosamente: anunciar públicamente el objetivo de sus próximos avances, que no es otro que Alhucemas y, por tanto, lugares como el Monte Abarrán, desde donde su ejército caerá sobre la codiciada bahía, pasando por el macizo del cabo de Quilates, un imponente peñón desde el que parece algo trivial ir al centro de la bahía, sobre Axdir, la cuna de Abd el-Krim y casi el cogollo de la cabila de los bocoia.

Ha habido ya, antes de esa fecha, muchas indiscreciones sobre lugares y momentos. El 22 febrero de 1919, el Diario de Noticias de Barcelona publicó una entrevista con el general Berenguer en la que dijo, quizás sin imaginar que los rifeños lean periódicos españoles, que «se van a efectuar importantes operaciones que nos darán el dominio de una extensa zona, cercana a nuestras playas de Alhucemas y el Peñón […] puedo participar que en abril y mayo próximos Melilla y quizás Alhucemas serán muy traídas y llevadas por la prensa».[10] Lo que dice el general es profético, pero a buen seguro no como le gustaría. Eso sí, se equivoca en un año.

Abd el-Krim no tendrá más que leer El Telegrama del Rif y confirmar lo que probablemente ya sabía: que Silvestre se dirige a tomar Alhucemas. Mientras, ha conseguido la adhesión de algunas cabilas occidentales como Beni Iteft, Beni Bufrah o Targuist, próximas a la isla de Vélez de la Gomera, con líderes muy conocidos como el cherif El Ajamlich y el cheij Sidi Hamido. Esto significa un fuerte reconocimiento a su persona como jefe de la resistencia contra el invasor arumi.

Ahora se dispone a castigar a los notables que han ido a Alhucemas a saludar al alto comisario. Tiene que eliminar todo rastro de antiguos colaboradores, pensionados, fundadores del Partido Español o confidentes, y no le tiembla la mano, aunque su padre haya sido uno de los que pusieron en marcha el movimiento.

Cuando Civera y Solimán regresan de la entrevista con Berenguer, les amenazan con una multa elevada y la quema de sus casas. Civera, como buen expirata y contrabandista de armas que es, negocia con Abd el-Krim. No sólo no es multado, sino que se suma a la causa: jura lealtad y luchar al lado de las filas de su harka, hasta el punto de que llegará a formar parte del núcleo de confianza y ser responsable de asuntos de Marina-transporte marítimo y provisión de armas en el futuro Gobierno rifeño.

A Solimán no le da tiempo a salvar su casa, y huye para pedir ayuda a los bocoia. Civera, su socio principal, le niega el socorro a pesar de ser amigos y compartir confidencias y turbios negocios con algunos militares, y le aconseja, para evitar el fuerte castigo, posiblemente la muerte, que busque refugio en la isla de Alhucemas. Ya nadie se anda con chiquitas en el Rif.

Efectivamente, Solimán se refugia en la isla. Relata los hechos a los

responsables militares y les propone bombardear Axdir.[11] La idea no es mal acogida.

Todo es más complicado y enrevesado de lo que parece porque, mientras Abd el-Krim se prepara para la guerra, maquina otras salidas: no descarta lograr la independencia del Rif bajo otra fórmula que no sea el enfrentamiento armado. Sigue pensando que, para alcanzar el liderazgo en su región, los únicos interlocutores válidos son los españoles. Está abierto a negociar, y lo intenta. Los españoles por su parte, también. Pero no va a ser él quien lo haga en persona porque tiene que asistir a una Yemáa con los principales jefes de su cabila para fijar e imponer multas al resto de los notables que han estado rindiendo pleitesía al alto comisario en Alhucemas. Los caídes que le han desobedecido son cuatro entre los sesenta de las cuatro fracciones de Beni Urriaguel. Según puede saber Antonio Got, Abd el-Krim les castiga con multas de hasta 3.000 pesetas, una cantidad muy elevada. Nada es ya de menor cuantía en el conflicto del Rif.

Su hermano M'hamed es quien, mientras tanto, mantiene una reunión con Antonio Got, un hombre de confianza del financiero vasco Horacio Echevarrieta cuyo trabajo fundamental en África consiste en acordar, con quien sea necesario hacerlo, las concesiones mineras, cuya riqueza se supone grande, en territorio del Rif. Got es un donostiarra de 43 años, capitán de Artillería en excedencia, que ha renunciado a su cargo como profesor en la Escuela de Artes y Oficios para ponerse al servicio del empresario Horacio Echevarrieta. Piensa, con bastante razón, que hablar con Abd el-Krim es imprescindible para lo que pretende, que es sobre todo comprobar la presunta riqueza de los yacimientos de hierro de Yebel Hamam, en terrenos de Beni Urriaguel.

Su jefe, Horacio Echevarrieta, es un magnate, un hombre importante e influyente. A principios de siglo heredó de su padre una de las mayores fortunas de Vizcaya, la Casa Echevarrieta y Larrínaga: terrenos, empresas extractivas de hierro, un astillero… y el interés por la política. En pocos años, Horacio convierte el negocio familiar en un imperio empresarial, diversificando sus actividades con intereses en el sector del carbón, de la electricidad, del transporte, de la inmobiliaria, de la construcción naval, de la industria militar y de la prensa… Echevarrieta deja pocas cosas de lado y siempre sabe usar el dinero. Para cada sector busca a la persona adecuada y Got, que es una mezcla de hombre de negocios y de aventurero, parece el más adecuado para el Rif y las minas. El afán por expandirse de Echevarrieta no tiene límites en apariencia, y las minas del Rif prometen. A pesar de sus contactos en las más altas esferas

políticas y financieras de España y de su amistad personal con el rey Alfonso XIII, Echevarrieta llega tarde al reparto de las minas más golosas, las de Uxian y Afra, y se centra entonces en descubrir nuevos posibles yacimientos, como los que se dice que hay en Beni Urriaguel, Beni Tuzin, Temsamán o Beni Ulichec…

Las autoridades españolas no ven con malos ojos que Echevarrieta quiera invertir en Marruecos. Al contrario. Porque encontrar a grupos financieros o empresas dispuestas a arriesgarse en emprender negocios en la zona del Protectorado español no es tarea fácil, sobre todo teniendo en cuenta la frágil y escasa estructura empresarial y financiera que existe en España.[12]

Pero, además, desde que la familia Abd el-Krim ha tomado distancia de las autoridades españolas, y se sabe que anda organizándose para luchar contra España, las relaciones que mantienen con unos y otros los antiguos agentes españoles bien pueden ser utilizadas para convencerles de que trabajen de nuevo para España. Cuando M'hamed se ve en las playas de Axdir con Antonio Got, hace ya una década que la familia Abd el-Krim está en contacto con compañías españolas y extranjeras interesadas en adquirir terrenos en el Rif.

En 1919, Guillermo Preus, director de la CEMR, se dirigió a Abd el-Krim para que le permitiera realizar prospecciones en la región de Alhucemas. Rafael Fernández de Castro, representante de la Compañía Española de Colonización, también contactó con él para que le vendiera tierras en la misma zona, en su caso, para la explotación agrícola. Pero las relaciones más intensas serán, sin duda, las que todavía mantiene Abd el-Krim con la Compañía Setolázar. Vienen de lejos, de antes del Protectorado, y van más allá de los negocios. Porque sus socios, los empresarios vascos Francisco Setuaín, Juan Olavarriaga y Félix Ortiz de Zárate son amigos íntimos de toda la familia hasta el punto de que han sido invitados a la boda de M'hamed, que se celebrará en octubre de 1920.

Asimismo, los Abd el-Krim conocen muy bien a Francisco Caballero, el representante de la Compañía Setolázar en Melilla. A través de él M'hamed, a su regreso a Axdir y aprovechando los conocimientos adquiridos en la Escuela de Minas, realiza, por cuenta de la compañía, mediciones y triangulaciones en terrenos donde supuestamente hay yacimientos mineros. Porque Setolázar, aunque comparte la explotación de las minas de Beni Bu Ifrur con otras empresas, tiene interés en obtener más concesiones.[13] La compañía tiene escrituradas a nombre de Abd el-Krim varias concesiones mineras y está dispuesta a facilitarle los «medios económicos que necesitéis ahí para nuestras

cosas». Setolázar apuesta fuerte y no sólo propone a la familia Abd el-Krim parte de los beneficios de las futuras explotaciones mineras, sino que autoriza a Caballero la entrega a la familia Abd el-Krim de las 40.000 pesetas solicitadas como adelanto para sus negocios, o sea, para repartir entre los líderes locales y poder así iniciar los trabajos preparatorios y de prospección para la futura explotación minera.

Abdessalam, el tío de Abd el-Krim, que es el único de la familia que puede moverse libremente sin levantar sospechas, es el encargado de cerrar el acuerdo en Melilla con Francisco Caballero. Todo ello en el más estricto secreto, porque nadie en Setolázar debe conocer estos tratos a excepción de los directivos.[14]

Cuando el 7 de abril M'hamed se reúne con Antonio Got en la bahía de Alhucemas, éste va acompañado del notable Dris ben Said, antiguo compañero de Abd el-Krim en la Universidad de Fez y que cuenta con la confianza absoluta de Silvestre. Ahora también está contratado por Horacio Echevarrieta. Es realmente difícil reunir tanta influencia en una sola persona. Dris ben Said es un auténtico prestidigitador de las relaciones sociales.

Los dos hombres, Got y Dris ben Said, son recibidos por M'hamed y Abdessalam, ambos con plenos poderes para representar a Abd el-Krim. A la reunión asiste también un buen número de jefes de la cabila de Beni Urriaguel. Antonio Got lleva en tratos con Abd el-Krim desde hace algunas semanas para que le ayude a adentrarse en el territorio y, sobre todo, para poder llegar a Yebel Hamam, donde se dice que hay yacimientos de hierro en forma de hematites y hierro magnético. Abd el-Krim no se lo ha desmentido; al contrario, le ha animado a ir allí y buscar información sobre el terreno. Su hermano M'hamed le puede echar una mano, levantando toda clase de planos. Tiene todo lo necesario para ello: «brújula, barómetro y aparatos de fotografía solar Kodaks clase mayor numero 8x14». Y luego tendrán que acordar la cantidad a abonar «para saciar la sed de los jefes de las cabilas y poder andar con cierta libertad en estos contornos», le ha dicho Abd el-Krim.[15]

La primera impresión de Antonio Got no es buena porque es imposible el acceso a Yebel Hamam, teniendo en cuenta la actitud hostil de los cabileños. La reunión prosigue y, poco a poco, Antonio Got va albergando esperanzas: harán lo que puedan. No hay que descartar que Got avanzara alguna cantidad monetaria para ablandar a los allí presentes. Incluso Berenguer llegará a sospechar que el representante de Setolázar habría entregado a Abd el-Krim 10.000 pesetas. Pero

no lo puede asegurar, y ordena entonces que se le vigile.

En todo caso, Antonio Got no sólo viene para hacer negocios, sino que tiene como objetivo parar la guerra. Ese es el trato al que ha llegado con las autoridades españolas, y en ese aspecto la reunión ha sido un éxito, o eso piensa él.

Dos días después, el 9 de abril, Got escribe una carta al coronel Morales desde Tetuán informándole de lo acontecido en la reunión. Después de hacerle partícipe de las quejas más importantes que le han manifestado los notables de las cabilas disidentes –principalmente que «no se implante en la zona de Melilla el Protectorado en la misma forma que viene haciéndose ésta en Tetuán» – , le traslada lo siguiente:

1.º Que se hallan dispuestos a tratar directamente con el general Silvestre sobre el reconocimiento del Majzén y sumisión a España; […] 2.º Que, dada la situación actual de Beni Urriaguel, estos tratos deberán llevarse a cabo con la mayor reserva y discreción. […] 3.º Que no admite más intermediario para todos estos casos que mi persona.[16]

Abd el-Krim está dispuesto a seguir con las negociaciones y emplaza a Got a una segunda entrevista en diez o quince días. Una vez informado el general Silvestre, el coronel Morales, en su nombre y por medio de Got, responde a Abd el-Krim: le hace saber de la buena disposición del comandante general de Melilla a alcanzar un acuerdo de paz, pero el tiempo apremia porque «el general Silvestre es hombre de poca paciencia».[17]

Y efectivamente, entre medias, Silvestre toma una decisión que cambiará el curso de los acontecimientos. Eso sí, sin que él lo sepa, ya que minusvalorará su importancia.

EL BOMBARDEO. CÓMO EMPEZAR UNA GUERRA

Los españoles, quizás con la participación de Morales y con la activa presencia de Solimán, quien ha sido el primero en proponer esta operación, deciden bombardear el suk del Rabáa de Sidi Bouafif, en Bukidán, cerca de Axdir, en un día de zoco, de mercado. La idea es intimidar a los rebeldes y proteger a los amigos de España que han sufrido las represalias de Abd el-Krim por ir a saludar al alto comisario y al comandante general de Melilla en Alhucemas. Silvestre tiene la autorización pertinente del alto comisario de Marruecos, que cree que hay que adoptar urgentemente las medidas que crea oportunas para contrarrestar la acción de los beniurriaguelíes contra los notables proespañoles. Sugiere que intervenga un cañonero y que también se emplee la aviación contra los rebeldes, eso sí, siempre que Berenguer lo considere conveniente.[18]

Es miércoles 13 de abril, el suk del Rabáa de Sidi Bouafif.[19] A ese mercado van los beniurriaguelíes, y los que organizan el bombardeo saben que el día de suk, en el derecho consuetudinario rifeño el Urf, es sagrado.

Nada ni nadie ha dado un grito de alarma. Una mujer cualquiera de alguna aldea colindante a Axdir ha sentido, primero, las explosiones y, luego, los gritos pidiendo auxilio. Fathma es madre de dos hijos, que por fortuna están con ella y se dejan dirigir por el exterior del mercado, donde tiene vetado el acceso por el hecho de ser mujer. El suk, el zoco, es terreno reservado a los hombres, que pueden cerrar los tratos en su nombre y el de la familia. Fathma puede realizar trabajos que a algunos les parecen poco importantes, como tener hijos o acarrear a sus espaldas los resultados de la casi siempre magra cosecha. Pero no puede ir al zoco. Lo tiene prohibido.

Con paso ágil, porque es joven, lleva a los niños a un lugar que parece seguro. Esquiva fardos de ropa en llamas y montañas de alimentos derribadas por gentes que se han dejado arrastrar por el pánico. Los gritos que oyen ella y sus hijos son los de los niños y los adultos varones heridos por las granadas que envían los arumis desde la isla de Nekor y desde el gran barco. Y luego, cuando los artilleros arumis alarguen el tiro buscando cualquier objetivo cerca de Axdir, pero ya fuera del recinto del mercado, se escuchan los gritos de las mujeres que ven cómo algún familiar se desangra ante ellas, que ven a uno de sus hijos con el brazo arrancado por la metralla. El humo de la pólvora y la metralla envuelven a las mujeres. Son ellas ahora las que caen destrozadas, taladradas por el metal ardiente, reventadas por las explosiones de las granadas. No pueden entrar en el suk porque lo prohíbe la Sharia, pero pueden morir en sus alrededores. Los cañones de los arumis democratizan la muerte. Los hijos de Fathma salen ilesos,

pero ella puede ver a su alrededor la sangre de muchos. Malditos arumis.[20]

La artillería reunida en el peñón es contundente. Y hay obuses de gran calibre, que manejan los soldados del 32.º Regimiento de Artillería que ocupa el islote. Por si no fuera suficiente, el cañonero Lauria, botado en Cartagena hace tan sólo diez años, apoya con sus cuatro cañones Vickers el bombardeo. En total salen del Lauria 134 granadas de acero y nueve de metralla, «haciendo excelentes blancos que pueden verse desde a bordo y desde la isla».[21]

En Bukidán, en su zoco concurrido sólo por hombres, todo arde de un costado a otro. Los gritos de las mujeres, que deambulan por los alrededores, o de los hombres desesperados e impotentes, y los llantos de los niños lo ocupan todo cuando el retumbar de las explosiones da una pequeña tregua. Los heridos y los muertos son pocos, aunque parecen decenas por el resultado en el zoco y sus alrededores.[22] Aunque nadie los cuenta, entre otras razones porque no hay hospitales adonde llevarles, ni cirujanos que puedan coser sus heridas. No hay nada que sirva para contener, ni siquiera medianamente, esa sangre.

Cada explosión deja, una vez que se ha extinguido su sonido y su terrible efecto visual, un reguero de miembros amputados. Hay cabezas que dejan al aire los sesos de su dueño, y ojos que nunca más servirán para ver, manos que no volverán a acariciar, y pies que no volverán a pasear por la playa.[23] Y, sobre todo, hay una enorme marea de rencor, que ocupa todo el Rif desde Axdir:

El avión desde el cielo, y la fragata desde el mar

¡oh! querida madre, cuánto he llorado

por la aldea grande cuando se quedó vacía.

Subió el avión y vuela con ruido tronador,

vino a bombardear al comandante de Axdir.

Subió el avión, pasando por Tizzi Azza

dejando a los musulmanes con sus condolencias.

Subió el avión al cielo, dejando estelas de humo,

es en Igarmaouasse donde provocó la ruina,

ha matado a Mohamed cuando aún era un crío.[24]

Desde el peñón, que protege con su geología a los poco expuestos artilleros, no se escucha apenas el griterío de dolor y de maldiciones que emiten, a tan sólo novecientos metros, los que hasta hace unos minutos eran, o parecían ser, pacíficos, aunque hambrientos, visitantes del zoco. Pero las figuras que se mueven con torpeza entre las explosiones de las granadas son moros. No hay que sentir lástima por ellos. Los soldados que sirven las piezas del peñón o del cañonero Lauria obedecen órdenes. Nada más.

El bombardeo dura muchas horas, con alguna pausa para que los oficiales que gobiernan cada pieza puedan corregir el tiro, ayudados – eso se dice – por algunos heliógrafos que señalan los blancos con precisión. Porque cuando el mando considera que ya es suficiente el castigo recibido por el zoco, los artilleros alargan el tiro para destruir a lo largo de los días siguientes, una por una, todas las casas a la vista, que alguien ha supuesto, no se sabe con qué argumentos, que pertenecen a moros rebeldes. No hay nadie que pueda desmentirles.[25]

¿El coronel Morales, jefe de la Policía Indígena, está al tanto de lo que allí sucede? El bombardeo del zoco supone un cambio radical en la política de conquista. A la eficaz pero lenta corrupción, han seguido las granadas. Al acercamiento político le ha seguido la intimidación. El caso es que hoy ha empezado una guerra. ¿Pero por qué hoy?

El bombardeo desde el cañonero o desde el islote no es ninguna novedad. Desgraciadamente, los rifeños están acostumbrados a la presencia de los cañoneros y, sobre todo, a las baterías de la isla, pero este bombardeo es sistemático y la continuación de las amenazas del general Silvestre a los notables. Abd el-Krim esperaba de él algo parecido, aunque no tan salvaje.

Hacía casi diez años que la Armada española no realizaba una misión tan dura, aunque no era la primera vez. En julio de 1909,

el cañonero Martín Alonso Pinzón marchó a la desembocadura del Kert, bombardeó el poblado de Bu Xefra y siguió luego hacia Poniente a lo largo de la costa, cañoneando los aduares de Beni Bu Talat, Sidi Mohamed el Ahdri y Sidi Hasan, hasta el río Azari, donde sufrió algún fuego de parte de algunos tiradores que, más tarde, al pasar el cañonero por delante de Bu Xefra para ir a fondear en Cabo Negri, volvieron a tirar sobre él.[26]

Unos meses más tarde, en septiembre de ese mismo año, una operación del general San Martín fue apoyada desde Mar Chica por la flotilla de lanchas artilladas que tuvo también como objetivo la destrucción de casas y de un poblado:

Nuestra artillería batió los caseríos, que en el avance fueron luego totalmente destruidos por los ingenieros, que volaron con explosivos cuantas edificaciones quedaban a nuestra retaguardia y después […] ocuparon el poblado de Majen-Mot-Brain, que fue talado y destruido casi totalmente por vivir en él varios de los jefes de la rebelión.[27]

En su día, este tipo de acciones generaron graves discrepancias entre algunos miembros del Gobierno: no todos veían con buenos ojos los bombardeos a la población civil y se temía que produjeran mal efecto en la opinión pública nacional y extranjera.[28] Pero en abril de 1921 a Silvestre no parecen importarle mucho las repercusiones que pueda acarrear el bombardeo del zoco. Y eso que atacar un mercado a pleno día sí que supone una novedad. No está claro que Morales esté metido en una decisión tan importante y menos aún que se haya tomado sin consultarle. No queda ninguna constancia de ello.

Pero sí se puede ver que en el Rif han cambiado muchas cosas, que Abd el-Krim ha terminado hoy, con la inestimable ayuda de los artilleros españoles, de tejer su anhelada jefatura militar y política sobre el Rif, sobre todo el Rif, camino de la República que desea presidir. De momento, su capacidad para conseguir los fondos necesarios para la guerra se ha acrecentado.[29]

Desde el punto de vista ideológico, Abd el-Krim es un revolucionario, por mucho que sus propuestas concretas sean las de un reformista. Porque el atraso de la sociedad rifeña y la obstinación colonialista de los españoles convierten cualquier cambio en una revolución. Durante su etapa como periodista en El Telegrama del Rif ha aprendido mucho a base de leer en francés y en español. En sus artículos deja ver su «admiración por Kemal Atatürk, el gran renovador del mundo musulmán, y por Mohamed Abduh, el gran reformador».[30]

Pero si quedaba algún proespañol entre los beniurriaguelíes y los bocoia, si había alguna posibilidad de negociación con ellos, acaban de bombardearla desde el islote fortificado y desde el cañonero. Los cañones han conseguido que los que dudaban del liderazgo de antiguos proespañoles, como lo han sido los miembros de la familia Abd el-Krim, despejen la duda. Los bombardeos han amplificado en los zocos el mensaje de que Mohamed Abd el-Krim es el gran muyahidín que se opone a la ocupación de El Rif. Los resistentes son héroes. Los proespañoles se convierten en miserables indignos de compasión.[31]

Los españoles han subestimado de nuevo la capacidad de su excolaborador, que va a saber rentabilizar ese bombardeo para afianzarse de una vez por todas como el gran líder que necesita el Rif en rebeldía.

El coronel Gabriel Morales y el general Silvestre pueden imaginar cómo les habrá sentado al líder rifeño y su entorno el bombardeo del zoco de Rabáa de Sidi Bouafif, en Bukidán, cerca de Axdir. Está claro que ha sido una declaración de guerra. Quizás no saben que Axdir se convertirá enseguida en un símbolo.

6

¿Una tregua?

Después del bombardeo de los españoles en Axdir, el 17 de abril de 1921, Berenguer da cuenta a Madrid de que la ocupación de Alhucemas no puede realizarse de inmediato porque «en mi opinión, la labor política no había progresado gran cosa por allí». Sin embargo, afirma que «la empresa militar de ocupar la bahía no tiene dificultades de gran monta». El general comenta de pasada los sucesos ocurridos en Axdir e informa de que los ánimos están caldeados. Berenguer no está muy seguro del verdadero poder de la familia Abd el-Krim, aunque ya sabe que destacan entre los suyos. Ha pedido cautela a Silvestre en sus negociaciones con ellos, pero está dispuesto a llegar a un acuerdo si piden perdón. Por su parte, Silvestre considera que en Temsamán «la situación no ha variado. Tampoco en Beni Tuzin hay variación sensible. En la zona ocupada reina la mayor satisfacción y alegría por la cosecha, ya muy próxima, que va a ser verdaderamente espléndida».[1]

Su plan ahora es dirigir los primeros pasos sobre Beni Tuzin a fin de fortalecer su flanco izquierdo, cerrando la comunicación entre Tizzi Aza y Beni Urriaguel para que los contingentes rebeldes que pudieran llegar hasta Axdir desde Temsamán no puedan desplazarse fácilmente al llano de Beni Tuzin, en Midar, contiguo a Metalza, ya que por ese collado es por donde se comunican estas cabilas entre sí. Silvestre pronto cambiará de idea, aunque Berenguer no lo sabrá hasta después de los sucesos de Abarrán, ya que la carta del comandante general de Melilla le llegará con unos días de retraso. «¿Qué ocurrió para que, después de escrita esta carta y concentradas las tropas para operar en Beni Tuzin, variase repentinamente de opinión en dos días y se lanzara sobre Abarrán?», se preguntará más tarde Berenguer, probablemente con el propósito de eludir sus responsabilidades…[2]

Mientras, Abd el-Krim continúa preparándose sobre el terreno: el jefe rifeño ha colocado una avanzadilla en una de las lomas que hay detrás de Beni Bu Yacob, a unos tres kilómetros de éste y próximo al morabo de Sidi Seliman. También ha establecido una guardia permanente en la divisoria de Quilates, cerca del santuario de Sidi Chaib.[3] A los temsamaníes que se mantenían fieles a España les

resultará más difícil seguir siéndolo, ya que Abd el-Krim se adentra en su territorio y además ha hecho rehenes a algunos notables de Temsamán. Están entre dos fuegos y, muy pronto, los indecisos se verán forzados a tomar partido.[4]

Antes de nada, Silvestre quiere emprender, con la autorización pertinente de su superior, un viaje de un mes de permiso a la península. Y se va el 21 de abril. Le esperan muchos reconocimientos y, sobre todo, el muy cálido abrazo del rey Alfonso XIII. Del Monarca espera un impulso público a su idea de cómo hay que someter Marruecos.

Entretanto, Abd el-Krim sabe de los públicos proyectos de Silvestre, y cree que dispone de medios suficientes con los que intentar impedir que los lleve a cabo.

Abd el-Krim actúa como uno de los participantes en una guerra que ya ha empezado. Silvestre no, porque quizás se resiste a creer que esa guerra existe. Después de lo de Axdir, el odio al arumi es ya una realidad. El bombardeo ha sido muy eficaz para que todas las tribus del Rif tengan el mismo sentimiento de odio contra los cristianos. Antaño, al menos durante épocas largas, el sistema de dominación se basaba en dinero a través de pensionados y pago a confidentes, comercio con la isla… Ahora, en bombas. El arumi mata a mujeres, niños y ancianos desde su supremacía militar. Incluso en día de suk.

Es fácil capitalizar este discurso y se vende bien en los zocos donde Abd el-Krim pregona, a través de sus emisarios, su proyecto anticolonial. Los ánimos ya están caldeados. El bombardeo de Axdir no es el primero que sufren los rifeños, ni el que más víctimas ha provocado, pero ha tenido el valor de convertirse en un símbolo. De hecho, en la arenga en la que Abd el-Krim se proclama líder de la resistencia unos días antes de Abarrán, muchos notables utilizan estos argumentos, sin nombres propios, junto con los pasajes del Corán que hacen referencia a la Yihad. Aunque la audiencia poco puede entender, no hace falta más para encandilar a una gente que ya está ardiendo desde antes de su llegada. Hay odio, por supuesto. Y además acumulado desde mucho tiempo antes.

El otro argumento es, obviamente, el expolio de las riquezas mineras. Las únicas posibles, porque la naturaleza tanto geológica como climatológica ha sido cruelmente desagradecida en estos páramos, eriales y peñascales que conforman el Rif. Unas riquezas mineras irrisorias para una empresa tan costosa en vidas.[5]

Abd el-Krim lleva tiempo repitiendo a los suyos la necesidad de trabajar con las

compañías mineras porque éstas les proporcionarán dinero abundante y trabajo. También por esa razón hay que evitar que los españoles se metan en su territorio.

Es necesario organizar un Gobierno, una Policía, un sistema de recaudación de impuestos para tratar con los españoles en igualdad, y no como subordinados. La harka podría así servir como elemento de presión, para conseguir que los españoles accedan a negociar.[6] Con estos argumentos, Abd el-Krim intentará que los más dubitativos, como los temsamaníes, se pongan de su lado.

EL GRAN JURAMENTO EN YEBEL EL QAMA

A finales de abril, en Yebel el Qama, territorio de la cabila de Temsamán, se han reunido varias docenas de hombres, todos notables de fracciones o de tribus rifeñas. Es la primera vez que lo hacen después de la muerte de Abd el-Krim padre. Les ha convocado el hijo. El hecho de que acudan todos los llamados da una idea del prestigio que ha ido tomando el que ya casi todo el mundo conoce como Si Mohand.

De la reunión salen dos decisiones firmes: la primera, que Mohamed Abd el-Krim, que ha ido al encuentro acompañado por otros veinte miembros de la fracción de Ait Yusef, va a ser el caíd de todos los rifeños rebeldes. La segunda, que el enemigo tiene que ser expulsado por la fuerza. Un enemigo que ya es calificado como «la bestia», que es una de las señales descritas en el Corán para anunciar el fin del mundo. Cuando eso le beneficia, Abd el-Krim no reniega de los matices religiosos.

La reunión ha tenido algunos encontronazos. El temsamaní Al-lal Ben Haj Buaza, conocido también por El Budadi, y sus hermanos, todos ellos de Yebel el Qama, donde se celebra el encuentro, están en contra del acuerdo. Pero otro temsamaní, el chej Omar Ofkir, responde con energía a El Budadi: «Estos son nuestros hermanos musulmanes, de Beni Urriaguel, si tú estás con los españoles, ponnos al corriente para que decidamos qué debemos hacer contigo».[7] Los beniurriaguelíes presentes dicen con claridad que se enfrentarán hasta la muerte si es preciso con aquéllos que contradigan lo acordado. El Budadi abandona cabizbajo la reunión, y se va con sus hermanos a casa. Ahora, ser partidario de los españoles es muy arriesgado.

Los reunidos se conjuran para combatir juntos al enemigo. Son beniurriaguelíes, de Bocoia y de Beni Tuzin. Los temsamaníes están divididos, lo que tendrá consecuencias importantes.

En todo caso, el Rif ya está preparado para la guerra que ha empezado en lugares como Axdir. Las distintas tribus y sus fracciones se van sumando a la rebelión a la espera de que se produzca la señal. Los españoles no lo saben. El casi siempre eficiente servicio de información del coronel Morales no da noticia de ello, no habla de los preparativos bélicos, aunque podría deducirlo de sus propios informes.

Según informaciones de la Oficina de Asuntos Indígenas, la harka reunida por Abd el-Krim después de esta reunión en Yebel el Qama llega a unos tres mil hombres.[8] Son casi todos beniurriaguelíes, aunque también hay muchos guerreros que vienen de otras tribus, como Temsamán, por muy dividida que esté todavía, que es fronteriza con la de Beni Urriaguel y en cuyo territorio se encuentra el monte Abarrán. No va a ser difícil conseguir multiplicar esa cifra de hombres en la harka rebelde. Lo de Axdir y una victoria militar serán bastante para hacer que el Rif sea un pueblo en armas. A Temsamán, los servicios de Inteligencia de Morales le adjudican casi cinco mil fusiles. El sueño de cualquier general: Valmy, la nación en armas, está muy cerca.

Esto es muy importante porque Abd el-Krim no sueña con una guerra de religión, sino con unificar a su pueblo, a todos los rifeños, para construir una república, la República del Rif. Sin embargo, este proyecto no es del todo nuevo. Lo que sí es nuevo, radicalmente nuevo, es que ahora es posible. Frente a España y, por supuesto, frente al sultán, que a buen seguro empleará toda la fuerza que esté en su mano para que esa República no nazca, para que nada se oponga a un Marruecos unido.

El 10 de mayo, Silvestre pone fin a sus vacaciones y abandona la península. Sin necesidad de ningún apoyo externo como el de Berenguer, el comandante general de Melilla clama desde la borda del barco que le devuelve a Melilla que se va «¡a Alhucemas!», con autorización del Rey.[9] El general ha estado con Alfonso XIII, y es seguro que sabe de qué habla. Ha tenido conversaciones privadas con el Monarca, y ahora es capaz de gritar en público que puede ir allí. No necesita más permisos. Desde 1914, el Rey puede despachar con los militares sin que el Gobierno intervenga en ello.[10] Con mucha razón, el general Silvestre puede gritar lo que le venga en gana porque le avala Alfonso XIII. Se siente tan

fuerte que no tiene que negociar nada. Le basta con el Ejército que tiene, aunque esté podrido por algunos oficiales corruptos y repleto de soldados que no han recibido suficiente instrucción de tiro y además tienen un miedo atávico a los moros. Silvestre confía en su valor y en su baraka para vencer todas las dificultades que se le presenten.

En Valladolid, donde el 23 de abril se ha producido el encuentro entre en el Rey y Silvestre, se ha celebrado después una fiesta militar. Silvestre se ha encontrado allí con el teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, que se atreve a decir, y ante «varias personas», que «la situación en África, por efecto de la inmoralidad reinante y sobre todo por haberse entregado al juego muchos de los jefes y oficiales allí destinados, tenía que producir, y no tardando mucho, una verdadera catástrofe».[11] Después, el general Silvestre y el ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, han vuelto a Madrid. Van a reunirse varias veces «entre papeles» en el despacho del Palacio de Buenavista. Silvestre pide lo de siempre: dinero, hombres, medios. Pero se va sin nada de eso. A cambio tiene algo tan importante como lo que él piensa que es una autorización del Rey para poner en marcha sus ideas.

Una vez en tierras africanas, Silvestre se pone al día.

El 20 de mayo, el coronel Manuel Civantos Buenaño, comandante en jefe del peñón de Alhucemas, ha recibido una carta de uno de sus informadores, apodado Sultán, que describe cómo se las gasta el líder rifeño:

Si Mohand ahora está muy valiente y es el jefe que más puede en Beni Urriaguel; antes no podía hacer nada, porque en presencia de su padre no se atrevía, pero ahora que es el único jefe, trabaja con entera independencia y se atreve a todo […] va como un montañés, todo tostado por el sol y sucio, pues no tiene tiempo ni para lavarse […] también explica el Jatabi la manera de combatir que tienen que emplear, siguiendo las enseñanzas modernas.[12]

El informante marca de inicio su respeto por el personaje, al utilizar la partícula «Si» antes del nombre, en lengua bereber «Mohand», que sólo se usa para quien es culto, letrado, docto. Es algo así como «el señor Mohamed». Luego, detalla algunas de esas enseñanzas militares, de modo que, por ejemplo, cada fracción

tiene que luchar reunida, bajo una bandera, y con los jefes a retaguardia para no caer víctima del fuego enemigo, actuando en coordinación con otras y «bajo un mando único», el de Abd el-Krim. Según Sultán, el líder había enviado algunos hombres a las cabilas, para comprar cartuchos, que pagaban a un duro por encima del precio habitual por cada centena. Se seguía trabajando en la reparación de un cañón y se multiplicaban las hogueras y las descargas de fusilería para convocar gente a la harka.

Silvestre sabe que Abd el-Krim ya es el líder de los harkeños. El aparato de Morales lo certifica. El 21 de mayo, Silvestre se lo dice a su superior, Berenguer: «[…] hoy puede decirse que es el jefe de la harka». También le informa de la satisfacción que reina en la zona sometida por la abundante cosecha. Beni Said y Beni Ulichec siguen completamente tranquilas. En cuanto a Temsamán y Beni Urriaguel, Silvestre dice que «están tan íntimamente unidas las políticas de las dos cabilas, que no cabe separarlas».[13] Esa conclusión la olvidará después, o al menos así lo parecerá.

Entretanto, a pocos kilómetros al sur de Yebel el Qama, Abd el-Krim ha instalado otro puesto, con vistas al valle de Amekrán, desde donde puede vigilar todos los movimientos de los españoles, de Annual a Sidi Dris. Y, aunque parezca mentira a estas alturas, los contactos entre la Oficina de Asuntos Indígenas y Abd el-Krim prosiguen. Los intermediarios son el omnipresente Got y Mohamed Azerkan, el Pajarito, que no han dejado de intercambiarse cartas con el coronel Morales, interlocutor designado por Silvestre para llevar a cabo las negociaciones.

El 16 de mayo, el jefe rifeño tiene una reunión más con el, entre otras cosas, comerciante Antonio Got. Esta vez, sin personas interpuestas. Una numerosa escolta de rifeños armados espera en la playa de Axdir al conseguidor. Los hombres que le reciben no tienen el menor empacho en mostrarle su irritación contra Silvestre por agresiones como el cañoneo indiscriminado del zoco, así como de los aduares colindantes, y por sus avances. Según el entorno de El Jatabi, se levantan harkas para evitar que los soldados españoles les sorprendan llegando al río Nekor.

Abd el-Krim está todavía en una fase que no rehúye el acuerdo con los españoles. Propone la creación de una Policía Indígena, de quinientos a mil hombres, que, bajo control rifeño, o sea de él, asegure el orden en el territorio.[14] No se puede dar credibilidad a que quiera arreglar la situación a través de

algunas concesiones menores sobre la Policía. ¿Está intentado jugar con Morales y, por tanto, con Silvestre?

Después de la charla con Abd el-Krim, Got afirma que el rifeño le ha hablado de cómo tomar el cabo Quilates, en Temsamán, y el cabo del Morro, en territorio de los bocoia, pero que su interlocutor le dice que Silvestre tiene que esperar, que no debe ir a Alhucemas antes del otoño, que no puede pasar del río Amekrán, porque los temsamaníes y los benitusines serán los primeros en oponerse.

Varios días después, Got le trasmite a Morales el mensaje de Abd el-Krim para Silvestre: «Dile a tu general que no pase de Amekrán». El señor Got está angustiado por la reunión tensa que ha mantenido con Abd el-Krim y por el ultimátum que le ha lanzado en última instancia. Piensa que es importante y así se lo adelanta a Silvestre cuando le ve, pero el general no quiere oír nada de boca del mensajero: «no quiero saber nada, ¿lo oye usted? Nada de ese…, de Abd el-Krim […] ¡Yo iré donde deba y quiera, cuando quiera y aunque no quieran todos los Abdelkrines del mundo!».[15]

Posiblemente Silvestre tenga razón. Es probable que Abd el-Krim quiera ganar tiempo, que es algo que Silvestre no tiene. El general español apresura sus proyectos. El Amekrán, el río grande, es el que separa las cabilas de Beni Ulichec y Temsamán. Según Abd el-Krim, entre las dos cabilas han puesto en marcha una harka de 3.000 guerreros. En realidad, Silvestre no sabe qué pensar de las noticias que le trae Antonio Got sobre el encuentro con Abd el-Krim: «lo mismo puede ser una habilidad para cubrirse si las cosas salen mal que hija del convencimiento de que España ha de ir a Beni Urriaguel».[16]

Además, también sabe a través de Got que Abd el-Krim trata de poner otro puesto en Abarrán. Y no está dispuesto a que eso ocurra. Tiene la autorización expresa de Berenguer para sus planes de avance y la oficiosa del Rey. No puede permitir que Abd el-Krim se le adelante en la toma de Abarrán. Si hasta ahora no tenía prisa, hasta el punto de haberse tomado un mes de permiso, ahora sí la tiene, y mucha.[17] Silvestre piensa que debe tomar Abarrán ya.

Una vez decidida la toma de Abarrán, el general ordena al comandante Jesús Villar que haga las gestiones para organizar una harka «amiga» que ayude en la operación. O sea, le da dinero.

Silvestre destituye a Morales de sus funciones y, a partir de ahora, será Villar el

encargado de negociar con las cabilas.

Villar es un cántabro de Laredo y pertenece al arma de Caballería. Ambas cosas, quizás, contribuyen a hacer de él un «hombrón» de los que asustan en los bares. Desde luego, Jesús Villar es mucho más del gusto del general Silvestre que el reflexivo Gabriel Morales. Villar es corajudo, tiene los «tres cojones» que Silvestre pide a sus oficiales. Y nunca se le va a ocurrir aconsejar prudencia a su jefe.

Silvestre envía a Villar de avanzadilla para preparar políticamente la toma de Abarrán. Olvida que él mismo considera, y lo ha dicho en voz alta, que «Temsamán y Beni Urriaguel están tan íntimamente unidas, que las políticas de las dos cabilas no cabe separarlas y hay que exponerlas en conjunto».[18]

Por supuesto nadie le ha dicho a Villar que ha habido discrepancias en Temsamán en torno a las relaciones con los españoles. Nadie le ha hablado del enfrentamiento entre Al-lal Buaza y Omar Ofkir. En realidad, Villar no sabe apenas nada de esos rifeños. O eso parece, al menos. Ignora las tensiones internas de los temsamaníes, pero les da toda la información sobre las intenciones de Silvestre. Les pregunta si están de acuerdo y si van a apoyar la ocupación del monte Abarrán. Puede ser que Villar imponga a otros parroquianos cuando esté acodado sobre la barra de un bar, pero también puede ser que se trate de un pésimo jugador de mus. «Los Temsamán engañaron a Silvestre», dirá un fiscal.[19] En realidad, el engaño no es directamente a Silvestre, sino a sus oficiales de Policía Indígena, que son incapaces de darse cuenta de la situación. Y el mayor responsable es el comandante Jesús Villar.

Abd el-Krim ya lo sabe: Silvestre quiere tomar Abarrán y evitar que lo haga él antes. Villar se lo ha dicho al hablarlo con los de Temsamán. Su enemigo ha cometido el error imprudente de anunciarlo, y él ha decidido esperar y dejarle hacer. El momento para las fuerzas de Abd el-Krim también lo decidirá, sin saberlo, el general Silvestre.

7

Hacia el enfrentamiento

Abd el-Krim empieza a prepararlo todo. Lo tiene en su mano. Sólo le falta la fecha. Sabe dónde, aunque no cuándo, pero, conociendo a Silvestre, está seguro de que será pronto.

Desde el punto de vista civil, Abd el-Krim dará otro paso importante a finales de mayo, cuando se enfrente a Mohamed Ben Fuit, caíd de su propia cabila, pero de la fracción de los Ait Bu Ayyach, para que la asamblea de notables del Rif reconozca a la tribu el derecho a decretar la pena de muerte para los homicidas. No es poco poder, que el discrepante interpreta, con razón, como una manera de entregarle a Abd el-Krim la prerrogativa. Cuando la discusión acaba, todos los notables de Beni Urriaguel menos Ben Fuit aceptan la propuesta. Semejante derecho no está recogido en la Sharia, por suerte para el líder.[1]

El jefe rifeño tiene un problema muy grave que resolver, que ya está en vías de solución porque justamente se espera una buena cosecha que se recogerá pronto. Gracias a ello, los rifeños tienen asegurada su subsistencia y pueden unirse a la harka. Además, eso les permitirá bloquear el acceso al mar, sin temor a que los barcos no puedan abastecerles de alimentos, cosa indispensable para ellos cuando las cosechas son malas, o sea, casi siempre. Pero este año, no. El general Berenguer así lo reconoce en su «carta política número 10», de fecha 17 de abril: «una cosecha que ofrecerá grandes rendimientos en plazo breve».[2] Algo que Silvestre ha certificado en una carta a su jefe enviada apenas dos días antes de su acción sobre Abarrán: «la satisfacción por la magnífica cosecha que se presenta».[3] Tanto un general como otro deberán preocuparse por la bondad de la cosecha esperada. Las razones humanitarias son para estar satisfechos, pero las militares, no tanto. Cada rifeño bien alimentado es ahora un soldado enemigo.

Para Abd el-Krim está claro. Su pueblo todavía no tiene apenas qué comer. ¿Cómo va a comprar los cartuchos que necesitan los fusiles que han de servir para matar al enemigo? La solución es evidente: las multas a los amigos de los españoles, además de la aportación más o menos voluntaria de los notables con más recursos. Pero, sobre todo, la garantía de la nueva cosecha.

Tiene otra fuente de aprovisionamiento nada desdeñable: las muchas pesetas que ha recibido por parte de las sociedades mineras. De Setolázar, 400.000 pesetas, a fin de que las reparta entre los caídes, pero hay y habrá más. Y Abd el-Krim invierte en armar a su harka. A los jefes de Beni Urriaguel no les dará nada.[4] Podrá también reclutar a mercenarios, que sepan cómo combaten los ejércitos modernos, y pagar a sus soldados.

Abd el-Krim no sólo se convierte en el hombre fuerte gracias a su capacidad para movilizar a los suyos, sino que los ingresos que consigue gracias al negocio de las minas le permiten adquirir armas para convertir a la harka en un verdadero ejército.[5] Lo fundamental, sin embargo, es enseñar a pelear a sus hombres con las técnicas modernas, cuando ello sea necesario, por supuesto.

¿Qué significa eso? Ante todo, los movimientos. Los guerreros tienen que convertirse en soldados. La diferencia entre una y otra condición no es pequeña, y se basa en la disciplina. No puede permitirse que cada miembro de la harka haga la guerra por su cuenta. Si hay que atacar, debe ser al unísono, y por oleadas, para conseguir la mayor eficacia antes de llegar al momento decisivo del contacto físico con el enemigo. En ese empeño, en el del contacto, el soldado rifeño es muy superior al español, porque tiene una moral más alta, porque lucha por su tierra y por su familia, mientras que el arumi, el soldado cristiano, está en África sólo porque le obligan a hacerlo, y quiere irse a casa cuanto antes. Abd el-Krim los conoce bien y lo sabe.

El caíd rifeño hace un recorrido por todas las cabilas, y habla sin descanso sobre la maldad de los cristianos, que bombardean desde el aire o desde el mar los aduares y los zocos. Y no olvida los mensajes machistas y amenazadores de Silvestre.

La defensiva exige tanta disciplina como el ataque, quizás más, y Abd el-Krim tiene que lograr que sus hombres no vean la retirada como un «sálvese quien pueda» o una manifestación de cobardía, sino como un movimiento más en que el adecuado escalonamiento de las fuerzas dé una mayor seguridad a todos. Las unidades habrán de replegarse siempre colocándose de modo que la que se retira en primer lugar proteja con su fuego la retirada de las siguientes… y así hasta que se termine la maniobra. Además, los guerreros rifeños tienen, como todas las tropas no profesionales, un miedo cerval al «copo», o sea, al desbordamiento de sus posiciones por cualquiera de sus flancos. Los oficiales españoles más experimentados lo saben. Y Abd el-Krim también.

Aprender todo eso exige de cada jefe un alto nivel de disciplina que Abd el-Krim confía en que se vaya consiguiendo poco a poco, aunque con alguna celeridad. La experiencia en el combate irá dando confianza a los mandos, que no son sino los jefes tradicionales que cada tribu ha designado. Así que, ante todo, el jefe militar único tiene que ganarse a éstos. Abd el-Krim es consciente de ello.

Lo primero que debe hacer cada soldado es aprender a obedecer, y luego, el tiro, es decir, el uso racional de la munición para causar el mayor daño posible al enemigo al tiempo que se consigue la mayor economía posible. El combatiente rifeño está acostumbrado a hacer un tiro individual, apuntando a su objetivo. Aprovechando las circunstancias del terreno, sus irregularidades, los rifeños obtienen grandes resultados de su acción individual. Cuando se abre fuego sobre concentraciones de tropas enemigas, el tiro da un alto rendimiento.

La idiosincrasia de los combatientes de las montañas del Rif hace que uno de los principios básicos de la guerra colonial, ya asumido por muchos ejércitos de las metrópolis, esté casi en pleno vigor entre ellos: es el de que la formación ofensiva se basa en que las unidades que van en vanguardia se tienen que desplegar en «guerrilla», o sea, sin un orden y con todos sus elementos separados, para no ofrecer un blanco fácil al enemigo. De lo que se trata, entonces, es de que haya disciplina en el momento de hacer fuego, y moverse. Detrás de las vanguardias desplegadas en guerrilla van las reservas, que sólo tienen que ocupar las primeras líneas cuando el mando lo ordene.

Asimilar todo eso requiere su tiempo, y Abd el-Krim no tiene mucho, pero se pone a ello. Juega con la enorme ventaja de tener unos discípulos que confían en él… por el momento. Tiene que darles una victoria para que esa confianza se haga sólida. Los servicios de Inteligencia del coronel Morales están al tanto y, por consiguiente, el general Silvestre también. Sabe que el jefe rifeño

ha buscado a aquellos indígenas que han servido en Regulares o en la Policía para que le sirvan de instructores, los ha dividido en grupos más o menos numerosos que hacen instrucción guiados por sus jefes, les ha dado banderas, ha construido trincheras… en una palabra, ha tomado una serie de medidas que, elevando al grado máximo la moral y el entusiasmo de los urriaguelíes, acrecienta notablemente las dificultades de una actuación armada y dificulta en grado sumo la política.[6]

Los voluntarios rifeños de Abd el-Krim ven cómo sube su moral según aprenden a combatir «a la europea», mientras que los soldados obligados europeos de Silvestre ven bajar la suya en los escasos momentos en que se les entrena. Muchos no han tirado nunca con su Mauser, algunos lo han usado dos veces, y todos, absolutamente todos, tienen miedo al moro que les puede rajar.

A finales de mayo, Abd el-Krim ya cuenta con otros seiscientos hombres de Targuist, a las órdenes de Ahmed Akhamlich, el hijo del mítico vencedor del Ejército francés en la batalla de Ain Madiuna, en el valle del río Uarga, que se unen a la harka.[7] Los de Targuist son apenas cinco mil bereberes, pero tienen seiscientos fusiles franceses.[8] Targuist no es en realidad una cabila, sino una fracción de la muy poderosa Senhaya, situada en la zona oriental del Rif, a caballo entre las zonas francesa y española que separa el río Uarga. Los de Senhaya son famosos por cultivar algunas buenas tierras muy fértiles, pero sobre todo por su gran espíritu anticolonialista. No es sólo la gran cantidad de guerreros que se unen a la harka. Importa su calidad.[9]

La harka tiene que comprar de contrabando las municiones para los fusiles Lebel en la zona francesa del Protectorado, aunque no hay que olvidar la capacidad para el trapicheo de los bocoia. Civera, entre otros, tiene que hacerse perdonar su falta, y la mejor manera de hacerlo es suministrando municiones.

Civera es elegante, alto, rubio, habla varios idiomas y, cuando viste ropas europeas, negociando en Málaga o Gibraltar con traficantes de armas, no parece moro. En cambio, con chilaba hasta la pantorrilla, babuchas y turbante es un bandido, un pirata y un rebelde traficante sin escrúpulos, que desprecia la vida de cualquiera frente a un suculento botín.[10]

Casi todos los harkeños están armados con fusiles franceses Lebel, a los que llaman arbaia, que quiere decir cuatro tiros en bereber, comprados de contrabando a algún bocoia, o con los Mauser de reglamento en el Ejército español, que son robustos y fiables, cargan cinco cartuchos en lugar de los cuatro del modelo francés, aunque tienen una menor demanda porque son más pesados y sus prestaciones están menos desarrolladas. El problema es que los dos modelos de fusil usan cartuchos de calibre diferente, por lo que es imposible tener una intendencia común. En todo caso, cada combatiente rifeño tiene que basar su autonomía en el combate en lo que hayan dado de sí sus ahorros para

comprar cartuchos. A cambio, cada combatiente tiene derecho, cuando hay ocasión, a obtener un buen botín en forma de municiones.

El Ejército español ha tenido una larga experiencia en guerras hasta 1898, y posee una dimensión y disciplina que ya quisiera Abd el-Krim para los suyos. Pero arrastra numerosos problemas y deficiencias, empezando por unos soldados que lo único que quieren es volver a casa, con los suyos. Obligados a permanecer en los blocaos y a sufrir las inclemencias de un clima muy duro, carecen de todo:

Muchas veces hay que comer en frío y aun que dormir a la intemperie si no llegaron las tiendas [...] Para las marchas se usa la alpargata, que, si en verano es buena, en las épocas de lluvia no sirve, pues se queda en el barro de los caminos.[11]

Tienen más armas y algo mejores que las de los rifeños, pero los fusiles y las carabinas Mauser de Marruecos están anticuados y, muchos, descalibrados. Provienen de las campañas de Cuba y Filipinas, no se han renovado, y lo que es más triste, los soldados no saben usarlos porque nadie se ha ocupado de enseñarles antes de ir a África. Faltan hombres y falta de todo, denuncian una y otra vez Berenguer y Silvestre, aunque mantienen sus planes, que a Morales, por ejemplo, le parecen descabellados.

En 1909 el presupuesto del Ministerio de la Guerra fue de 218 millones de pesetas, y alcanzará los 627 millones en 1920-1921, de los cuales 147 están destinados a Marruecos. En un país que carece de casi todo, el déficit presupuestario del Estado llega a 1.410 millones. De corrupción hablan muchos. Es una lacra, y no sólo en el Ejército, pero en Marruecos campa a sus anchas contribuyendo aún más al estado lamentable de las Fuerzas Armadas.

El Ejército español hace aguas por todos lados. Anda sobrado de generales, coroneles y tenientes coroneles, y hay un oficial por cada cuatro soldados, según el Anuario Militar de España de 1900. No se sabe en qué emplear algunos cuadros y se crean plazas para ellos sin función definida. Sus sueldos se comen la mitad del presupuesto que se destina al Ejército. El nuevo ministro de la Guerra, Juan de la Cierva, no lo oculta: «como no se puede cortar en personal,

porque es una profesión que hay que respetar, pues se corta en el material».[12]

Los distintos gobiernos sucesivos han tolerado esta situación y concedido los ascensos por méritos de guerra como recompensa a los hombres que van voluntarios a luchar, hasta que los militares destinados en la metrópoli empiezan a organizarse en juntas y a oponerse frontalmente a este sistema de ascensos que, obviamente, les desfavorece.[13] En 1918, se procede a la supresión de los ascensos por méritos de guerra, se incrementa en un 20% el sueldo de los mandos y se lleva a cabo una nueva organización en el Ejército, que parece más eficiente, pero que ha provocado una fuerte desmotivación entre muchos oficiales: ya no les compensa estar destinados en Marruecos.

Además, el poder inusitado que han alcanzado las juntas es «mucho más grave que una revolución», dice Ortega y Gasset.[14] Después de decenios de gastos desorbitados, España se ha encontrado con la dura realidad: «no hay ejército», concluirá el conde de Romanones en el Congreso.[15]

Más allá de todos esos problemas, no hay una instrucción adecuada para el tipo de guerra que se libra en Marruecos. En las escuelas militares se prepara a los futuros oficiales para luchar en grandes batallas, pero no para un conflicto irregular como es la guerra de guerrillas, menospreciada y considerada una lucha primitiva e indigna.[16] Entre la oficialidad, el desconocimiento de la idiosincrasia marroquí es generalizado. Son pocos los que conocen a su adversario, la realidad de los cabileños, su lengua o la geografía del campo donde combaten. Al contrario que Abd el-Krim, que conoce bien las estrategias y el funcionamiento de su enemigo. De la Cierva, escandalizado, dirá que «después de siglos de ocupación de las plazas de soberanía, no conocíamos sus alrededores, no se habían levantado planos».[17]

En España, el Ejército no tiene buena prensa, sobre todo entre las clases populares, obligadas a engrosar sus filas frente a las clases burguesas y nobles que se libran a cambio de dinero, ni entre los políticos, que prefieren desentenderse de las cuestiones castrenses y aprueban, con resignación, unos presupuestos militares que estiman desproporcionados.

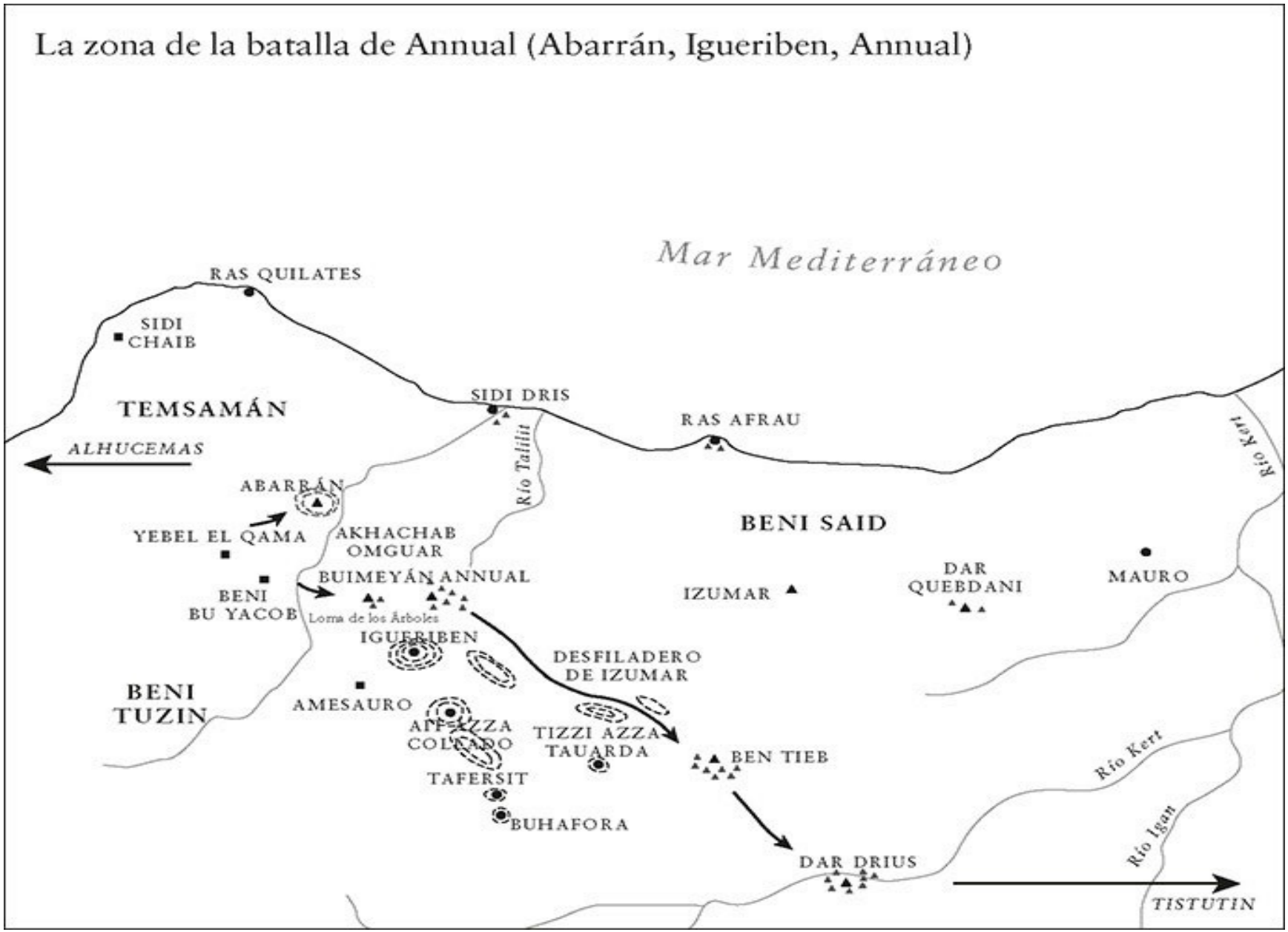
En definitiva, el Ejército español, que se tiene que enfrentar al que ahora está montando Abd el-Krim con los rebeldes rifeños, lo forma una tropa que va obligada, sin instrucción ni medios, que carece de todo. Y está dirigida por una oficialidad desmotivada, igualmente sin formación adecuada, que en su mayoría

reside en Melilla alejada de sus unidades que permanecen en el frente. Junto a ellos, la Policía y las fuerzas de choque compuestas por indígenas sobre los que todavía recae el peso del combate.

Eso es lo que tiene Silvestre. Un Ejército que ocupa más de 140 puestos en el norte de África. Todos ellos aislables, todos ellos en pésimas condiciones para enfrentarse a un enemigo que controla el terreno y, sobre todo, el agua.

II PARTE

La zona de la batalla de Annual (Abarrán, Igueriben, Annual)



8

Abarrán. La guerra

(1 de junio de 1921)

El monte Abarrán está dentro del territorio de la cabila de Temsamán, vecina de la irredenta de Beni Urriaguel y una de las más potentes de la zona, con unos veinticinco mil habitantes y 3.500 fusiles.[1] Desde la cima del monte, desde la explanada que lo corona, a poco más de quinientos metros sobre el nivel del mar, caer sobre el macizo del cabo de Quilates va a ser como coser y cantar para una expedición militar. Y, una vez allí, emprenderán la conquista de los territorios beniurriaguelíes, que son los que se resisten con mayor encono a la presencia colonial. Todo ello será una tarea bastante sencilla para un ejército como el que el general Silvestre ha puesto en marcha.

La operación para la toma de Abarrán la han preparado en secreto el mismo comandante general de Melilla, el día 29 de mayo, con el teniente coronel del Estado Mayor, Rafael Capablanca, y con el hombre que dirigirá la fuerza, el comandante Jesús Villar, jefe de la Policía Indígena del Kert y, por tanto, el mandamás político del sector.[2]

Villar es apasionado, poco reflexivo, partidario, como lo es Silvestre, de que las operaciones estén marcadas por el valor y la capacidad de improvisar. No se parece en nada al reflexivo coronel Morales, y quizás por eso le ha elegido Silvestre. Morales es, además, el autor del informe del mes de febrero que llamaba la atención sobre el hecho de que, sin un trabajo político y militar suplementario, las fuerzas españolas llegarían pronto al límite de su elasticidad.

Para Silvestre eso es casi un insulto, porque supone poner en entredicho su estrategia de avance, y no está dispuesto a detenerse. Pero Morales no es el único que piensa que la situación política de la zona desaconseja la toma de Abarrán. El coronel Riquelme, que también sabe bastante sobre el territorio y sus gentes, no tiene muy buena opinión del comandante Villar, que quita importancia y tilda de «pura fantasía» las informaciones de los confidentes que alertan de una importante harka concentrada en Yebel el Qama.[3]

El teniente coronel del Regimiento de África, Fernández Tamarit, tampoco es partidario de conquistar Abarrán, y así se lo hace saber a Silvestre cuando éste le pregunta dos semanas antes de llevarse a cabo la operación. Y aún le dice más: «aunque la operación tuviera éxito, la hipoteca sería considerable».[4]

En cuanto al teniente coronel Dávila, jefe en ese momento de la sección de campaña, no se le ha convocado para planificar la operación. El asunto le ha pillado por sorpresa cuando, el mismo 29 de mayo, por la tarde, el comandante Villar viene a pedirle instrucciones para la toma de Abarrán.[5] La perplejidad y la indignación de Dávila es notoria, y así se lo comunica a todos, incluso a Silvestre, ya que se opone rotundamente a llevar a cabo esta operación. Pero nada puede hacer a estas alturas, «así como el general Berenguer tiene un castro Girona, que le ha regalado Xauen, yo tengo en la policía un comandante de huevos y quiero explotarlos, y él me va a dar Abarrán», dirá Silvestre.[6] Dávila, resignado, defiende que al menos se lleve la artillería y, a pesar de la oposición de Villar, que considera que «va a estorbar», Silvestre accede.[7] Nadie podía prever que las piezas acabarían en manos de los hombres de Abd el-Krim.

A disposición de Villar, que ha sido nombrado sustituto del coronel Gabriel Morales porque éste no parece tener suficiente fe en el resultado de la operación, hay una fuerza que, sobre el papel, al general Silvestre le parece suficiente: tres mías de Policía, en vanguardia, seguidas por dos secciones de Regulares, dos compañías de ametralladoras del Regimiento peninsular Ceriñola, dos compañías de Zapadores, una batería de Montaña, con sus cargas reglamentarias, una ambulancia, una compañía de Intendencia, dos compañías más una sección de Regulares de Infantería, y un escuadrón de Caballería de la misma procedencia. En total, 1.461 hombres y casi quinientas cabezas de ganado entre caballos y mulos de carga. Una parte más que sustancial de la fuerza está formada por tropas indígenas.

Todo está previsto para una clásica operación de la Policía Indígena, en contra de la opinión ya manifestada por muchos militares, como Riquelme o Dávila, que insisten en que sea una operación militar en toda regla, con, por ejemplo, el empleo de tres columnas fuertes defendido por Riquelme.[8]

El faquir Mohamed Ukarkach de Temsamán, pensionado por España, también desaconseja a Villar llevar a cabo la empresa con lo que a él le parece un contingente muy corto para hacer frente a los más de tres mil guerreros de Abd el-Krim.[9] Algunos centenares de ellos ya están perfectamente disciplinados.

Según Azerkan, uno de los lugartenientes de Abd el-Krim, son cuatrocientos,[10] pero es muy posible que sean más, porque otros hombres se han ido sumando al contingente.

Villar ha ordenado la marcha desde Buimeyán hacia el objetivo a la una y media de la madrugada. Hace ya algunas horas que el comandante general Silvestre, tras despachar minuciosamente con el comandante Villar todo lo relacionado con la operación, ha vuelto a «la plaza», que es como los militares se refieren a Melilla. Villar elige esa hora, que a algunos soldados les parece intempestiva, por dos razones: para evitar una marcha con temperaturas que pueden llegar a superar los 35 grados centígrados, y para jugar con el importante elemento de la sorpresa. Sorpresa que ya parece dudosa a la hora de partir: desde las once de la noche, los rifeños apostados en las inmediaciones han comenzado a prender hogueras, que sirven para avisar y para convocar a los compañeros de armas.

La luna está en un cuarto menguante muy avanzado, lo que ayuda a no llamar mucho la atención del enemigo. Pero la noche africana es, siempre que no haya nubes, y eso pasa a menudo, muy luminosa, así que los soldados de Villar tienen bastante visibilidad para moverse por un terreno de color amarillo que refleja bien los pocos rayos de la luna encogida.

Villar confía en su acción política en el territorio, plasmada entre otras cosas en la puesta en marcha de una harka amiga, la de Casba-El Fokani y, por supuesto, en las muestras de sumisión de algunos notables de Temsamán, en realidad pocos.[11] Como dice otro experto en asuntos indígenas, el coronel Riquelme, no es lo mismo ocupar un territorio que someterlo. Eso pasa con la cabila de Beni Ulichec, por ejemplo. En todo el territorio que el Ejército de Silvestre va dejando a su paso sucede lo mismo, porque ha habido «un trabajo político deficiente» sobre las distintas tribus. Todo eso era responsabilidad de Villar, el hombre en el que confía Silvestre.

En la península ya hay quien se preocupa por las llamadas «harkas amigas». Y quien, sin conocer aún lo que va a suceder, da su opinión al público. Armando Guerra es el «original» seudónimo con el que Francisco Martín Llorente, un militar de Estado Mayor ya jubilado, osa poner en duda la lealtad de esas unidades.[12]

La del monte Abarrán es una posición que a los partidarios de Abd el-Krim les parece perfecta para sus propósitos. Abd el-Krim no va a dirigir las operaciones,

pero está al corriente de todo lo que se cuece allí.

Los primeros miembros del contingente mandado por Villar llegan al monte a las seis de la mañana. Han tardado cuatro horas y media en cubrir la distancia que hay desde el campamento base hasta la cima del monte. El camino es estrecho y, en ocasiones, los hombres tienen que ir en fila de a uno. Lo peor les toca a los de Artillería de Montaña, que tienen que llevar sus cuatro piezas luchando para que los mulos que las transportan no se despeñen. Los hombres sudan a chorros por el esfuerzo, y agradecen sin decirlo que no haya que hacerlo a pleno sol de junio. Y juran y maldicen entre dientes sin importarles que los suboficiales escuchen sus imprecaciones, dirigidas a todo aquél que esté adornado por alguna autoridad, empezando por el mismo Dios y por alguna virgen. Maldicen como mineros asturianos, con gran locuacidad.

El camino es endiablado, plagado de lugares perfectos para matarse. Y, sobre todo, completamente a merced de un presunto enemigo que controle las cumbres que lo dominan. Casi toda la distancia que hay que cubrir discurre entre elevadas pendientes que parecen hechas a propósito para un hipotético juego de tiro al blanco. Pero, por suerte, el enemigo todavía no ha dado apenas señales de vida. Se puede observar, de cuando en cuando, el resplandor de una hoguera y se percibe la visión fugaz de algunas figuras en derredor que son más propias de la imaginación de quien asegura haberlas visto que de la realidad. En cualquier caso, nadie ignora que las hogueras tienen un significado.

Los guerreros rifeños ven pasar la larga comitiva de soldados españoles que parece no tener fin, porque el ir de uno en uno, como a veces el sendero obliga, hace que el desfile se prolongue durante casi dos horas. Los guerreros beniurriaguelíes y temsamaníes tienen órdenes de no hacer fuego todavía. Y ya obedecen órdenes, ya son soldados además de muyahidines. Si no obedecen, tendrán que pagar fuertes multas.[13] Se limitan a observar y a alimentar las llamas de las hogueras que les sirven para avisar a los que esperan más arriba y para convocar a más hombres a que se unan a la harka.

Cuando los hombres de Villar llegan a la explanada que corona el monte, se afanan, lo primero de todo, casi sin tiempo para felicitarse por el feliz desarrollo de la operación, en construir un perímetro defensivo. Los de Intendencia llevan estacas y alambre suficiente para tejer una línea doble de espinas que sirva para disuadir a posibles atacantes o para dejarles a merced de las ametralladoras mientras se deshacen de sus pinchos. Y sacan los sacos con los que construirán

parapetos de tierra, muy eficaces contra las balas, pero casi todos están podridos y no pueden retener ningún peso.

Esto no lo podía prever nadie de la expedición. Los zapadores maldicen en voz alta. La culpa será de alguien, por supuesto, pero pronto va a dar lo mismo de quién se trate. Los más de doscientos hombres que han ido hasta el monte para hacer ese trabajo se ven metidos en el ridículo embrollo de seleccionar los sacos que podrán contener tierra, y de irlos apilando delante del emplazamiento de los cañones Schneider de 75 milímetros que los voluntariosos soldados de Artillería van logrando transportar hasta la cumbre. Los zapadores se apresuran a cavar una zanja que defienda uno de los frentes.

Los españoles construyen siempre sus fortificaciones con sacos terreros, mientras que los harkeños tienden a cavar trincheras. Lo segundo es mucho más laborioso, pero tener sacos no es siempre posible y, sobre todo, la trinchera es más eficaz contra las granadas de Artillería que los sacos terreros. La defensa de la posición es muy precaria no sólo por el problema con los sacos, sino también porque las estacas a las que se ata el alambre de espino bailan en el terreno, que es «muy suelto», según lo define con mucha expresividad Kaddur, uno de los policías que acompañan al contingente.[14]

A las once de la mañana, cinco horas después de haber coronado la cima del Abarrán, el comandante Villar da la orden de marcha, para volver a Annual, a la Columna de Protección. Todavía no están acabados los trabajos de fortificación, pero no hay nada que a Villar le haga sospechar un ataque enemigo. Uno de los moros «amigos», el caíd El Haj Haddu Boaza, le insiste a Villar en que no deje a nadie en ese lugar, pero el comandante ordena, secamente, que las tropas que permanezcan allí prosigan con las tareas de fortificación.[15] A cargo de la defensa quedan una compañía de Regulares, una mía de Policía, los artilleros y los operadores de la estación heliográfica.

Villar cree que sabe lo que se trae entre manos porque ha sido él quien ha negociado con los notables de Temsamán la toma de Abarrán. Las indiscreciones de Berenguer y Silvestre culminan así con la definitiva metedura de pata de Villar al preguntar si sería bien acogida por la cabila la ocupación de Abarrán. Sobre la posición conquistada, el teniente coronel Ricardo Fernández Tamarit dijo hace pocos días, el 18 de mayo, al general: «si el enemigo comprende sus intereses, le atacará en masa, apenas instalado, y de no hacerlo así, las dificultades que el terreno ofrece harían difíciles y sangrientos los convoyes a

ella».[16] Es toda una profecía.

Hay más, por desgracia para Villar y, por supuesto, para el general Silvestre. Los temsamaníes ya han puesto en solfa el acuerdo que tenían con los españoles por el que se constituían en una especie de garantía: hacer que su territorio sirviera de tapón para que los de Beni Urriaguel atacaran al Ejército español. Todo ello, que no es poco, a cambio de que España haya puesto fin al bloqueo del comercio costero y libere, en su momento, a los hombres que iban a Argelia para hacer de braceros, que están presos de forma ilegal.

Temsamán, que antes era un paraíso de la corrupción en donde reinaba Villar, está ya en rebelión. Ni el orgulloso comandante ni su jefe el general han sido capaces de observar los importantes cambios, incluso sustanciales, que se van produciendo desde que Silvestre le informara a Berenguer sobre el cambio de ánimo de los temsamaníes desde hace un año. Villar es, sin saberlo, el mejor representante del despilfarro del dinero español en Marruecos.[17]

El comandante Villar deja atrás un campamento que le parece bien protegido por la batería de cuatro piezas de montaña con veintiocho hombres, cien Regulares mandados por el capitán Salafranca, otros cien policías a cargo del capitán Huelva y algunos soldados más. En total, algo más de 250 hombres, de los que unos doscientos son de ya dudosa lealtad. Huelva es un oficial odiado por sus hombres. Les debe la paga de varios meses, van con las ropas destrozadas y algunos de ellos descalzos.[18]

Juan Salafranca, que manda a los Regulares, es un hombre célebre, no sólo por su valor muy acreditado en numerosos combates, sino porque mide 1,90 metros, que es una altura inusual para un español, y tiene 31 años. Es bien conocida en el Ejército su mala relación con Francisco Franco, que ahora manda la 1.ª Bandera de la Legión. Franco ha ascendido a comandante por méritos de guerra. Y a Salafranca le sobran las condecoraciones por su valor, pero sigue siendo capitán de Regulares.

Como repuesto de armamento, la guarnición se queda con cuarenta cajas de cartuchos Mauser, cuatro cajas de fusiles Remington para la harka «amiga», 360 disparos para la batería, y material sanitario, tres tiendas cónicas y ocho cargas de víveres.[19] Villar se lleva con él a la caballería de los Regulares, muy poco útil en esos parajes tan escarpados, y a las fuerzas de ametralladoras del Regimiento Ceriñola. Eso sí que es grave para los defensores.

Se va a producir una traición colectiva bien fraguada por los infiltrados de Abd el-Krim y muy favorecida por la desastrosa política, que hace, por ejemplo, que los policías vistan y calcen como lo hacen. El capitán Huelva es el más odiado por sus hombres, con razón.

Los rebeldes rifeños no castigan a quienes desertan después de haber formado parte de los contingentes españoles. Abd el-Krim sabe muy bien lo que hace, y esa actitud «comprensiva» le va a dar muy buenos frutos.

Cuando toda la Fuerza de Protección comienza a cruzar el río Amekrán, se escucha el primer cañonazo. Son las dos menos cuarto de la tarde y los harkeños han decidido atacar el monte Abarrán. Ya no van a esperar más tiempo para tener al alcance de la mano al general Silvestre.

Una gran cortina de fuego envuelve a los defensores de la posición. Los rifeños enrolados en la harka tiran desde un monte cercano que domina buena parte del campamento, aún sin instalar del todo, y desde las posiciones que los tiradores han ganado aprovechando la vegetación que rodea el monte, retamas de gran altura que permiten a un hombre acercarse sin ser visto hasta muy cerca de los escuálidos parapetos hechos a base de sacos podridos. Si llueve, el asaltante podrá acercarse a distancia de gumía.

La artillería de Montaña de Abarrán tira, con la espoleta a cero, cargas de metralla para barrer a los atacantes, pero éstos están muy cerca, aprovechan bien los accidentes propios del terreno y, sobre todo, son muchos. Puede que más de dos mil, de los que cuatrocientos son beniurriaguelíes, frente a menos de trescientos soldados, entre españoles y supuestos colaboradores autóctonos.

Los defensores reciben una enorme cantidad de disparos de fusil desde todas partes. Echan de menos las ametralladoras Colt, tan denostadas con razón en algunos trances, que han vuelto a Annual con la llamada Columna de Protección. Sin ellas, por mucho que a veces se encasquillen, los defensores tienen mucha menos capacidad de fuego que sus enemigos.

La guarnición ha quedado muy reducida con lo que, para los rifeños, tomar Abarrán y obtener así la primera victoria militar sobre los cristianos, con cañones incluidos, se augura fácil. Eso parece al menos, aunque los defensores no lo harán tan sencillo. Aguantarán cuatro horas.

Los cañonazos postreros que reciben los atacantes harkeños son de metralla. Con

disparos de cargas como ésas, hechas de tornillería, de rebabas, de restos de trabajos nobles de industrias metálicas o forjas artesanales, los soldados españoles pretenden causar muchas bajas a la infantería contraria, que se encuentra ya muy próxima a las posiciones del defensor.

No hay forma de distinguir por el sonido si la espoleta de los cañones está a cero. Lo saben, eso sí, los harkeños que reciben en sus cuerpos toda la siniestra carga de la metralla. Cualquier herida podrá llevar a la muerte. Saben también que la mejor defensa contra la artillería, mejor aún que la fortificación, es la dispersión. Han sido adiestrados bajo este principio, tremendamente sencillo, porque ningún disparo de cañón es rentable contra un tirador aislado.

El comandante Villar ha oído, como todos los miembros de su columna y toda la guarnición de Annual, el estampido del cañón, el primero de una larga serie, porque la batería está bien municionada. Pero, después de meditar su decisión, Villar opta por continuar su marcha «apresurada» y poco ordenada hacia Annual, aunque la columna se llame de Protección.[20] Villar piensa que llegar de nuevo a la cima del monte puede ser muy costoso. Y cree que arriba, en el campamento de Abarrán, hay gente de sobra para responder a una agresión. Eso han pensado él y el comandante general cuando han diseñado la operación, que ambos sabían que tenía como invitada a la harka «amiga» procedente de Temsamán, de la que han partido los primeros disparos.

Villar quizás tiene miedo, como lo tiene una buena parte de la gente que está en su columna y que respira aliviada cuando su jefe decide que no se va a volver. Los hombres no han dormido apenas, han desandado casi el mismo itinerario con pocas horas de diferencia, sólo que ahora casi es mediodía y el sol ataca las meninges. El camino sigue siendo difícil, muchas veces estrecho y demasiadas vertiginoso. Y hay enemigos, que ya no se ocultan, por doquier. Eso hace que los soldados rompan la formación a menudo, que desobedezcan las órdenes nerviosas de los cabos para que vuelvan a su puesto en las filas. Los hombres tienen miedo, y eso se nota en sus pasos.

Entre los que defienden la posición hay mucha gente de la tierra, marroquíes, son mayoría. Pero su número disminuye a gran velocidad porque la harka «amiga» deja de serlo y se cambia de bando. Como se cambian de bando los policías que formaban la vanguardia de la columna de Villar. Primero han matado a sus oficiales y luego se han pasado al enemigo.

Villar no sabe todo eso, pero sí sabe, mientras repasa el río Amekrán, que lleva consigo todas las ametralladoras que quizás deberían estar, al menos en parte, como piensa Silvestre, «arriba» y que él ha decidido que le acompañen, posiblemente para proteger su vuelta. ¿Es Villar un cobarde?

Los rifeños que controlan su vuelta ven su marcha con alegría y comienzan a hacer movimientos de regreso cuando les ven acelerar el paso. Pueden volver a tiempo para participar en el ataque final a Abarrán, donde creen que les espera un buen botín.

La primera noticia, aparte de los estampidos de los cañones, la da el capitán Salafranca, que informa por heliógrafo a Annual de que están rodeados por los cabileños de la harka.

El cañonero Laya hace fuego contra los atacantes, pero Villar ha seguido con su repliegue. Eso era lo previsto, y es lo que se hace. El caíd Al-lal Buaza, unos de los hombres de Temsamán que ha colaborado con él, intenta pedir infructuosamente a Villar que venga en su ayuda. Pero no son buenos momentos para simpatizar con España.

Desde Annual se puede observar cómo caen las tiendas cónicas de Abarrán. Villar ya no está, quedan los capitanes Salafranca, de Regulares, Huelva, de la Policía, y el teniente Flomesta, de Artillería.

La harka va en aumento, los sitiadores ven cómo se incrementa su fuerza. Está todo Beni Urriaguel, incluida la fracción de Beni Hadifa.[21] Los guerreros rifeños están disparando sin contar los cartuchos gastados porque saben que los repondrán con creces tras su ya segura victoria, y comienza a llover torrencialmente, como sólo lo puede hacer en tierras de sequía. Las municiones de artillería se han agotado. Huelva y Fernández mueren, y Salafranca recibe un disparo que acabará con él en poco tiempo. Los harkeños ya se encuentran dentro de la posición.

Sólo quedan tres oficiales europeos: Flomesta, herido, Reyes y Camino. El oficial rifeño de la Policía, Hadra, se ha pegado un tiro. A Flomesta le cogen prisionero, como a otros, muy pocos, sobre todo artilleros, porque los hombres de Abd el-Krim van a intentar que les enseñen a utilizar los cañones. Es la primera vez que consiguen arrebatar al enemigo algo tan valioso. Además, los guerreros beniurriaguelíes se sienten soldados. Por eso obedecen y hacen

prisioneros.

Nunca se sabrá si, en Abarrán, alguien ha gritado el «¡sálvese quien pueda!». Sí se sabe, sin embargo, que la marcha de la columna de Villar hacia Annual ha estado marcada por las prisas. Éstas han provocado que la formación fuera desorganizada, como si la columna temiera ser emboscada en cualquier momento por el numeroso grupo de harkeños que se dejaban ver, ya nada temerosos de unos soldados españoles que se retiraban de manera tan sospechosa, tan cercana a la cobardía. Los rifeños han dejado que Villar y sus hombres prosigan en paz su vuelta a Annual. Todavía esperan que el «general de los bigotes», o sea Silvestre, acuda a festejar su nueva conquista.

Pero hay cosas que se le escapan a Abd el-Krim. Pocas, pero algunas. Por ejemplo, no sabe que el coronel Morales ha convencido al comandante general de Melilla de que, contra la que es su costumbre, que Abd el-Krim conoce, de reconocer en persona toda nueva conquista, no vaya esta vez a Abarrán. Eso ha ocurrido a las nueve de la mañana. Morales ha sido muy oportuno en sus suposiciones. Las confidencias de sus espías aseguran que algunos rifeños han estado toda la noche, y van a seguir, a la espera de que Silvestre vaya a Abarrán para hacerle prisionero.[22]

Silvestre conoce bien la zona. Él en persona se apoderó de Annual en febrero, cuando era una aldea abandonada. Después, en marzo, tomó Sidi Dris, un pequeño poblado de la costa que pretendía que sirviera como garantía de que Annual y otras posiciones pudieran ser abastecidas desde el mar. Para eso hacían falta caminos, siempre necesarios en esta tierra de barrancos.

El lugarteniente de Abd el-Krim en el frente militar es Mohamed Ben Alí, también conocido como Bulahia («el barbudo»), que encabeza a los guerreros que sitian el monte Abarrán y no ha podido sujetar por más tiempo a sus hombres, deseosos de entrar en combate. Bulahia es natural de la cabila de Beni Tuzin, y es un rigorista islámico, que odia a los cristianos porque «intentan quitar sus creencias a los musulmanes». Es el único de los hombres de confianza de Abd el-Krim que no forma parte de su entorno familiar. Y, por encima de sus saberes coránicos, es un hombre de acción. No sólo en la guerra. Sus servicios a la causa del Rif incluyen el desenmascaramiento de los hombres que en Temsamán mantenían la causa proespañola. Ha estudiado en Fez y se le considera un sabio, una autoridad coránica, en un país como el Rif donde no sobran los ilustrados.[23]

Al no acudir a Abarrán, Silvestre, sin saberlo, ha escapado de la trampa de su enemigo dejando tras de sí una última orden para el comandante Villar: que deje para la mejor defensa de la nueva posición una de las compañías de Ametralladoras. Su orden llega tarde. Jesús Villar lleva mucho camino andado con toda su tropa, y en ningún caso quiere volver a la posición.[24] En la zona ha comenzado a llover mucho.

A las cuatro de la tarde, los primeros elementos de la columna de Villar llegan a Annual, donde son recibidos con las caras de circunstancias a que la situación obliga: la columna de Protección regresa indemne mientras la guarnición de Abarrán está siendo aniquilada por un enemigo que se sabe, porque lo han visto, que es numeroso, que ya no se esconde, que es fuerte.

La resistencia en Abarrán dura poco más. Los guerreros rifeños han invadido en gran número el campamento y han eliminado a tiros a todo el que ha ofrecido resistencia. Han combatido hombres de Temsamán y Beni Urriaguel, pero también de pequeños aduares de la fracción de Tugrut, como Habocuch y Tabuda.

Los rifeños, que han vuelto a la posición tras haber dejado que se fueran Villar y sus mil hombres de protección, llegan a tiempo para participar en el reparto del botín. Da para bastante. Entre los muchos cadáveres, mezclados los de los defensores y los de los atacantes, hay decenas de fusiles Mauser, más de doscientos, y mucha munición para alimentarlos. Pero hay también otras cosas, como las herramientas de los zapadores, y comida, mucha comida, que sirve de inmediato para saciar el hambre de los combatientes del Ejército rifeño. Las pistolas de los oficiales son muy apreciadas, y constituyen un buen motivo para que se produzcan riñas. Unas pistolas que se fabrican en Éibar llevan el nombre de Star, y son reglamentarias incluso en el exigente Ejército francés. Apenas hay explosivos porque los soldados españoles los han consumido casi todos en la defensa.

Cuando caiga la noche, el resplandor de cientos de hogueras iluminará el Rif. Con ello no sólo se festeja la toma de Abarrán, sino que se llama a más guerreros a unirse a las victoriosas tropas de Abd el-Krim.[25]

El general Silvestre ha llegado a Melilla, donde felicita, sin saber todavía todo lo que ha pasado, al coronel Capablanca, uno de sus hombres de Estado Mayor, por la operación de Abarrán. Luego, muy poco después, se entera del desastre por

varios telegramas y se va otra vez a Annual. Es de imaginar que de un humor pésimo. Ha perdido una posición y más de doscientos hombres en un visto y no visto.

Ya es de noche cuando llega a Batel, donde está Fernández Tamarit, el hombre que profetizó el desastre. Después, sigue su camino hacia Annual, sin saber todavía que la posición de Sidi Dris está siendo atacada. El viaje de ida y vuelta del general español es la metáfora perfecta de su desconcierto.

Para Abd el-Krim, el panorama es muy distinto porque todo va mejor que en sus mejores planes. La noticia de la victoria de sus guerreros viaja con enorme rapidez a través de los caminos pedregosos del Rif. La noticia va, eso sí, envuelta en la triste nueva de los muchos muertos que ha habido en el asalto. Todos tienen un nombre que alguien conoce. El relato de su muerte lo acompañan también los muchos heridos a los que intentan curar, con resultados modestos, las mujeres que se han unido a la harka para aliviar las espantosas heridas causadas por la metralla. Muchos de esos heridos van a morir en los días inmediatos atacados por fiebres incontenibles provocadas por las infecciones. Los españoles tienen unos hospitales sucios y mal dotados, pero los rifeños no tienen ni siquiera adónde llevar a sus muchos heridos. Y sus medicinas se reducen a un corto número de hierbas y un sinnúmero de emplastos a cuál más tóxico. Poco más.

«Quien muere en la guerra santa, va al paraíso», les dice Abd el-Krim a sus seguidores. Es un consuelo, y nada pequeño.[26] Esta guerra no es muy santa, pero eso a nadie le importa. ¿No es contra cristianos? En la vega del Nekor, en un aduar cualquiera, las noticias de Abarrán recorren las aldeas como relámpagos, que iluminan a la vez que destrozan las almas de los que han perdido a sus seres queridos, abatidos por unos extraños, los arumis, que una de sus mujeres, Yamna, no alcanza a comprender qué han venido a hacer aquí, a esta tierra, áspera y dura como su pan.

Hay alegría por la gran derrota infligida al invasor que los correos, los iraqasen, pregonan y magnifican por todos los rincones. Los mozos y las mozas se regocijan entonando con sus izran las hazañas de los muyahidines, mientras llenan sus gamburas en las fuentes y las aguadas del aduar.

En otros lugares, en otras casas, los llantos y gritos de mujeres y niños por los que nunca volverán son desconsoladores. Los ancianos, con tristeza y resignación, como dijo el profeta, intentan consolar con las shuras del Corán la pérdida de los caídos en el frente. El paraíso, reservado al mártir, no apacigua tanto dolor.

Yamna no podrá ver el cuerpo sin vida, acaso desfigurado, mutilado, del padre de sus hijos, Amar. No habrá salat el yanaza en la mezquita por él. No podrá enterrarlo junto a sus antepasados como dicta la tradición. Sus compañeros, los muyahidines, lo enterraron junto a otros caídos en el mismo lugar donde exhaló su último aliento. Un hijo de Amar, Yazid, contiene las lágrimas entre sollozos y gritos de ira y tristeza que provienen de la habitación donde se agrupan las mujeres del aduar que han venido a consolar a Yamna, la viuda de Amar. Apartado, en un resguardo del patio de la casa, con mirada triste y absorta, cierra los puños, aún adolescentes, pero ya modelados por el laboreo en el campo. Pensamientos de venganza recorren su cabeza.

A la salida del rezo por los muyahidines, en los aledaños de la mezquita del aduar, los mozos se preparan con sus fusilas para reemplazar a los caídos, mientras un ardiente harkeño clama venganza por la muerte de hombres como Si Mohamed El Haj Si Ali Abarru, Si Abd el-Krim El Haj Budra, Si Mohamed Ben Si Ahmed, o Si Mohamed Ben Chaib… Todos ellos eran notables de Beni Urriaguel.[27]

Pronto, Morales y sus subordinados de la Oficina de Asuntos Indígenas sabrán que los temsamaníes se han unido en masa a la rebelión. Al comandante Villar tiene que haberle sorprendido mucho. Ya había comenzado el cambio, pero ahora está cuajando a ojos vistas el gran momento, la gigantesca transformación del pueblo en armas. Porque Abd el-Krim no es un profeta ni pretende serlo, sino un dirigente político que quiere un país moderno, la República del Rif.

En la cabila de Temsamán, las niñas empiezan a interpretar canciones infantiles musicadas de forma rudimentaria sobre un poema que pronto se va a extender por todo el Rif. Un bardo anónimo lo ha compuesto en rifeño, una variante del bereber, y comienza a circular de inmediato:

¡Oh, monte Abarrán!, ¡oh, carcoma de huesos!,

quien te codiciaba codicia el sufrimiento.

Donde hubo explosión de pólvora,

y donde relincharon los caballos,

ese lugar donde los soldados quedaron

esparcidos como peces,

sus gorros quedaron desperdigados,

como pimientos maduros.

Oh, capitán Huelva, te has quedado atrapado,

¿dónde están tus soldados? ¡Ninguno con vida!

Amar Oufeki, qué pérdida, ¡qué caída!

Tú, Mokadem, tienes que pregonar la victoria,

y que los de Temsamán son muyahidines desde siempre.

Lucháis con vuestras manos y con ayuda de vuestras mujeres,

que sacian la sed de nuestros combatientes.

Oh, cabila de Temsamán, enseñadnos el camino,

¡para continuar la marcha!

hasta el aduar de Amesauro, aduar de los muyahidines.

Un avión que vuela, y Sidi Brahim bombardeada.

Con una bomba que cae del cielo,

sobre los muyahidines hermanos de Sahaba.

¡Oh, cabila de Temsamán, indicadnos el camino,

¡para continuar la marcha![28]

El poema está lleno de claves, como el bombardeo por aviones españoles de Sidi Brahim, un morabito muy venerado por los rifeños, o la referencia a los compañeros de Mahoma en el término Sahaba, gente muy importante para el Islam como propagadores del mensaje del profeta, los apóstoles de Mahoma. Naturalmente Abd el-Krim no es uno de ellos, sería una blasfemia. Los versos también recuerdan la importancia de Amesauro, lugar donde los combatientes de la fe se reúnen. Allí se instalan Abd el-Krim y los suyos, porque está mejor comunicado, y es por tanto más fácil de aprovisionar para cubrir las cada vez mayores necesidades del Estado Mayor harkeño.

El capitán Huelva y su racanería a la hora de liquidar deudas con los mercenarios indígenas recibe, también, un pago muy duro en el poema. Una mala manera de pasar a la posteridad la de Huelva.

El poema es largo, tiene más de 160 versos, y puede tener muchas versiones. Ésta es la corta, porque está adaptada para el uso infantil. La versión completa, que saben muy pocos hombres, casi siempre viejos porque es preciso tener tiempo para memorizarla, es, en realidad, uno de los pocos documentos que cuenta la prolongada lucha del pueblo rifeño contra los colonizadores franceses y españoles.[29]

Temsamán ya está en rebeldía y las canciones populares lo recuerdan.

REVÉS EN SIDI DRIS

Esa noche, cuándo los ánimos de los miembros de la harka están en su punto más alto, un numeroso grupo de soldados rifeños, formado por gentes de Beni Urriaguel y de Temsamán, ataca la base de Sidi Dris, un puesto de apoyo a Annual situado en la costa.

La guarnición de Sidi Dris está formada sólo por soldados peninsulares, entre los que los melillenses incluyen a los isleños de Baleares o Canarias, mandados por el comandante Julio Benítez, un malagueño natural del pequeño pueblo de El Burgo que ingresó en el Ejército a la edad de dieciséis años. Es veterano de la guerra de Cuba, de dónde volvió con una malaria que no le abandonará nunca y que le causa intensas cefaleas.[30] Benítez tiene fama de «gafe» entre sus compañeros,[31] y el hecho de que el ataque se produce apenas un día después de que el comandante llegara a hacerse cargo del mando de la guarnición de Sidi Dris no ayuda a disminuir esa fama, que es casi imborrable.

La artillería de la posición, tres cañones de 75 milímetros, está al mando del teniente Galán. Es una posición importante en el complicado despliegue del Ejército español. Desde ella Silvestre pretende llegar a tener, cuando se acaben los caminos proyectados por sus ingenieros, una línea de comunicación que empiece en el mar hasta llegar a las posiciones del interior como Annual. A esa guarnición se enfrenta un grupo de hombres de la harka muy numeroso. Según las informaciones de la oficina del coronel Gabriel Morales, los contingentes de Temsamán y de Beni Urriaguel ya operan juntos, lo que es mucho.

Está muy próxima la noche del 26 del mes de Ramadán, sagrada para los musulmanes, que conmemora la fecha en que el ángel Gybril le reveló a Mohamed, el profeta, los primeros versículos del Corán. Esa noche, en la que se reza hasta la madrugada, se llama Leilat El Qadr, que quiere decir algo así como la Noche del Destino. El destino que vendrá revelado en el libro sagrado, el Corán, que ha sido transmitido al profeta en sus primeros versículos. Un destino que, esta vez, favorecerá a los soldados españoles porque los musulmanes tendrán que seguir a su profeta y su ímpetu se relajará algo.

El asalto empieza la madrugada del 2 de junio, con la harka eufórica y la guarnición española deprimida por las importantes noticias sobre el desenlace de Abarrán.[32] Los harkeños pueden luchar después de beber y comer lo que necesitan, porque, según los textos sagrados, combatir a los infieles es una prioridad.

La firmeza del comandante Julio Benítez, que es un hombre que sabe cómo alentar a los soldados, junto a la intervención de quince marineros del cañonero Laya mandados por el alférez de navío Pedro Pérez de Guzmán y armados con dos ametralladoras de las que no se encasquillan, acaban con el ímpetu de los atacantes. Los harkeños intentan expugnar la posición durante casi treinta horas

sin conseguirlo. Y se detienen aparentemente porque sí, pero en realidad empujados por la tradición. Una buena parte de los sitiadores va a reunirse con sus familias a las tres de la madrugada.[33]

Al día siguiente, los sitiados en Sidi Dris reciben más refuerzos de marinería y miles de cartuchos de Mauser.[34] No sólo los marineros, sino también la aviación han colaborado en la defensa de Sidi Dris. Ha habido cinco vuelos de bombardeo en los alrededores de la posición. Los aviones De Havilland de Zeluán han tirado 52 bombas sobre la harka.[35] Las bombas que sueltan tienen un impacto relativo en las filas de los rebeldes, salvo el del miedo. En Zeluán tienen su base los seis DH-4 de bombardeo que le han correspondido a la zona oriental en el reparto de fuerzas. El Gobierno compró en 1920 todos estos aparatos, que entraron en servicio por primera vez en la RAF inglesa en 1917 y son aviones muy modernos. Los que pertenecen a Zeluán están bajo el mando del capitán Pío Fernández Mulero.

Para los harkeños que atacan Sidi Dris, las bombas de los aviones no son comparables a las granadas que les envía el cañonero Laya, que son de grueso calibre, pero a veces los pilotos afinan mucho la puntería. Y, sobre todo, es muy difícil esquivarlas, porque vienen del cielo. Los rifeños temen a los aviones, aunque pronto van a probar, cuando los pilotos hagan vuelos rasantes, a abrir fuego en descargas contra ellos.[36] Los aparatos lucirán pronto, como testigos de ese fuego, abundantes «recuerdos» de los tiradores en forma de agujeros en el fuselaje de los aviones. Hace unos años, el 19 de noviembre de 1913, cuando un Farman MF.7 realizaba una misión de reconocimiento sobre el Monte Cónico, la aviación española registró sus dos primeros heridos por fuego antiaéreo, un fuego que era de fusilería.

Hacer frente a los aviones que los cristianos envían para castigar a las mujeres y niños de los aduares es un reto para los tiradores rifeños. Para los «heroicos» aviadores españoles es más sencillo bombardear pequeños poblados o zocos repletos de gente que tropas enemigas agazapadas en el terreno amarillo del Rif. Los rifeños llaman a los aviones «pájaros tontones»,[37] quizás para alejar el miedo que la aviación les provoca.

España tiene un Ejército del Aire diferenciado desde hace muy poco tiempo, apenas siete años, que lleva el nombre de Aeronáutica Militar Española (AME). Las acciones más destacadas de innovación militar de estos años las ha protagonizado la aviación, no sólo por la incorporación de nuevos modelos de

aeroplanos, sino también de nuevas técnicas de bombardeo sistemático o de ametrallamiento en vuelo rasante. El 5 de noviembre de 1913, un Lohner B-1 realizó la primera misión de bombardeo en la historia aeronáutica que se llevó a cabo de forma sistemática y coordinada. El Lohner B-1 incorporaba un rudimentario visor de bombardeo, adquirido en Alemania en 1912. Las bombas fueron lanzadas en el sector de Laucién y eran de 10 kilos.[38]

Silvestre define el ataque a Sidi Dris como de «larga duración», pero «no muy intenso», algo que se contradice con la treintena de cadáveres de harkeños que quedan tirados una vez pasadas las alambradas, a apenas seis metros de los parapetos españoles.[39] Los harkeños no se resienten por esta derrota. Sigue intacta su moral. Eso sí, la eficaz defensa supone un refuerzo para la autoestima de los soldados peninsulares.

Para el Ejército español la experiencia de Sidi Dris tiene su importancia, porque es la mejor demostración de que se ha aprendido algo importante de la Gran Guerra: el uso adecuado de dos armas fundamentales en la defensa: las ametralladoras y las alambradas de espino. Esto no significa, sin embargo, que esa experiencia dé un mayor impulso al blocao, un sistema de posición avanzada aprendido, sobre todo, de los británicos en la guerra contra los bóeres en Sudáfrica. De esa experiencia viene también el primer uso defensivo del alambre de espino, que los granjeros sudafricanos utilizaban para contener al ganado.

El 2 de junio, mientras sus soldados se estrellan contra las ametralladoras y los fusiles de Sidi Dris, Abd el-Krim conserva la cabeza fría y lo demuestra en la práctica, no dejándose llevar por las emociones. Su estrategia no va a cambiar.

Ahora, a pesar del revés sufrido en Sidi Dris, o quizás también gracias a él y a su victoria en Abarrán, todo es aún, si cabe, más fácil. Casi todas las cabilas ya están preparadas para pasar de la insumisión pasiva a la hostilidad abierta contra los arumis. Abd el-Krim lo consigue sobre todo con las cabilas situadas detrás de las líneas españolas, que se comprometen con él a levantarse llegada la ocasión. Porque ahora, después del triunfo de Abarrán, casi todos los jefes de las tribus están convencidos de que es posible derrotar a los españoles si se unen a Abd el-Krim.[40] La cabila de Beni Tuzin se une a los de Beni Urriaguel; las dudas que pudieran quedar en la poderosa cabila de Temsamán se disipan; la de Beni Ulichec muestra ya síntomas de dejarse arrastrar; y queda por ver hacia dónde se decanta la muy fuerte cabila de Beni Said. Eso dicen los informadores del aparato de Morales, que valoran todo eso y llegan a una conclusión que, de ser

cierta, habría llenado de alegría a los rebeldes: la harka debe ir ya aumentando hasta llegar a los 11.000 hombres.[41]

Es posible que las abultadas cifras provengan de una intoxicación de Abd el-Krim, pero, sea cual sea su origen, consiguen un gran efecto: Silvestre no se toma la revancha después de lo sucedido en Abarrán. Tal vez el éxito en la defensa de Sidi Dris sirva de algún consuelo... La complicación de los caminos, la instalación del enemigo en lugares que dominan tanto cada trayecto como cada posición y, por supuesto, el crecido número de «soldados» rifeños, cualquiera que sea su magnitud exacta, le disuaden. Pero sobre todo le disuade su superior, el general Berenguer, que no quiere ni oír hablar de ofensivas mientras él no solucione los problemas del sector occidental. No habrá operación de castigo después de Abarrán.

En el otro lado, hay una fuerte discusión entre Silvestre y Dávila porque el general quiere mandar refuerzos a la posición atacada de Sidi Dris. Dávila se opone porque piensa que sería una misión suicida, y Kaddur Namar, jefe de una de las cabilas de Beni Said, le da la razón al coronel. El convoy acaba saliendo porque un general siempre tiene en las hombreras del uniforme más argumentos que un coronel. Pero se ve obligado a volver debido a la fuerte resistencia que se encuentra: los harkeños le han impedido seguir. A tiros, que no es mal argumento.

Otros convoyes, como el que iba a Talilit, con una nutrida escolta de Regulares, corren la misma suerte, por eso Silvestre recapacita y modifica su estrategia: hay que restablecer la línea del frente. Sobre todo ha repensado el enloquecido plan de ir de inmediato a Alhucemas superando el cabo de Quilates que iba a «tomar con los cojones».[42] Se lo ha repensado todo y ha puesto en marcha un plan que es casi como el original, pero que incluye tomar muchos puntos intermedios para proteger los avances futuros hacia Alhucemas. Eso sí, parece que no se acuerda en absoluto de otro de los consejos que le daba el equipo de Morales, sus servicios de Inteligencia: hay que desarmar a todas las tribus que se dejen a retaguardia porque no basta con las ardientes muestras de sumisión, menos aún si no hay una larga experiencia de paz con ellas.[43] Existe un grave inconveniente para ello: si Silvestre desarma a las tribus, ¿cómo podrá organizar, si es necesario, las harkas auxiliares? Eso también lo sabe Abd el-Krim.[44]

Siguiendo el plan trazado por Silvestre, el día 3 de junio, mientras continúan los ataques contra Sidi Dris, las tropas españolas establecen una nueva posición en

Talilit e inician la fortificación de otras dos, las llamadas posiciones intermedias A y B, situadas entre Annual y Ben Tieb. Todo ello con el fin de mejorar y asegurar la comunicación y el abastecimiento de las posiciones situadas en la línea del frente.[45]

De la conquista de Talilit se ocupará el general Silvestre en persona, que, de cuando en cuando, encuentra tiempo para lucir su valor ante la tropa.[46] En cuanto a la toma de las posiciones A y B, será el general Felipe Navarro y Ceballos Escalera, barón de Casa Davalillo, el encargado de llevarlas a cabo. Todo va menos que regular en esa acción incruenta: la artillería ligera, por ejemplo, no puede llegar a su destino porque los caminos son impracticables. Una columna al mando del general Navarro conquista las alturas sin encontrar ningún enemigo en ellas. Montado en su brioso caballo, el general puede añadir a su hoja de servicios la incruenta toma de varias posiciones.[47] No hay duda de que la figura del segundo jefe de Melilla, el general Felipe Navarro y Ceballos-Escalera, va cobrando relieve. No sólo por lo alambicado de su nombre, tan evidentemente ligado a la nobleza más rancia, sino porque su presencia es obligada, ya que la acumulación de tropas en Annual alcanza ya dimensiones enormes.

La 3.ª Compañía del Batallón de Ingenieros de la que forma parte Eloy Muñoz tiene que acondicionar como campamento estable la llamada posición B. Eloy ha llegado hace poco a Melilla, a bordo del transbordador Vicente Puchol. Es de Baena, un municipio que está en la provincia de Córdoba, y su trabajo ha estado siempre ligado a los olivos. No sabe casi lo que significa un tornillo, y mucho menos qué es un fusil. No ha aprendido ni siquiera a usarlo. Muñoz es un campesino español, ignorante, que lo único que sabe de los moros es que son muy traicioneros y que costó muchos años echarlos de España. Y, desde luego, les tiene miedo. Aunque no sabe por qué.

9

Tras Abarrán, ¿tregua?

(del 2 al 7 de junio de 1921)

El 7 de junio, el periódico melillense El Telegrama del Rif da, por fin, noticia de que en Abarrán ha pasado algo importante: se han celebrado en la iglesia de La Concepción varios funerales. Se ha enterrado al cabo de Artillería Manuel González Iglesias, herido durante el asalto de Abarrán.[1] El periódico da una relación de heridos que han sido hospitalizados en los barracones del hospital Docker: cuatro sargentos, cuatro cabos y diecisiete soldados. Y también habla de varias muertes gloriosas, por supuesto, como las del capitán Huelva, el famoso mal pagador de los policías, los decesos de los tenientes Camino y Reyes, los del alférez Fernández y un oficial indígena de la Policía, cuyo nombre no debe de importar mucho porque no se da. En el ataque ha habido 72 heridos, de los que veinticinco son españoles de la península. Han conseguido escapar ochenta hombres, entre europeos e indígenas. A través de las páginas del diario de la ciudad, el general Silvestre ha felicitado a la guarnición de Sidi Dris después de su defensa de la plaza.

Habrá que esperar a mediados de junio para que el director del diario, Cándido Lobera, manifieste su opinión, cómo no, acorde con los altos estamentos militares, acerca de lo sucedido en Abarrán, frente a otras noticias u opiniones vertidas desde otros periódicos. Para Lobera no hay duda de que la jornada en Abarrán no tiene mayor trascendencia que la de un caso aislado que no tendrá repercusión ni influencia en las operaciones militares siguientes.[2]

Resulta muy notable que Lobera lance esta opinión nada menos que el día 18 de junio, cuando en el frente ya están produciéndose violentos enfrentamientos entre los hombres de Abd el-Krim y de Silvestre. Sin embargo, El Telegrama del Rif recoge con grandes titulares el establecimiento de las nuevas posiciones que se realizará en los primeros días del mes entrante. «Con estas nuevas posiciones el dominio completo de nuestras fuerzas está asegurado», sentencia el diario.[3]

Todo eso cuenta el periódico de referencia en Melilla que dirige Cándido Lobera.

Los melillenses dependen de su juicio para estar informados sobre lo que pasa en el mundo, pero también en su propia ciudad. Dependen de Lobera y de la voluntad del general Silvestre, que delega ahora en el coronel Capablanca las funciones de censor que otras publicaciones españolas no sufren.

En Madrid, el Gobierno, que ha recibido algunas noticias más que los habitualmente desinformados melillenses, vive con impaciencia esos momentos y le piden continuamente al alto mando, el general Berenguer, información sobre los hechos, porque a Melilla están llegando bulos. Unos bulos que pueden afectar, y mucho, a la moral de la guarnición, pero también a la de la población civil.

Hay bulos que son peores que otros: por ejemplo, se habla de una traición generalizada de las tropas indígenas, como si la disciplina de los Regulares fuera la misma que la de la Policía Indígena. Pero hay una cosa más que el coronel Capablanca tiene que explicar una y otra vez a los periodistas: no se puede confundir una harka amiga ni con los Regulares ni con los policías.

Lobera, desde su diario melillense, con su solemne estilo, lamentará la confusión y reafirmará alto y claro que ni la Policía ni las fuerzas Regulares son la harka amiga de Temsamán. «Conste, pues, que tanto la Policía como las fuerzas Regulares Indígenas no sólo permanecieron inquebrantablemente fieles, sino que lucharon a nuestro lado y por nuestra acción, con ardor, vertiendo generosas su sangre».[4]

SILVESTRE Y BERENGUER

EN ELPRINCESA DE ASTURIAS

Antes de que los acontecimientos se desencadenen, Silvestre ha tenido una reunión con el general Berenguer, el 5 de junio, a bordo del crucero Princesa de Asturias. La guerra vive una pausa que Silvestre aprovecha para fortificar Annual y rehacer sus planes, y Abd el-Krim para seguir mejorando la disciplina de sus tropas y preparar el próximo enfrentamiento, que tendrá lugar en un sitio llamado Igueriben.

El jefe rifeño no tiene prisa. Pero Silvestre y su jefe, el general Dámaso Berenguer, sí la empiezan a tener porque el ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, pide que se le dé cumplida cuenta de lo sucedido en Abarrán. La verdad es que ninguno de los generales sabe bien lo que sucedió allí, pero los dos, quizás para salvar el cargo, le quitan importancia. Y ninguno de los dos menciona la posibilidad de que un comandante muy pagado de sí mismo, o sea, Villar, lo haya complicado todo.

Silvestre acude a la llamada de Berenguer y embarca en el crucero Princesa de Asturias donde va a almorzar con el máximo representante del Gobierno en el norte de África, su amigo «Damasito». La comida resulta ser cualquier cosa menos un intercambio amable de opiniones. Los gritos se oyen por todo el buque.[5]

Los dos generales coinciden en una cosa: la muerte o el cautiverio de todos los oficiales de la posición de Abarrán hacen muy difícil reconstruir los hechos. Los supervivientes han dado versiones fragmentarias y contradictorias, pero queda un dato muy elocuente: todo apunta a que la harka presuntamente amiga de Temsamán, la que el comandante Villar daba por fiel, ha sido la desencadenante de la acción. En otras palabras: la traición ha provocado la derrota. Una versión que, al fin y al cabo, resulta tranquilizadora porque excluye el error del mando. Nadie es responsable, sino la traición.

Un notable de Temsamán, El Haj Haddu Boaza, es quien se ha encargado de tomarle el pelo al comandante Villar, ya muy proclive, sin necesidad de ayuda, a tener en cuenta todas las informaciones que favorezcan sus optimistas y «valientes» tesis.[6] Los hombres de Temsamán se han volcado completamente a favor de los beniurriaguelíes, intransigentes en su anticolonialismo.

Con la frialdad que suele acompañar a esa parte de la literatura militar, el Diario de Operaciones de la Comandancia de Melilla refiere la pérdida de Abarrán en términos llamativos: «Por fugitivos llegados a Annual y Sidi Dris se tuvo posteriormente noticias de que, atacada duramente la posición y resultando muertos los seis oficiales (cinco europeos y uno moro), había sido perdida totalmente, con material y efectos».[7]

Los dos generales, Berenguer y Silvestre, discrepan en algo fundamental: Silvestre quiere refuerzos urgentemente y Berenguer se los niega hasta que acabe su campaña contra las fuerzas de El Raisuni en Yebala, lo que piensa que le

llevará mes y medio. Para entonces, toda la gente que pide Silvestre será ya inútil o eso piensa el comandante general de Melilla. Tampoco en esto el calendario le es muy favorable.

Cuando vuelve a la ciudad, Silvestre se expresa abiertamente ante el coronel Capablanca: «¿Sabes lo que me ha dicho? Que hasta dentro de tres meses no me mandará una bandera del Tercio, una batería y el tabor de Regulares de Ceuta. Pues diremos a Abd el-Krim que espere; se los puede guardar».[8]

Silvestre y Berenguer concluyen que la situación, aun siendo delicada, no es preocupante. Todo se puede arreglar. Silvestre se lo dice a Berenguer, y éste le transmite al ministro que, al parecer, Abarrán ha sido un accidente, «un episodio lamentable, una desgracia de la guerra colonial, y este tipo de sucesos es normal en estas guerras, sin que tenga mayor consecuencia».[9]

El ministro no tiene otra salida que tragar con una versión tan piadosa de los hechos, aunque se guarda para el futuro algunos argumentos relacionados con la concesión o no de su permiso para realizar la operación. Sobre todo, lo referente a lo que, según Silvestre, era una simple operación de Policía. La artillería desplegada y la presencia de tropas europeas lo cambia todo según el alto comisionado. ¿Silvestre se ha sobrepasado en sus atribuciones?[10]

Puede que para Berenguer la muerte de 179 soldados y la pérdida de gran cantidad de armas y municiones, o sea, cuatro cañones de montaña, cientos de fusiles y un considerable depósito de municiones, no tengan ninguna importancia. Pero lo cierto es que la derrota ha tenido un gran impacto psicológico en los soldados españoles y ha sido un gran estímulo para los rifeños. Sobre todo, le ha hecho cobrar mucha fama a Abd el-Krim como líder político y militar de la causa rifeña.

El general Berenguer ha ido a Sidi Dris, pero ni ha desembarcado ni ha tomado providencia alguna, limitándose a acordar con Silvestre la colocación de unos blocaos... No se ha hecho cargo de la situación y esto lo confirmará al escribir al ministro de la Guerra, el 8 de junio, diciéndole que lo de Abarrán ha sido un lamentable contratiempo.[11] Por lo demás, Silvestre se ha tenido que conformar con lo de siempre: ni hay refuerzos ni hay créditos para hacer caminos. Lo segundo, en todo caso, habría llevado mucho tiempo. Más tiempo del que Silvestre dice tener.

Mientras los militares españoles siguen intentando digerir lo sucedido en Abarrán, Abd el-Krim no pierde el tiempo. Cuando sus fuerzas tomaban la posición, él estaba en Axdir, en una reunión a la que asistió Mohamed Azerkan, al que los españoles le han puesto el apodo de el Pajarito. Es cuñado, ayudante y emisario de Abd el-Krim, muy conocido entre el Ejército colonial, y al parecer, o más que al parecer, trafica con armas y municiones.[12] Ésa es una imagen empequeñecedora de Azerkan, porque se trata de un personaje clave en la lucha por la independencia y la construcción de un Estado rifeño. Con sus antecedentes de gran negociador y diplomático, de hombre perteneciente a un linaje de notables rifeños que no se han distinguido por su connivencia con la ocupación extranjera tanto militar como industrial-minera, es muy querido por su pragmatismo y su creencia en el desarrollo del Rif al modo europeo.

Contra lo que aparenta el diminutivo que acompaña a su apodo, El Pajarito es grandullón, y envuelve con su presencia a quien se le acerca porque es muy expresivo.[13] Abd el-Krim deposita en él una gran confianza. Tanta, que los prisioneros arumis dependerán de él en adelante. Los españoles le llaman El Pajarito, aunque la palabra Azerkan quiere decir «azul» en lengua bereber. Su abuelo, Mohamed Ben El Had Abd el-Krim, tenía los ojos de ese color.[14] Y él tiene, además, la piel blanca, como casi todos los rifeños. Los niños melillenses conservan, a pesar de que les ven todos los días, una equivocada imagen rancia de los rifeños, a los que imaginan de piel oscura y, por tanto, inferiores a ellos en la escala que les han enseñado en su familia y, seguramente, en la escuela.

En esa reunión de Axdir a la que asiste Abd el-Krim todavía se habla, a pesar de la importante confrontación que ha tenido lugar en Abarrán, de posibles acuerdos con los españoles. Es más, cuando termina, el jefe rifeño escribe a Manuel Civantos Buenaño, coronel de Infantería y comandante militar de Alhucemas, una carta que abre la posibilidad futura de un acuerdo con Silvestre, siempre que cesen los bombardeos. Abarrán parece ser tan sólo un accidente en unas relaciones que pueden arreglarse. Civantos le responde con otra misiva, y está aún encorajinado por los cadáveres carbonizados de Abarrán, refiriéndose casi seguro a los del capitán Salafranca y otros, vendidos por los rifeños a sus amigos. No hay ninguna posibilidad de arreglo entre las partes enfrentadas.

La harka ha tomado, con razón, el avance sobre el cabo de Quilates como un paso adelante decisivo para tomar Alhucemas, y eso ha facilitado que, pese a la ausencia del líder, Bulahia, que estaba al mando de la harka, tomara la decisión de atacar.

Paradójicamente, Abd el-Krim ha reforzado su autoridad con el hecho de estar ausente: el ataque se ha realizado de forma organizada y nadie pretende disputarle la jefatura adjudicándose la victoria. Ha habido orden y también disciplina aunque él no estuviera presente. En todo caso, Abd el-Krim regresa con su ejército. Hace rondas nocturnas, visita las posiciones y anima a sus hombres en cada puesto: «en dos días, el enemigo será derrotado, porque está acorralado», les dice. Sin agua, sin provisiones, los españoles tienen las de perder. Los guerreros rifeños no necesitan ser más numerosos que los enemigos para vencerles.[15]

Al caudillo rifeño le urge afrontar dos asuntos: la extensión de su dominio político sobre el Rif y la defensa ante la que da por segura respuesta de los españoles, que harán todo lo que sea posible para recuperar Abarrán. En esa certeza coinciden Silvestre y Abd el-Krim: si el Ejército no da una respuesta inmediata al suceso, el prestigio de España se desplomará, sobre todo entre las cabilas sometidas que ya no podrán confiar en la protección de los españoles frente a la amenaza cierta de los beniurriaguelíes. Esa es una ley no escrita: «nuestra debilidad había quedado al descubierto no habiendo tomado la ofensiva al día siguiente del desastre de Abarrán».[16]

Abd el-Krim sigue desplegando una actividad incansable que inició mucho antes de la operación de Abarrán. Si ya hace tiempo que es el jefe indiscutible de los beniurriaguelíes, ahora está claro que también es el líder entre los rifeños. Sus acciones de castigo sobre los notables que acudieron el 1 de abril a la convocatoria de Silvestre fueron sin duda definitivas. Los que se atrevieron a desobedecer sus órdenes han visto arder sus casas y están todavía prisioneros de la harka.

Por su lado, Silvestre, forzado a cambiar de estrategia y a aplazar su ansiada conquista de Alhucemas tras lo ocurrido en Abarrán, decide reforzar la posición de Annual. Pensada para ser un simple puesto de Policía, es decir, apta sólo para albergar una Mía, ahora Silvestre quiere convertirla en la principal base de operaciones en el frente.

Allí se van acumulando fuerzas, en una posición que carece de agua, que se puede batir con fuego de fusil desde muchos puntos y que está pesimamente comunicada con su retaguardia y con puestos recientemente tomados como Sidi Dris o Igueriben. Los caminos son malos y muchos de ellos están cortados por barrancos: constituyen un estupendo enjambre de lugares perfectos para la

emboscada. Silvestre, que parecía un buen estratega, comete con ello el primer gran error, digno de un principiante. ¿Cómo se puede calificar de otro modo la elección de Annual como base de operaciones? Él mismo ha llegado a calificar la posición como nada buena, como «un callejón sin salida».[17]

¿Por qué Silvestre insiste en utilizar Annual para concentrar sus tropas allí? Al parecer, porque no piensa estar mucho tiempo en esa base. Sólo esa puede ser una buena explicación. Quiere iniciar rápidamente el camino que desde allí le llevará hasta Alhucemas, cuya bahía no ha dejado de ser un objetivo militar para él. Es mucho más, es una obsesión. Para un propósito tan sencillo, tan simple, como es echar de golpe toda la fuerza sobre el objetivo, da lo mismo una base que otra, Annual que Buimeyán, por ejemplo. Pero no, Annual es peor. Y el desastre que se avecina llevará aparejado su nombre.

En función de esa obsesión, el general subestima todas las consideraciones de su aparato de Estado Mayor que coinciden en un diagnóstico sin paliativos: Annual es un desastre desde el punto de vista estratégico. Hay valoraciones, incluso, que llegan a afirmar que su sistema de defensa mejora sólo porque aumenta la guarnición.

Para Abd el-Krim las cosas pintan cada vez mejor. Casi no puede creer la noticia de que el general enemigo haya elegido Annual como la base para todas sus operaciones futuras sobre Alhucemas. Annual está dominado por varias alturas fáciles de tomar para hostilizar desde ellas el campamento; y, lo que es más importante, no tiene agua.

Frente a Silvestre, Abd el-Krim controla el terreno, controla los caminos que permiten evacuar cada posición española y, sobre todo, controla por completo los itinerarios que tienen que seguir los convoyes encargados de llevar el agua.

Apenas hay posiciones españolas que tengan aljibes para guardar agua en caso de sitio. En ocasiones, cuando el lugar está cubierto y el agua puede recogerse del techo, un mantenimiento deficiente hace que ésta no sea potable. Casi todas las posiciones dependen de convoyes cuya puesta en marcha suele costar bajas. Realizar las aguadas es un maldito embrollo. A menudo, los convoyes de camellos, que además son muy caros, llegan a su destino con las cubas mediadas porque los soldados rifeños las han tiroteado. En realidad, el Ejército de Silvestre se encuentra a merced de su enemigo aun antes de que comience la fase más dura de la guerra.[18]

¿Está plagado de incompetentes el Ejército de Silvestre? Por lo que se refiere al agua, parece que sí. No sólo el Estado Mayor del general, sino el de toda la guerra. ¿Nadie en Madrid ha advertido esa enorme debilidad?

A mediados de junio, los confidentes españoles hablan ya de 3.000 hombres establecidos en Azlaf, que pronto llegarán a ser 6.000. En Amesauro, lugar donde Abd el-Krim ha instalado su cuartel general después de la victoria de Abarrán, la harka cuenta con unos tres o cuatro mil hombres de las cabilas de Beni Tuzin, Temsamán, Beni Urriaguel, Beni Ammart, Targuist, Beni Guemil, Beni Bu Frah y Beni Iteft. El 18 de junio, llegan más hombres acaudillados por Sidi Hamido y Sidi Hamed Akhamlich.[19]

Desde Tetuán, Berenguer recibe los informes de los confidentes, pero no les da crédito y así se lo hará saber a Silvestre.[20] Le parecen demasiado halagüeños para el enemigo. Es un curioso punto de vista.

Desde principios de junio, apenas se puede ver a hombres adultos en los aduares rifeños. Ya se ha empezado a segar en casi todas las cabilas donde hay grano, y todos coinciden en que el rendimiento es muy bueno. En el Rif no va a haber hambre este año. Unos se han ido a Argelia, otros, al área de Melilla, y, aunque en menor número, otro contingente de hombres ya está en la harka. Cuando se acaben las tareas de la recolección del grano, todos ellos podrán ir a la guerra. Las mujeres se encargarán de hacer la espiga, la recogida de las mieses que se escapan a los segadores. O sea, que habrá hombres de sobra para la harka, una vez liberados de las tareas del campo. Esas fechas, las de primeros de julio, tampoco las ha tenido en cuenta Silvestre para hacer su calendario de guerra.

Abd el-Krim también acumula fuerzas, pero no las reúne como Silvestre en un solo punto, sino que las va distribuyendo en función de donde le van a ser más útiles. Su primer criterio consiste en ocupar todos los puntos desde los que se dominan los reductos en los que se recluye su enemigo por propia voluntad. Empezó con esa idea a finales de enero, en un lugar llamado Yebel el Qama, donde unos pocos centenares de guerreros se juntaron entonces para luchar contra los arumis. Su carismático general les hacía cavar trincheras, por ejemplo. Además de guerreros, son musulmanes. Eso importa, aunque no sea definitivo.[21] Los ahora soldados rifeños son una mezcla de muyahidines, que hacen una guerra de religión contra los cristianos bien armados, y de soldados «modernos», que obedecen las órdenes de sus jefes.[22] Se despliegan en guerrillas cuando se lo mandan o disparan al unísono cuando el blanco que ofrece el enemigo es muy

sencillo.

Para los combates que sigan, Abd el-Krim ya es el jefe militar indiscutible. Ya no delega siempre el mando de las fuerzas a Bulahia, sino que asume la responsabilidad directa de la guerra que se ha desatado entre Silvestre y él.

Bulahia imparte orden y disciplina, además de arengas llamando a la Yihad. A pesar de que el líder rifeño confía en él, es algo bruto y utiliza más el corazón que la cabeza, es decir, es poco diplomático. Por eso, para llevar a cabo las labores militares, Abd el-Krim va a preferir contar con otros caídes como Si Abdeslam Ben El Haj Mohamed el Bouhayachi, que se convertirá en el primer responsable de Guerra cuando haya un Gobierno rifeño, aunque luego será sustituido por Ahmed Budra, hombre leal, honrado y muy valiente en el campo de batalla.[23]

Abd el-Krim tiene además una fuerza militar que nadie ha medido con precisión, aunque puede que llegue a 11.000 combatientes. Una cifra que Berenguer no considera fiable. Tampoco se ha valorado su armamento. Nadie sabe cómo, pero el ya dirigente militar de todo el Rif ha conseguido que aparezca el botín capturado a los franceses por Akhamlich en la ya mítica batalla de Ain Madiuna: dos fusiles ametralladores, decenas de fusiles Lebel y un cañón con trescientos obuses.[24] Para hacerse con este arsenal Abd el-Krim ha tenido que seguir un tortuoso camino de amistades. El hijo del ya difunto Mohamed Seddiq Akhamlich, que se llama igual que su padre, pertenece a la cabila de Targuist y ha jugado un papel importante en convencer a los notables adecuados de que el Rif occidental se una a la lucha anticolonial. Sin embargo, algunos rifeños le miran con cierta desconfianza porque creen que juega con los españoles, ya que cobra una pensión de las autoridades del peñón de Vélez de la Gomera, que los rifeños llaman Badis en su lengua bereber. En todo caso, el papel del hijo ha sido determinante para que ese arsenal haya llegado a los rebeldes. Silvestre lo sabe por los espías de Morales, pero no le da la debida importancia.

Los informes de Morales cifran la harka unas veces en 11.000 hombres y otras en 3.000. Lo más seguro es que la harka, aunque haya crecido gracias a los ecos de la victoria de Abarrán, no sea muy superior a los 4.000 guerreros, que no es poco, sobre todo si se controla el terreno como es el caso.

Todo está a favor del rifeño. Incluso, aunque no lo busca, hay un relativamente inesperado toque religioso en las adhesiones. La victoria de Abarrán provoca que

algunos llamen a la guerra santa, porque, además, la profecía se está cumpliendo: «cuando los españoles lleguen al río Amekrán sus aguas se teñirán con su sangre».[25]

En cuanto a las fuerzas de Silvestre, pese a las conquistas de las nuevas posiciones y la aparente calma, no es posible ocultar el lamentable estado de su moral.[26] Los reclutas españoles provienen en su mayoría del campo más atrasado. Si la tasa de analfabetismo en España alcanza el 50%, se puede imaginar a cuánto ascenderá, por ejemplo, en los desolados campos extremeños de La Serena. Tienen un miedo atroz al moro, el hombre que, con su gumía, puede rebanarle el cuello a cualquier recluta que no haya podido pagar las 2.000 pesetas que le habrían salvado de ir a África. La situación es compleja porque, como sucede en todas las guerras, los rifeños tienen miedo a los españoles, sobre todo a sus armas, como los aviones,[27] y los españoles a los rifeños. En el imaginario español, el moro siempre lleva una afilada gumía escondida entre sus ropas.

En Barcelona hay una imprenta que hace postales dibujadas por un tal Ibáñez y que se venden en los quioscos, también en las calles de Melilla. Una de esas postales está protagonizada por un rifeño de piel oscura que agita, ante la mirada divertida de varios niños melillenses, los barrotes de la jaula en la que está encerrado. Los reclutas envían a casa esa postal, que cada vez provoca más miedo que diversión.[28]

En realidad, los rifeños no se parecen a los de las postales: «Como otros muchos berberiscos, parece resultante de la fusión de diferentes tipos; pero el que predomina en Yebel Hamam de Beni Urriaguel y en la montaña de Beni Ammart y de Gueznaya, médula del Rif, es rubio trigueño o moreno claro, de ojos castaños, azules o verdes, vigoroso sin ser corpulento: mesocéfalo, se afeita la cabeza dejando en el occipital un mechón de pelo que parece un airón bélico, como el de un yelmo de guerra, hasta que Abd el-Krim ha ordenado que se lo rapen». El caudillo rifeño no quiere de ninguna manera dar una imagen salvaje de su pueblo. El rasgo común de los bereberes, hombres y mujeres, son los pómulos salientes.[29]

Agapito Cuenca no viene de Extremadura, sino de la sierra de Ayllón, de un pueblo llamado Peñalba de la Sierra. Un lugar recóndito y olvidado, más miserable que pobre, aunque esté apenas a hora y media de Madrid. Ha venido a África a hacer la mili, en realidad obligado por tres años, como muchos otros

mozos. Está en el Regimiento de Cazadores, donde es gastador debido a su estatura, algo por encima de los 180 centímetros que se piden para el puesto y muy superior a la media del Ejército español.

Su compañero Vinuesa, que es de Valladolid, es un tipo con estudios. Su familia tiene posibles y, sin embargo, está en África, en el mismo regimiento y en la misma compañía de Cazadores que Agapito Cuenca. A Vinuesa, en opinión de Agapito, no se la pueden dar con queso en ningún lado porque maneja las cuatro reglas mejor que el fusil. Bueno, eso es fácil en realidad, porque del fusil lo único que sabe es lo que todos: que está fabricado en España y que es tan bueno que a los americanos que fueron a Cuba les daba envidia el arma que usaban los españoles. Aparte de eso, ni Vinuesa ni nadie que conozca Agapito ha disparado más de una vez con el Mauser antes de verse metido en líos de verdad.

Vinuesa ha tomado a Agapito y a otro soldado como alumnos para enseñarles a leer y a escribir. Y lo ha conseguido. A Agapito le ha hecho mucha ilusión ver que él podía hacer tantas cosas con un lápiz y un papel, y ha decidido contar las guerras africanas en verso porque cree que para hacer versos no hace falta más que buen oído. El resultado es horroroso, insoportable, según algunos que lo tienen que escuchar, pero Agapito se convertirá, cuando vuelva a España atacado por la sarna, en un hombre admirado por tanta erudición, como demuestra en los cientos de versos escritos sobre el general Prim y la reina Isabel. «De algún libro lo habrá sacao», se dirá de él en Peñalba.

Agapito hablará bien toda su vida de Vinuesa, que le ha abierto un mundo nuevo en África. Porque detrás de los versos que recita con tanta capacidad de memoria, con solemnidad, hay muchas horas de trabajo. Para Vinuesa, las horas que ha dedicado a Cuenca y al otro camarada han sido horas robadas a la miseria moral. Casi todos los hombres de su compañía son analfabetos, porque en su mayoría son campesinos. Cuando alguno, como Cuenca, se arranca a escribir, es una fiesta.

Lo más difícil es conseguir papel pautado y lápices. Eso, y vencer la inquina de un capitán, que se sabe de memoria otros versos, los que compuso Bernardo López García hace medio siglo. Cuando el largo poema, que empieza con «Oigo patria tu aflicción», llega a «Desde la cumbre bravía / que el sol indio tornasola / hasta el África que inmola / sus hijos en torpe guerra / no hay un puñado de tierra / sin una tumba española», los ojos del capitán se van cerrando hasta crisparse completamente al llegar a su cénit: «¡Venganza y guerra!».[30]

A veces hay sorpresas agradables, como el día en que Agapito prueba por primera vez la sandía y se pregunta cómo es posible que haya estado tantos años sin hacerlo. Ahora se entera de que en España en verano hay mucha fruta así.[31]

El hambre de los jornaleros castellanos es comparable al hambre que sufren los rifeños en tiempos de malas cosechas. Los españoles y los rifeños no son muy distintos, como tampoco lo es el analfabetismo que comparten. Pero los rifeños luchan por su tierra y los españoles quieren volver a la suya. Esa sí es una diferencia importante.

10

Igueriben

(del 7 de junio al 21 de julio de 1921)

En el norte de África, en el territorio que le ha tocado a España «proteger» según los acuerdos de la Conferencia de Algeciras, no llueve nunca como los agricultores españoles desearían, pero tampoco como lo desean los militares que siempre suelen hacer sus despliegues táctico-teóricos en un paisaje en el que el clima juegue un papel mínimo.

Cuando en la zona llueve, el cielo puede abrirse literalmente para liberar cantidades inusitadas de agua. Un agua que convierte los caminos en barrizales y los cauces secos de los ríos en torrenteras de insólito crecimiento por su rapidez, que hacen que los hombres y las bestias se vuelvan meros juguetes de las aguas embravecidas si caen en el lecho de alguna corriente.

Sobre toda la zona de Annual ha llovido así hace unos días, entre ellos el 6 de junio. El general Navarro ha estado muy atareado porque ha tenido que poner a punto la toma de otro lugar llamado Igueriben, que tiene que servir para asegurar la línea de otras posiciones, en este caso Izumar, Buimeyán y Annual. Hay que hacerlo el día 7.

La lluvia ha sido un obstáculo para la toma. Hasta llegar al campamento base de Annual, donde se ha hecho cargo de la fuerza con la que debía apoderarse de la nueva posición, el general Navarro ha tardado seis horas. El último tramo, al que se denomina en broma «el tobogán», ha dado muestras sobradas de la justeza de ese nombre porque a lo empinado de la cuesta, que todavía no había alcanzado la forma de un camino, se unió enseguida el agua que hizo que ya nada fuera firme bajo los pies de los hombres y mucho menos bajo las pezuñas de los caballos. Es una subida endiablada la del llamado tobogán. Los ingenieros que analizan Annual la consideran pésima para el caso de que se quiera hacer una evacuación por ella.

Navarro la ha tenido que subir a caballo. A su llegada a Annual, agotado por el

viaje, aún tenía que preparar la incursión con los coroneles Miguel Núñez de Prado y Gabriel Morales. Con el general han ido fuerzas de Regulares, de la Policía Indígena y del Regimiento Ceriñola, formado por soldados peninsulares.

LA TOMA DE IGUERIBEN POR EL EJÉRCITO ESPAÑOL

Desde primeros de junio, Silvestre ha seguido con sus planes de llegar cuanto antes a Alhucemas, pero antes ha decidido reforzar el frente con otras posiciones. Para eso ha ocupado el lugar llamado Igueriben. Ni el luctuoso «contratiempo» de Abarrán ha conseguido pararle. Una posición que tiene por objeto defender Annual se va a convertir desde el día 14 de julio en el centro de la guerra. Puede parecer un capricho del general Silvestre, pero no lo es. Es, simplemente, otro error.

Igueriben es una de las muchas posiciones que no sólo tiene problemas intrínsecos, como el de ser de dudosa defensa, sino que ni siquiera se asoma al valle del Amekrán, cosa que sí hace la descartada posición de Buimeyán. Igueriben tampoco tiene agua, ni medios para almacenarla. Silvestre ha ordenado ocuparla el 7 de junio, tal como tenía previsto desde antes de la ocupación de Abarrán, y la dota de una guarnición de casi cuatrocientos hombres, reforzados con una sección de ametralladoras y la primera batería ligera del Regimiento Mixto de Artillería.[1]

La posición de Igueriben puede considerarse de proporcionada capacidad defensiva… pero tiene la aguada distante y los caminos naturales que conducen a la posición están cortados por barrancos que lo cruzan en varias direcciones. Allí se hará fuerte el Ejército de Abd el-Krim, apoyado en los accidentes del suelo o en las defensas que levantará. Hay dos caminos posibles para llegar desde Annual: uno está dominado por las alturas que ya ocupan los tiradores rifeños; el otro está casi cortado por las barranqueras.[2]

Los servicios de Inteligencia del coronel Gabriel Morales trabajan sin descanso. El 10 de junio, Silvestre informa a Berenguer por telegrama de la posibilidad de un ataque, ya que hay indicios de que temsamaníes y benituzines han

incrementado sus contingentes, y añade que «los Beni Said y Beni Ulichec están de acuerdo con la harka para atacar nuestras líneas». Silvestre solicita, una vez más, autorización para constituir una harka «a las órdenes del Chej Abid Al-Lah de los Ababda». El propio general Berenguer reconocerá en 1923 que «esas informaciones no me parecieron fundadas».[3]

En el telegrama, Silvestre le habla a Berenguer del estado inquietante de las cabilas y le pide que apruebe la organización de la harka amiga. O sea, le pide dinero. El general en jefe, que está en Larache, le contesta que los informes de los capitanes de las mías exageran y le dice que le avise si la cosa empeora.

Pese a todas las informaciones sobre la creciente fuerza del enemigo, que aprovecha la «suspensión de armas» que se ha producido desde lo de Abarrán para fortalecerse y organizarse, el general Silvestre incurre en una política «temeraria» al no adoptar ninguna medida defensiva, cuando ya ha perdido toda la «iniciativa y la libertad de acción» y «aprovechando la tregua que la harka puso a su actividad».[4]

Abd el-Krim ha vuelto para encabezar su ejército y le pueden localizar visualmente desde Igueriben. Nada que ver con las irónicas observaciones del líder socialista Indalecio Prieto sobre las fantasías de algunos observadores.[5] Esta vez, le ven de verdad. Otras, no está tan claro. Cuanto más blanco es el supuesto caballo y más larga tenga la nívea cola, menos creíble es la información.

En todo caso, el jefe rifeño tiene que utilizar caballerías para desplazarse porque se quedó cojo hace algunos años tratando de escapar de una prisión española. Por lo demás, va vestido como sus «soldados»: chilaba corta y calzado de esparto. Está curtido por el sol y su aspecto es descuidado. Su desaliño no gusta a los suyos porque, aunque esté en guerra, no debería descuidar el aseo reglamentario que se requiere para el rezo, del que no puede estar exento.[6]

Visto desde cerca, parece uno más, aunque todos saben que eso sólo es una apariencia. Abd el-Krim les habla como si fuera uno de ellos, pero cuando da las órdenes nadie duda sobre lo fundado de las mismas. Se le obedece ciegamente. Dedica el tiempo que necesita explicando a cada hombre el valor de cada cartucho, y sobre todo, el valor de la espera.[7] Aunque los hombres de Abd el-Krim no andan nunca ociosos, siempre están aprendiendo algo.

Silvestre sigue adelante con lo que tenía pensado. Nada se puede oponer a su voluntad. El general Navarro es un fiel intérprete de los deseos de su jefe. Tras haber llegado con éxito, después de una dura cabalgada, el día 6 a Annual, ha proseguido su trabajo con Igueriben. Para ello, ha dividido su fuerza en tres columnas. La primera, mandada por el teniente coronel Miguel Núñez de Prado. La segunda, a las órdenes del coronel Morales, con las fuerzas de la Policía Indígena que, una vez más, van a ser usadas como fuerza de choque, pese a las reticencias que su coronel ha expresado en muchas ocasiones. La tercera la conduce el propio general y tiene como misión la conquista de la posición. Navarro ya acumula una acreditada experiencia como expugnador de lugares vacíos.

Y hay una columna más en reserva, fuertemente armada: en Annual quedan, a la espera de lo que decida el general, cinco compañías del 68.º Regimiento de África, una sección de Policía, una compañía de ametralladoras y una batería de Montaña con cuatro cañones. Los servicios de Morales indican que hay unos cuatrocientos hombres del enemigo esperándoles en un lugar llamado Tizzi Azza.

El día 7, casi de madrugada, los primeros Regulares de Núñez de Prado llegan a Igueriben.

El terreno está escurridizo porque ha llovido. La tierra amarilla ha trocado su color y su naturaleza, y ahora es un barro de color ocre. El caballo del general Navarro se escurre sobre esa superficie cuando va a conducir a su jinete a una nueva conquista desde Annual.

La guerra, como dicen los italianos, es bella pero incómoda. Y la guerra parece que le sonríe a Navarro, porque su jefe, el general Silvestre, ha ido a pasar revista a la nueva posición conquistada. El general, como buen miembro de la Caballería, es también un buen jinete y sabe cómo tienen que afrontar él y su caballo los cuatro largos kilómetros que separan Annual de Igueriben. Para llegar hasta allí, entre los territorios de Temsamán y Beni Tuzin, ya en rebeldía, Silvestre ha tenido que salir de Melilla de madrugada, y ha ido hasta Annual en un coche rápido de los que se usan en las ciudades.

Los rifeños han visto la lluvia como un buen augurio porque anuncia que las cosechas futuras serán tan buenas como la de este año. No hay que ser muy imaginativo para adivinar una sonrisa de satisfacción en sus rostros. Y en el de

su jefe, Abd el-Krim, cuando además se entere de que los españoles se están instalando en Igueriben.[8]

Sin perder ni un minuto, el capitán del Regimiento de Ingenieros Jesús Aguirre ha comenzado los trabajos de fortificación que empiezan, claro, por la construcción de un parapeto. Tendrá una doble alambrada y un muro con troneras, de modo que los tiradores estén protegidos del fuego enemigo. Después, se levantan muros, se edifican las cocinas, y tres casetas.

El punto débil más obvio es la puerta principal, dominada desde las alturas de Tizzi Azza, que controla el enemigo. Y hay que rebajar el suelo porque algunas tiendas no están protegidas por el parapeto al estar a mayor altura que el mismo. Pero el punto débil más importante es, como siempre, la escasez de agua. El lugar más cercano de abastecimiento se encuentra a cuatro kilómetros y medio. Un servicio que hay que hacer a diario, porque no hay depósitos ni cubas en la posición.

El convoy con la aguada va a tener que ser protegido desde Buimeyán por la Policía Indígena. A cargo de ese lugar decisivo está el comandante Jesús Villar, el hombre que dejó sin protección Abarrán. En cuanto a la comida, está estipulado que venga de Annual cada dos días, con una escolta de tropas de Regulares.[9]

Dentro de la posición de Igueriben hay, además de los casi doscientos hombres que forman dos compañías del Regimiento Ceriñola, cuatro ametralladoras y una batería ligera Schneider. Diez askaris, que es como se llama a los policías indígenas sin graduación, acompañarán a la guarnición. Por supuesto, cuatro soldados peninsulares bien entrenados, de los que saben leer y escribir, tienen a su cargo la estación óptica. El heliógrafo es la forma más segura de comunicarse con la base principal. Todavía está al mando el comandante Francisco Mingo.

A unos seiscientos metros, es decir, a tiro eficaz de fusil, se puede ver que hay grupos de veinte o treinta guerreros harkeños que hacen guardia. Según los servicios de Inteligencia de Morales, en el monte Amesauro hay muchos más.[10] Desde allí, desde el Amesauro, Abd el-Krim va a organizar su asedio a Igueriben.

Todo marcha tan bien que el mismo día 8 de junio El Telegrama del Rif utiliza grandes titulares para contar la hazaña: «Se ocupa una posición en territorio de

Beni Ulichec. Algunos grupos hostilizan la visita del Comandante General».[11] Navarro puede añadir a su currículo de guerrero expugnador de posiciones vacías la de Igueriben.

Melilla puede seguir durmiendo tranquila. Incluso lo de los grupos que hostilizan la visita de Silvestre sirve para aderezar con un poco de picante el guiso literario que Cándido Lobera, director del diario, y el coronel Capablanca, jefe de la censura, preparan para los melillenses.

El teniente coronel Dávila, del Estado Mayor del general Silvestre, que no manifiesta nunca demasiado aprecio por quienes ocupan esas plazas de estudiosos, pide a la aviación que le haga una fotografía panorámica desde Annual para ver qué pasa entre Igueriben y Sidi Dris. Una vez revelada, en la foto se puede ver que Igueriben está casi aislado y preside una gran barrancada. Después de ver la panorámica, el coronel se queda tranquilo: ahí no pueden sufrir un ataque.[12]

Dávila está en Melilla, a varias decenas de kilómetros de Igueriben, pero es como si la dichosa posición y la ciudad estuvieran separadas por miles de kilómetros. «Ahí no pueden sufrir un ataque», es una frase lapidaria que podría haber pronunciado alguien de otro planeta, pero no alguien que conozca el Rif como él.

No es que haya alguna barrancada, es que toda la zona está plagada de ellas. Los pocos caminos transitables por caballerías se ven a menudo cortados por tremendos tajos que llegan hasta sus bordes, que muerden sus límites, y dejan claro que al caminante le esperan más amenazas que consuelos antes de llegar a su destino, sea cual sea. La posición no preside una barrancada, es más que eso, es un lugar rodeado de laberintos que no sólo devuelven, sino que envuelven, el eco de cualquier sonido en un enjambre de lamentos. ¿Cómo se puede identificar en cualquiera de esos precipicios el origen del disparo de algún francotirador? Sobre la imponente mole de su manto de arcilla de color amarillo, la vista siempre acaba posándose en la cima que todo lo domina, el Amesauro, donde puede que ahora esté Abd el-Krim. Es casi seguro.

El capitán Fernando Correa Cañedo es madrileño y tiene cuarenta años. Está adscrito a la plana mayor del 42.º Regimiento Ceriñola y se encuentra en Igueriben desde su toma. Antes, ha participado en la de Talilit. Lleva año y medio en el Rif, y se distrae de cuando en cuando escudriñando en la distancia

cómo hacen la instrucción los soldados de Abd el-Krim. Están a unos tres kilómetros, y la evolución de sus movimientos se puede seguir a la perfección a simple vista.

Cuando el viento no levanta el polvo en ese paisaje tan agresivo, tan brutalmente hermoso, el aire de las montañas del Rif adquiere la máxima trasparencia imaginable, de modo que parece que cualquier cosa está al alcance de la mano.[13] Si pudiera enterarse de las consideraciones que hace Dávila viendo las fotografías que ha encargado a la aviación, el capitán seguramente se cabrearía con el coronel de Estado Mayor, porque Igueriben ha sido hostilizada desde el primer día en que se ocupó. Han sido tiroteos flojos, eso sí, pero tiroteos. Ahí no pueden sufrir un ataque. Vaya un análisis certero...

La harka ha ido creciendo a ojos vista y siempre se mueve en el entorno de Amesauro. Los rifeños se instalan además en la «loma de los Árboles», donde prosiguen sus trabajos de fortificación, apenas incomodados por la artillería española que hace unos disparos rutinarios contra el enemigo. Los soldados de Abd el-Krim construyen parapetos y cubren con haces de paja las bocas de sus fusiles para evitar que los españoles localicen con facilidad el origen de los disparos.[14] También cavan trincheras. Antes nunca lo habían hecho. Abd el-Krim consigue, con algo tan sencillo, un mayor respeto de todos los combatientes, que vienen más organizados desde el monte Amesauro. Allí hay unos 1.500 guerreros que esperan el momento en que Abd el-Krim decida atacar a los cristianos.[15]

Abd el-Krim tiene mucho cuidado en no cambiar la estrategia que tan buenos resultados le está dando: no ataca Annual, porque está enormemente protegida por su gran guarnición, pero planea obligar a los españoles a combatir en desventaja para defender Igueriben.[16]

El 12 de junio ya se puede observar desde los parapetos de Igueriben cómo se produce una reunión presidida por Abd el-Krim, al pie del Amesauro. Posteriormente, la harka inicia un ataque contra Igueriben que dura más de diez horas y obliga a todos los miembros de la guarnición a caminar encorvados para evitar los disparos. Independientemente de que sea muy difícil que ese fuego pueda alcanzar a alguien, el impacto psicológico es grande. Y diez horas es mucho tiempo.

El 14 de junio, Silvestre informa al alto comisario de la existencia de un gran

contingente rifeño a cuyo frente se encuentra Abd el-Krim y que «la harka enemiga ha mostrado gran actividad, avanzando nutridos núcleos por lomas que se extienden en la margen derecha de Amekrán, en su intervalo correspondiente al frente Igueriben-Dahar-Buimeyán».[17]

La preocupación de Silvestre está fundada porque ese mismo día se produce otro tiroteo, de gran intensidad, que dura nueve horas. Se puede imaginar que el botín de cartuchería de Abarrán debió de ser grande. Los harkeños no escatiman disparos. Los españoles hacen 6.000 disparos de fusil y casi 150 de cañón. Los efectos del fuerte ataque son serios porque no se ha podido hacer la aguada ni ha podido llegar el convoy de suministro con los víveres.

Antonio Andreu Modol, un panadero nacido en Torres de Segre, un pueblo de Lérida, es cabo y uno de los servidores de las piezas de artillería que defienden Igueriben. Para Andreu Modol es casi increíble que se pueda vivir sin mucha agua alrededor. El cabo tiene que disparar de cuando en cuando contra las concentraciones enemigas en el Amesauro. Los días 12 y 14 de junio, ha abierto fuego sobre la loma de los Árboles y ha podido observar, igual que sus compañeros, que los rifeños han conseguido poner allí un cañón, parte del botín de Abarrán, en una loma. Pero sus granadas no alcanzan ningún objetivo. Es sólo una cuestión de tiempo, hasta que aprendan.[18] Que el cañón pueda funcionar lo atribuyen los artilleros a la existencia de desertores que ayudan a los moros por algo de dinero o, sencillamente, por salvar el pellejo.

ÚLTIMAS NEGOCIACIONES EN SIDI DRIS

El 15 de junio la calma se vuelve a romper en Sidi Dris, que es atacado por las fuerzas harkeñas al mando de Bu Ayyashi, un buen guerrero rifeño que llegará a ser ministro de Defensa de Abd el-Krim. Los españoles, bien atrincherados, piden refuerzos a Annual y consiguen rechazar a los atacantes a costa de un gran número de bajas. Después de esta breve acción, se vuelve de nuevo a una aparente paz y se produce un último intento de negociación entre los españoles y los rifeños rebeldes.

Esta vez, el intermediario es Dris ben Said, amigo de Abd el-Krim desde los tiempos en que fueron compañeros en la Universidad de Fez.[19] Dris ben Said

conoce muy bien a los españoles, ya que ha trabajado como secretario en la oficina del Alto Comisariado español en Tetuán, cuando Silvestre estaba destinado allí. Junto a Antonio Got, Dris ben Said se dirige a Sidi Dris con una carta para Abd el-Krim, en la que le piden que envíe a Mohamed Azerkan como intermediario suyo para negociar la paz con los españoles. Abd el-Krim accede y Azerkan acude al encuentro. El coronel Morales será el encargado de trasladar la última oferta de los españoles, en los mismos términos que la ya hecha a El Raisuni hace mucho tiempo: a cambio de parar la guerra y dejar a los españoles que ocupen algunas posiciones del Rif, podrá administrar el territorio bajo el «amparo» de los administradores coloniales. Esta oferta es rechazada. Llega demasiado tarde.[20]

Para esta fecha, Abd el-Krim ya puede estar satisfecho: los hombres capaces de empuñar un fusil ya están liberados de sus tareas agrícolas. Las cabilas que aún tienen alguna duda le hacen llegar el mensaje de que, estando ya preparados los españoles después de lo de Abarrán, le seguirán a pesar del fracaso de Sidi Dris.[21] Incluso las mujeres se implican en la lucha contra los infieles.

Fathma es una de esas mujeres. Pertenece a una de las tribus más belicosas que pueblan el Rif, la de Beni Urriaguel. Fathma no es una mujer especialmente combativa. Pero cuando hay que hacer algo propio de hombres, y ahora no hay hombres de sobra, se tiene que poner en marcha. Y lo hace con gusto, porque odia a los arumis, que son distantes y actúan como si fueran superiores. A ella no le ha pasado, pero sabe de otras mujeres que han sido objeto de abusos por gente de la Policía Indígena. No sólo de la Policía, sino también del Ejército, cuyos jefes se creen que todo se arregla con dinero. Por ejemplo, quinientas pesetas a cambio de una violación.[22]

Ahora, todos los hombres que vuelven de recoger la cosecha para los de Orán se van directos a la harka a combatir. Y Fathma tiene que llevar una garrafa de agua, comida y cartuchos a su marido. Lo exige su tradición, pero ella lo hace a gusto.[23] Eso, sin embargo, no le da más derechos a Fathma.

Por su parte, Silvestre ha enviado a todas las cabilas la amenaza de privar a los hombres de sus órganos sexuales y hacer madres a las mujeres rifeñas quieran o no.[24] No es una buena fórmula para apaciguar a los cabileños, que consideran una ofensa inadmisible atacar su virilidad.[25] Sin embargo, el general no parece estar muy preocupado por la situación. Hasta se ha permitido el lujo de licenciar a una parte de sus hombres.[26] Y sigue adelante con lo que tenía pensado.

Abd el-Krim vive ya todos los días en el monte, y come y duerme con sus «soldados». Allí pergeña los últimos toques a su estrategia. La primera parte le ha funcionado a la perfección: cuando así lo desea, las posiciones españolas, no sólo los blocaos, sino también las mayores como Igueriben y Annual, se quedan sin agua y sin alimentos. Eso significa hombres atormentados por la sed, incapaces de defender nada durante mucho tiempo. Tan sólo con que esperen algunas horas, los guerreros rifeños podrán comprobar su superioridad, porque cuando los soldados cristianos, cercados, hambrientos y sedientos, se tengan que enfrentar a ellos, bien hidratados porque controlan el agua, estarán en inferioridad para el combate cuerpo a cuerpo. No sólo por la falta de motivación que tienen los reclutas españoles para la pelea, sino porque también tendrán menos fuerzas físicas para ella.

Además del cerco a cada posición, que puede hacer con bastante facilidad, el líder rifeño cuenta con los aliados adecuados para expugnar las distintas posiciones. Se trata de las cabilas indecisas, que se suman a la harka cuando ven que la guerra les es favorable. Las promesas de recompensas y botín son tan importantes para eso como las amenazas. Muy suculentas, porque la miseria ha crecido en la región, ayudada por las sequías consecutivas nunca antes vividas, o al menos eso dicen los mayores.[27]

Son, además, tribus que no han sido desarmadas por los españoles en el loco avance diseñado por Silvestre. Tienen miles de fusiles escondidos y gente que sabe usarlos. Cada tribu dispone de muchas armas bien engrasadas.[28] Hay descuido de los españoles, pero también una razón estratégica que se va a revelar en poco tiempo como dudosa en su eficacia: mantener abierta la posibilidad de construir harkas amigas, con sus armas.

Como ya había advertido Gabriel Morales en su informe de primeros de año, las tropas de Silvestre están ya al límite de su elasticidad.[29] Y Abd el-Krim lo sabe por un hecho tan incontestable como sorprendente, al menos en teoría: no ha habido reacción española a lo de Abarrán.

Toda la iniciativa es del Ejército rifeño. Y Abd el-Krim acepta el reto, imponiendo a su enemigo, además, un nuevo estilo de combate. El teniente médico Antonio Vázquez Bernabéu, que presta servicio en Buimeyán con las 8.ª y 9.ª mías de la Policía, ha visto a las tropas de Abd el-Krim formar al estilo europeo antes de entrar en combate.[30] Los soldados del nuevo ejército se van a poner a prueba en torno a Igueriben. Ahora, disparan todos a la vez cuando se les

ordena. No es pequeño el avance.

El 16 de junio, Abd el-Krim decide que va a probar si ya está todo listo. Ahora está urgido por la idea de que Silvestre va a continuar su camino hacia Alhucemas.[31] Y tiene que detenerle.

Algo sucede en todo el territorio. Columnas de humo quiebran la homogeneidad deslumbrante del cielo del norte de Marruecos. Después de unos días de aparente calma, todos los hogares de los adeptos a los españoles que están en las cercanías de Amesauro y de Talilit son quemados por la harka. Es el precio de la indecisión actual, que antes era participación con España. El dinero español, aunque todavía es capaz de mover algunas voluntades, ya no vale en el Rif lo mismo que antes. Los rebeldes sí saben cuidar su retaguardia con energía.

Los españoles observan los incendios y creen que arden los aduares completos, pero no es así, porque el Urf, la ley no escrita de los bereberes, sólo admite el castigo supremo de quemar la casa y la hacienda de un individuo o una familia, nunca un aduar. El castigo tiene que seguir un protocolo: primero hay que avisar a la familia para que todos, incluidos los causantes del agravio, puedan abandonar el hogar. Los bienes no se queman, sino que se entregan al Hobus, una especie de hacienda comunitaria de carácter religioso que administra los bienes de todo el aduar.[32]

Los afectados por el duro castigo estaban avisados. En los zocos se ha advertido a los miembros de las cabilas de Temsamán y de Beni Tuzin de que quienes sigan sirviendo a los intereses de los españoles serán severamente castigados, y se ha apelado al carácter religioso de la amenaza: esto forma parte de la Yihad. Quienes desobedezcan no sólo serán considerados servidores de los arumis, sino unos malos hermanos de fe. Y, por tanto, merecen el castigo supremo de ver cómo arden su casa y su hacienda.[33]

Para evitar la quema no sirven de nada los gritos desesperados de las mujeres, que ven cómo todo lo que tienen es pasto de las llamas o de la incautación. Ni sirve el llanto de los bebés, que adivinan la tragedia doméstica a través de los lamentos desesperados de sus madres. Tampoco es hora ya de que los varones adultos se arrepientan de nada. Todo lo que tiene que arder, arde. Para muchos ese día es el primero de una nueva vida: tienen que empezar de cero. Es mejor que los hombres adultos no digan nada, por lo menos se les ha permitido vivir. Así que guardan un pesado silencio mientras ven, con impotencia, cómo se

quema su hogar y cómo su mujer o su madre les reclaman que hagan algo para detener semejante estropicio.[34] Es la ley, aunque no esté escrita.

Una vez quemados los hogares de los que se han echado en brazos del enemigo, la harka, que ya suma muchos cientos de hombres, se reunifica primero en el Amesauro y parte después a Sidi Brahim, llamada por los españoles loma de los Árboles. Su objetivo, aparentemente modesto, es Buimeyán, que ocupan varios cientos de policías indígenas mandados por el comandante Villar, el hombre que aseguró en su momento que los temsamaníes se mantendrían fieles a España.

LA LOMA DE LOS ÁRBOLES

Una vez más, el comandante Villar vuelve a ser protagonista de hechos militares destacados. Ahora manda en Buimeyán, objetivo de los rifeños, aunque eso él aún no lo sabe. A su cargo están la 12.ª y la 13.ª mías de la Policía Indígena. La 13.ª, que fue mandada por el capitán Huelva de tan poco grata memoria, está ahora a cargo del capitán Fortea. Algunos policías ya cobran todos los meses, pero no todos, lo que no es bueno para aumentar su fidelidad a sus jefes españoles.

El capitán Julio Fortea, de 36 años, lleva más de diez en el Protectorado. Ha vivido en Filipinas, donde a la edad de once años presenció la muerte de su padre, también militar, tiroteado por una guarnición indígena que estaba a su mando. Así que conoce bien a los indígenas, sean de donde sean. Eso cree él...

Nada más tomar el mando de la 13.ª Mía, se ocupa en conocer a fondo a sus subordinados. Quiere saber a qué atenerse con los policías que pasan a su mando. Que van descalzos y con ropas viejas salta a la vista, pero no sabía que llevan sin cobrar desde enero, aunque probablemente no le pilla de nuevas. Fortea es duro y estricto con sus policías, y no duda en sancionarles con multas cuando lo considera necesario, aunque nunca superiores a las diez pesetas: «Era el castigo más eficaz por la condición avariciosa del moro». Esto no le impide tener un buen concepto de su tropa, que presta un duro servicio a diario, apenas sin descanso y con buen espíritu, aunque la unidad se ha creado apenas unos meses antes.[35]

En la madrugada del 15 de junio el general Navarro, que había llegado el día anterior a Annual, recibe una llamada del comandante Villar desde Buimeyán: según sus confidentes, en la loma de los Árboles hay concentrados trescientos harkeños dispuestos a todo, razón por la que solicita suspender el servicio de descubierta. Diariamente, esta loma es ocupada, y luego abandonada, por los policías de Villar para cubrir a los porteadores de agua que llenan sus cubas cerca de Annual.[36] Navarro no accede a la petición de Villar, no le acaba de creer y además piensa que suspender el servicio de la aguada es contraproducente para la moral de la Policía y de las tropas. Obligado a acatar las órdenes de su superior, Villar se prepara, como todos los días, a montar el servicio, aunque en esta ocasión Navarro ha accedido a que la artillería de Buimeyán y de Annual le apoyen.[37]

Desde Buimeyán, al mando de la 12.ª Mía y acompañado por la 13.ª Mía de Fortea, inicia la marcha. En total, son algo más de doscientos hombres, casi todos ellos indígenas.

La información confidencial se confirma, porque los soldados rifeños atacan primero a los policías de Villar y después se parapetan en los muchos accidentes del terreno, haciendo «un nutrido fuego de fusil que dura más de dos horas». El combate no va nada bien para Villar y sus hombres, que no ganan ni un metro, se quedan literalmente clavados en el sitio y habrían continuado más tiempo así de no haber acudido en apoyo de sus «ya quebrantadas fuerzas» refuerzos llegados desde Annual.[38] La artillería desde Buimeyán y Annual les apoya, pero es inútil. Para colmo, los cañones que cubren la maniobra desde Buimeyán hacen bajas propias, por error.[39] Villar no acierta casi nunca, la verdad.

A los rifeños parece que les sobra la munición, fruto todavía del botín de Abarrán. Por ahora van ganando la partida.

El teniente coronel Miguel Núñez de Prado va en ayuda de los policías de Villar y lleva con él un contingente más que serio: tres escuadrones y seis compañías de Regulares, una compañía de europeos del Regimiento Ceriñola y una batería de Montaña. Unos mil hombres, casi todos ellos de las Fuerzas de Regulares, consideradas las mejores tropas del Protectorado en la zona oriental. Los hombres de Núñez de Prado tienen que emplearse a fondo para que las fuerzas de Villar puedan avanzar. En sus filas, algunos policías intentan huir, pero el

teniente médico Antonio Vázquez Bernabéu y otros oficiales consiguen evitarlo, pistola en mano.

Es mediodía y el combate continúa. Desde Igueriben, la batería del capitán La Paz entra en juego, bombardea, y consigue que los harkeños retrocedan. Sobre las cinco y media de la tarde, se da la orden de retirada: los españoles han conseguido rechazar al enemigo que se ha refugiado en el Amesauro y en las cercanías de la loma de los Árboles. El combate ha sido un triunfo para Villar porque el enemigo no ha conseguido avanzar hacia Buimeyán ni hacia Igueriben o Annual. Es una forma de verlo, porque para Abd el-Krim sus hombres han conseguido el objetivo que tenían: conservar la loma y rechazar el servicio de descubierta.

Los españoles han renunciado a la antes despreciada loma a pesar de que es un punto estratégico porque está a tres kilómetros de Annual y además tiene una aguada al pie de su ladera. ¿Son conscientes de ello o se trata de otro error táctico?[40] Silvestre y su Estado Mayor no lo consideran así porque la falta de elementos de fortificación y transporte, junto a la ya elevada disgregación de las fuerzas, no hacían aconsejable recuperar la loma.[41]

Las bajas son muchas. Entre los soldados españoles se cuentan diecisiete policías muertos y más de cuarenta heridos. Para suerte de Silvestre, sólo un oficial y tres soldados europeos han resultado heridos, por lo que no tendrá que dar explicaciones a nadie por estas bajas de nativos. A todos, indígenas o no, les atiende, porque es un tipo decente, el teniente médico Antonio Vázquez, que no se retira del combate hasta que se cerciora de que no queda ningún policía indígena herido. Vázquez no se conforma con eso. Cuando ve que los policías flaquean y empiezan a huir, ayuda a sus compañeros oficiales de armas a recomponer la línea con los policías que casi han desertado.

El capitán Fernando Correa, del 42.º Regimiento Ceriñola, ha sido testigo de cómo los policías han vacilado y después han retrocedido por el empuje de la harka. En pocos días, Correa va a marcharse con un corto permiso a Melilla. Ya no podrá llegar a Igueriben a su vuelta.[42]

Entre los hombres de Abd el-Krim no se cuentan los muertos. Al menos no se hace público su número.[43] Ese tipo de costumbre es propio de las democracias europeas. Las informaciones confidenciales recibidas por el eficiente equipo de Morales cifrarán en unos doscientos los hombres que han caído muertos o

heridos. Es posible que el número sea exagerado, quizás porque los confidentes hinchan las cifras para caer mejor a quien les paga. Aunque tampoco es inverosímil, porque los de Regulares son buenos luchadores, muy letales.

El resultado es pésimo para la harka desde el punto de vista humano, porque los heridos, mal curados a base de emplastos de más que dudosa eficacia, recetados por tebibs poco o nada cualificados, registran unas tasas de mortalidad altísimas en cualquier proceso de curación. Resultar herido en un combate es un pasaporte casi seguro a una infección muy grave y de ahí a la muerte hay muy poco trecho.

Faltan aún muchos años para que el doctor español Josep Trueta pueda probar en las playas de Normandía que la higiene salva muchas vidas. Pero la necesidad de disminuir el número de bajas en África, tan reclamada por los políticos de la época, hace que se desarrollen «los primeros protocolos de profilaxis, desinfección, potabilización o conservación de alimentos […] desde 1910 a petición de los oficiales militares para reducir las bajas por enfermedad mortal en el teatro de operaciones».[44] Es a partir del desempeño de la medicina militar en la Primera Guerra Mundial cuando en España se recopilan las primeras lecciones aprendidas en materia de tratamiento sanitario. Otro importante médico español, el capitán oscense Miguel Pagés, hará algunos importantes avances sobre las enfermedades infecciosas que tendrán su primera aplicación entre las tropas españolas en África. Pero, sobre todo, su gran descubrimiento, la anestesia epidural, a la que llama «metamérica», tiene mucho que ver con su experiencia en el frente.[45]

Silvestre y Berenguer sacan sus conclusiones del combate. Está claro que Abd el-Krim y sus hombres son una amenaza seria. Silvestre ratifica que la harka es fuerte y se entera de que alguien más le ha abandonado: la cabila de Sidi Hamido, Beni Iteft, ha pasado a formar parte del Ejército rifeño, y no estaba desarmada. Para hacer que vuelva al redil, el general Silvestre urge a su jefe, el general Berenguer, a que se realice trabajo «político». Es un poco tarde.

Para el trabajo «político», que es, poco más o menos, un trabajo que combina dinero y amenazas en magnitudes que dependen de la situación que viven los distintos jugadores, Silvestre propone a Berenguer que se utilicen los servicios, casi siempre muy hábiles, de un italiano de oscura biografía, Angelo Girelli.[46] Junto a Antonio Got, Girelli es el «agente» más conocido en el oriente del Protectorado, aunque no se sabe muy bien de quién es agente. La posible existencia de importantes yacimientos mineros ha movido intereses muy fuertes

de toda Europa, no sólo de España, a través del conde de Romanones o del millonario vasco Horacio Echevarrieta.

Silvestre está asombrado del número de soldados que forman la harka. Cree que les ha infligido un duro castigo, pero, aun así, el enemigo muestra una agresividad casi desconocida hasta ahora. Por su parte, Abd el-Krim ve cada vez más cerca el momento de derrotar a los cristianos. Sus hombres han sido capaces de hacer frente durante horas a un enemigo numeroso formado por sus mejores tropas, los Regulares, y acompañado de artillería.[47] Aunque está claro que sus huestes, de formación tan escasa, aún no pueden sostener con garantías un choque frontal con el Ejército español.

La clave está en los oficiales. Es cierto que hay un porcentaje importante de oficiales españoles corruptos, pero también que hay muchos otros que saben mandar y que dan lo mejor de sí mismos en su oficio. ¿De dónde puede sacar oficiales el Ejército rifeño? La respuesta sólo puede ser una: de ningún sitio. Para ganar la guerra, no hay otro camino que hacer bien lo que ya se sabe hacer, que en el caso de Abd el-Krim es la guerra total. El pueblo en armas, Valmy, el sueño de cualquier general. Abd el-Krim tiene al alcance de la mano conseguir que ese sueño se haga realidad.

Otra cosa son los soldados. Asustados por las leyendas sobre los moros y desmotivados con la aventura colonial, los que forman la tropa española sufren su destierro en África como una condena. Todos cuentan los meses que faltan para que llegue la fecha de irse a casa. Por cuatro mil reales hay un hombre en Bilbao que lo garantiza. Se llama Manuel Rodríguez de Quintanilla, Manolo el de los quintos, y desde el Café Arriaga ofrece sus servicios «garantizados».[48]

Silvestre sigue obsesionado con Alhucemas. Pero Abd el-Krim cada vez tiene más claro el objetivo de Igueriben, que no va a ser una victoria debida sólo a la confrontación directa con los españoles, sino a la vuelta a su táctica del cerco y la sed.

En medio de los preparativos bélicos que ocupan a las dos partes, el 28 de junio se produce una insólita fiesta de confraternidad en Beni Said, una de las cabilas en que Silvestre confiaba más para mantener la paz, aunque su lealtad ya está puesta en duda. El protagonista de la fiesta es el té, el mejor, contrabandeado desde Gibraltar por algún bocoia, quizás el mismo Civera. Se sirve hasta tres veces en unos diminutos vasos de cristal, que contienen más hojas de té verde y

de olorosa yerbabuena. Hay que sujetar los vasos con el dedo meñique, apoyado en la base, y con el pulgar, que se agarra al filo con precaución para evitar quemaduras. No se escatima el azúcar, traído también de contrabando, ni el agua más clara. Los hombres del desierto, de quienes se copia la ceremonia, dicen que el primer vaso es corto como la vida, el segundo caliente como el amor y el tercero y el último, dulce como la muerte. Los dulces tienen tanta azúcar que ni una legión de niños podría con ellos. «Acércame el dulce que el amargo está ahí fuera», dicen los rifeños al pasarse los pasteles. No falta de nada en la fiesta. Hay dátiles carnosos y, por supuesto, hay abrazos y demostraciones de amistad para todos.[49]

El coronel Gabriel Morales tiene que dejar temporalmente su caballo y asistir. Eso forma parte del trabajo «político» que su jefe reclama, por ejemplo, para Sidi Hamido. Según Silvestre, se confirma «la lealtad de sumisión de esa cabila y la reanudación del contacto con los insumisos por mediación del coronel Morales».[50]

En realidad, la fiesta, en la que la expresión de buenos deseos y el té corren a raudales, es un gran ejercicio de cinismo por parte de todos los asistentes. Porque los servicios de Inteligencia de Morales saben que las cabilas de Beni Ulichec y la anfitriona, Beni Said, están negociando su participación en la harka que manda el ya indiscutible Abd el-Krim. Entre las dos cabilas, Beni Said y Beni Ulichec, se estima que pueden reunir más de seis mil fusiles, lo que es un gran refuerzo para Abd el-Krim.[51] Es un contingente de gran potencia, aunque la de Beni Urriaguel es considerada con razón la esencia de la rebelión, el centro de la Bled es siba, la tierra sin amo. Pero los de Beni Said no les quieren ir muy a la zaga en eso. Son también muy reacios a la presencia extranjera porque una larga cadena montañosa hace que su territorio sea inexpugnable, propiciando la belicosidad de sus habitantes. Morales sabe, por su servicio de información, que se están produciendo ese tipo de movimientos, pero ahora no puede hacer mucho para contrarrestarlos.

Vuelve a haber una pausa en el combate para que sean posibles encuentros como el de Beni Said. El jefe rifeño la aprovecha para aumentar la formación militar de sus huestes, para mejorar sus defensas, como son las trincheras o los llamados «pozos de lobo», que son trincheras individuales. La presencia de Abd el-Krim entre sus hombres es ya notoria entre los soldados españoles, aunque algunos dejan que su fantasía les lleve a divisarle a lomos de un brioso caballo blanco de larga cola. Silvestre apenas hace nada.

A finales de junio, en los zocos, los llamamientos para unirse a la lucha contra los españoles tienen cada vez más éxito. En el de Amesauro, el 30 de junio se anuncia:

Si de verdad sois musulmanes, oídnos. Para los aquí presentes y que sean de Beni Said, Beni Ulichec, Metalsa, Tafersit y Guelaia, si estáis de nuestra parte, seremos uno. A los cristianos los tenemos vencidos con vuestra ayuda o sin ella. Todo policía (indígena) que venga a unirse a nuestras fuerzas será bien recibido y si puede matar a algún capitán o teniente se le comprará además caballo y se le dará dinero.[52]

También se apremia a los hombres para que cada cual se haga con un arma y se una a la lucha, ahora que las cosechas son buenas.

Abd el-Krim decide también construir un puesto de aduanas en la playa de Axdir, con cien de sus soldados de guardia, al objeto de recaudar dinero para comprar municiones y formar su ejército, que pretende que algún día sea profesional. El proceso es más difícil y lento de lo que hubiera deseado. A mitad de julio, Abd el-Krim consigue organizar su Policía: treinta hombres formarán parte de su guardia personal con una paga de dos pesetas al día.[53] Es consciente de que aduanas y Policía son dos de las bases de cualquier Estado que se precie.

Asimismo, echa mano de los fondos religiosos, porque la guerra que se ha iniciado no es una Yihad, pero se hace contra los cristianos, y los más radicales de los intérpretes del Corán deciden hacer la vista gorda para ayudar a la financiación del Ejército del Rif.[54]

Abd el-Krim no puede luchar contra los impulsos religiosos que laten tras los gritos contra los cristianos. Sus soldados son, además de eso, muyahidines, aunque él no lo haya buscado. Abd el-Krim ya no puede ni quiere eliminar el componente religioso, porque una guerra no se puede hacer sin odio. Y los religiosos siempre han garantizado buenas guerras de moros y cristianos.

No sólo se duerme poco en el norte de África. El 7 de julio, un empresario catalán, Juan Bruguera, ve por primera vez, muy de madrugada, las planchas de su nuevo gran proyecto, Pulgarcito, una revista de historietas que pretende

competir con éxito con la que será su gran rival, TBO, entre el público infantil. Al precio de cinco céntimos, Bruguera lanza su idea bajo las alas de una empresa, El Gato Negro, que ha reunido el talento de guionistas y dibujantes como Emili Boix, Ermengol Vinaixa o Manuel Urda.

El tono de las historietas de Pulgarcito es inequívocamente moralista. Los protagonistas de lo que sucede en sus ocho páginas suelen ser niños que aprenden de la vida después de mil trampas del destino. Los padres y las madres de esos niños suelen ser los que llevan la razón. Numerosos malhechores y forajidos acaban pagando sus culpas una vez que son desarmados por la ley o por voluntariosos ayudantes civiles. Los malvados acaban en el cadalso o en la prisión. No suele haber piedad para ellos.

Pulgarcito es enormemente tradicional y sus historias tienen un contenido racista sin equívocos cuando se requiere la presencia, por ejemplo, de hombres negros.

A partir del mes de septiembre, cuando se cumplan los cinco primeros números de la revista, un porcentaje creciente de sus páginas se dedicará a la inacabable guerra de África, que dejó en Barcelona en 1909 una profunda huella de sangre y de pólvora. Silvestre y Morales serán los primeros protagonistas de esa etapa de la revista. Y la revancha y el amor infinito a la patria serán sus principales argumentos.[55]

En Axdir, los niños tampoco duermen con facilidad porque sus padres no han vuelto todavía de la guerra contra los cristianos. Durante el día, los niños juegan ahora trozos de madera que convierten en fusiles de juguete para exterminar sin piedad a los arumis que les han hecho pasar tanto miedo.

Hiba vela su ligero sueño. En las habitaciones destinadas al descanso, al fondo de la casa, se ubica una cama fabricada con piedra y adobe, bien encalada. Sobre ella hay un colchón hecho a base de paja y desechos de ropa vieja, o lana de oveja, porque los moradores son pudientes. Los altillos, fabricados con troncos de aloe o palos de olivos y unas tablas cubiertas con esterillas de piel de cordero, son para los niños. Constituyen los mejores lugares donde escuchar las fabulosas y terribles historias que les va a contar Hiba. Aunque el juego preferido son las adivinanzas y las historias de aicha candicha,[56] también se relatan los trágicos acontecimientos bélicos que se viven en el Rif, donde los hombres, padres e hijos en edad de luchar, están en el frente defendiendo el honor mancillado por la

supremacía destructora de los infieles. Son historias que no llevan ilustraciones como las de Pulgarcito.

Hiba espera ya la bonanza después de los últimos cuatro años de sequía. Los que eran proveedores de alimentos básicos, especialmente grano para hacer el pan, han empezado de la noche a la mañana a lanzar bombas sin piedad. Hasta son capaces de volar en pájaros de metal y siembran el terror sin darles tiempo a correr y a refugiarse en cuevas como animales en una guarida. Ahora, los señores de la guerra no tienen alma. Como los jenun, que fueron expulsados del paraíso por sucumbir a las malas tentaciones de Chitán, Satán. Todos irán al infierno.

Los aldeanos, que antaño comerciaban con ellos en la isla de Alhucemas, en Melilla o Malaca, cuentan que rezan frente a un trozo de madera donde cuelga una imagen triste y fea. ¿Eso es Dios?, se pregunta Hiba. Quieren entrar en nuestras tierras y obligarnos a rezar como ellos. ¡En el fuego del infierno arderán! Nos quieren obligar a comer iref, que llaman cerdo, un animal prohibido por nuestro profeta Mohamed que se alimenta de carroña y basura. Es un animal de vertedero. Irán al infierno. Quieren cambiar nuestras costumbres. En las aldeas que han ocupado no respetan ni a las mujeres. Son unos viciosos, sucios e impuros. ¡Irán al infierno! «No te fíes de un español, sólo te va a endulzar con miel los labios de tu boca, para llevarse todo el panal, dicen los abuelos. Y por algo lo dicen nuestros mayores, son muy sabios».[57]

Hiba piensa eso sobre los arumis, los kufaar, los infieles, que adoran a un dios muy diferente al suyo. Los arumis han dejado de ayudar a comer a los rifeños y se han convertido ahora en seres despiadados, injustos, que matan con sus bombas a mujeres y niños. Los guerreros rifeños sólo matan militares y en defensa propia. Defienden su casa y su tierra. Mientras cuida de sus hijos menores y espera noticias de su hombre, que está con la harka, seguramente en el Amesauro, Hiba rumia sus cuitas.

Poco a poco, los niños dejarán de hacer preguntas sobre las largas ausencias de sus padres, hermanos mayores y primos cercanos. Saben, o intuyen, que están en algún lugar donde señalan las hogueras y los disparos de zajmaisiz, los rifles de cinco tiros, defendiendo a sus familias y pertenencias. A los niños se les puede explicar todo menos la ausencia definitiva, la muerte.[58]

En España, las madres duermen a sus hijos pequeños con romances que expresan

una supuesta ternura:

En Cádiz hay una niña que Catalina se llama;

su padre era un perro moro, su madre una renegada.

Todos los días de fiesta, su padre la castigaba,

que deje la ley de Dios, y siga la ley malvada.

Ella dice que no quiere, que está con Cristo esposada.

Su padre ha mandado hacer una rueda de navajas

y si no sigue su ley, en ella despedazarla…[59]

Historias llenas de crueldad y machismo, de terror, de los que rebosan los cuentos centroeuropeos para niños de los hermanos Grimm, alemanes, o las que recitan, noche tras noche, las cuentacuentos rifeñas. Lo que distingue a las españolas es que el factor religioso está muy presente. Son, una vez más, historias de moros y cristianos en posiciones irreconciliables. La llamada «reconquista» está aún muy cerca en los corazones de los hombres y mujeres españoles.[60]

Las cuentacuentos existen en todas las familias rifeñas. Casi siempre son mujeres, no cobran nada por su trabajo extra, y se distinguen por su arte al contar bien cualquier historia, que acaban, indefectiblemente, con la misma frase: «y después de andar por aquí y por allí, me puse el calzado y se me rompió».

Las cuentacuentos rifeñas no hilan sus historias con rencillas históricas, más o menos sangrientas. No hay ninguna referencia a conflictos religiosos en lo que narran. Sólo un Dios y sólo una obediencia, el Islam.

LOS CONVOYES NO LLEGAN

El comandante Julio Benítez, el héroe de Sidi Dris, es desde el 13 de julio quien manda a la tropa de Igueriben. Ha sustituido en el mando a otro comandante, Francisco Mingo, un veterano que se acerca, como él, a la cincuentena y que ha hecho todo lo posible para conseguir el cambio de destino.[61] El nuevo comandante ha sabido organizar la resistencia a un ataque formidable en Sidi Dris. Su nuevo destino quizás no sea un buen augurio para la posición. ¿Es de veras gafe, tal y como le apostillan los compañeros?

Benítez puede ver, con sensación de impotencia, cómo la harka que le acecha va aumentando su número día tras día. Ordena que la batería Schneider bombardee el Amesauro y la más cercana, y casi desdeñada en su momento por los españoles, loma de los Árboles. Los moros construyen parapetos en esa loma.

Quizás para celebrar el cambio de comandante, los rifeños han encendido muchas hogueras que se pueden observar desde la Comandancia Militar de Alhucemas.[62] Con esas señales se convoca a los guerreros de todas las tribus a que se unan en el Amesauro para engrosar la harka, en la que ya están los de Beni Urriaguel, los de Bocoia y parte de los de Temsamán, de Beni Tuzin y de Beni Ulichec. Todo el Rif parece estar en llamas, porque las hogueras se multiplican. Hay una en la corona de cada cerro. O eso parece.

En la posición de Igueriben, la guarnición soporta como puede el brutal temporal de lluvia que asuela toda la zona. La falta de agua para beber todavía no es un problema capital porque algún que otro convoy consigue su objetivo, aunque muchas veces las cubas llegan mediadas, ya que el enemigo hace buenos blancos en ellas. El agua todavía no es una prioridad, aunque empieza a urgir; recoger el agua de la lluvia no sería una mala idea, pero no hay medios para hacerlo.

Al diluvio le sigue siempre una vuelta urgente al calor imposible de manejar. Los soldados peninsulares no pueden creer que sus enemigos también lo sufran. El cuerpo entero se hincha y la cabeza amaga con reventar. Y siempre hay alguien que dice que sabe la temperatura que hace. Siempre.

Esa sí es una gran diferencia con los soldados rifeños: entre los indígenas casi nadie sabe qué es un grado Celsius. Bueno, los españoles tampoco, quitando algunos estudiantes y algunos oficiales, pero sí saben todos ellos que por encima de los 35 cuesta mucho moverse. Los rifeños no tienen termómetros con los que

hacerse una idea numérica de la temperatura, ni siquiera los caídes. Hace mucho calor, y eso exige beber mucha agua. A ellos no les sobra, pero tienen. Los arumis se desesperan porque no les llega bastante agua en los convoyes que intentan transportarla.

Por ejemplo, el convoy que llega a Igueriben el 17 de julio lo hace sin que ninguna de las cubas que poco antes contenían agua se mantenga ni siquiera medio llena. El convoy va protegido por un escuadrón de Regulares mandado por el capitán Joaquín Cebollino von Lindemann, que ha conseguido meter la carga en la posición cercada y luego ha vuelto a Annual. Rompiendo por segunda vez el cerco del enemigo, ha recogido del campo de batalla los cinco muertos y once heridos sufridos. El hecho de armas ha tenido consecuencias importantes, no sólo porque las bajas han sido muy numerosas, sino porque el convoy ha tenido que dejar en Igueriben la mitad de las mulas que servían para llevar a la posición el agua y las vituallas imprescindibles para su sostenimiento.

Es el último convoy que consigue llegar a la posición, pero apenas sirve para quitar la sed de sus defensores. A la eficacia de los sitiadores se suma la persistencia del temporal de lluvia, que hace intransitables los caminos y dificulta todas las comunicaciones.[63]

Lo peor del fiasco del convoy es el agua, por supuesto. Pero para el sargento Dávila resulta muy poco halagüeño que los rifeños se hayan quedado con varias cajas de municiones y piezas de recambio de ametralladoras, que era parte de la carga que llevaba el convoy. Esa noche no se puede hacer el rancho, porque ya no hay agua para ello.[64] Los sitiados reciben un jarrito, y se guarda un poco para los enfermos y para hacer café al día siguiente. En cuanto a las municiones, el cabo López de Prada, del Regimiento Ceriñola, ve que sólo han llegado algunas granadas rompedoras sin espoleta y cuatro cajas de cartuchos.[65]

Para los tiradores del Ejército de Abd el-Krim la situación tiene muchos elementos para ampliar el jolgorio que habrá por la que se prevé como una nueva victoria, que ya se paladea, comparable a la de Abarrán: hay luna y bastante luz para entretenerse disparando contra el ganado. Las mulas van cayendo una tras otra por el fuego a discreción de los que gastan cartuchos a sabiendas de que los defensores de Igueriben van a tener que enfrentarse a un enemigo tan temible como la sed: el invasivo olor a la putrefacción de los animales muertos, situados entre la alambrada y el parapeto. Tirar contra las acémilas es hasta cierto punto placentero, divertido, y no tiene ningún riesgo. Los rebeldes saben que con ello

hacen mucho daño a los defensores.

Abd el-Krim no es ni se considera a sí mismo un hombre de guerra, pero sí un estratega. Antes de 1921, pensaba que era el rifeño más idóneo para ser primera figura de su país; en los últimos días de julio de ese año, ya cree que puede llegar a ser un caudillo del Magreb al estilo de personajes legendarios como Yusuf Ben Tachfin o El Almohade Abd-El-Mumen, dos hombres del pasado que forman parte de la historia y de la leyenda.[66]

Pero para los combates, Abd el-Krim tiene a un asesor bien experimentado y al que sus hombres respetan, el caíd Bulahia.

Sin embargo, no todos parecen darse cuenta de hacia dónde soplan los nuevos vientos. Un «moro amigo», un informante, ha dicho confidencialmente a los españoles que los rifeños iban a emboscarse para impedir el paso de cualquier convoy. En realidad, les da lo mismo. En la posición de Annual ya se sabe que llegar a Igueriben para socorrer a sus defensores es poco menos que imposible. Aunque se sigue intentando, sobre todo por una cuestión de amor propio.

A partir del 17 de julio, la cosa se pone fea de verdad para los soldados españoles sitiados en Igueriben: los socorros que se intentan desde Annual, basados en el envío de todo tipo de víveres, munición y, sobre todo, agua, no llegan. Siempre hay fuego enemigo que lo impide.

El comandante Benítez, del que se pueden poner en cuestión muchas cosas, pero no sus agallas, se dirige a sus subordinados con un curil «hijos míos» que no es del gusto de todos. En sus numerosas alocuciones a la tropa que está a sus órdenes, Benítez asume que Abd el-Krim, la harka rebelde, o como se les quiera llamar a los que tiene que hacer frente, son quienes tienen la iniciativa. El general Silvestre no va a tener más remedio que hacer lo mismo después de un ridículo paripé en un mensaje en el que llega a hablar de «castigar duramente las intentonas de la harka».[67]

En la noche del día 19, Abd el-Krim ya no escatima medios. Ataca no sólo Igueriben, sino también Annual. Sobre las dos posiciones cae una auténtica lluvia de balas. Abd el-Krim no tiene más que dos cañones, los capturados en Abarrán, y sus inexpertos artilleros tienen bastante con conseguir que disparen de cuando en cuando. Su fuego es de fusil, casi siempre de Mauser español. Es muy eficaz, porque los soldados rifeños lo hacen a una distancia adecuada y en

forma de descargas, cuando hace falta, para causar un mayor daño al enemigo.

El 20 de julio, las tropas concentradas en Annual por Silvestre, cuyo teórico destino es, por supuesto, la bahía de Alhucemas, son:

– Cinco compañías de fusiles y una de ametralladoras del Regimiento Ceriñola. Otras cinco de fusiles y dos más de ametralladoras, del Regimiento África.

– Tres baterías de montaña y una ligera, del Regimiento Mixto de Artillería.

– Dos compañías de Ingenieros y una de Intendencia, además de tres secciones sanitarias de montaña.

– Dos tabores de Infantería y dos escuadrones de Caballería de Regulares.

Un total de 3.000 hombres, a los que se irán sumando 2.000 más en los próximos días.

Aun así, Annual sigue siendo un lugar inseguro. El coronel López Pozas, comandante principal del Regimiento de Ingenieros, apunta que, además de otros problemas, la posición tiene el grave defecto de que se puede llegar «hasta las alambradas en espacio muerto».[68] Y el enemigo lo sabe.

De madrugada, los españoles proceden a organizar tres columnas, con más de mil hombres en total, para forzar la entrada de socorros a Igueriben. En las columnas hay un buen número de soldados Regulares, casi todos de Guelaia, originarios de las cabilas más cercanas a Melilla. En la segunda columna, que manda el teniente coronel Miguel Núñez de Prado, al mando de un escuadrón de Regulares va el capitán de Caballería Carlos Zappino, el hombre que dos días antes ha conseguido meter un convoy, el último, en Igueriben. Esta vez tiene menos suerte, y algún tirador rifeño se cobra su vida.

Al menos, el cuerpo del capitán Zappino llegará a Melilla para ser enterrado el día 22 con todos los honores.[69] A su pesar, el capitán se ha convertido en el portador de una noticia cuyo alcance todavía se desconoce: algo va mal en la zona de Annual.

Los hombres de Abd el-Krim fríen literalmente a tiros a los Regulares y a los peninsulares que forman las columnas que se dirigen a un destino que parece ser cada vez más utópico. Desde las trincheras, los soldados del Rif rebelde hacen una descarga tras otra, sin ahorrar munición, contra las tres columnas que intentan aproximarse a la posición cercada. La que manda el teniente coronel Miguel Núñez de Prado incluye dos compañías de Infantería, una de ametralladoras y un escuadrón de Regulares. No es poca cosa, y en condiciones normales habría bastado para vencer a un enemigo incluso superior en número. Pero ya no se dan nunca esas condiciones normales: la columna tiene que desistir de su misión por «verse materialmente envueltas sus fuerzas por numerosos harkeños».[70] El jefe de la columna resulta herido, pero peor le ha ido al comandante Romero López, que mandaba la tercera columna, porque muere por las heridas recibidas en el combate.

Los soldados de Abd el-Krim pelean con la enorme ventaja de aprovechar el terreno al máximo. Por supuesto, se cubren bien detrás de la larga trinchera que han excavado estos días, pero también saben sacar partido a cada una de las muchas irregularidades que salpican el paisaje. En cambio, la caballería de los Regulares no puede evolucionar a gusto en un lugar con tantos despeñaderos naturales.

Para que una tropa tan grande pueda volver a la seguridad de Annual, se tiene que recurrir a otro millar de hombres. Seis compañías del Regimiento San Fernando y otra más de zapadores acuden al rescate de los que viven una situación tan apurada. Los refuerzos que vienen de Izumar y de Dar Drius hacen una impecable exhibición de disciplina al retirarse de forma escalonada, haciendo fuego por descargas para cubrir la marcha de quienes les preceden. Se nota que al frente de esas unidades hay oficiales competentes.

Los hombres de Abd el-Krim todavía no son capaces de hacer eso, y los españoles lo olvidarán muy pronto.

Ya es de noche cuando los frustrados socorros consiguen llegar de vuelta al campamento de Annual. Las bajas son muchas: catorce muertos y casi un centenar de heridos. Lo más grave es que Igueriben ha quedado aislada del resto de la línea avanzada. Desde allí, tanto el comandante Benítez como el sargento Dávila han sido testigos privilegiados del desarrollo de los combates. A veces, todo sucede a poco más de un kilómetro de los parapetos que les sirven de observatorio.

Los soldados rifeños no pueden consentir de ninguna manera que el cerco se rompa. Ése es justamente el eje de la estrategia de su líder frente a la descabellada idea de Silvestre y todos los Estados Mayores del Ejército español consistente en controlar decenas de kilómetros de frente a base de posiciones aislables, la mayoría sin agua. Se trata de una idea tan sencilla que parece propia de un genio: aislar, cercar esas posiciones, y dejar que el calor y la sed hagan su trabajo.

En Igueriben ya saben cómo es esa estrategia. El agua se ha acabado hace tiempo y, a esa temperatura, dos días es mucho. El convoy de Zappino dejó muy pocas gargantas saciadas porque las cubas llegaron llenas de agujeros. Los sitiadores han disfrutado de verdad con su paciente trabajo, que les ahorra muchas bajas y genera grandes resultados.

Los sitiados dan un recital de horrores a través de los escasos medios que todavía les permiten comunicarse con Annual. Exprimen las patatas para sacar una menos que magra cosecha líquida; agujerean los botes de tomate para que los heridos consigan hidratarse algo; dejan enfriar los propios orines para mezclarlos después con azúcar con el vano objetivo de cambiarles el sabor; se beben la tinta de los escribientes para los informes, e intentan beberse los pocos frascos de colonia que quedan en la posición… Benítez les recomienda tener siempre una piedrecita en la boca, para excitar la salivación.[71]

El comandante de la mala suerte apremia a la guarnición de Annual para que acuda en su ayuda. Y apostilla sus angustiados mensajes con frases llenas de patriotismo, «¡Viva España!» «¡Vivan mis soldados!».[72]

En la madrugada del 20 de julio, por telegrama cifrado, el general Silvestre le hace un buen resumen de lo sucedido al alto comisario, el general Berenguer, en el que le dice:

Según noticias que me comunica Annual, desde madrugada ha sido atacado aquel campamento y posición de Igueriben, que fue cercada por enemigo que se presentó en número muy crecido y haciendo desde primer momento fuego muy nutrido. Ante petición municiones y agua posición Igueriben, trató de llevársela convoy protegido por Columna de Regulares, reforzada con dos de fusiles de Infantería. Durante todo el día ha permanecido Columna en fuego sin poder

romper cerco, a pesar refuerzo Columna Drius. Convoy no ha podido hacerse, Columna ha tenido que retirarse, quedando Igueriben en mala situación, y mañana se remediará. Tengo movilizados en Annual totalidad fuerzas disponibles, después atendida seguridad cabilas de retaguardia [...].[73]

El general Silvestre pide, además, refuerzos, aunque sabe que los que necesita tardarían meses en llegar, o son innecesarios según su superior. No precisa número de soldados, ni detalla el material que solicita. Berenguer se queja, seguramente con razón, de eso. Y le pregunta, el día 21, si los refuerzos que solicita con tanta urgencia son para emprender una ofensiva o para «hacer frente a situación defensiva». Porque si la idea es atacar, es mejor que haga un examen de la situación para intentar resolverla sin «imponer mayores sacrificios a la Nación».[74] Palabras mayores, que sin duda hacen referencia a la idea obsesiva de no llevar más muertos al país. Ni más muertos ni aumento de presupuestos.

El presupuesto del Ejército y de la Marina es disparatado para la economía del país. En los primeros años de la Restauración, la partida militar ha alcanzado casi el 50% del presupuesto nacional, aunque luego ha vuelto a bajar hasta el 25-30% del total, sin contar con la necesidad de créditos extraordinarios para la aventura africana. En ese periodo, el 75% del presupuesto militar se invertía en salarios de la oficialidad; en los años veinte ha descendido de nuevo al 50%. Existe una fuerte oposición social a los gastos militares, porque en España reina la sensación de que cualquier inversión en esos menesteres es inútil y la adquisición de material no resuelve nada por falta de organización. Las innovaciones de la Primera Guerra Mundial no han llegado de verdad a España.[75]

Muertos peninsulares es lo que ha habido en los intentos de aliviar la situación de Igueriben. En su telegrama, el general Silvestre no hace ninguna referencia a lo sucedido con los Regulares del capitán Rosal, aunque tiene un significado importante. Quizás por ello lo omite.

La compañía de Rosal se ha provisto de una desmesurada cantidad de cantimploras rebosantes, con la evidente intención de llevarlas hasta Igueriben sin tener que portar el engorroso apéndice en forma de cuba que acompaña siempre a los aprovisionadores de agua.

Todo parece ir a la perfección. Los hombres de Rosal han hecho ceder terreno al

enemigo, acompañados por otras tres compañías de indígenas, y flanqueados por su derecha por tropas peninsulares del Regimiento África, cuando de forma inesperada tiran al aire las cantimploras y retroceden. Lo que algunos ya daban como victoria segura, se ha convertido en un nuevo revés para los hombres de Silvestre.

El comandante de Infantería Ramón de Alfaro Páramo es, con su tabor de Regulares, el 2.º de Melilla, uno de los protagonistas de la acción. Han estado a punto de lograr el objetivo, pero el gran número de enemigos les ha hecho replegarse.[76]

No es un revés cualquiera, sino una derrota sufrida por las consideradas mejores tropas coloniales, las de Regulares, que están mandadas, además, por los oficiales más combativos, por los más africanistas entre los africanistas. Pocos días antes, los policías de Villar han tenido un comportamiento similar en la loma de los Árboles.

Quizás las tropas indígenas están muy desgastadas porque se abusa de su combatividad. Puede ser. Pero también es posible que un bajón de moral tan considerable se deba, al menos en parte, a la propaganda que realizan los hombres de Abd el-Krim en zocos y aduares. Y desde luego, influye mucho en su ánimo lo que Fortea, uno de los capitanes de la Policía, sabe: que sus soldados, en realidad tropas de choque y no policías, tienen pendientes de cobro quincenas desde enero y la mitad de ellos están descalzos y con ropas viejas.[77]

La crisis sufrida por los Regulares que iban a aprovisionar de agua en cantimploras a Igueriben es, en realidad, la última oportunidad para los sitiados. Ellos lo intuyen así, desde luego. Si el general Silvestre quería impresionar a Berenguer buscando que su superior actuara impulsado por la angustia, tendría que haber contado este episodio.

A pesar de todo, Berenguer dirá que es la primera vez que oye hablar de petición de refuerzos. Y la censura, que no vale de nada en la península, no logra evitar que las «insinuaciones más o menos veladas de derrota, [sean] libremente comentadas por la opinión pública y la prensa».[78] Y no está de más recordar que el rechazo de Silvestre a reconocer algún error propio puede tener que ver con la reflexión posterior de Berenguer, citando al marqués de Santa Cruz: «no conviene destacar juntos a dos oficiales del mismo grado, si en el destacamento no va otro de carácter superior, porque de igual a igual se manda con mucha

complacencia y se obedece con repugnancia».[79]

Los soldados rifeños se sienten ya victoriosos. Están derrotando a un gran Ejército europeo. Para colmo, los cañones tomados a los cristianos en Abarrán les dan la sensación, no demasiado infundada, de que luchan contra un adversario que tiene las mismas armas que ellos. Aunque los cristianos disponen todavía de muchos más cañones y sus aviones no encuentran enemigo en los normalmente despejados cielos del norte de Marruecos.[80] Algo se han rearmado los arumis con los ventajosos saldos de la Gran Guerra, pero los problemas de presupuesto han hecho que, por ejemplo, no se hayan adquirido en el barato mercado de la posguerra europea morteros de trinchera, posiblemente el arma más efectiva de la guerra.

El 2 de agosto, en el diario La Época, el ministro de la Guerra, vizconde de Eza, se justificará al respecto ante el ataque realizado por el general Agustín de Luque y Coca a su gestión: se trata «tan sólo de cañones de trincheras, unos tractores y parques de Intendencia con algo de Sanidad […] La insignificancia de esos objetos con relación al problema de Marruecos es notoria».[81]

El ministro de la Guerra miente a sabiendas en su entrevista con La Época porque la Comisión de Compras de Armamento, dedicada entonces a la valoración de partidas de material procedente de la Gran Guerra, remitió al ministro, en abril de 1921, un listado impresionante de las armas que se podían adquirir entonces, eso sí, por ocho millones de pesetas: cientos de morteros Stokes de 81 milímetros, centenares de ametralladoras y de fusiles ametralladores, tanques, baterías antiaéreas, obuses y cañones de 240 y 350 milímetros, municiones, estaciones completas de radiotelegrafía… Nada de ello sabrán ni Berenguer ni Silvestre, a pesar de sus reiteradas peticiones de material militar al vizconde de Eza.[82]

«Mañana se remediará». Otra frase vacía en el telegrama cifrado del general Manuel Fernández Silvestre, aunque esta vez no se trate de una chulería, entre otras razones porque no hay nadie a quien achantar. Es, desde luego, una afirmación un tanto atrevida, vista la situación que el mismo Silvestre describe.

La falta de agua es un problema angustioso en Igueriben, pero afecta también a Annual, a pesar de que todos los demás servicios de aprovisionamiento se han dejado en segundo lugar. El teniente Guerras, encargado del depósito de Beni Tieb, organiza un convoy de doscientos camellos para abastecer la posición,

donde 5.000 hombres reclaman su ración de agua. El convoy no puede pasar de Izumar, y tiene que volver a Beni Tieb.[83] Los tiradores rifeños no se lo permiten porque, además, los camellos son un blanco muy fácil.

Cuando un día más tarde el mismo teniente intenta una maniobra similar, pero esta vez con cuatrocientos camellos, ya será muy tarde, porque los conductores sólo hallarán a su paso pánico y desorden. Los camellos se espantarán y a Guerras sólo le será posible recuperar sesenta animales.

IGUERIBEN CAMBIA DE MANOS

El 21 de julio por la mañana, Silvestre realiza el último intento de ayudar a los hombres del comandante Benítez. La maniobra la encabeza el nuevo jefe de Annual, el coronel Francisco Manella, un hombre con buena fama entre la oficialidad, no sólo entre la de Caballería, que es su cuerpo de origen, sino de forma generalizada. No en vano sus hombres, los del 14.º Regimiento Alcántara, han demostrado en muchas ocasiones su preparación y disciplina.

Manella tiene algo más de cincuenta años y es gaditano, pero ha hecho en Cuba casi toda su brillante carrera militar. Ha dejado hace muy pocos días el mando de sus jinetes al teniente coronel Fernando Primo de Rivera, que era su segundo. No sigue al mando de su gente porque tiene tareas más apremiantes, como la de liberar, de una vez, Igueriben. Va a ser el último intento, el que el general Silvestre ha ordenado que se haga con todo.

Más de tres mil soldados van a intentarlo. Van a ir organizados en tres columnas. La primera la manda el muy docto coronel Gabriel Morales, un viejo amigo de Abd el-Krim y quizás el mejor conocedor de los rifeños. A las órdenes de Morales, que es quien había advertido a principios de año de que las fuerzas de Melilla no daban más de sí, forman cinco compañías del Regimiento San Fernando, una batería de Montaña y algunos efectivos de la Policía Indígena. La segunda columna la manda el comandante Llamas, que acaba de llegar a Annual y lleva consigo un tabor de Regulares. Como enlace de las dos columnas, Manella ha puesto al comandante Jesús Villar, que parece incombustible, con dos mías de la Policía Indígena, y las harkas presuntamente amigas de Beni Said. El teniente coronel Marina es quien manda la reserva, constituida por tres

compañías de zapadores y dos más de Infantería de los regimientos África y Ceriñola.

Con ellos van los capitanes Fernando Correa Cañedo y Luis Catalán de Ocón, ambos del 42.º Regimiento Ceriñola, que han dejado en los días previos, y por causas distintas, sus puestos en Igueriben para ir a Melilla. El destino del convoy es ahora el suyo, no pueden reincorporarse por sus propios medios a las órdenes de Benítez.[84]

El despliegue es imponente sobre el papel, pero no impone nada, al parecer, a los muchos cientos de soldados rifeños que se han propuesto pararles. Y empiezan a hacerlo en cuanto el numeroso contingente de tropas traspasa la alambrada que hace de puerta del campamento de Annual. Los de Abd el-Krim tiran como si no hubiera ningún problema de suministro de munición. Entre ellos se utiliza a menudo una frase hecha: «un hombre, una bala». Pero un despliegue como el que ha preparado Manella exige una respuesta más contundente que la relativamente eficaz de la guerrilla. Desde sus trincheras, los soldados rifeños abren un fuego coordinado obre las unidades que acaban de desplegarse:

Una barrera de enemigos envolvió por todas partes a aquellas fuerzas, que resistieron valerosamente el impetuoso fuego de los rifeños, cuyo número iba aumentando por momentos. A pesar de ello, se consiguieron algunas ventajas en el avance, pero era tan grande la intensidad del fuego que caía sobre la Columna de socorro, que ésta desistió de su empresa y quedó paralizada. La posición de Igueriben, por tal motivo, siguió cercada, ya que las tropas no podían atravesar el terreno batidísimo que ante ella estaba presentando el adversario. El General Segundo Jefe, por orden de su superior, regresó a Melilla, haciéndose cargo del mando directo el Comandante General, que reiteró la orden de asalto, es decir, de rotura del sitio y entrada en la posición.[85]

Una orden, la de Silvestre, que resulta baldía porque el Ejército de Abd el-Krim se niega a obedecerla y porque la expedición de Manella no puede resistir ese fuego tan potente que recibe. Los hombres de Morales, de Llamas y de Villar se vuelven a quedar clavados en el terreno que el sol ha ido endureciendo a lo largo del día. El barro que la tempestad de agua ha creado se vuelve otra vez arenisca,

roca y polvo.

El sargento de Infantería Hermenegildo Dávila, del 42.º Regimiento Ceriñola, ha podido ver la evolución del fallido convoy desde su parapeto, en el que casi no se podía sostener de pura debilidad. La noche anterior la ha pasado disparando contra los asaltantes con la única ametralladora útil, hasta quedarse sin municiones. El día ha sido insoportable por la sed, el hambre y el tremendo hedor de los cadáveres que se pudren con gran rapidez. Se ha mojado los labios con pasta dentífrica, pero no sirve, y prueba con orines y azúcar, eso sí, después de usarlos para refrigerar el cañón de la ametralladora.[86] Los heridos gritan pidiendo ayuda, «dadnos agua, hermanos», y ellos les contestan, con desesperanza en la voz, que «mañana llegará el convoy».[87]

El general Navarro vuelve a Melilla en uno de los «coches rápidos» que aún quedan en Annual y Silvestre retoma el mando in situ de los miles de hombres que todavía le quedan. Se encuentran cercados por un Ejército rifeño cuyo número de soldados sólo sabe Abd el-Krim. Unos dicen que no son más de tres mil hombres, otros que la harka la forman hasta once mil guerreros.

Abd el-Krim sabe eso y muchas más cosas. Por ejemplo, sabe que va a derrotar al Ejército español, que los rifeños van a actuar juntos contra el poderoso, mal gobernado y mal armado Ejército colonial. Su carta pública, leída en voz alta en los zocos desde el 30 de junio, anima a los policías de Villar a desertar y ofrece recompensas a quien mate a un oficial y recupere armamento o un caballo para la causa del Rif: «Si es que sois musulmanes de verdad oídnos…».[88]

Los que todavía están vivos, de los 247 hombres con los que contaba Benítez hace un par de días, se desmoronan literalmente de sueño porque tienen que ocupar su lugar en el parapeto las veinticuatro horas de cada día y mantener al enemigo a raya. Pero también desfallecen de hambre porque llevan muchas horas sin comer; de calor, porque el sol abrasador no da tregua; y, sobre todo, de sed, que ya se ha convertido en el arma favorita de Abd el-Krim.[89]

¿De quién fue la idea de construir todo el sistema español a base de puestos sin agua, muy fáciles de cercar, que dependen de convoyes que cuestan tantas bajas? A quien pregunta por semejante dislate se le responde siempre lo mismo: por «razones militares».

Razones militares que han nacido en Cuba, donde casi todos los oficiales

españoles han peleado antes de ir destinados a África. En las Antillas comenzó la defensa del trayecto de los ferrocarriles mineros, protegido por una línea de puntos fuertes. Pero las casetas y los blocaos no son autosuficientes, y hacen falta, por tanto, convoyes que atiendan a su suministro que, además, tienen que ir protegidos por columnas…

Una organización infernal, que exige destinar cuantiosos recursos a defender una línea plagada de agujeros: los enormes huecos, las grandes distancias, que hay entre cada posición y la siguiente.

Agapito Cuenca, del Regimiento de Cazadores, forma parte de esas «razones militares». Hoy Agapito llora a su amigo Pacheco, que era de Cuéllar. Ha muerto porque ha ido, en lugar de Cuenca, a hacer la aguada, que está en un arroyo a poco más de un kilómetro de la posición. Pacheco y los dos mulos cargados de cantimploras y cántaros de barro han caído acribillados a balazos en una emboscada muy típica de los tiradores de El Raisuni: cuando un pelotón acude a rescatarle, ya no queda ninguna huella de los agresores. La muerte de Pacheco forma parte de una rutina tétrica, aunque llevaban mucho tiempo, puede que meses, instalados en la tranquilidad porque los francotiradores habían dejado de dar señales de vida o, mejor dicho, de muerte.

El campamento se ve otra vez permanentemente acosado por los francotiradores enemigos, que actúan con evidente impunidad. Matan y desaparecen. Cuenca le da en silencio las gracias a su amigo por haberle pedido el cambio de turno. Pacheco se lo pidió para poder lavarse un poco, porque el agua que suben es sólo para beber. Agapito, lo mismo que Pacheco, vive metido en la mierda, en la roña, por esa falta de agua que hace que no se pueda limpiar. Esto es peor que la vida que llevaba en Peñalba con las ovejas, donde se lavaba a fondo una vez a la semana. Agapito tiene sarna. Con eso es posible que le envíen de nuevo a la península.[90]

Un tirador rifeño de los que tiene por misión acosar a los puestos como el que ocupa la compañía de Agapito Cuenca no puede dejarse llevar por la prisa ni dejarse influenciar por los movimientos nerviosos de los soldados que van a hacer la aguada. Es como un cazador que sabe que es mejor dejar que el objetivo se tranquilice, que incluso sacie su sed antes de que la bala le perfore. Si bebe, estará más tranquilo y podrá hacerse mejor puntería sobre él. No hace falta dispararle a la cabeza porque un herido tiene casi las mismas limitaciones que un muerto… pero come y bebe más.

El tirador rifeño dispara, escondido tras una chumbera o un matorral, y ve caer a su víctima haciendo aspavientos mientras pide socorro, si es que sigue vivo. Meterles unos tiros a las mulas es muy sencillo porque ofrecen un blanco muy fácil y nadie va a hacer nada por ellas.

Los soldados españoles llaman «pacos» a estos tiradores aislados, porque el ruido de un disparo, «pack», siempre es contestado por su eco, «cum», que encuentra en las infinitas barrancadas del Rif un lugar muy propicio para su juego sonoro.

Un tirador rifeño no tiene, por genética, ninguna ventaja sobre otro de cualquier procedencia. Hay esa leyenda, pero nada que la demuestre. La única característica especial que puede hacer pensar que es superior a otros en la precisión del tiro es que actúa siempre como un cazador, que tira a dar, que intenta hacer blanco en su enemigo.

El rifeño tiene una costumbre, una cultura, que le lleva a buscar el impacto en la víctima seleccionada. Por esa razón, los oficiales de mayor graduación suelen caer pronto en el combate.[91] En el barranco del Lobo murió, cuando apenas había comenzado el combate, alcanzado por el fuego de algún tirador «a la caza», el jefe de la fuerza, el general Guillermo Pintos. Eso cambió la suerte del combate porque dejó sin jefe al destacamento español. Pero ahora los soldados de Abd el-Krim mezclan los dos tipos de tiro, porque el fuego coordinado, por descargas, provoca en el enemigo una fuerte sensación de inferioridad y de no tener forma de refugiarse de los disparos que le hace un adversario bien atrincherado.

«Los oficiales de Igueriben mueren, pero no se rinden»[92] es una de las últimas frases que Benítez, a través del heliógrafo, envía a Annual para la Historia. Su jefe, el general Silvestre, responde con lo que los militares españoles llaman «una cadetada», o sea, se apresta a encabezar un ataque a caballo que rompa el cerco y libere la posición. Silvestre llega a dar la orden de ensillar a alguna unidad de Caballería porque un «informador» le dice que ve una oportunidad si se monta un ataque por la derecha del dispositivo. Al general le llama su espíritu personal de lucha, la decena larga de heridas que demuestran su bravura frente a los mambises, los guerrilleros cubanos. Y hace el amago sincero de subirse al caballo para combatir. Pero le disuaden. Tiene cosas más importantes que hacer según sus subordinados, que esperan que dirija la defensa.

A las dos de la tarde, el comandante Julio Benítez envía un último mensaje tan

cargado de heroísmo como los anteriores: «Sólo quedan doce cargas de cañón, empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contarlas y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición».[93]

Silvestre le ordena que abandone el lugar, y Benítez intenta organizar a los pocos soldados supervivientes que le quedan. Les dirige unas palabras:

Hijos míos, vamos a abandonar este corralito que hemos defendido como héroes por falta de víveres y municiones; llorad por vuestros hermanos que dejáis sin poder darles sepultura, ahora vamos a seguir defendiéndonos con las pocas municiones que nos quedan y terminadas estas emplead las bayonetas; yo, hijos míos, os seguiré mandando como hasta aquí lo he hecho.[94]

Saldrán hacia Annual formando una columna con los heridos reunidos en el centro. Los últimos en abandonar la posición serán los oficiales. Antes, Benítez les da a los defensores una última orden para que inutilicen todo el material y quemen las tiendas. El sargento Dávila le oye dar la orden, y se une a la marcha hacia Annual.[95]

En la guerra, aún más que en la paz, es difícil conciliar los deseos con la realidad. Cuando los defensores de Igueriben empiezan a salir de la posición, una nube de sitiadores se arroja sobre ellos. El combate es a corta distancia. Benítez y el resto de los oficiales caen, excepto un alférez de Infantería, el gallego Luis Casado Escudero,[96] que es herido y hecho prisionero. Casado, ya capitán, volverá a Melilla tras pasar dieciocho meses cautivo.[97] Los sublevados franquistas le fusilarán allí el 23 de julio de 1936 por mantenerse fiel a la República.[98] Algunos jefes y oficiales prefieren el suicidio, en las alambradas.[99]

Después de una lucha salvaje y de una huida muy desorganizada, sólo 36 soldados pueden llegar con vida a Annual. Han dejado atrás a más de doscientos compañeros, casi todos muertos y sin sepultar, aunque algunos afortunados han caído prisioneros. Hermenegildo Dávila es uno de los que conseguirá llegar con vida a Annual.[100] No sabe aún que luego será hecho prisionero. Su futura calidad de cautivo y no de muerto se la deberá a los que obedecen a Abd el-Krim.

Los soldados de Abd el-Krim están viviendo horas de grandes glorias. Pueden soñar con que sus nombres ocupen lugares importantes en los poemas que canten los niños en sus juegos futuros, como el de Abarrán. Los rifeños son bereberes y, por tanto, no son muy fanáticos religiosos, así que prefieren, tras una gran victoria, tener una buena parte del botín en forma de municiones, de víveres, o del ansiado fusil, que garantiza la supervivencia en un entorno hostil. El paraíso prometido después de matar tantos arumis llegará a su debido tiempo.[101]

Igueriben es también la señal para que algunos miembros de las huestes de Abd el-Krim hagan, en parte, la «guerra por su cuenta». Porque los rifeños se deben a su familia, a su clan y a su tribu, y en última instancia, a Abd el-Krim. Sólo los beniurriaguelíes y los bocoia mantienen una lealtad férrea al líder rifeño. La gran victoria sobre los cristianos se ha producido ya, y parece que puede ser aún mayor.

La información no tarda mucho en llegar a los distintos poblados. Hay que hacer corriendo muchos kilómetros de caminos polvorientos, pero unas buenas piernas, de las que sobran en el Rif, consiguen que, en pocas horas, los habitantes de aduares de Beni Urriaguel sepan lo sucedido en Igueriben.

La victoria es mayor que la de Abarrán, aunque los hombres del comandante Benítez han consumido casi toda la munición antes de abandonar el campamento. En Igueriben quedan varios cientos de fusiles Mauser y apenas nada de cartuchería. Los cañones también están sin cargas porque los artilleros las han utilizado todas en la desesperada defensa. Tampoco hay víveres. En Axdir, en territorio de Beni Urriaguel, donde el odio contra los arumis ha sido renovado tras los bombardeos navales de abril, la noticia se recibe con gran alegría. Las mujeres hacen el asriwriw, el grito que los árabes llaman zagharet, que perfora los tímpanos y traspasa las paredes más espesas. Todavía no se sabe quién ha muerto en el asalto. El grito, repetido por mil lenguas y mil gargantas, sólo indica que ha sucedido algo importante. No explica si se trata de algo triste o alegre.[102]

Para los soldados españoles que vienen desde algunos lugares de la Meseta, como Navalcarnero, situado a treinta kilómetros al suroeste de Madrid, ese grito no es ninguna novedad: es el mismo grito que dan sus madres enlutadas de por vida, con velos que apenas dejan ver sus rasgos, cuando sucede algo importante. Es una tradición sin datar, que se pierde en la noche de los tiempos, aunque es, desde luego, una reminiscencia de cuando los árabes eran una parte de España.

Una habilidad que perdurará hasta muy entrado el siglo.

Antes de conocer el resultado de la batalla, el detalle de los muertos o heridos que haya habido en el combate, todo son muestras de alegría entre los beniurriaguelíes y los bocoia en los alrededores de Axdir. Los ancianos lo celebran presenciando las escenas de júbilo; las mujeres bailan y dan repetidos gritos asriwriw que les gustaría que llegaran hasta aquellos que dispararon desde el mar contra ellos el día del zoco hace unos cuatro meses. Unos cañones que no distinguieron entre viejos y niños, hombres y mujeres, guerreros y fieles a España a cambio de dinero. Los parientes y los amigos de los muertos en Axdir no pueden sino desear lo peor para los españoles. Las mozas recitan los poemas épicos, los izran, con el ánimo de eternizar la hazaña. El odio a los españoles protagoniza esos poemas.

11

Annual

(22 de julio de 1921)

Igueriben (Ighriben en lengua bereber) ha caído en manos de las tropas de Abd el-Krim. Es la segunda gran victoria de los soldados rifeños sobre las tropas españolas en menos de dos meses.

El combate ha sido dirigido por el hombre de confianza del líder rifeño, Bulahia, bajo la supervisión directa de Abd el-Krim, que no se ha perdido ni un detalle de la batalla. La refriega se ha desarrollado según lo previsto.[1] Los hombres han obedecido y han disparado cuando había que hacerlo contra un enemigo que, por el contrario, iba perdiendo la cohesión y la organización a grandes pasos por culpa del hambre y de la sed.

La estrategia de Abd el-Krim no encuentra respuesta de un enemigo desconcertado, que no sabe jugar con el terreno. Sabe combinar bien la recién estrenada disciplina de sus tropas con su tradicional acometividad, su también reciente preocupación por la economía de víveres y municiones, y su perfecto conocimiento del terreno.

Sin embargo, a Si Mohand le falta algo muy importante: unificar de verdad a sus guerreros. Cada vez que van a atacar una posición, Bulahia tiene que negociar con los jefes de cada tribu. Por suerte para Abd el-Krim, la parte más importante de sus huestes la forman los beniurriaguelíes y los bocoia, y él es su jefe natural. Pero ¿va a controlar a sus hombres, de diferentes tribus, en todas las circunstancias?

De momento, lo único que une de verdad a los combatientes rifeños es el odio a los españoles. Un odio que se han ganado a pulso quienes han decidido, uno tras otro, los bombardeos navales sobre los aduares a su alcance o los ametrallamientos desde los nuevos aviones De Havilland. También se lo han ganado los que han hecho la vista gorda ante los abusos contra mujeres indígenas o los que han creído que las violaciones se curan con fajos de billetes

de quinientas pesetas…

Abd el-Krim busca algo más. Quiere un pueblo unido para hacer una República.

Ha tenido un buen comienzo. Tan bueno que, de forma casi repentina, el general Silvestre empieza a pensar que puede perder la batalla por Annual. Su telegrama, personal y reservado, al ministro de la Guerra, enviado a las siete y media de la tarde del día 21 de julio, es ya un reconocimiento de la magnitud de la derrota y amenaza con no ser otra cosa sino el prólogo de algo muy fuerte que vendrá, sin duda:

Con esta fecha, digo, ministro, lo siguiente: día hoy realicé operación anunciada para socorrer Igueriben con esfuerzo supremo, viniendo con resto Regulares y Regimiento Alcántara dirigir tan importante operación. Numerosísimo enemigo atrincherado impidió plan, no obstante operar casi totalidad, acogiéndose protección mayor parte guarnición después inutilizar material. Jefes y Oficiales muertos en alambradas, suicidados. Retirada muy sangrienta, recogiéndose fuerzas, repito, mayoría territorio Annual, donde me quedo con las mismas totalmente rodeado de enemigos, debido situación gravísima y angustiosa me es urgentísimo envío divisiones con todos los elementos. Intentaré toda clase esfuerzo para conseguir salir esta dificilísima situación, que desconfío por tener cortadas comunicaciones, no cesan de posiciones inmediatas pedirme auxilio que yo necesito.[2]

El tono del general ha pasado en pocos días de la prepotencia a la angustia. Si Abd el-Krim pudiera leer el telegrama tendría un fuerte ataque de placer.

El rey Alfonso XIII tiene una especial predilección por el general Miguel Fernández Silvestre, en el que admira, y es notorio, su carácter impetuoso y su valor casi legendario en el Ejército. Por ello, le ha tenido durante un largo tiempo de ayudante de campo. Se han hecho amigos de verdad, o todo lo que se puede ser amigo de un rey, en el caso de Silvestre.

El 21 de julio el Rey ignora que en pocas horas va a tener que dejar sus vacaciones, abandonar San Sebastián y Burgos, en cuya catedral está previsto enterrar los restos de otro militar glorioso, El Cid. Va acompañado por la reina

Victoria Eugenia, y los dos disfrutan del entusiasmo que despierta su presencia entre los miles de burgaleses que asisten al acto. Durante la ceremonia, el obispo de Vitoria, monseñor Eijo, tiene un recuerdo para los soldados españoles que pelean en Marruecos y lanza al aire lo que parece una contradicción: «Viva el Cid muerto».[3]

Silvestre todavía está vivo. A Alfonso XIII y su enlutada esposa les quedan aún unas horas de ignorancia sobre el destino de su general de Caballería favorito. Y nadie sabe si es verdad la frase de «olé los hombres con cojones» que se le atribuye al Monarca en un apasionado deseo de infundir ánimo a su favorito, que le ha preguntado su opinión sobre sus arriesgados avances marroquíes.

Abd el-Krim también habría disfrutado de esos momentos, y no digamos si pudiera conocer el contenido del radiograma que el general envía a las nueve y cuarto de la noche al ministro de la Guerra:

Reitero a V. E. urgentísimamente por muy crítica situación hoy Annual y posiciones inmediatas mi solicitud de que la Escuadra bombardee en el más breve plazo posible los poblados de Beni Urriaguel y Bocoia por si castigo disminuyera los fuertes contingentes que en la actualidad me sitian.[4]

La estrategia de Silvestre se parece a la que habría escogido el jefe rifeño de cualquier enemigo imaginario. Es decir, Silvestre hace lo que Abd el-Krim desea. La pérdida para los españoles de la loma de los Árboles, que Silvestre no ocupó en junio, al tiempo que otras, ha significado la destrucción de Igueriben, que a su vez ha entregado a los vencedores la aguada y el camino de Annual a Melilla, permitiéndoles rodearles por el sur. Es como un sueño.[5]

Divisiones enteras, la flota que queda después del desastre de 1898… Silvestre parece haber perdido también el control sobre sí mismo. Sin embargo, no ha perdido la certeza sobre el origen del enemigo que le cerca: las cabilas de Beni Urriaguel y Bocoia, las que ordenó bombardear en abril. La influencia de Abd el-Krim sobre esas tribus es decisiva.

El bombardeo de Axdir nunca ha sido puesto en cuestión por los Estados Mayores españoles. La idea angustiada de Silvestre se basa en activar aún más

esa política. Ni el propio coronel Gabriel Morales, posiblemente uno de los mandos que tienen mejor juicio sobre los rifeños, ha puesto en duda la eficacia de medidas como ésa.

El coronel Morales pasa ahora los días subido a su caballo intentando matar rebeldes rifeños, ésos con los que negocia. Y no escribe ningún informe que contradiga la estrategia de Axdir. Nadie parece haberse enterado en el Ejército español de que allí, al calor del reventar de las granadas del Lauria, renació el odio que ahora une a los rifeños y les ha puesto bajo las órdenes de Abd el-Krim para intentar acabar con ellos.

El ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, contesta al telegrama reservado que le envía Silvestre y le da un tardío gusto, haciendo que el ministro de Marina ordene la inmediata salida para Alhucemas de un montón de artillería flotante: el crucero Princesa de Asturias y los cañoneros Bonifaz, Lauria y Bazán.[6] No sólo eso. El ministro parece seriamente alarmado por el angustiado tono de un general como Silvestre, más dado a los gestos de prepotencia y de valor que a los que muestran debilidad. Es el mismo general que iba a tomar «con los cojones» Alhucemas.

Desde luego, no es momento para recapitular errores o para reconvenir altanerías chulescas del pasado, porque Silvestre no tiene tiempo para ello. Pero también porque tanto el ministro de la Guerra como el alto comisario han estado de acuerdo en llevar adelante la política implícita en el bombardeo.

En su mensaje, el vizconde de Eza le asegura a Silvestre que enviará todas las tropas disponibles para que desembarquen en Sidi Dris, o donde él «juzgue más conveniente». El ministro manifiesta, además, su «admiración por el valor y pericia» y por la forma en que el Ejército, a las órdenes del general, actúa, esperando que «la situación se esclarezca hasta convertir en útil y gloriosa para nuestra Patria la acción en que este heroico Ejército se halla empeñado».[7]

Entre tanto, el general Silvestre ha montado un auténtico desastre para sus tropas. Las fuerzas concentradas en Annual ascienden a un total de 5.155 hombres, 10 jefes, 181 oficiales y 1.796 cabezas de ganado.[8] « El comandante general, pues, dispone en Annual de más del 25% de sus efectivos totales, incluyendo todas las tropas de choque, así como el grueso de su artillería móvil».[9] Pero Silvestre sabe que, a pesar de eso, sus fuerzas no son suficientes y están muy desmoralizadas para hacer frente a los rifeños, cuyo número los

confidentes estiman ahora en unos diez mil hombres.

NADIE DUERME EN ANNUAL

Silvestre tiene dudas sobre qué debe hacer y, poco después de recibir el telegrama del vizconde de Eza, asegurándole el envío de barcos de guerra y fuerzas de desembarco, cursa un radiograma urgente a las diez y media de la noche, esta vez al alto comisario Dámaso Berenguer, pidiendo de nuevo refuerzos: con ello, «podría proyectarse establecer líneas posiciones de la costa Annual a partir desembocadura Tasaguin, entre Sidi Salh y Ras Afrau; a ello contribuirían harkas amigas y esta Columna; pero muy urgentísimo; de lo contrario, inútil».[10]

Sin duda angustiado, Silvestre no puede esperar a recibir la contestación de su superior para tomar alguna decisión, y a las doce y media de la noche convoca una reunión de jefes en su tienda. Asisten el coronel del Regimiento Alcántara Francisco Javier Manella, jefe de circunscripción; el coronel Morales, jefe de la Policía; los tenientes coroneles Marina, del Regimiento Ceriñola, y Pérez Ortiz, del Regimiento San Fernando; los comandantes Écija, de Artillería, Alzugaray, jefe de sector de Ingenieros, y el capitán Sabaté, jefe de Estado Mayor.

En la reunión, Silvestre les expone la situación y todos están de acuerdo en que es muy crítica. A pesar de que el general les informa de que el envío de refuerzos desde Ceuta ya es un hecho, todos saben que no llegará a tiempo. Después de dejar claro a los presentes que él es el máximo responsable de la decisión que se tome y que puede hacer lo que quiera, Silvestre les pide que den su opinión. Para él sólo cabe evacuar la posición, «aunque nos cueste un 50% en bajas, será preferible a quedarse aquí, de donde no saldremos ninguno».[11] Todos comparten la opinión del general menos los coroneles Manella y Morales. Manella plantea que «para el honor de las armas españolas» es preciso quedarse.[12] Morales, el jefe de la Policía Indígena, opina que, teniendo municiones, es mejor resistir. Pero al oír que están escasamente dotados para aguantar un combate, se une a la opinión general partidaria de la retirada.[13]

Finalmente, Silvestre decide proceder a la evacuación al día siguiente y replegarse sobre Ben Tieb, no sin antes requerir a los presentes mantener el

secreto. «El enemigo vendrá muy pronto [...] es numeroso, está bien instruido [...] emplea eficaces procedimientos [...] Además, sospecho que le secundarán los Temsamán y Beni Ulichec. No tenemos municiones más que para un combate serio [...] creo que mañana mismo debemos abrirnos paso hasta Ben Tieb», dirá el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, recordando la reunión.[14] Silvestre piensa en Ben Tieb como la mejor salida para una batalla que da ya por perdida. Allí hay municiones, víveres y, sobre todo, agua.

Tras la reunión, aún queda una larga noche por delante para Silvestre y su Estado Mayor. A las cuatro menos cuarto de la madrugada, recibe por fin la contestación del general Berenguer, amigo desde hace muchos años de Silvestre, o al menos lo era hasta la entrevista que ambos mantuvieron a solas a bordo del Princesa de Asturias. Berenguer le anuncia su decisión de ir a Melilla y le confirma que está preparando el envío de refuerzos, muy a su pesar, pues eso significa tener que abandonar la campaña que está llevando a cabo, con éxito, en la zona occidental,

que activo todo lo posible esperando puedan embarcar pasado mañana por la tarde en Ceuta para el punto que me indique V. E. que le ruego me diga con la mayor urgencia. Aunque con ello se comprometa éxito campaña sobre Beni Arós, que ahora se hallaba en una de sus fases más interesantes, enviaré V. E. dos Banderas del Tercio y sus dos Compañías de ametralladoras con su Teniente Coronel, dos Tabores Regulares Ceuta con su Compañía ametralladoras y su Teniente Coronel, una Batería de Montaña y una ambulancia; para estas fuerzas llevarán tiendas individuales y probablemente irá con ellas el General Sanjurjo.[15]

Berenguer le quiere enviar lo mejor que tiene. Aunque eso puede costarle un aplazamiento serio en la ya casi segura victoria en su campaña de Beni Arós contra el otro rebelde, El Raisuni, al que tiene casi acorralado. En muchos aspectos, Berenguer es lo contrario a Silvestre: cada paso que da está meditado, y es mucho más sistemático que su subordinado. Ha discrepado en muchas ocasiones de él, y sobre todo ha puesto algunos peros, compensados, eso sí, por abundantes loas a su arrojo, a la velocidad con la que Silvestre ha pretendido llegar hasta Alhucemas.

Pero Berenguer, como el Gobierno y el ministro de la Guerra, no ha puesto en

cuestión la faceta más salvaje de la «misión protectora» de España en el norte de Marruecos: la violencia armada sobre la población civil, normalmente indefensa. Una faceta que parece inamovible también en la estrategia del vecino colonialista francés, cuyo representante máximo es el mariscal Louis Hubert Lyautey. Es una variante de la idea del palo y la zanahoria. Con una mano, la administración colonial española reparte corrupción, y, con la otra, violencia.

En el esquema de Lyautey, hay una mezcla entre la acción «civilizadora» y la penetración militar, que es prioritaria. Lyautey, el equivalente en el Protectorado francés a Berenguer, ha madurado su esquema de dominación en sus estancias en Tonkín y en Madagascar. Es muy diferente al que España aplica, dirigido desde el Ministerio de la Guerra.

La relación con las cabilas sometidas se basa en el respeto y buen trato con los naturales para facilitar la creación de «centros de prosperidad» económica y la recluta de nativos a fin de formar unidades indígenas que le permitan reducir efectivos «europeos». El proceso ha de ser progresivo, por medio de la llamada «mancha de aceite». Cuando en las tribus rebeldes la acción política ha dado sus frutos, recurriendo a las divisiones y a las rivalidades dentro de ellas, es el momento de actuar militarmente, sin contemplaciones: primero se realiza un bloqueo, se cierra el paso, privando así a la tribu de todo abastecimiento, a base de bombardeos indiscriminados, razias, pillajes, toma de rehenes, animales sacrificados… todo es válido. Entonces la tribu en cuestión, aislada, dividida y muerta de hambre, se rinde. Pero eso no es todo, porque la capitulación exige pagar una elevada indemnización, la entrega de todos sus fusiles y proporcionar hombres para el Ejército francés. No hay piedad en la rendición.[16]

La «acción militar» de Lyautey se sustenta en el empleo de fuerzas voluntarias y profesionales «europeas» y una gran cantidad de fuerzas indígenas, casi un 40% del total: tropas mercenarias aguerridas, con gran experiencia en los combates y reclutadas en otros territorios, por lo que carecen de lazos con la población local, es decir, que no tendrán interés en desertar.[17] El despliegue se apoya en un número limitado de puestos en las zonas más conflictivas, donde se concentra el grueso de la tropa para ejercer una acción disuasoria, siguiendo su idea de «mostrar la fuerza del Ejército francés para evitar su empleo».[18] Estos puestos, ya asegurados por la presencia de una importante guarnición y donde prima el buen trato con los lugareños, funcionan como focos de atracción del comercio y como propaganda de la obra de Francia.[19] Y, a diferencia de los puestos fijos españoles, no carecen de agua

Para todo ello Lyautey cuenta con grupos móviles, de 6.000 o 7.000 hombres bien pertrechados, situados en la retaguardia; unidades formadas por una combinación de tropas de Infantería y Caballería, en su gran mayoría indígenas, y algún refuerzo de artillería ligera. En esas unidades también participan fuerzas irregulares indígenas, proporcionadas por las cabilas sometidas como consecuencia de la «acción política», o sea, del uso generoso de dinero.[20]

Lyautey no sólo tiene un esquema claro de cómo distribuir las posiciones, sino también una filosofía bastante acerada y muy racista sobre sus adversarios: «Que los campos de batalla pregonen altamente que somos poderosos y recios, porque el atávico natural del indígena le lleva a no respetar sino la fuerza, menospreciando al débil, aunque lo mire ahíto de buenas intenciones».[21]

A diferencia de los españoles, que no tienen ni una doctrina colonial ni una estrategia militar tan clara, Lyautey cuenta además con todos los medios imaginables: en febrero de 1920, Francia dispone de más de 70.000 efectivos en África, al margen de los 2.300 mandos. Hay 18.250 europeos y 4.890 cuadros de unidades indígenas, frente a 53.600 hombres reclutados localmente.[22]

En España hay quien no comparte el disparatado despliegue de 144 puestos a lo largo del sinuoso y quebrado frente del Rif. El teniente coronel de Estado Mayor Francisco Martín Llorente es un viejo enemigo de ese sistema, y escribe en El Debate, bajo el seudónimo de Armando Guerra, un alegato en contra, aduciendo que el sistema obliga a concentrar demasiados soldados europeos.[23] Sus argumentos ya no pueden servir de mucho porque cuando se publica el artículo ya ha sucedido lo de Abarrán.

El alto comisario Berenguer parece ahora discrepar de su subordinado, el general Silvestre, y su alabada rapidez en la toma de territorios. Para reforzar su postura, cita al general francés:

Mi plan depende del estudio previo que voy a hacer; pero, desde luego, que juzgo acertadísima la conducta puesta en práctica por el general Lyautey, que va avanzando poco a poco, arañando con prudencia, pero resueltamente, los territorios que Francia está encargada de abrir a la civilización y al tráfico europeo. Procuraré, pues, ensanchar la zona de nuestra influencia práctica, encomendando estos servicios a la Policía, para alcanzar el objeto con más

facilidad y menos sacrificios. Sé, porque la experiencia me lo ha enseñado, la alarma un tanto pueril que las bajas producen en la opinión del país, mal preparada para estas cosas, peor informada de lo que es el problema de África. No hace falta pedir un sólo soldado más, porque con los que hay sobra para realizar estos objetivos.[24]

Berenguer cambia frecuentemente de opinión o quizás es que miente muy a menudo. El general en jefe ha manifestado en público su admiración hacia la osadía de Silvestre. Y ha dado su visto bueno al bombardeo de Axdir, el desencadenante de la alianza para la nueva guerra. Esta vez, sin embargo, no hay que elegir qué mano debe llevar la iniciativa, si la del dinero o la de la fuerza bruta. Se trata de una petición de auxilio en toda regla. No cabe el recurso al Banco de España para arreglar la situación, sólo cabe enviarle o no a Silvestre los refuerzos que pide.

El ministro de la Guerra está informado de ello, pero piensa que hay tropas suficientes a las órdenes de Silvestre.[25] El alto comisario Berenguer siempre le ha repetido lo mismo, pero, en todo caso, hasta ese momento no ha querido deshacerse de tropas antes de acabar con sus problemas en la zona occidental.

Ahora, Berenguer intenta enviar a Silvestre lo mejor que tiene, porque no se le escapa que hay mucho más en juego que la carrera del comandante general de Melilla. Está en juego todo un ejército, que está bajo su mando, y con él, la ciudad de Melilla. Pero no sólo eso, Berenguer también es consciente de que se juega su propia reputación. No en vano fue a propuesta suya que, el 30 de enero de 1920, el Gobierno nombró a Fernández Silvestre comandante general de Melilla con el fin de conquistar Alhucemas.[26] Parece que alguna responsabilidad tiene el alto comisario del desastre que se avecina.

Abd el-Krim seguramente ha llegado a una conclusión parecida, pero no necesariamente tan optimista para sus fines como podría serlo. Su enemigo muestra muchos síntomas de abatimiento, aunque Annual sigue siendo una presa muy grande para cualquier cazador: dentro de ese hoyo hay varios miles de hombres armados con fusiles Mauser y, en teoría, con una provisión enorme de municiones. Eso, sin contar la artillería y la gran disponibilidad de otras armas,

como las granadas de mano. Parece que el Ejército español sigue siendo mucho más potente y organizado que el rifeño…

Lo cierto es que probar con la continuación de la estrategia de la sed no tiene riesgos para los rifeños. Igueriben ya está en sus manos, aunque ha dejado un magro botín. Pero Annual está ahí, y parece ser que no hay nada que se oponga a los deseos de Abd el-Krim. Sus tiradores, bien municionados, dominan las alturas y obligan a los ocupantes de la posición a ir encorvados. Pero lo más importante es que el general Silvestre no ha conseguido que ninguno de sus contraataques haya funcionado. La desbandada final en Igueriben es la mejor de las demostraciones. Hay unos veinticinco prisioneros que irán a parar a territorio de Beni Urriaguel. Los rifeños tienen órdenes de respetarles la vida, aunque sus pertenencias, eso sí, formen parte del botín.[27] Los hombres de Beni Urriaguel y de Bocoia respetan esa orden. Otros no hacen prisioneros, como las harkas llamadas «amigas».

En Yebala, en la madrugada del día 22, después del cruce de telegramas entre Madrid y Annual, Berenguer procede a dar instrucciones para movilizar las fuerzas destinadas a socorrer a los hombres de Silvestre.

En el campamento de Rokba Gozal, el general Álvarez del Manzano, que forma parte del dispositivo de Berenguer para culminar la ofensiva que se presume final para acabar con la rebelión de El Raisuni, hace llamar al teniente coronel José Millán Astray y le ordena que envíe urgentemente una bandera del aún llamado Tercio de Extranjeros al fondak, a la posada de Ain Yedida, situada a veinticinco kilómetros de Tetuán. La orden dice que tienen que moverse a gran velocidad.

Millán Astray, el fundador del Tercio, informa a su vez a Francisco Franco, comandante de la 1.ª Bandera, de las instrucciones: «como no sabemos para qué es ni adónde va, sortead entre vosotros qué bandera acude». Franco procede, y da la orden de marcha: «Son las dos de la mañana. En el silencio de la noche escucho la voz del teniente coronel que ordena que llamen al comandante Franco. No era preciso; salí de la tienda y me uní a él», cuenta Franco en sus memorias.[28]

Los hombres se ponen en marcha de inmediato. Millán Astray y Franco desconocen aún cuál es su misión:

Un misterio inexplicable rodea nuestra salida. Nadie sabe adónde nos encaminamos. Unos creen que se trata de efectuar una operación en Ben Yedder, otros que vamos nuevamente a las costas de Gomora; yo, sin saber por qué, pienso en Melilla.[29]

El viaje de los legionarios hasta Melilla, adonde Berenguer les envía, junto a un contingente de Regulares y también fuerzas de choque, está diseñado según le habría gustado hacerlo al propio Millán Astray. Hay toda una épica en cada uno de los casi cien kilómetros que los voluntarios tienen que hacer a pie en dos días. Algunos cojean, otros caen agotados… y todos aprenden entera la irreverente letra de La Madelon, una mujer capaz de dar calabazas a un «capitán seductor y enamorado», dispuesto a olvidar su nada oscuro pasado a cambio sólo de «su blanca mano».

Millán Astray ha tomado como modelo para su nueva propuesta de unidad militar de choque el de la Legión Extranjera francesa, con algún añadido patriótico, como el recuerdo a los «invencibles» tercios de Flandes, o los Cazadores de Valmaseda, que han operado más recientemente en Cuba. El Tercio de Extranjeros, que es como se llama la nueva unidad, está imbuido, como lo quiere su jefe, Millán Astray, por un espíritu tradicional, combativo y místico, con una orientación a la acción y al combate. La unidad militar ha materializado eso en rituales, simbología, tradiciones, jerga y elementos identitarios propios que incrementan el sentido de pertenencia de los efectivos a la unidad.

La Legión Extranjera es una entidad militar profesional y con vocación de ser permanente, compuesta por voluntarios capaces de hacer frente a los rebeldes rifeños. Su idiosincrasia hace del Tercio una organización temida por sus adversarios, respetada por sus compañeros y central en las campañas militares de Marruecos. Ya ha sido probada con éxito en las campañas del general Berenguer en Yebala.[30]

A los malagueños que han asistido en el céntrico teatro Vital Aza al concierto de cuplés de Mercedes Fernández, una joven cantante nacida en el barrio madrileño de El Avapiés, todavía les duelen las manos de tanto aplaudir a la mujer que ha cantado con el nombre artístico de Lola Montes. La chica ha interpretado por

primera vez El novio de la muerte, una canción que tiene letra de Fidel Prado y música de Juan Costa. Su estribillo dice: «por ir a tu lado a verte/ mi más leal compañera/ me hice novio de la muerte/ la estreché con lazo fuerte/ y su amor fue mi bandera».

Ha sido un éxito arrollador. Y lo ha oído, porque estaba allí, camino de Melilla, la duquesa de la Victoria. La que es la máxima representante de la Cruz Roja en el norte de Marruecos no lo duda e invita a Lola a cantar la canción en Melilla. Y la chica acepta. Melilla necesita ánimos y ella está sedienta de seguidores. Silvestre aún está vivo, le quedan unas horas. Y los hombres que se han alistado en la Legión, y se mueven a marcha forzada camino de Ceuta, aún no saben que ya tienen un himno.

El último tramo de su viaje lo harán cuando el desastre de Annual sea ya una realidad.

El Ejército rifeño tampoco descansa en la noche del 21 de julio. Abd el-Krim apenas ha dormido. Lo justo para reponer fuerzas. Si Mohand se mueve entre sus soldados vestido como uno de ellos, con la chilaba corta y la bolsa de piel de cabra donde acarrea las municiones. Él prefiere que sus hombres se consideren soldados, y no guerreros rifeños, para que no queden dudas de que le obedecen a él y no cada uno a su tribu. Durante el asedio, Abd el-Krim está en Amesauro, como lo ha estado durante la ofensiva contra Igueriben. De allí se trasladará a Annual desde donde seguirá, muy de cerca, los acontecimientos posteriores.

Sus soldados rifeños se intentan cobijar del frío nocturno bajo las chilabas que les sirven de vestido de día. Todos saben que por la mañana van a luchar, y piensan que lo harán contra un enemigo poderoso, bien provisto de fusiles de cinco disparos y de municiones. Están nerviosos y muchos recuerdan a su familia. En general, los hombres de Abd el-Krim no sueñan con el Paraíso. Prefieren imaginar un buen botín.

AMANECE EN ANNUAL, ÓRDENES Y CONTRAÓRDENES

Mientras tanto, en Annual casi nadie ha podido dormir tampoco. Algunos soldados españoles intentan escribir, con las primeras luces del alba, una carta que no saben que será la última. Después de la tensa y larga reunión mantenida con sus subordinados, Silvestre cursa a las cinco de la mañana otro telegrama al ministro de la Guerra y al alto comisario notificándoles su decisión de abandonar la posición. Está angustiado y quejoso:

Por lectura de su telegrama relativo a requisa barcos en Cádiz para envío fuerzas de Tetuán, me hace suponer no he acertado a dar a V. E. idea exacta situación en que se hallan mis tropas en Annual, constantemente hostilizadas aguadas que habrán de ser sangrientas, cortada por el enemigo mi línea de abastecimientos y de evacuación de bajas, no disponiendo de municiones más que para un combate, y comprometer mis soldados con todas consecuencias, procede determinaciones urgentísimas que tomaré aceptando toda responsabilidad, teniendo, en principio, idea de retirarme a la línea de Ben Tieb-Beni Said, recogiendo antes posiciones que me sea posible, en donde esperaré los refuerzos que V. E. me envíe, siendo punto de desembarque de ellos Melilla.[31]

Quince minutos después, cuando las dos primeras banderas de la Legión todavía están haciendo su esforzado camino a Melilla, el general Berenguer recibe una copia del telegrama. Su amigo y subordinado Silvestre parece haber perdido el control. ¿Cómo puede pensar que los refuerzos que reclama vayan a llegar a la velocidad que dice que necesita? Lo que está muy claro es que el general se ha metido en un berenjenal.

Nadie sabe cómo salir de esa ratonera en que se ha convertido Annual, que tiene las aguadas comprometidas, las líneas de suministros cortadas y carece de municiones suficientes… Lo que saben todos ellos es que hay que irse de allí cuanto antes, y que la marcha, casi fuga, debe mantenerse en una total reserva para evitar que el pánico crezca entre la tropa.

Abd el-Krim también sabe casi todo eso porque es el principal responsable de las carencias de agua y de suministros. Él, y su muy reducido Estado Mayor, han dado las instrucciones precisas para que Annual se desarbole y deje de ser la base principal del Ejército español, que tenía que dirigirse, sin apenas

obstáculos, hasta el macizo de Quilates y, desde allí, a la bahía de Alhucemas, el gran caramelo que Silvestre se quería comer.

En Annual, la actividad en la estación radiotelegráfica es frenética. Por la noche, Buimeyán y Talilit han pedido ayuda y envío de refuerzos, que no serán atendidos. La posición C también ha pedido lo mismo, pero a ésta Silvestre le dirá que resista.[32]

Desde las alturas mayores, y desde que apunta el nuevo día, 22 de julio, los tiradores rifeños hacen fuego sobre la posición española sin afinar apenas la puntería. El fuego harkeño no encuentra ninguna respuesta coordinada. Nada parece estar organizado esta mañana en el Ejército del general Silvestre. Las balas se oyen por todas partes y, en ocasiones, impactan en las carnes de algún soldado español. Si muere, habrá que hacerle un hueco en la tierra, pero si resulta herido el problema es de gran envergadura porque las líneas de comunicación con Melilla están cortadas y no hay forma de evacuar a los heridos. Los rifeños han conseguido hacer parapetos a trescientos metros de la posición y el fuego es muy intenso. Los confidentes calculan que no les falta armamento ni municiones. Eso no es preciso que lo diga nadie porque ya todos en Annual lo sienten, o en su carne o en la de algún camarada.

Enfrente de los grandes núcleos de guerreros rifeños, los 5.000 españoles sitiados en Annual están sedientos, agotados y, sobre todo, desmoralizados. Además, según el capitán del Estado Mayor de Annual, Emilio Sabaté, sólo disponen de 200.000 cartuchos de fusil y pueden hacer escasamente veinte disparos de artillería.

En cuanto amanece, el Estado Mayor se dirige a la tienda del general Silvestre, tal y como se había acordado la noche anterior, para organizar la retirada. Pese a la rotundidad con la que había tomado la decisión, Silvestre ahora duda. Lo que le ha dicho su amigo Kaddur Namar, probablemente el rifeño en el que más confía, no es para menos: «General, si te retiras, mira que cabila abandonada es cabila sublevada».[33] La seriedad de lo que dice Namar quedará bien refrendada en pocos días. Todos los reunidos esperan recibir las órdenes para efectuar la que los militares consideran la maniobra más difícil entre todas las posibles de lo que llaman el arte militar: una retirada.

Los presentes son conscientes del camino que les espera porque, descartada la opción de salir por Sidi Dris, por ser el camino muy estrecho e impracticable

para la artillería, la ruta por Izumar hasta llegar a Dar Drius está llena de dificultades. Sobre todo el primer tramo, una pista de montaña con pendientes enrevesadas y pronunciadas bautizada como «el tobogán», les hace ser un blanco fácil para el enemigo. Luego, el tramo de Izumar a Ben Tieb tampoco se presenta mejor, ya que transcurre por el fondo de un barranco. Son los dieciocho kilómetros de un camino que pronto se convertirá en un calvario.[34]

Sin embargo, el general Silvestre, en un giro inesperado, ordena al comandante Villar que organice el servicio de aguada: ha decidido permanecer en Annual y esperar allí a los refuerzos que están de camino. Son las seis de la mañana y el desconcierto entre todos es inmediato. Las noticias corren por el campamento, que se prepara para realizar los servicios cotidianos. Si ayer muchos hombres no pegaron ojo sabiendo que Silvestre había decidido la retirada para esta misma mañana, ahora el general ha decidido resistir en Annual. Y así se lo traslada a sus jefes para preparar la defensa. Pero de nuevo duda, manda llamar al comandante Llamas de Regulares y le ordena tomar medidas para proteger el repliegue y al rato rectifica. Son las nueve de la mañana y el general convoca de nuevo una reunión para pedir a sus jefes su parecer. Todos descartan la posibilidad de salir por mar, hacia Sidi Dris o Afrau. El coronel Manella propone una negociación con Abd el-Krim, y Silvestre le responde con desdén que no tiene nada que ofrecer al jefe enemigo.[35] Silvestre además afirma que el líder rifeño «no pinta nada», y que, si pretendiese tal cosa, «serían los suyos capaces de matarlo».[36]

Silvestre está bien informado por el servicio de Morales sobre las cuitas en el campo enemigo, y hace públicas por primera vez sus conclusiones sobre las complejas relaciones entre las cabilas en el campo enemigo. A Abd el-Krim le obedecen sus hombres porque les lleva a la victoria, pero tampoco tanto como le gustaría. Ni Silvestre ni Morales hacen hincapié sobre eso, porque tienen asuntos más urgentes a los que atender, pero ha quedado claro que, a juicio del general, los harkeños obedecen porque Abd el-Krim manda lo que ellos quieren. Y ahora, lo que quieren es nada más que matar españoles. Cuantos más, mejor.

Morales, el jefe de la Policía Indígena, opina que ya es tarde para retirarse, que no se podrá llegar a Ben Tieb. Y se manifiesta partidario de resistir allí mismo. Es el único en hacerlo.[37]

A mitad del encuentro, en el que Silvestre apenas ha tenido tiempo de informar de su resolución de mantenerse en la posición a la espera de la llegada de los refuerzos solicitados al general Berenguer y al ministro, un capitán de la Policía,

Ricardo Carrasco, les interrumpe con una información importante: el enemigo se aproxima en gran número y formado en columnas, al modo de las tropas Regulares. Algún testigo apuntará que la información la da el comandante Villar.[38]

Esta noticia determina la retirada, pero quizás llega tarde, porque en Annual se ha perdido un tiempo precioso. Son las once menos cuarto cuando Silvestre manda un último telegrama a Berenguer confirmándole la orden en firme de retirada. El mensaje no es nada tranquilizador porque Silvestre recalca que hará «todo lo posible» por llegar a Ben Tieb, o sea, que no las tiene todas consigo. «Quedo enterado, esperando que todos en estos críticos momentos pensarán ante todo en el prestigio y honor de la patria», contesta Berenguer subrayando en sus memorias «la dolorosa impresión» que le causó la noticia y reiterando de nuevo «su desconocimiento exacto de la situación de aquellas fuerzas tan comprometidas».[39]

Minutos después, Silvestre imparte órdenes para organizar la evacuación: al comandante del cañonero Laia, que se encuentra en Sidi Dris, le pide que proteja la guarnición de dicha posición y la de Talilit, que tiene órdenes de replegarse sobre Sidi Dris; al general Navarro, que se encuentra en Melilla, le solicita que dirija el Regimiento de Caballería Alcántara a Izumar para proteger la retirada; y, por último, a las posiciones de Buimeyán y Talilit les ordenará replegarse: a los que están en Talilit, que intenten abrirse paso sobre Sidi Dris o Afrau, lo que encuentren más fácil, y a la guarnición de Buimeyán, que se repliegue sobre Annual.[40]

La guarnición de Talilit se replegará al día siguiente, sobre las once de la mañana, cuando todas las posiciones ya estén derrumbándose, y con un balance desastroso porque desde el primer momento de abandonar la posición la Policía hará defección. Fuertemente hostilizados por el enemigo, de los doscientos hombres que componían la guarnición sólo llegarán a Sidi Dris 94. En Buimeyán, la Policía también desertará y se repetirá el desastre, aunque tres días después.[41]

En Annual, a eso de las diez de la mañana, Silvestre ordena a las fuerzas de la Policía que están haciendo la aguada que la interrumpan y se dispongan a proteger la marcha de la columna de evacuación.[42]

Silvestre ha liquidado de un solo impulso todo lo que había construido en torno a

su base de Annual. En sus instrucciones no hay nada que suponga una mínima resistencia al organizado asalto del Ejército de Abd el-Krim, lo que también es una novedad. Es muy llamativo que el Ejército rifeño se comporte como un verdadero ejército. Eso hace que combatirlo sea difícil, pero mucho más si el Ejército propio se convierte en una desbandada.

En Annual el desorden es total y las órdenes y contraórdenes se suceden sin que nadie sepa a ciencia cierta a qué atenerse. La evacuación de la posición no podría hacerse peor. Así la describe el general Picasso:

dicha evacuación no obedecía al método de reglas elementales de toda retirada, se dispone apresuradamente, incoherente, apremiando la salida de las unidades sin dar lugar a formarlas, provocando, por decirlo así, una precipitada huida, pues como en media hora se hizo el desalojo del campamento, con abandono de material y equipajes y cuanto constituía impedimenta, a fin de reservar el ganado sobrante para la conducción de heridos, siendo varias las citas que en las declaraciones se hacen de que el propio Comandante General instigaba para la salida. Salen, pues, las unidades, sueltas, sin cohesión, sin conocer los Capitanes en su mayoría ni el objeto ni la dirección de la inopinada marcha, siguiendo maquinalmente el rumbo que llevaban las precedentes y todas atropellándose a la salida del campamento, sin guardarse orden alguno. Al observar este atropellamiento, introduciendo la desorganización unas a otras unidades y llamar sobre ello la atención del Coronel Manella, marchó a caballo al punto de paso de los tres campamentos con el propósito de ordenar la evacuación que de aquella forma había comenzado.[43]

No es una retirada, es una huida. Y el general Silvestre no la dirige, sino que asiste a ella, eso sí, desde un lugar de privilegio.

Las llamadas harkas amigas, la Policía Indígena y algunas tropas de Regulares «protegen» al principio el camino de Izumar, que los desorganizados soldados de Silvestre tienen que seguir para llegar a la nueva posición, en la que teóricamente aguantarán las embestidas del enemigo, que actúa ya como un ejército convencional. El de Izumar es un camino que discurre en una prolongada pendiente. A su final, sólo el teniente coronel Fernando Primo de

Rivera, al mando del Regimiento de Caballería Alcántara, da señales de que algo queda de organización militar en el contingente. Primo de Rivera viene de Dar Drius, avisado por el capitán del Estado Mayor Sigifredo Sáinz Gutiérrez, que se encuentra fortificando con sus escuadrones del Regimiento Alcántara una nueva posición entre Yebel Uddia y la posición B.

El capitán Sáinz Gutiérrez está allí para cumplir las órdenes cursadas por Silvestre la tarde del día anterior, cuando aún decía que pretendía resistir en Annual. Sáinz ha salido de Melilla voluntariamente, a las dos de la madrugada, y ahora se encuentra de frente con las fuerzas que huyen.[44] Lo primero que ve llegar, sobre las once de la mañana, son los coches de algunos jefes que huyen de Annual. Detrás vienen los primeros fugitivos, una avalancha humana difícil de controlar.[45]

Los hombres de Abd el-Krim no han perdido el tiempo. Sus vanguardias, compuestas de beniurriaguelíes, se han desentendido del botín facilón que abandona la tropa en huida y se dedican a liquidar físicamente a los hombres del Ejército desbandado.[46] El jefe rifeño quiere dejar las tropas de Silvestre reducidas a su mínima expresión. Los beniurriaguelíes, conducidos por Bulahia y otros caídes, obedecen sus órdenes.

Desde los flancos, las mías de Policía Indígena, que antes obedecían al comandante Jesús Villar, y las harkas «amigas» les secundan. El camino de Izumar se vuelve un tormento para los que huyen enloquecidos por el miedo y por la sed. Los naturales de los poblados contiguos, acompañados de las tropas indígenas ya en abierta deserción, se apropian de las armas y de las caballerías de los que huyen.[47] Algunos de los soldados que intentan salvarse agradecen el cambio de manos. Un Mauser son cinco kilos menos, y un mulo con un herido es un problema muy serio que, si se va, es una carga desaparecida.

Los paisanos de la zona, armados de azadas, de piedras o de palos, empiezan una nueva variante de la guerra total que, seguramente, no es la que Abd el-Krim prefiere. Oleadas de mujeres rifeñas de los aduares próximos, sublevadas por viejos agravios y afanosas de rápidos desquites, acuden al bestial tumulto. Con cuchillos, con palos, y hasta con sus manos, rematarán a los heridos, lapidándolos, o se mofarán de éstos, vejándoles, y dejándoles marchar en algún caso excepcional, como le sucederá al capitán Sabaté, «maltratado por mujeres moras, que le desnudaron y despojaron de su ropa y alhajas».[48]

Desde las cortaduras se descuelgan nuevos contingentes de verdugos, en su mayoría muy jóvenes o ancianos. Van armados de gumías, piedras y de una ira arrasadora. Buscan a los heridos, les acorralan, ignoran sus enloquecidas peticiones de clemencia, y les rematan. A no pocos les bajarán los pantalones para cortarles con saña sus genitales y metérselos en la boca.[49]

Los hombres van cayendo por docenas. Los que aún no han podido evacuar la posición son fusilados por la espalda porque huyen y se ofrecen a las vanguardias rifeñas, que se han apoderado de los parapetos levantados en teoría para contenerlos; otros son disparados a quemarropa por el enemigo, que antes era amigo, mientras suben la larga pendiente que lleva hasta Izumar. Muchos ya no llevan fusiles porque les estorban para correr. Algunos intentan venderlos a cambio de su vida, en un postrer trapicheo sin objeto.

¿Y EL GENERAL SILVESTRE?

El teniente de la Policía José Civantos ve a Silvestre como si el general estuviera en otro planeta, ajeno al peligro, expuesto al «fuego intenso del enemigo, silencioso e insensible a cuanto le rodea».[50]

El comandante general ha dado las primeras órdenes de evacuar la posición. Pero luego, nada más. A partir del momento en que se han producido las primeras desbandadas de la tropa desprovista de mandos, carentes a su vez de órdenes sobre la retirada, el general en jefe se ha convertido en un hombre ajeno a todo, ajeno al peligro, pero también a lo que les pueda suceder a sus hombres.

Es de suponer que su directo contrincante, Mohamed Abd el-Krim, está justo en la posición contraria. Sus tropas han maniobrado como él quería, como un ejército regular. Se han acercado hasta la posición en columnas y han provocado el pánico en un enemigo que, en esos días, era muy proclive a ello.

Abd el-Krim no tiene todavía la «ayuda» suficiente de los desertores de la Legión Extranjera francesa o de oficiales europeos mercenarios bien preparados,[51] pero esa marcha en la que sus tropas se han desplegado en tres columnas indica que mucho ha cambiado en la dirección de su gente. Ni Bulahia ni el resto de los caídes que mandan a los harkeños han podido aprender tan

deprisa. Una cosa es, y no es nada fácil, enseñar a los hombres a hacer trincheras, «pozos de lobo» o puestos de escucha, y otra hacer que se muevan con disciplina en campo abierto. Quizás alguien esté asesorando al jefe rifeño o es que él tiene una intuición sobrehumana... Más bien parece lo segundo.

Silvestre está cada vez más rodeado de enemigos, y su guardia personal ha desaparecido o se encuentra muy disminuida. Lleva encima todo aquello que le distingue como el jefe de los soldados españoles, desde el fajín de general hasta las estrellas sobre las hombreras y el frontal de su gorra. Se lo entrega todo a su edecán, para que lo lleve a Melilla, en el coche rápido que va a transportar a su hijo.

El general es el auténtico protagonista del desastre que se está produciendo en Annual. Ha tomado la peor de las decisiones: no plantar cara al enemigo que se aproxima muy rápido. Habría bastado posiblemente con que unas cuantas compañías de soldados peninsulares se hubieran echado a los parapetos y hubiesen disparado con una parte de la dotación de municiones que todavía conservan, y que alguna de las baterías que aún tienen disparos suficientes les apoyara para rechazar el ataque «insolente» del Ejército rifeño.

Pero Silvestre no hace nada de eso. Y parece haber olvidado las reglas para asegurar una retirada, que no son demasiadas, pero sobre todo se resumen en un manido verso de Rudyard Kipling, muy citado por los militares de cualquier nación: «si guardas en tu puesto la cabeza tranquila…». Con tranquilidad y con disciplina, la situación se podría haber salvado. Son 5.000 soldados, en teoría disciplinados, frente a un número desconocido de rifeños que Morales ha cifrado en unos 3.500 y otros cifran en 10.000.

Hay un contingente importante de hombres cuya lealtad es, como poco, dudosa. Los indígenas de las mías 5.ª, 6.ª, 10.ª y 11.ª suman, con las harkas llamadas auxiliares, casi quinientos hombres.[52] Su defección es prácticamente total. Un par de mías, la 8.ª y la 13.ª, se quedan en el camino de Ben Tieb, con el propósito teórico de defender el repliegue de Annual.

«Volveos tímidos, temed al enemigo y éste acabará con vosotros». Uno de los traductores de esa frase, el general Navarro, es el segundo del general Silvestre.[53] Los soldados de Silvestre no encuentran a sus oficiales para que les marquen el camino y demuestran que temen al enemigo.

Abd el-Krim casi no puede creer todo lo que ven sus ojos. Ante él, está desapareciendo un ejército completo. Y por su propio impulso, sin que sus hombres tengan que hacer apenas nada. El enemigo se retira desorganizadamente y él no tiene que mover un dedo. Los españoles huyen y se pisotean unos a otros. «Durante esa evacuación no hubo, por así decirlo, combate; los españoles huían tan rápido que a nuestros propios guerreros [...] les costaba creer que su victoria fuera real».[54]

Un hombre solo espera la muerte en medio del desastre que él mismo ha montado. Es el general Silvestre. Entre los guerreros de Abd el-Krim que saltan las defensas, hay uno que se quiere apuntar la muerte del general. Es un tal Al-lal-ben-Mohamadi-el-Tuxani.[55] El hombre forma parte de un grupo de tiradores que ha saltado el parapeto abandonado por los defensores que se han dejado arrastrar por el pánico. Los tiradores han visto al general Silvestre y han disparado sobre él, dándole en la cabeza. El Tuxani se atribuirá el certero disparo.

Mohamed Azerkan, el Pajarito, cuñado de Abd el-Krim, verá más tarde su cadáver, cuando inspeccione el lugar en compañía del hermano de Si Mohand. Azerkan conoce muy bien al general. Le ve «tendido en tierra, con las señales inconfundibles, los dedos rotos, el pelo crespo…». Azerkan y M'hamed, el hermano de Abd el-Krim, tienen mucho que hacer, y ni siquiera descabalgan. Eso sí, ordenan que se sepulte al general como a todos los demás, moros y cristianos.[56]

A las seis menos diez de la tarde del mismo día 22, ya se sabe en Melilla, o en alguno de los despachos militares de Melilla, que Silvestre, seguramente, ha muerto. El jefe del Estado Mayor de la Comandancia, el coronel Gerardo Sánchez-Monge, transmite al alto comisario Berenguer un telegrama dando cuenta de ello: «Tengo sentimiento participar a V. E. que, según me comunica hijo Comandante General, acaba su padre General Silvestre de suicidarse al evacuar campamento Annual. Juzgo del todo indispensable y urgentísima presencia en esta Plaza por situación dificilísima». El ministro de la Guerra, que nunca olvida mencionar su título de vizconde de Eza, recibe una copia.[57]

Melilla está en una situación delicada. Así lo ve Sánchez-Monge, que ahora es jefe de lo que Silvestre, haciendo un juego de palabras de dudoso ingenio, gustaba llamar «mi estorbo mayor», acompañado de un gesto pícaro dirigido a quien le oyera, aprovechándose de la posición privilegiada que, a cambio de una

carcajada cómplice, permite siempre al poderoso un gesto magnánimo.

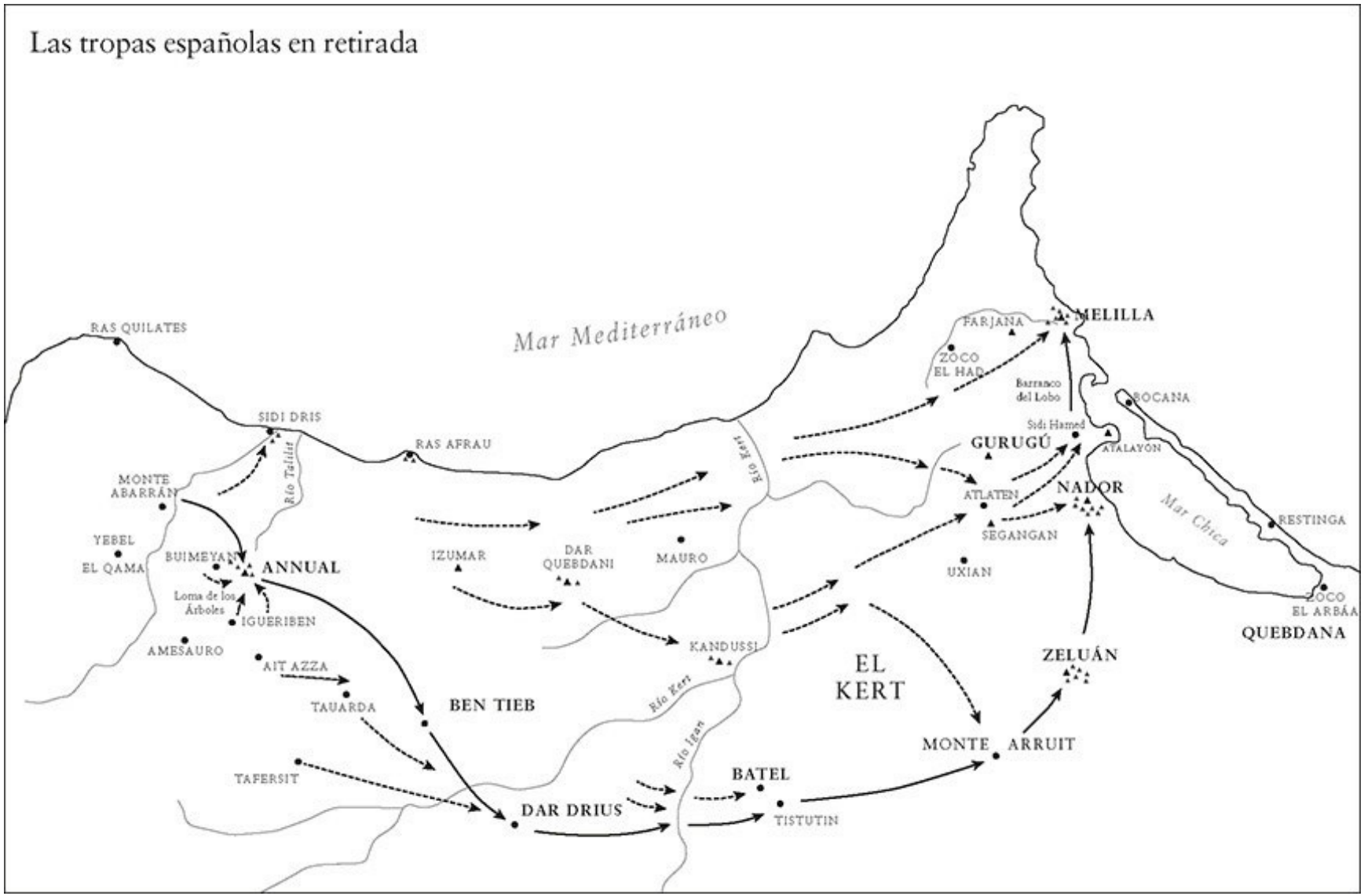
La situación de Melilla también le parece delicada al hijo de Silvestre, alférez de Caballería de Regulares, que ha realizado una rocambolesca hazaña a bordo del coche rápido destinado a su padre y ha logrado escapar de Annual, con la ayuda cómplice del general. Fernández Silvestre ha dado una versión de los hechos que a nadie convence y, desde luego, no contribuye mucho al aprecio que por su hijo pudieran sentir sus compañeros, la mayoría de los cuales han combatido de verdad.[58]

Uno de ellos es el capitán Jiménez, de la Policía, que el día anterior recibió del comandante Jesús Villar, en Ben Tieb, «un abrumador encargo: vigilar a los jefes Bu Rahail y Abid Al-Lah de los Ababda, a los que debía dar muerte si trataban de escapar». Villar muestra esta vez una perspicacia notable porque Bu Rahail es uno de los jefes de la cabila de Metalza, que será clave en los sucesos de dentro de pocos días en Monte Arruit.

El capitán Jiménez Ortoneda se ha limitado a acompañarles hasta Dar Drius, de donde escapará Bu Rahail en la noche del 22 al 23 de julio, dirigiéndose a Buxada. El rifeño logrará la defección de los efectivos indígenas, aunque será compasivo, y «dejará marchar a los cinco soldados peninsulares que allí hay». Desde Izumar, Jiménez observa cómo arde Buimeyán, abandonada por las fuerzas de Policía que mandaba el comandante Jesús Villar. Y observa también cómo calla Annual. Tras hablar con el capitán Miguel Pérez García, jefe de la posición B, el capitán Jiménez reanuda su marcha. Tiene pendiente encontrarse con el también capitán Fortea, al que acompañan varios «jefes moros», a quienes han apartado de las alturas «para que no viesen aquel desastre» y eso pudiera estimular sus deseos de un cambio. Jiménez Ortoneda no encuentra ni a unos ni a otros, por lo que sigue camino hasta Ben Tieb.[59]

III PARTE

Las tropas españolas en retirada



12

La desbandada

(del 22 al 24 de julio de 1921)

Los que hasta hace poco formaban un ejército, los hombres del general Manuel Fernández Silvestre, continúan su alocada huida hacia Izumar, donde tenía que montarse, en teoría, un núcleo de resistencia. Es una posición tomada hace muy poco, al mejor estilo del general Navarro, es decir, sin tener que pegar un solo tiro, con el fantasmal objeto de dar más protección a Annual. Para llegar allí, hay que recorrer tres kilómetros de un camino practicable, pero, cómo no, polvoriento y, en ocasiones, muy escarpado. A los que huyen, sedientos y agotados, se les hace difícil.

Algunos están ya a la altura del camino donde se encuentran los hombres del Regimiento Alcántara, que protegen la retirada, y otros apenas acaban de salir de la posición. A la altura de la posición C, que ya está envuelta en llamas, van los coroneles Manella y Morales porque el jefe de la C, pese a que ha recibido órdenes de resistir, ha abandonado la posición después de prenderle fuego para unirse a los que huyen de Annual.[1]

Por la cuesta que conduce a Izumar, el calor se hace insufrible. Por algo se llama La Solana. Eso es lo que el coronel Morales trataba de evitar en la última reunión con Silvestre, intentando que la evacuación se hiciera de noche. Pero no ha sido así y al llegar al barranco la cosa se pone aún más fea. Aquello es una ratonera, y los tiradores rifeños, cómodamente emplazados, tiran contra los fugitivos para impedirles el paso. Éstos son presa fácil para su enemigo, y el combate que se libra, si es que se puede llamar combate, produce muchas bajas entre los soldados españoles, entre ellas, la del coronel Manella.

Los que suben por la cuesta van dejando a su paso la polimorfa impedimenta de un ejército derrotado y en franca desbandada. Algún oficial conoce el cuadro pintado por Adolph Northern, que representa con gran eficacia la catastrófica retirada de Napoleón en el frente ruso, pero la realidad se impone, y lo que se ve ahora no admite digresiones cultas, sino que exige toda la atención.

La subida a Izumar, a la que todos llaman «el tobogán», y la evacuación de Annual forman la metáfora perfecta de lo que aparentemente ha sucedido en muy pocas horas: el nacimiento de un nuevo ejército, el rifeño, y la desaparición de otro, el español colonial.

Hay mantas, fusiles, a veces sin percutor, cantimploras vacías, cartucheras ya inútiles porque no llevan nada, guerreras de oficial, artolas para transportar heridos que han sido quitadas de su lugar a lomo de bestias para que pueda subirse encima un inesperado jinete, cañones arrumbados al lado del camino... Hay mulos despeñados, alguno de los cuales exhala su último quejido en forma de desesperado relincho desde el fondo de una barrancada. Y muchos hombres que parecen llevar los andrajos que apenas les cubren como si los vistieran desde hace años. A eso ha quedado reducido el que antes parecía un poderoso ejército, el del general Silvestre. Ahora es un tropel de gente enloquecida. Millares de hombres sedientos a los que mueve un solo pero imperioso deseo: llegar a Melilla.

Es tarde ya para pensar en el espíritu de esa tropa que se mueve como los animales en estampida. Ha habido «deficiencias de la instrucción y mermas de los efectivos».[2] Según el general Picasso, el uso que se ha hecho de estos hombres no ha sido el mejor para levantar su espíritu de combate:

El empleo preferente y sistemático de las fuerzas indígenas como de choque en las operaciones, restringiendo el de las peninsulares, reduciéndolas al papel de reservas expectantes, sin entrar sino en rarísimo caso en contacto con el enemigo, a fin de que no sufriesen bajas que el orden político parecía consagrado a evitar, deprimía el espíritu de nuestras tropas.[3]

El demoledor informe que hará Juan Picasso ni siquiera se detiene un momento en la imagen que tienen los mozos españoles sobre África y los africanos. No habla de los miedos a los moros traicioneros, que atacan de noche con sus gumías. El caos organizativo en el propio Ejército colonial es tal que ni siquiera es preciso recurrir al estado espiritual de los reclutas para explicar lo que sucede en Annual.

Frente a ese ejército que se derrumba, Abd el-Krim tiene miles de hombres que

van a unirse a los beniurriaguelíes, los bocoia y muchos temsamaníes. Hombres que saben luchar desde siempre, que saben tirar desde que son adolescentes, que no tienen que moverse a través de un territorio hostil para cumplir sus misiones. Hombres que, además, han visto recompensados por el éxito de Abarrán sus sacrificios para conseguir una mayor disciplina en sus fuegos y sus movimientos.[4] Están orgullosos de pertenecer al Ejército de Abd el-Krim.

Algunos todavía no tienen edad para combatir con una «fusila» en las manos, pero hay muchas otras cosas que pueden hacer. Por ejemplo, Hach Mimun El Kassini, de los Beni Ulichec, tiene sólo diez años, así que hace de rakkas, o sea, de correo, llevando órdenes de operaciones, distribuyendo víveres y municiones o socorriendo a los heridos.[5]

Un antiguo amigo de Abd el-Krim, el coronel Gabriel Morales, ha galopado al frente de varias mías de la Policía Indígena. De un lado a otro del frente, se va encontrando con las fuerzas indígenas cada vez más reducidas porque las deserciones, no sólo por la traición, sino sobre todo por la depresión y la falta de confianza en los jefes españoles, hacen mella. También, desde luego, por las deficiencias en el propio servicio de Morales, que no ha sabido detectar o interpretar el estado real del espíritu de las tribus.

De la muerte de Gabriel Morales no se sabe mucho, como es natural en una escabechina como la que tiene lugar en Annual o en el polvoriento camino de Izumar. O quizás no tan poco… El coronel ha recibido un disparo en el hígado, que él sabe desde el primer momento que es mortal. Y exige a sus acompañantes que cumplan con lo previamente acordado, o sea, que le rematen. Ninguno tiene arrestos bastantes para ello, así que protegen la escasa vida que le queda al coronel haciendo una defensa numantina de su cuerpo hasta agotar las municiones y la vida del infortunado jefe. Luego, los moros que les atacaban les dejan marchar.[6] Sin más.

Abd el-Krim, que se sepa, no ha visto el cadáver de Silvestre, pero sí reconoce el cadáver de Morales, un militar que había mantenido con él una buena relación mientras el rifeño trabajaba para el Gobierno español en Melilla. Puede ser que el cuerpo de Silvestre, con el que no tuvo una relación tan buena, haya sido decapitado para que no pueda disfrutar del paraíso. Según Abd el-Krim, Morales era «un español al que quise mucho, el único que me ha comprendido».[7] El jefe rifeño hace que se recupere el cadáver del coronel y lo organiza todo para que el cuerpo de «ese enemigo inteligente y leal» pueda ser enterrado por los suyos,

según el rito cristiano. Su mujer y sus cuatro hijos lo agradecerán.

El cuerpo del coronel recibirá un trato deferente del jefe rifeño porque un millar de cadáveres de soldados españoles se quedarán insepultos en Annual. Los guerreros del Rif nunca enterraban los cadáveres de sus enemigos, pues, como musulmanes, les repugnaba tocar los cuerpos sin vida de los kaffar, los infieles. Utilizaban esos cadáveres contra su adversario para forzarle a reconocer su derrota.[8]

Mientras tanto, en cumplimiento de las órdenes de Silvestre recibidas la noche anterior, Sidi Dris y Buimeyán están siendo abandonadas. Y también ocurre lo mismo en el resto de las posiciones que podrían haber servido de sostén y cubrir la línea de retirada desde Annual a Ben Tieb.

Izumar, la posición B y Yebel Uddia, sin haber recibido consignas para ello, abandonan las defensas, y junto a ellas, la C, contraviniendo las órdenes de resistir.[9] La posición A es la única que se mantiene en pie y que resistirá aún varios días.

Todo ha sido muy rápido, en menos de media hora ya no queda nadie vivo de los de Silvestre en Annual. Salvo en el primer tramo del camino desde Annual hasta Izumar, donde las fuerzas rifeñas han hecho fuego con intensidad, a medida que las fuerzas españolas en franca huida se van acercando a Ben Tieb el combate va cesando.[10] Los rifeños no persiguen a los españoles, sino que tiran desde donde están a quien puedan alcanzar. No tienen que molestarse en localizar a sus víctimas porque les sobran blancos.

En el último tramo, los soldados del Regimiento Alcántara han recibido la orden de reorganizar a las fuerzas que vienen en desbandada y completamente fuera de control. No es tarea fácil porque los hombres que huyen vienen agotados y muertos de sed, y, lo que es peor, vencidos por el pánico. No están para detenerse y cumplir órdenes. Huir es su único objetivo. Las unidades del Regimiento Alcántara, más frescas y sobre todo menos desmoralizadas, les protegen, tomando posiciones en algunas cimas que bordean el camino y disparando contra los policías desertores. También recogen por el camino a los heridos y a los hombres desfallecidos que no pueden seguir.[11]

La tropa va llegando por fin a Ben Tieb, donde, pese a los intentos de los soldados del Regimiento Alcántara, entra desordenada. Desde las diez de la

mañana han ido pasando fugitivos y gente en tropel, que no se detienen; otros, extenuados, caen rendidos buscando desesperadamente agua. En pocas horas cunde el caos en el lugar.

Ben Tieb es una posición bien situada. Domina el valle del Kert[12] y tiene un camino recién reparado que va hasta Annual. Además, está bien guarnecida por más de seiscientos hombres mandados por un capitán, Antonio Lobo Ristori, y tiene una batería de seis cañones Krupp, viejos, aunque en uso. Pero, sobre todo, Ben Tieb tiene agua abundante, y una enorme cantidad de municiones y víveres para los soldados y los fusiles españoles. A juicio del general Picasso, parece «la indicada para proteger la retirada de Annual y, en su caso, servir de base de una nueva línea de defensa».[13]

En honor a la verdad, hay que decir que Silvestre ha pensado con sensatez al menos una cosa: el posible repliegue pasaría por una posición bien abastecida y muy defendible como lo era Ben Tieb.

El capitán Antonio Lobo, jefe de la posición, intenta en vano detener a la gente que huye y apear de los vehículos a los que no van heridos. Los jefes y oficiales que pasan tampoco se detienen. Es imposible organizar la defensa con esos hombres. Lobo trata de contactar con el general Navarro en Dar Drius y, en vista de que es imposible recibir órdenes, «toma el silencio por orden de evacuar» y decide, tras una corta espera de cinco minutos, replegarse a Dar Drius no sin antes prender fuego a la posición. La munición que el general Navarro echará de menos en pocos días revienta entre las llamas.[14]

Escoltados por las tropas del Regimiento Alcántara, los hombres de Lobo llegan ordenadamente a Dar Drius, sin bajas porque por el camino no hay fuego enemigo. Pero atrás, en Annual y en el camino de Izumar, han quedado un millar de muertos.[15] Y también ha quedado atrás Ben Tieb, una posición que se habría podido defender bien, en la que un ejército numeroso y organizado podría haberse apostado para una larga defensa.

Siguiendo las órdenes del general Silvestre, los ingenieros del comandante Emilio Alzugaray, uno de los mejores proyectistas de Melilla, habían trabajado para que la posición cumpliera con su cometido. Pero, una vez que los hombres se marchan de Ben Tieb, el comandante se une al alférez Manuel Fernández Duarte, hijo del general Silvestre, en su alocada y nada airosa fuga a Melilla a bordo de un coche rápido, dejando atrás a sus subordinados.

¿Por qué no ha respetado el capitán Lobo la orden de permanecer en Ben Tieb? Él dirá más tarde que nadie le contestó al ultimátum de cinco minutos que dio. Es una pobre respuesta. Eso sí, iba dirigida al general, que estaba en Dar Drius.

Mientras, Abd el-Krim sigue en Annual, atónito por la repentina e inesperadamente fácil victoria. Su harka no ha pasado de Izumar, y está dedicada a saquear el botín que ha caído en sus manos. Un fusil y un caballo están al alcance de cualquiera. Lo del caballo hay que pensárselo dos veces, porque un animal así requiere como poco treinta litros de agua al día que, aunque puede ser salobre, es una gran cantidad.[16] El Ejército español ha tenido que llevar cada mes un millón de litros de agua para sus caballerías.

A los saqueadores se les unen los lugareños de las cabilas que habitan en torno al camino entre Annual y Dar Drius, y que, tentados igualmente por las armas, animales, cajas de municiones y un sinfín de enseres abandonados en las cunetas por la columna en retirada, se afanan en coger todo lo que pueden, incluso prisioneros.[17] Alguien ha advertido que esos hombres pueden valer dinero.

NAVARRO TOMA EL MANDO

En Dar Drius se producen de nuevo escenas de caos entre la tropa desbaratada que va llegando de Annual y de las posiciones intermedias. «Nadie hace caso de nadie y la confusión es enorme. Nadie se preocupa de reorganizar las fuerzas», diría el capitán del Estado Mayor Sigifredo Sáinz Gutiérrez al llegar al campamento a eso de las cinco de la tarde.[18]

Poco después llega el general Navarro, el aún segundo jefe de la Comandancia General de Melilla, que ha salido de la plaza a las dos y media de la tarde con la idea de volver el mismo día. La noche anterior, Navarro había recibido las últimas instrucciones de Silvestre para que le enviara el Regimiento Alcántara a cubrir a la tropa en su retirada. No sabe nada más cuando sale, aunque pronto, por el camino, le pondrán, eso sí, confusamente, al corriente.

Navarro, barón de Casa Davalillo, es el segundo en el mando de un ejército de cuya existencia él mismo duda cuando analiza su estado. Pero ahora es el primero, una vez desaparecido, o quizás muerto, Silvestre. Tiene que tomar

decisiones de las que depende la vida de miles de hombres. Unos meses más tarde dirá que la primera la han tomado por él: abandonar Ben Tieb. Pero, según testigos, recibió la absurda comunicación-ultimátum del capitán Lobo, lo que le convierte en cómplice, aunque sea pasivo, del abandono, por no haber contestado al mensaje de Lobo… La segunda decisión la tomará él solo: abandonar Dar Drius, una posición que, sin llegar a tener las espléndidas condiciones de Ben Tieb, se le acerca mucho.

Para ir no ya a Alhucemas, sino para permanecer en Annual con solvencia logística, la base de retaguardia ideal es Dar Drius. Silvestre no era un tonto, y lo sabía. Esta posición, bien anclada en la llanada del Kert, tiene campos de tiro despejados para la artillería y agua potable discurriendo a sólo treinta metros de sus muros. Eso sí, para llegar a Dar Drius desde Annual hay que subir y bajar el terrible desfiladero de Izumar, pasar Ben Tieb y bajar al llano. Al poco se divisan los ocres torreones de Dar Drius, gran fortín aislado en el páramo rifeño. Son 35 kilómetros. Aún quedan otros 71 kilómetros hasta Melilla. En tren, hora y media a lo sumo. Pero Dar Drius no tiene tren.[19] Ni, por supuesto, hay tiempo para construir la línea férrea.

En todo caso, el general Navarro tampoco escoge Dar Drius para formar allí un potente foco de resistencia, con agua, con víveres, con municiones… ¿Por qué? En su primer telegrama desde Dar Drius, dirigido a Berenguer y al vizconde de Eza, ministro de la Guerra, dirá:

Llegado a esta posición a las 17.30h., encuentro restos de las tropas procedentes de Annual, posiciones intermedias; no tengo noticias concretas de lo ocurrido; tampoco sé a ciencia cierta el paradero del Comandante General. Me comunican haber evacuado Ben Tieb. Trato reorganizar todos los elementos que hay acumulados. Daré cuenta a V. E. ampliando detalles cuando los conozca.

Navarro improvisa inmediatamente su cuartel general en la llamada Casa Drius, a trescientos metros del campamento, y escucha a todos los jefes, oficiales e incluso a algunos soldados para hacerse cargo de la situación y tomar las decisiones pertinentes. Está claro que no podrá regresar a Melilla.

Las conclusiones a las que llega es que la situación es muy crítica, que las

posiciones que aún resisten, Caif, Azib Midar, Buhafora, Azru, Carramidar, Tafersit, Hamuda e Izen Lassen, pronto «no podrán hacerlo por el empuje de la harka enemiga, que parece intenta continuar por Tizzi Azza».[20] Respecto a la moral de sus hombres, dice:

tropas están tan deprimidas que no me comprometo a operar; estimo que sólo la llegada inmediata de tropas de refresco en cantidad y bien organizadas podría salvar esta crítica situación, sin lo que sospecho que retirada progresiva tendría que irnos reduciendo a límites más pequeños en territorio ocupado.[21]

Navarro sigue sin tener noticias claras del paradero de su jefe, el general Silvestre, y desconfía, como todos, de los Regulares y de la Policía.[22] Ante este panorama, ordena, lo primero, que las mías de la Policía que allí quedan, la 2.ª, la 6.ª, y parte de la 14.ª, vuelvan a sus respectivas circunscripciones para intentar tener controladas a las cabilas. Navarro también dispone que los Regulares indígenas vayan a dormir a Uestia y cojan al día siguiente el tren en Nador, camino de Melilla. La mayoría de los hombres desertarán.[23]

Manda también a Melilla «todo lo inútil», todo lo que no servirá para el combate, material de artillería, animales y hombres agotados. Algunos jefes y oficiales aprovecharán la ocasión y huirán. Otros, salvando la deshonra que cunde en este maltrecho ejército, se resistirán a partir. Los demás, salen de inmediato y no paran. A las siete de la mañana del día 24 ya están en Melilla.

Uno de los evacuados a la ciudad es un capitán de Regulares nacido en un aduar de Nador. Está malherido y, como es indígena, le llevan al hospital de los que han nacido allí, el Docker, pero también sale vivo de eso. El capitán se llama Mohamed Amezian, pero no tiene ningún parentesco con el patriota rifeño, sino todo lo contrario, porque pertenece a una familia fervientemente proespañola.[24] Mohamed sanará y hará una gran amistad con Francisco Franco. Llegará a ser capitán general de la 7.ª Región Militar española, cuyo patrón es el apóstol Santiago, el conocido como «matamoros» en toda España.

El general Navarro es, seguramente, presa del pánico. El enemigo está por todas partes. Haga lo que haga, aparece. Bien armado y con grandes reservas de munición.

Es una noche con niebla y esto dificulta ponerse, a través del aparato Mangin, en contacto con las posiciones. Aun así no se ceja en el empeño y Navarro puede dar la orden a Cheif y a las pequeñas posiciones que tiene alrededor de replegarse a Dar Drius.

A la posición A se le comunica la orden de retirada, pero contesta que, como están rodeados, no pueden salir de allí y que morirán con honra.[25] Resistirán hasta el 28 de julio y morirán todos menos dos soldados.[26]

Navarro informa de nuevo a Madrid de sus conclusiones: cree que lo mejor es replegarse a Batel porque los confidentes le dicen que Beni Sidel tiene intención de sublevarse al día siguiente y cortar el camino. Procede entonces a prepararlo todo para la salida. Pretende que Tafersit se repliegue sobre Cheif y que luego los contingentes se dirijan juntos a Zoco el Telatza. Pero Villar le informa de que la harka tiene intención de tomar Melilla, y cambia de opinión: es mejor que Cheif se repliegue sobre Dar Drius.

A la mañana siguiente, 23 de julio, un telegrama de Berenguer trastoca los planes de Navarro: el alto comisario le ordena permanecer en Dar Drius y anular el repliegue. Su idea es concentrar todas las tropas en la línea de Dar Quebdani, Kandussi, Dar Drius y Zoco el Telatza, intentando conservar los puestos de la costa. Navarro da una contraorden a su gente para preparar la defensa y, contrariado, contesta a Berenguer: «obedezco, pero mañana será tarde».[27]

En Dar Drius, la tropa se moviliza para realizar los servicios habituales, como sacudir las mantas, hacer la limpieza o dar de comer al ganado, y preparar la defensa. El principal problema sigue siendo el de las deserciones de algunos hombres indígenas, de los policías que aprovechan en cuanto pueden para escaparse y huir. Uno de los oficiales indígenas de la Policía que ha permanecido en Dar Drius estrechamente vigilado, el caíd Bu Rahail, también llamado «el bandido de Metalza», consigue escapar y pasarse al enemigo. Se lleva consigo algunos contingentes de la Policía. Sólo quedará como rehén de los españoles Abid Al-Lah, de los Ababda, también uno de los jefes de la cabila de Metalza.[28]

Desde el campamento se oyen disparos que provienen de Cheif y de Buhafora, y se divisan ciertas posiciones que ya están en llamas. A Dar Drius no tardan en llegar algunos fugitivos que, pese al cansancio, la sed y el pánico que se trasluce en sus rostros, hablan de muertes, traición, ataques, crueldades del enemigo...

De Tafersit, vienen el capitán Clavet y el teniente Mourille, de la Policía Indígena, que cuentan que al salir de la posición fueron abandonados por su gente. Al menos ellos están vivos.

De Buhafora llega el alférez Francisco Maldonado Mir, que relata cómo allí la mitad de la guarnición, compuesta de policías indígenas, es decir 173 askaris, se ha sublevado. Aún resisten algunos europeos en la posición, pero nadie sabe todavía que sólo por unas horas, porque los acontecimientos se precipitan y los harkeños que rodean la posición consiguen entrar en ella a través de un boquete con la ayuda de los policías que están en el interior. En poco tiempo la mayoría de los españoles morirá a manos de los rifeños; entre ellos, los capitanes Capablanca y Lacy, éste último jefe del contingente. Sólo sobrevivirían unos veinte o treinta hombres.

Los rebeldes están por todas partes y no se sabe a ciencia cierta a qué cabila pertenecen. En seis días todo el Rif se ha levantado contra los arumis. El enemigo es ya toda la población, que, armada con el botín que deja el Ejército en su huida, busca ahora la venganza y quiere infligir a los españoles mucho daño, el que garantiza una victoria total. Y los españoles se lo ponen en bandeja porque, dispersos en un reguero de posiciones diseminadas por todo el territorio, serán presa fácil de quienes les buscan.

A primera hora de la mañana, llegan a Dar Drius, en un Ford que viene de Melilla, el teniente Rafael Carrasco Egaña con los comandantes del Regimiento Alcántara, Gómez Zaragoza y Berrocoso, junto a los capitanes Castillo y Fraile, y el capellán Campoy. Todos estaban de permiso pero no han dudado en partir al frente y combatir junto a sus compañeros, acto poco común entre la oficialidad.[29]

Poco después llegarán también, procedentes de Dar Quebdani, el comandante Alfonso Fernández Martínez y el capitán Eduardo Araujo Soler, ayudante mayor del Regimiento Melilla e hijo del coronel Araujo. Vienen en un coche rápido porque el coronel Silverio Araujo Torres, ahora al mando de Dar Quebdani, tenía intención de abandonar la posición y dirigirse a Afrau. Pero esta mañana ha recibido la orden del general Navarro de replegarse, simultáneamente con el resto de las posiciones de Beni Said, a Kandussi. Presumiblemente contrariado, ha decido que su hijo, junto al comandante Fernández, vayan a Dar Drius en persona a hablar directamente con Navarro, a pesar de que las comunicaciones entre Dar Quebdani y Dar Drius funcionan.[30] En el fondo, ¿no sería una excusa del coronel Araujo para alejar a su hijo del frente?

El capitán Araujo y el comandante Fernández Martínez no regresarán a Dar Quebdani, por estar ya interceptados los caminos, y marcharán a Melilla con el coronel Jiménez Arroyo, el jefe de la posición de Batel.

En Dar Quebdani, una hora después, el coronel Araujo recibe una contraorden del Estado Mayor del general Navarro: hay que quedarse y resistir porque, si abandonan, hay gran peligro de que toda la cabila de Beni Said se levante en masa. Al general Navarro no le falta razón porque dos días después eso es lo que ocurrirá.

Nadie sabe aún en Dar Drius lo que les espera a los hombres en Dar Quebdani. Faltos de agua desde el día anterior, aguantarán hasta el 25 de julio, al borde de la extenuación, sin víveres, sin nada para calmar la sed y con un sol abrasador. Ese día el coronel Araujo aceptará las condiciones de la rendición del jefe de Beni Said, Kaddur Namar: salvar sus vidas a cambio de la entrega de las armas. Pero lo cierto es que serán traicionados y, de los mil hombres que estaban en la posición, novecientos morirán a manos de los sitiadores y el resto serán hechos prisioneros, entre ellos el coronel Araujo, que no será liberado hasta febrero de 1923.

De Kandussi no se sabe nada. Pero el mismo día 23 a las cuatro de la tarde el jefe de la posición, el teniente Zurita, decide abandonarla, aunque no está claro si ha recibido orden para ello. No habían sido atacados todavía, pero aun así han salido, primero hacia el noreste, siguiendo el cauce del río Kert. Hostigados continuamente por los harkeños, han rectificado y seguido en dirección a Monte Arruit. Por el camino un grupo de setenta policías se les ha acercado: creyendo que no eran rebeldes se han detenido a parlamentar con ellos, pero pronto éstos les han intimidado y han abierto fuego contra ellos. De los 103 hombres que formaban la guarnición sólo se salvarán catorce.[31]

Desde Dar Drius, todos están pendientes de las guarniciones que la noche anterior han recibido orden de replegarse. No llegan más fuerzas, se oyen disparos y hay posiciones que ya arden. Navarro ordena entonces que salgan los escuadrones del Regimiento Alcántara, al mando del teniente coronel Primo de Rivera, para proteger a las tres columnas de Cheif, Ain Kert y Carramidar en su evacuación. Los harkeños les atacan fuertemente, dominan ya todo el llano del Kert y resulta muy difícil avanzar.[32] De estas dos últimas guarniciones consiguen salvarse casi todos, pero la de Cheif, compuesta por 604 hombres, sufrirá 124 bajas: el 20% del total de sus efectivos.[33]

Los hombres del Regimiento Alcántara provocan la admiración de todos en Dar Drius, y allí les reciben como a héroes. Una bocanada de alegría y emoción recorre el campamento. Un consuelo entre tanta desgracia.

A pesar de que, el mismo 23 de julio por la mañana, y contra su criterio, Navarro ha tenido que desistir de iniciar el repliegue sobre Batel, no ha renunciado a evacuar a los enfermos y heridos, que salieron en varios camiones, a primera hora, hacia Melilla. Pero una llamada desde Uestia le informa de que el convoy está siendo fuertemente atacado y que no consigue cruzar el río Igan. Es mediodía y cinco escuadrones del Regimiento Alcántara salen a socorrer a sus compañeros en apuros.

La situación es crítica porque los harkeños les han cortado el paso. Atacan desde Uestia, desde Busada y desde las casas de Bu Rahail, quien por la mañana ha conseguido escapar de Dar Drius y está dirigiendo a los de Metalza, que combaten con fervor a los arumis.[34]

Los hombres de Metalza asaltan los dos vehículos que conforman el convoy y matan a los heridos y a los enfermos. Es sólo el principio de su actuación. El teniente Ríos, del Regimiento Melilla, ha salido con los camiones de evacuación y ha visto también cómo esos rifeños no pierden la ocasión de hacerse con algún botín. Antes de asestar los temidos golpes de sus gumías despojan a los heridos de sus prendas, armas, dinero…[35]

Cuando los jinetes del Regimiento Alcántara llegan adonde se encuentran los camiones de heridos, ya no tienen a nadie a quien proteger y emprenden la vuelta hacía Dar Drius. Muchos caerán bajo el fuego del adversario.

En Dar Drius, Navarro ya ha dado la orden de abandonar la posición. Los hombres del Regimiento Alcántara ni siquiera entrarán en ella porque cuando llegan ya está ardiendo. Junto a la columna de Navarro, se dirigen hacia Batel.[36]

En Madrid, la situación alarmante que se vive en Melilla corre en boca de todos. El coronel Sánchez-Monge ha tomado las riendas de la situación en la plaza y va informando a Madrid, a retazos, de lo que ocurre en el frente. El alférez Fernández Duarte, hijo del general, confirma el aparente suicidio de su padre y el desastre ocurrido en Annual. El ministro de la Guerra reafirma su disposición a enviar, lo más rápido posible, refuerzos a Dar Drius, pero nunca llegarán.

En Melilla se espera con impaciencia la llegada de Berenguer, que ha salido

precipitadamente de Ceuta a bordo del cañonero Bonifaz. En la Comandancia General, el coronel Sánchez-Monge ha convocado una reunión urgente para analizar la situación y actuar en consecuencia. No se decide nada, no se hace nada, ni siquiera se levanta acta de la reunión. Se habla de desplegar el resto de las fuerzas concentradas en la plaza, es decir, unos 2.000 o 2.500 hombres, a Segangan, Zoco el Had, de Beni Sicar y Nador. Pero no se hace nada. Tan sólo sale una escuadrilla de aviones el día 23 a las siete de la mañana y bombardea Annual, Ajdir, Tugrut y Ben Tieb, donde están concentrados numerosos contingentes enemigos.[37]

ABANDONO DE DAR DRIUS

El general Navarro no puede transmitirle a Berenguer su salida de Dar Drius hacia Batel porque las comunicaciones están cortadas. Entre los oficiales no todos ven con buenos ojos esta idea de Navarro. El teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz es uno de ellos porque, habiendo vivido ya la tragedia del viaje desde Annual a Dar Drius, «tiemblo por la desbandada que presiento», pero no se atreve a decírselo a Navarro que, por otra parte, «no admite observaciones».[38]

Sin embargo, el capitán Sáinz Gutiérrez considera que es una decisión acertada porque sólo disponen de 50.000 cartuchos y no queda harina y «otras mil circunstancias que les imposibilitaban táctica y estratégicamente a seguir en Drius».[39] El oficial de Caballería Rodríguez de Viguri también estima que la posición carece de condiciones defensivas.[40]

Más tarde, Francisco Franco opinará que la retirada de Dar Drius fue un claro error estratégico porque allí se extendía una enorme llanura y el terreno era ideal para combatir.

Juan Picasso no sólo será del mismo parecer que Franco y considerará que el abandono de Dar Drius es del todo inexplicable, sino que enumerará las razones que, en su opinión, han determinado este «avance impetuoso, irreflexivo e impremeditado llevado a efecto por el comandante general, avance de tan tristes consecuencias». La primera razón que apuntará será «la falta de compenetración de ideas entre el comandante general y el general segundo jefe, que se limitaba a cumplir órdenes». Pero aún hay otras causas, de las que el máximo responsable

es, sin duda, el general Navarro, con quien Picasso será implacable: «la afirmación de Navarro de que no confiaba en la moral de las tropas no sólo es lamentable sino impropia de un general». Otra razón es «que no conocía ni el estado político del territorio ni el valor estratégico y táctico de las posiciones». Y, por último, «todas estas causas, unidas a la sorpresa, sin duda influyeron en el espíritu del general segundo jefe, produciéndole una visión tan contraria a la realidad y un tal trastorno de ideas, que reflejaron en el conjunto de los hechos y dieron lugar al paso brusco del procedimiento».[41]

Nada nuevo en cuanto a las consideraciones políticas se refiere porque la experiencia desde Abarrán hasta Dar Drius tendría que haber servido a Navarro para saber que el abandono de las posiciones supone perder el apoyo de las cabilas que se sitúan en el terreno. Como ya le había advertido muy bien Kaddur Namar a Silvestre en Annual, «cabila abandonada es cabila sublevada».[42]

Son las dos de la tarde del 23 de julio cuando los 2.566 hombres concentrados en Dar Drius, con 91 caballos y 193 mulos, salen en perfecto orden de la posición. Van mandados por el general Navarro.

En vanguardia, una compañía del Regimiento Ceriñola, luego los heridos y enfermos seguidos de otras dos compañías del Regimiento Ceriñola, la artillería, los zapadores, y las fuerzas de los regimientos Melilla y África. Después, el general Navarro y su Estado Mayor y, finalmente, en la retaguardia, el núcleo del Regimiento San Fernando al mando del teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, y finalmente los policías de Villar que se mantienen fieles. Todavía hay algunos, aunque nadie sabe por qué ni por cuánto tiempo.[43]

Nada más salir, alguien, contraviniendo las órdenes, ha prendido fuego a un pajar, lo que alerta, como tantas otras veces, a los harkeños y a los cabileños de los alrededores, gente de Bu Rahail. Es una señal inequívoca de que el lugar se está abandonando. Los paisanos acuden con rapidez para hacerse con la parte del botín que les corresponde, es decir, cuanto más, mejor.

De los veinte kilómetros de distancia que hay hasta Batel, la mitad se recorre sin mucha dificultad, eso sí, salvando los problemas que pueden imaginarse: camiones y obstáculos que impiden el paso y soldados a los que los oficiales de Navarro tienen que amenazar, pistola en mano, para que no deserten. Después de lo que han vivido, es difícil que la inquietud y el miedo remitan en la tropa. Pérez Ortiz y sus hombres intentan en vano poner orden en la retaguardia y

evitar la desbandada, que es una realidad.[44]

En vanguardia, los escuadrones del Regimiento Alcántara se despliegan, unos por el flanco izquierdo y otros por el derecho, dejando las ametralladoras en el centro y detrás más escuadrones de Caballería.[45] Pero en el paso por el río Igan se producen de nuevo escenas dramáticas.

Los harkeños, aprovechando el terreno lleno de pequeños barrancos y el talud de la vía del ferrocarril que está en construcción, les esperan emboscados. Bien parapetados, disparan a los hombres del Regimiento Alcántara a muy corta distancia. Éstos no pueden pasar y avanzan al galope lo más rápido que pueden hacia los núcleos enemigos para desalojarlos. El combate es muy duro para unos y otros, los jinetes caen, muchos pierden su caballo y la lucha continúa cuerpo a cuerpo. Los hombres del Regimiento Alcántara sufren sus primeras bajas, que son numerosas. En este combate mueren 181 jinetes y 226 caballos.

Del número de bajas rifeñas nada se sabrá, pero parecen ser muchas. No es una casualidad, sino una política informativa consciente de Abd el-Krim que se repetirá en el futuro.

Detrás, la columna principal de Navarro no va mejor. En su paso por el río Igan cunde el pánico, el desorden, las bajas, el «sálvese quien pueda» que temía Pérez Ortiz. Muchos huyen hacia Melilla como pueden, desnudos, sin armamento. El capitán Sáinz Gutiérrez intenta reorganizar las fuerzas, poner orden y así continuar con el avance, pero nadie le hace caso.[46] En la retaguardia, los del Regimiento San Fernando se encuentran a su paso un reguero de cadáveres de hombres y caballos, de camiones quemados, de carros volcados, de efectos abandonados.

Es mediodía, y mientras los hombres que forman la columna principal y la retaguardia siguen avanzando como pueden, los supervivientes de la Caballería de Alcántara ya están en Batel, atendiendo a los heridos y buscando agua, desesperadamente. Entretanto, a tres kilómetros de Batel, Navarro detiene a las tropas: quiere asegurarse antes de que la posición no está en manos de los rifeños y ordena a Sáinz Gutiérrez que se adelante a comprobarlo. Algunos hombres aprovechan y huyen, dirigiéndose hacia Tistutin, Monte Arruit, Zeluán, Melilla... Son las seis o las siete de la tarde cuando todos los hombres, «en columna de

barullo»,[47] consiguen entrar en Batel, un recinto de unos cuatrocientos metros y casi derruido. Allí sólo queda una compañía del Regimiento África al mando del coronel Piqueras Trives, que ha sustituido al jefe de la posición, el coronel Francisco Jiménez Arroyo, que huyó está mañana hacia Melilla en el coche rápido que salió de Dar Quebdani con el hijo del coronel Araujo.[48]

En Batel reina el caos y la situación es dramática: unidades mezcladas, gente que no sabe dónde ir, falta de víveres, municiones, medicinas… No podrán comer más que una vez al día, pero hay harina abundante, cebada y carne de caballo para salir del paso.[49] Aunque lo peor es, como siempre, el agua, que sólo se puede extraer de un pozo y que además está salada.

Este día, únicamente saciarán la sed los soldados, que vienen desmayados, deshidratados. La piden con angustia mientras caen derrengados. Los caballos tendrán que esperar.

Entretanto, los harkeños se han instalado en las laderas del monte Usuga que domina el campamento. A pesar de que unos veinte españoles de la guarnición de Batel han ocupado el fortín situado en la cima del monte, no pueden evitar que el enemigo hostilice el campamento.[50] Los harkeños no dejarán de batirlo y aguardarán como siempre, pacientemente, hasta que los sitiados no puedan más y acaben rindiéndose.

Los que mejor saben hacer frente a los temidos pacos son los askaris de la Policía. No es casualidad: se han criado como ellos, con el rifle pegado a sus cuerpos desde que tienen uso de razón. Son, de lejos, mejores que los españoles en el arte del tiro, unos verdaderos expertos. Por eso se encarga a los moros de la Policía contraatacarles. Y es un acierto porque son capaces de localizar a los pacos rebeldes agazapados entre las breñas, y, aunque la pólvora sin humo que utilizan hace difícil delatarles, ellos lo consiguen. Pero hay cuatro o cinco que se resisten y alguien decide entonces que salgan algunos askaris al mando del sargento Abdelkader para atacarles. Un error porque Abdelkader regresa solo: los policías aprovechan la circunstancia y se pasan al enemigo.[51]

En Batel, las comunicaciones no existen porque el único teléfono del que se disponía ha sido cortado por un sargento del Regimiento de Ingenieros que mandaba la estación y que ha huido a Melilla. Por eso, al día siguiente, Navarro ordena al comandante Villar que salga hacía Tistutin para informarse de cómo están las cosas allí y en el resto del territorio.

Villar, junto a nueve oficiales más –porque no se fía de sus policías – , cumple su misión y, al galope y bajo el fuego de los hombres de Abd el-Krim, vuelve con alentadoras noticias: la noche anterior Berenguer ha conseguido comunicar con el capitán Aguirre, jefe de la posición en Tistutin, y le ha transmitido que los Regulares de Ceuta y las compañías del Tercio están ya desembarcando en Melilla. Pero la situación de la posición vecina no es muy halagüeña, las fuerzas que han quedado allí son pocas porque parte de ellas han seguido hacía Monte Arruit, ante la confusión de órdenes, contraórdenes o la ausencia de ellas. Navarro y su constante desorden, casi connatural a su organización personal, llevan el caos a sus filas.

Con Villar han venido un médico, dos sanitarios, dos soldados telegrafistas, un cabo y un teniente del Regimiento de Ingenieros. Traen además algunos enseres, pastillas de tabaco, calcetines, pañuelos y lo que es más importante, un aparato telefónico y algunos medicamentos.[52] Nada más llegar, el teniente Martínez Fernández pondrá todo su voluntad y empeño en arreglar el motor del pozo de agua, aunque sin éxito. No obstante, sí consigue restablecer la comunicación telefónica con Tistutin, pero ahora es Tistutin la que no puede comunicar con Monte Arruit y, por lo tanto, tampoco con la plaza.

Batel y Tistutin están incomunicados.

ANGUSTIA EN MADRID Y EN MELILLA

En la península, los españoles amanecen el día 24 con la confirmación de la tragedia ocurrida en Marruecos. No se conocen todos los detalles ni mucho menos, y las noticias son contradictorias. Además, la censura hace su trabajo, aunque no puede evitar los bulos y las falsas noticias, que circulan sin remedio.

En los pasillos del Ministerio de la Guerra se esperan con ansiedad las últimas noticias. Nada se sabe de Navarro. Las comunicaciones van más lentas de lo que se desearía. Desde unas posiciones, si es que se puede, se dan los partes a otras o, con suerte, directamente a Melilla; y desde Melilla se informa a Madrid… El retraso es inevitable, y no digamos para la población que, salvo en Melilla, donde los rumores corren a una velocidad enorme, se entera al menos con veinticuatro horas de retraso de todo lo que acontece en Marruecos.

Las medidas que ha tomado el Gobierno están en conocimiento de todos: enviar refuerzos de forma urgente. ¿Hay que saber más? El país entero está esperando, porque no es una tragedia colectiva, sino miles de tragedias individuales las que se asoman a los hogares.

En Melilla, Berenguer, que sabe de la angustia general que viven los melillenses, dicta un bando para intentar tranquilizar a la población. Lo lee el teniente de Carabineros José Gonzalo Garcillán, acompañado por una banda de música para dar más empaque al acto. Pide calma y enfatiza en la cantidad de refuerzos que ya vienen de camino. La situación está controlada, insiste:

Acabo de ver síntomas de alarma, que me sorprenden en extremo por ser en absoluto justificados; porque esta ciudad está completamente asegurada por las fuerzas que han llegado esta mañana de la península, que han ocupado los puntos estratégicos en su periferia y por más de dos mil hombres que había aquí, los que atrincherados os ofrecen absoluta garantía […] No olvidéis que sois españoles y tened confianza en mí, que os garantizo la seguridad, en la inteligencia que a aquel que fuese instigador de un pánico injustificado, se le aplicará todo el rigor de la ley.[53]

Los habitantes de la ciudad apenas han dormido. Se acostaron angustiados y defraudados, después de presenciar, a altas horas de la noche, la llegada del general Berenguer y constatar que venía solo. Nadie está tranquilo y muchos necesitan ver con sus propios ojos que la seguridad de Melilla está garantizada. El domingo 24, desde primeras horas de la mañana, la gente vuelve a agolparse en los muelles para recibir los ansiados refuerzos. Se sabe que vienen a defender la ciudad, porque Melilla está cercada y los soldados que han quedado en ella no son suficientes para protegerla.[54]

En la iglesia de la Purísima Concepción, un hombre ha gritado, interrumpiendo la misa dominical: «¡Que vienen los moros!».[55]

El párroco ha hecho lo posible por apaciguar los ánimos, pero muchos feligreses se han ido, sin duda, intranquilos. El pánico es contagioso.

A los cuarteles llegan hombres que piden armas para ir al frente o para convertir

en «frente» una retaguardia tan agitada como desprovista de enemigos a batir. Es el caso de Roberto Cano, notario, que propone a las autoridades militares montar una tropa cívica al mando del teniente coronel Fernández Tamarit, al que considera el más idóneo para tal menester. Pero la idea no cae bien entre los mandos militares: les recuerda, con razón, a una milicia, y le niegan las armas.[56]

Los primeros auxilios militares de la península llegan a las ocho de la mañana. Desde Almería, el Batallón de la Corona desembarca en el puerto. Allí están congregados muchos habitantes de la ciudad, pero también de otros lugares del Rif, de donde han huido. Apenas sin dormir, reciben con gritos y aplausos a las tropas. Por la tarde, arriban las fuerzas de Ceuta, el Tercio y los Regulares. Luego, llegan los batallones de Borbón y de Extremadura, y por la noche, el de Granada.

El sargento Arturo Barea viene de Ceuta, en uno de los primeros barcos que se acercan a Melilla transportando cientos de hombres, ni más ni menos que a dos tabores de Regulares, borrachos de coñac y enfermos de cansancio y de mareos de mar, para salvar a la ciudad del asalto de los moros. Llevan a sus espaldas otras batallas libradas en la zona occidental de Marruecos, como Tetuán o Larache. Mientras la ciudadanía les recibe eufórica, con aclamaciones entusiastas, música militar y manifestaciones patrióticas, los soldados que desembarcan no andan de humor después de lo que han vivido. Maldicen y blasfeman, tildando entre dientes de «cabrón» e «hijo de puta» al general Berenguer. En el pase de revista, algunos se duermen y otros se desmayan.[57]

Todas las tropas son recibidas con gran expectación por los melillenses, aunque quizás la arribada de las dos banderas del Tercio de Extranjeros, que llegan al puerto en el Ciudad de Cádiz poco después del mediodía, es la que más entusiasmo despierta. Se trata de la I y la II banderas de la Legión, encabezadas por los comandantes Francisco Franco y Carlos Fontanés, respectivamente. El mando del contingente completo lo ostenta un hombre muy conocido por el público, el teniente coronel José Millán Astray, que ha gastado tantas energías en la creación de la unidad, a imagen y semejanza de la Legión Extranjera francesa, como en hacerle publicidad.

El Tercio de Extranjeros, a pesar de que se creó hace escasamente un año y medio, ya se ha fogueado en varias batallas cosechando éxitos que pronto han ido forjando su casi obligada leyenda. Formado por voluntarios que cobran sueldos nada desdeñables comparados con el resto de miembros del Ejército,

disfrutan de numerosos privilegios. Suelen comer y vestir mejor que sus conmilitones de otros cuerpos y tienen más fácil el ascenso y las recompensas, además de mejores pensiones. En torno a ellos se ha ido creando una mística particular, de la que se ha encargado José Millán Astray.

Los legionarios son especialmente agresivos y hacen gala de ello. Cuando están de permiso, protagonizan muchas trifulcas, alborotos y robos en las tabernas o en los prostíbulos, hasta tal punto que, poco después de la creación de la unidad, Luis Aizpuru, alto comisario en el momento, ordenó que no se detuviera a los legionarios que eran perseguidos por delitos leves. Pero su gran disciplina en el combate y su arrojo son admirados por todos. Millán Astray llama a sus soldados «mis chacales» y, cuando se alistan, les dice a los nuevos: «desde que has pasado el Estrecho ya no tienes madre, ni novia, ni familia, desde hoy todo esto lo será la Legión».[58]

Desde enero, «los novios de la muerte», que es como se llaman ellos mismos, están luchando en lugares del sur de Tetuán, como en Zoco el Arbáa o en Buharratz, haciendo huir a los harkeños. En los primeros combates ya han destacado por su crueldad; arrasan y destruyen todo a su paso y acuchillan al enemigo sin piedad, dando gritos y cantando canciones con letras descabelladas. Y ahora, están allí, en Melilla, dispuestos a salvarla, después de una heroica marcha de 33 horas en la que han tenido que recorrer casi cien kilómetros a pie hasta Tetuán, y allí tomar un tren hasta Ceuta para embarcarse rumbo a su destino. Son 32 jefes y oficiales y 841 soldados, y con ellos va el general Sanjurjo, que se hará cargo de la Comandancia General. Antes de pisar tierra, Millán Astray improvisa una arenga de las suyas, hablando de sangre, victoria y muerte: «Melillenses, os saludamos. Es la Legión, que viene a salvaros. Nada temáis, nuestras vidas lo garantizan. […] ¡Melillenses!: los legionarios, y todos, venimos dispuestos a morir por vosotros. Ya no hay peligro. ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva Melilla!».[59]

Desde que se aprestan a desembarcar, los legionarios van cantando una canción que es la adaptación de un himno que cantaban los soldados franceses en la recién acabada Gran Guerra. Se llama La Madelon y habla de una cantinera que da su bebida, pero también su amor, a todos los hombres sin distinción de grados. Por supuesto, es una inexistente prostituta, oficio tan del gusto de los hombres que se enrolan con Millán Astray. Los legionarios recorren Melilla en

loor de multitudes. Una banda de música acompaña su triunfal desfile.

Al día siguiente, el 25 de julio, el nuevo jefe militar de la plaza, el general Sanjurjo, reorganiza la defensa de Melilla: un grupo de ataque compuesto por legionarios y Regulares ocupa Sidi Hamed y el Atalayón con éxito. Es el bautismo de fuego en la zona oriental de Marruecos del Tercio de Extranjeros.

Durante todo el mes de agosto irán llegando a Melilla refuerzos de la península. En total, cerca de 30.000 mil hombres, repartidos entre veinticinco batallones de Infantería, dos banderas del Tercio, dos tabores de Regulares, cinco regimientos de Caballería, once baterías de montaña y diecisiete compañías de tropas auxiliares.[60]

Entre los que vienen de la península, se encuentra Vicente Valle, un chaval de Valdemanco, un pueblo pequeño de la Sierra de Madrid. Vicente, o sus padres, no han pagado para que el chico no vaya a cumplir el Servicio Militar a África, simplemente se ha librado. Y, por aquello de los azares de la vida, ha acabado en San Sebastián vestido de soldado, lo que le ha permitido ver con admiración cómo la reina doña María Cristina pasea, con mucha sencillez, a los infantes delante del Kursaal.

Una prima de Vicente, Gregoria, La del tío cojo, así conocida en Valdemanco vaya usted a saber por qué, le ha llevado a merendar por todo San Sebastián, con los tres duros que le ha dado el mismísimo Alfonso XIII por hacer bien su trabajo de camarera en el Kursaal.

En cuestión de horas, desde que han llegado las primeras noticias de lo sucedido en Marruecos, el Rey se ha ido a Madrid. Y poco tiempo después, Vicente ha tenido que subirse junto con algunos camaradas a un tren, a un vagón donde casi no cabían, para ir a Melilla a relevar a los heridos. Los chavales apenas saben nada de lo sucedido. Pero, ignorantes de lo que el destino les guarda, cantan y celebran porque se van de viaje. Poco a poco, se van enterando de que su destino es Melilla. En Málaga suben al trasbordador y ocupan los sitios que dejan libres otros chicos de su edad, solo que a éstos les falta una pierna, un brazo o un ojo. A todos les falta algo. O eso le parece a Vicente.

Tras desembarcar en Melilla, después de haber vomitado unas cien veces, les han dado unos cartuchos para el Mauser que nunca han utilizado, y les han llevado a un sitio que desconocen. Tienen orden de tirar a matar si algo pasa, pero si

ninguno sabe tirar, ¿cómo van a acertar? Por la calle la gente les ha aplaudido, y gritaban «viva España» o «viva el Rey». Y eso que no iban desfilando, aunque delante de ellos hubiera una banda de música. Luego, les han dado un rancho que ninguno ha sabido de qué era, y se han ido a dormir, apiñados sobre jergones imposibles. Pero dormirse es fácil porque están todos reventados.

Vicente se entera de que los de Madrid, entre los que está él, han venido a salvar Melilla de los moros. A Vicente, como a sus compañeros del Regimiento de Cazadores de Madrid, no le había tocado África en el sorteo.[61]

En Melilla, el ambiente sigue siendo de conmoción, desconcierto, inquietud. No hay comunicación con Tistutin y, como no se sabe nada del general Navarro, incluso se rumorea que ha muerto.

La escasa población musulmana que vive en Melilla tiene miedo, y con razón, porque las tropas que invaden la ciudad vienen con ánimo de revancha contra los moros, y no lo disimulan. Los soldados que deambulan por las calles esperando su movilización, casi siempre borrachos, la toman con ellos y amenazan a todo habitante vestido con chilaba que les pasa por delante: «¡Ahora vais a ver lo que son cojones! ¡Mañana no queda un moro vivo!».[62]

Hay trifulcas y peleas entre unos y otros y se producen detenciones entre los «moros sospechosos». En el muelle, el sargento Arturo Barea ha visto cómo un legionario recién desembarcado ha cortado las orejas a un musulmán, que estaba allí entre los muchos habitantes de Melilla que habían acudido a recibir a las tropas.[63] Por eso, y con buen criterio, la autoridad les ha prohibido que salgan a la calle. Son pocos, aunque un número perfecto para hacer una matanza que sirva de escarmiento. Pero, al parecer, y por fortuna para todos, casi ningún exaltado ha caído en la cuenta de que hay moros que no salen de sus casas miserables porque tienen miedo de los cristianos, aunque también de los rifeños.

El recién nombrado comandante interino de la Comandancia de Melilla, el general José Sanjurjo, ha emitido además un bando para dejar claro que se perseguirá y castigará severamente a todo aquel que cometa agresiones contra los musulmanes. Pero no es suficiente y se tendrán que tomar otras medidas más contundentes.

Pocas semanas después, a mediados de agosto, el nuevo comandante general de

Melilla, el general Cavalcanti, decidirá restringir el acceso de los musulmanes a la ciudad porque «los ánimos están muy excitados». Más allá de querer evitar la entrada de desleales y de prevenir los posibles conflictos que pudieran surgir, nadie ve con agrado que los moros pululen por las vías céntricas de la ciudad. Se inaugura entonces un zoco en las faldas del Fortín de Reina Regente, justo a las afueras de la ciudad, para que, diariamente, puedan acudir los musulmanes de los poblados cercanos a Melilla a vender y comprar lo que necesiten, pero evitando su entrada a la ciudad.[64]

En las oficinas de telégrafos, la gente se agolpa para mandar y recibir telegramas de la península. Familiares que quieren saber de la suerte que corren sus hijos o maridos, buscan respuestas. En dirección contraria va la madre de Silvestre, que no sabe aún que su hijo ha fallecido, y embarca a primeras horas del 26 de julio rumbo a la península con sus hijas Carmen, Ángeles y Mercedes, y con su nieto, el alférez de las Fuerzas Regulares Indígenas Manuel Fernández Duarte, que había llegado a la ciudad en un coche rápido el día 22.[65]

Esos días, los periódicos se vuelcan en homenajear la figura del general Silvestre, en destacar sus méritos militares, su valía, su arrojo y sus virtudes personales: «era querido por sus compañeros, adorado por sus subordinados, estimado por sus superiores y admirado por todos. Era la personificación del valor, de la hidalguía y de la arrogancia bizarra».[66] Hasta la prensa extranjera «rinde entusiasta homenaje al heroísmo del general Silvestre y su Estado Mayor, quienes supieron mantener, por su caballeroso sacrificio el honor de las armas españolas».[67]

Pero los periódicos no sólo se dedican a homenajear al general Silvestre porque las posiciones costeras de Sidi Dris y Afrau están al límite de sus fuerzas, y allí se teme lo peor.

EL FRENTE SE DESMORONA

En Sidi Dris hay unos trescientos hombres atrapados, al mando del comandante de Infantería del Regimiento Melilla José Velázquez Gil de Arana. Entre sus fuerzas están los hombres que evacuaron Talilit el día 22.

Los de Sidi Dris llevan combatiendo sin beber desde hace cuatro días. El día 23 recibieron orden de evacuar, pero rodeados ya por los harkeños, no vieron forma de romper el cerco enemigo y esperaron pacientemente a los refuerzos. La evacuación por tierra era inviable, así que Berenguer, ese mismo día, envió a los cañoneros Laya y Princesa de Asturias y a un mercante con materiales de guerra para reforzar la posición. Al día siguiente se sumó también el cañonero Lauria para realizar la que se preveía como muy difícil evacuación.

El 25 de julio por la mañana se inicia el operativo para el abandono de la posición: desde el Laya salen dos botes a la playa para embarcar a los hombres que habían de llegar. Pero no se calculó bien la distancia entre los botes y la playa, y cuando llegan los primeros soldados no pueden saltar a los botes. Muchos, además, no saben nadar. En la playa, bajo el fuego de las armas de las fuerzas de Abd el-Krim, van cayendo los hombres. Apenas una decena de ellos logra salvarse ese día.

En la posición aún queda gente. Entre ellos está el comandante Velázquez, el jefe de los cercados, que anima encarecidamente a los suyos a rechazar al adversario que ya les asalta. Ha recibido autorización para parlamentar con el enemigo, pero se niega a ello y dice a los suyos: «hay que morir por la patria».[68] Luchan, resisten, rechazan a los harkeños que intentan dominarles, hasta que finalmente arrecia el fuego. Impera el silencio y ya no se reciben mensajes de auxilio desde la posición. Casi todos han caído y los que no, han sido hechos prisioneros. Otros pocos han podido huir y morirán en la playa. Allí, ya es de noche y, aprovechando la oscuridad, otros cuatro o cinco soldados conseguirán salvarse.

Los desfases temporales que se producen entre los hechos que acontecen en el frente y las noticias oficiales o periodísticas juegan malas pasadas. El 26 de julio no es una excepción porque el diario de Melilla publicará en su portada «La heroica defensa de Sidi Dris por las fuerzas que la guarnecen»[69] y, sin embargo, ese día la posición ya había caído.

En Afrau, las consignas para la evacuación se recibirán al día siguiente, el día 26 por la mañana. Pero el teniente Joaquín Vara del Rey, jefe de la posición, no esperará a la señal para iniciar el repliegue. Aun así, la evacuación será un éxito porque conseguirán salvarse 130 hombres de los 180 que componían la guarnición.

El Telegrama del Rif recogerá la noticia de los «héroes de Sidi Dris y de Afrau,

hijos gloriosos de España, que se han batido durante días y noches interminables haciendo fuego incesante contra el enemigo numerosísimo y dueño de todas las cercanías».[70]

Desde el Gobierno, el ministro de la Marina felicita al comandante del cañonero por su brillante actuación.[71]

En Madrid, el lunes 25 julio, se celebra otro Consejo de Ministros. La situación no ha variado, o lo que es lo mismo, se carece de información. A las cinco y media de la tarde, el vizconde de Eza recibe a la prensa. En Melilla, la situación es de absoluta tranquilidad, gracias a las medidas del general Sanjurjo, que ha reforzado las posiciones que rodean la ciudad. Y se dice que continúa el repliegue de las tropas, aunque se desconoce dónde están exactamente. De Navarro no se sabe nada todavía.

Los aeródromos de Nador y Zeluán han quedado destruidos y ya se está habilitando otro campo de aterrizaje. El día 26, de madrugada, saldrán desde Ceuta ocho aeroplanos para Melilla. Los barcos de guerra, el crucero Princesa y los cañoneros Lauria y Laya se encuentran desplegados en distintos puntos de la costa y van de camino los cañoneros Álvaro de Bazán, Bonifaz, el acorazado Alfonso XIII y el transporte Giralda. También vendrán dos lanchas cañoneras que estuvieron ayer en las aguas del Peñón. Se espera que lleguen más tropas a Melilla. El ministro de la Guerra también informa de que hay prisioneros en Temsamán y de que son bien tratados por los cabileños: son 44 individuos de tropa más el teniente José Villegas, de Artillería, los capitanes José Rey y Sánchez Canaluche, el entonces alférez Casado Escudero, del Regimiento Ceriñola, y el capitán Salto, de la Policía Indígena. En cuanto a las bajas, el ministro sigue sin poder dar cifras.[72] Nadie las tiene, y nadie las tendrá nunca.

Mientras, en Batel, las fuerzas al mando del general Navarro siguen cercadas y sobreviven como pueden. El 25 de julio, el teniente coronel Primo de Rivera insiste en festejar el día de Santiago, patrón de España y de la Caballería. No hay más comida que la del rancho general, pero aun así se dan vivas a España y al arma de Caballería sacrificada en Cheif y en el río Igan.[73] Aunque nadie está con ánimos para festejar nada, todo sirve para intentar levantar la moral de la tropa.

Por la noche, se divisan grandes hogueras hacia Tistutin. Se teme lo peor. Poco después, un moro les informa sobre el origen de las llamas que tanta zozobra les ha producido: se trata de una hazaña del capitán Arenas, de Ingenieros, que,

estando al frente de un edificio llamado la Yesería, ha conseguido prender fuego a un almiar donde se encontraba parapetado el enemigo.[74]

Al poco, llegan unos soldados del Regimiento de Melilla con malas noticias: Dar Quebdani ha sido abandonado y el coronel Araujo está prisionero en casa de Kaddur Namar, junto a otros veinticuatro hombres más. El resto ha perecido, rompiéndose así lo pactado entre sitiadores y sitiados.

A escasos kilómetros, otra posición importante cae ese mismo día: Zoco el Telatza. Allí la guarnición también era numerosa: 940 de tropa y treinta oficiales, mandados por el teniente coronel Saturio García Esteban. El día 23 aún podían comunicarse con el resto del territorio: desde Batel, el coronel Jiménez Arroyo les ordenó resistir pese a que ya estaban recibiendo severos ataques del enemigo. Al día siguiente celebraron una reunión de oficiales y se decidió coordinar el repliegue hacía la zona francesa con el resto de las posiciones de la zona.

El día 25, a las tres de la madrugada, inician la marcha. A tres kilómetros de distancia, los harkeños se percatan del abandono de la posición y les disparan. A medida que avanzan el fuego es más intenso y cuando llegan a las montañas que delimitan la zona francesa se produce la desbandada. La columna se rompe y hay que luchar cuerpo a cuerpo. Sólo se salva la mitad.[75]

En Batel, los dos últimos días que pasan las tropas que quedan allí son muy duros. A pesar de los trabajos que prosiguen sin descanso para arreglar la noria, no sale ni gota y cada uno se las ingenia para calmar la sed como puede. Un grupo de soldados ha salido por su cuenta y riesgo al poblado, a buscar el ansiado líquido. Vuelven sin agua, aunque con vinagre, petróleo, botes de tomate… Todo es susceptible de sustituir al agua, y es bebido con avidez.[76] Cuando al fin se consigue sacar agua del pozo, el general Navarro da la orden de replegarse a Tistutin. [77] Una frustración para quienes han logrado que un ingenio se sobreponga al pesimismo.

El 27 de julio a las cuatro de la tarde las primeras fuerzas empiezan a salir del campamento, tras la decisión unánime de los jefes. Son tres kilómetros a recorrer que se hacen en orden, pero con fuego intenso por parte del enemigo. El balance: nueve muertos y veintidós heridos.[78]

Tistutin es un campamento pequeño, protegido únicamente por una cerca de piedra y traveses con sacos de cebada. Desde los montes próximos donde se

sitúan los harkeños, constituye un blanco perfecto. El espectáculo que se les ofrece a los recién llegados a la posición es desolador porque allí sólo quedan ruinas. Las cantinas y el poblado han sido incendiados y hay cadáveres de animales esparcidos por todas partes. En los aledaños de la estación, un reguero de enseres inservibles cubre las vías inútiles desde que salió el último tren. Fue hace ya días, el 23 de julio.

Las fuerzas entran en orden, pero pronto se instala el caos. La tropa está sedienta y sólo se preocupa por saciar la sed. Hay oficiales que, movidos por el mismo impulso, han arramplado con el depósito de licores y, consecuentemente, han abandonado el ejercicio de sus funciones a cambio de una buena cogorza. Los soldados se agolpan en la noria, se insultan, se empujan, nada es peor que la sed. La confusión es completa, nadie obedece a nadie y resulta imposible organizar nada.

Además, no hay sitio para todos. En un caserío grande llamado la Yesería se decide emplazar a los del Regimiento San Fernando y, en una casa cercana, a los del Regimiento Alcántara. El edificio central de la estación la ocupan el general Navarro y su Estado Mayor, y en un pajar cercano se alojan diversas unidades. Pese a todo el orden que se intenta imponer, la acumulación de hombres, ganado y material hace difícil la convivencia. El hacinamiento es evidente y, por supuesto, hay que cubrirse de los disparos harkeños, que no cesan.

Miguel Rivero Lizcano, sargento del Regimiento Alcántara, ha caído alcanzado por el disparo certero de un tirador rifeño. Formaba parte hasta su muerte del 1er Escuadrón, mandado por el capitán Arturo Ballenilla. Miguel llevaba en Melilla el tiempo suficiente para haberse ennoviado con Josefina del Valle, una mujer con la que se quería casar y a la que confió todos sus ahorros, más de dos mil pesetas, para el ajuar. Miguel era natural de un pueblo de Ciudad Real, Piedrabuena, un lugar donde abundan tanto los volcanes como las referencias a los moros, los bereberes, que fueron dueños del pueblo hasta la famosa batalla de las Navas de Tolosa. Es tierra de olivares, y Miguel tenía allí a la familia. Se crió con las truculentas historias de moros armados siempre de cuchillos afilados. Josefina enviará a su suegro todo el dinero ahorrado por Miguel cuando le conste que su prometido ha muerto defendiendo Zeluán.[79]

A causa sobre todo de las guerras africanas, menudean las viudas tempranas en España, como la del capitán del Regimiento Ceriñola Arturo Bulnes Martín-Vegue, que nació en algún pueblo de la provincia de Burgos, cerca del río

Trueba, el 24 de agosto de 1895, y ascendió a capitán por antigüedad. En 1921 se incorporó a su plaza en Melilla. Bulnes tenía previsto casarse con Rosa María, su prometida, el 7 de agosto. Tras su muerte en combate en Igueriben, tan sólo dos semanas antes de esa fecha, hubo que deshacer los planes de boda.[80] No habrá ruidosa despedida de soltero para Arturo, ni envidiosas reuniones de solteras para elogiar y envidiar el ajuar de Rosa María. En esos casos, siempre hay un rumor de que la chica se va a quedar para «vestir santos».

En tierra rebelde, la mano de Hiba ya ha sido pedida por la madre y las hermanas de Mohamed, que se ha marchado con la harka hasta no se sabe cuándo. La buena cosecha augura una buena boda. La Jotuba, la petición formal de mano, ha tenido que aplazarse. Cuando se produzca, cuando llegue el ansiado día, podrán hablar en público y verse en la fuentes y aguadas del aduar. Luego llegará el gran día, el de la boda, con sus dos jornadas, y las jaimas para los hombres, que este año hay que esperar a que vuelvan de la harka.

Hiba ansía que llegue el momento del baño en el hamman, acompañada por sus amigas más íntimas y, después, la ceremonia de la henna, que puede durar toda la noche, con los cánticos apoyados por el adyun, acompañando a las jóvenes que bailan Chdeh y recitan los versos izran al ritmo de La Buya hasta que las abuelas digan basta. Más tarde vendrá Mohamed, con todos sus familiares, a buscarla. Le esperarán, ella con el rostro prácticamente oculto, que él podrá desvelar sólo cuando llegue el momento. Antes de que anochezca se dirigirán a lomos de un burro o de una yegua y seguidos de una comitiva de ambas familias, junto con enseres y regalos de la novia, al domicilio conyugal. La celebración seguirá hasta la madrugada con cánticos y alabanzas a los contrayentes deseándoles felicidad y fertilidad. Los más jóvenes continuarán la fiesta al ritmo de adyunes, panderos, zamjas, que son flautas bereberes, y de las flautas llamadas lghita hasta el amanecer.

Hiba no sabe aún que el que iba a ser su marido ha caído en Igueriben por el disparo loco de algún arumi. Todo lo que había imaginado, todo lo que Hiba había proyectado, se desvanecerá.[81]

El día 28, en el exterior de Tistutin, la harka es muy numerosa: llega hasta los 3.000 rifeños, procedentes principalmente de Metalza y de Beni Ulichec, dicen los confidentes.[82] Además, fuertes núcleos de beniurriaguelíes se unen a los harkeños que rodean el campamento. Los cercados lo saben por un soldado de Artillería que les trae una carta firmada por el cabecilla Al-lal Hamidu, en la que

les insta a rendirse. En la carta, Hamidu les amenaza con la pronta llegada de artillería y les asegura que romperá fuego de cañón, en caso de que no se entreguen.[83]

Los confidentes también informan de que los jefes del principal destacamento de la harka han escrito a los notables y jefes de la zona para que se unan a ellos en nombre de la Yihad:

¡Hermanos! Estad en guardia y preparaos para manteneros firmes y diligentes, pues ha llegado nuestra hora. No penséis que hay otra vía, los musulmanes deben actuar como una sola persona. Deseamos que vosotros prestéis atención y seáis vehementes en la realización de la Yihad. Como Alá, haced la guerra con vuestros bienes y vuestros cuerpos y todo lo demás. En cuanto a vuestros hermanos musulmanes no dañéis ni un pelo de ellos, por el contrario a los infieles, que Alá los aniquile y disperse, a ellos aplastarlos contra el suelo. No os detengáis hasta que no quede ni rastro de ellos. Sabemos y pensamos de todo corazón que con el consentimiento de Alá y su profeta nos reuniremos con vosotros y vuestros compañeros, en la ciudad de Melilla. Que seáis como un solo hombre, esto es cuanto tenemos que deciros a vosotros los muyahidines, combatientes de la tribu de Beni Urriaguel y de aquellas otras cabilas que las secundan, que Alá les proteja.[84]

Declaran que su objetivo ahora es tomar Melilla, aunque no está planeado hacerlo hasta finales de mes porque, mientras, Abd el-Krim tiene otras preocupaciones.

En Dar Quebdani, Kaddur Namar ha hecho prisioneros al coronel Araujo y a veinticuatro hombres más, y pretende negociar él mismo el rescate con los jefes militares de Melilla. No es el único que tiene retenidos a soldados españoles y que no quiere entregárselos a Abd el-Krim. Hamidu, de Beni Bugafar, tiene otros, y un tal Amar Buaza, de Beni Said, también.[85]

En Zoco el Telatza, varios miembros de la antigua Policía Indígena han tenido que ser castigados por asesinar a algunos prisioneros españoles.[86]

Los confidentes pagados por los españoles siguen trabajando, e informan

diariamente a Melilla de la situación que vive la harka. Desde la evacuación de Annual, el resto de las posiciones que han ido cayendo han sido principalmente atacadas por los cabileños naturales del lugar, sin la ayuda de la harka. La rebelión contra el dominio español es general.

Pero las confidencias dicen más, y cosas muy importantes, porque todos coinciden en que ahora es el momento de recuperar las posiciones perdidas. La resistencia aún no es total y el caos entre los rifeños es una evidencia. Hay cabilas enfrentadas a otras y es el momento oportuno para revertir la situación. Por ejemplo, los jefes de Beni Sidel han escrito al capitán Cayuela insistiéndole en su buena disposición con el Gobierno y confirmándole que, en cuanto se produzca el avance, se pondrán de parte de los españoles. Otras cabilas pertenecientes a Guelaia, la confederación compuesta de cinco cabilas –Mazuza, Beni Bu Ifrur, Beni Sicar, Beni Sidel y Beni Bu Gafar – están indecisas, pero si el avance no se produce ahora, será demasiado tarde para evitar que el Rif entero se levante contra los españoles.[87] En Melilla, los altos mandos ignorarán estos informes. Está claro que sus prioridades y su estrategia son otras.

Mientras, el coronel Sánchez-Monge, encargado del despacho de Melilla, informa al ministro de la Guerra de la situación: Navarro está en Tistutin y es tan baja la moral de la tropa que no dejan de llegar fugitivos y heridos a la plaza que narran una versión tétrica de los acontecimientos, causando la consiguiente alarma entre los melillenses. Por eso, el coronel le propone al vizconde de Eza «que asistentes y últimos y exiguos elementos que restan salgan a determinados sectores del exterior más para tranquilizar los ánimos que para eficaz protección plaza, disponiendo también que alguna fuerza impida la llegada de esos elementos dispersos que aumentan en el vecindario la creciente alarma».[88] El coronel ha perdido el pudor.

En cuanto al general Berenguer, su actividad estos días es febril. Tiene muchos problemas, no sólo los militares. Además, estos últimos, que no paran de ser peores y más trágicos a medida que pasan los días, se ven acrecentados por las noticias que recibe de Ceuta: allí, en Gomara, las cosas no pintan bien, parece que hay inquietud.

Berenguer se comunica diariamente por teléfono con el ministro de la Guerra, con quien comparte sus avances en las negociaciones que sostiene con Abd el-Krim para localizar el cadáver de Silvestre y recuperar, si es posible, el de Morales.

Otra preocupación es el rescate del coronel Araujo y los hombres que se encuentran con él. Berenguer está negociando con Kaddur Namar, que les tiene prisioneros en su casa. Pide 4.000 duros para liberarles y hay que decidir rápido, antes de que los prisioneros pasen a manos de Abd el-Krim y cambie la situación. El vizconde de Eza le da luz verde de inmediato para disponer de esas cantidades y, de paso, se interesa por el estado de las minas del Rif. No se sabe qué le contesta Berenguer sobre ese asunto, que ahora no parece crucial.[89]

En Tistutin, la situación se hace insostenible, «es imposible vivir en aquel recinto, matadero y cementerio al mismo tiempo», dirá Pérez Ortiz.[90] Pero el día 28 de julio, a las nueve de la noche, reciben un telegrama del alto comisario ordenándoles retirarse a Monte Arruit. Más tarde, Berenguer lo negará. ¿Ha sido un fallo en las comunicaciones? En el Rif todo es posible.

De inmediato se prepara la salida que se acuerda realizar de madrugada, para pasar desapercibidos y así no ser atacados por el enemigo.

A finales de julio todo el frente ha caído menos Nador, Zeluán y Monte Arruit. La posición A, que resistía milagrosamente desde el 22 de julio, también se ha rendido el día 28. En Nador, desde el 24 de julio todos los que allí quedaban se han refugiado en la fábrica de harinas, y en Zelúan, en la Alcazaba.

Los hombres que aún están atrapados en el frente luchan por sobrevivir. A muy pocos les importa ganar esta guerra que saben perdida, lo importante ahora es salvarse, saciar esa sed permanente que les ahoga y abandonar el lugar expuesto al sol que les abrasa.

Para Melilla, los que quedan dispersos no son la prioridad porque, por temas estratégicos, todos los esfuerzos están concentrados en defender la ciudad. Por eso, las fuerzas que vienen de refuerzo se destinan a ocupar nuevas posiciones situadas en el perímetro de la ciudad, abandonando a su suerte a los hombres que resisten, que, sitiados de un lugar a otro, sólo retroceden. «Ya está garantizada la defensa de la plaza» dirán los periódicos una y otra vez, como si repitieran un mantra.[91] «En la zona de Melilla mejora la situación. El General Berenguer quiere que el país sepa toda la verdad. […] La situación militar, no ya de la plaza, sino también de todo el valle, es francamente segura».[92]

Pero la realidad es otra porque las fuerzas que ocupan las nuevas posiciones no

dejarán de recibir fuego del adversario.

En Tistutin, el 29 de julio a las dos de la mañana, todas las fuerzas emprenden el repliegue a Monte Arruit, tal y como se ha acordado, siguiendo presuntas instrucciones de Berenguer la noche anterior. En vanguardia salen dos compañías del Regimiento San Fernando; a su derecha, una sección de ametralladoras del Regimiento Ceriñola a cargo del teniente coronel Pérez Ortiz; en el centro, los veinte hombres a caballo que quedan de la Policía Indígena, el cuartel general y tres piezas de la batería ligera; detrás, el convoy de heridos, y en retaguardia, lo poco que queda del Regimiento San Fernando.[93] En total, son unos 1.300 hombres útiles y 252 heridos.[94]

Las directrices para cumplir con éxito la retirada son muy claras, y es fundamental que se sigan: no hay que disparar, hay que marchar en orden y en silencio riguroso para no ser interceptados por el enemigo. Hasta que amanece, las tropas avanzan en relativa calma, sólo sobresaltadas por algunos disparos. Recorren sin problema los casi veinte kilómetros que separan Tistutin de Monte Arruit.

Pero a la entrada de la posición, todo cambiará.

13

Nador-Zelúan

(del 24 de julio al 3 de agosto de 1921)

Desde el 21 de julio por la tarde, la gente de Zeluán puede ver cómo pasan algunas unidades, o lo que queda de ellas, huyendo de la tragedia. Algunos soldados van solos, otros en grupos, heridos, muchos desarmados, medio vestidos… Llevan en el rostro las huellas del desastre y están agotados, casi muertos de sed y de calor. Despojos humanos que llegan por la carretera a pie, los que tienen más suerte, a caballo o en camiones, acompañados de mulos sueltos o con bastes. Muchos no paran o no quieren parar. Ahora, Melilla es la salvación, el único objetivo posible para todos.

Los que aún pueden hablar, lo hacen, porque los habitantes de Zeluán salen de sus casas, preguntan, se inquietan. Y el pánico se apodera de ellos.

Entre los que escapan también hay civiles, habitantes de poblados del interior, como Vicente Verdú Amorós, que viene de Monte Arruit, donde tiene una finca de 84 hectáreas que trabaja junto a su mujer y sus hijos. Vino al Rif desde Argelia, donde se crió, aunque es originario de un pueblo de Alicante, La Romana.

Junto a muchos otros soldados, Vicente llega a Zeluán el 23 de julio por la tarde. Viene con su familia, en caballería, después de que el capitán Carrasco, jefe de la posición en Monte Arruit, diera la voz de «sálvese quien pueda». Vicente ya sabía lo que había pasado en Annual. Llevaba dos días viendo pasar a los hombres que venían del frente, heridos, abatidos y en lastimoso estado. Aun así, se resistía a abandonar su casa. Pero no le ha quedado más remedio que acatar las órdenes y emprender rumbo hacia Melilla. Por el camino, abarrotado de vehículos, jinetes y peatones, han ido encontrándose con todo tipo de efectos y armamento, abandonados. Sus hijos no han podido resistirse y se han hecho con tres fusiles, con los que juegan, eso sí, sin los cierres. Los entregarán en Nador, a su paso camino de la plaza.[1]

En Zeluán, algunos oficiales han intentado poner orden. Uno de ellos ha parado varios camiones, obligando a bajar a los que no están heridos para que subieran las mujeres y los niños.

Otro Vicente, apellidado Garrido Conceiro, soldado de la sección de explosivos del 11.º Regimiento de Infantería San Fernando, viene de Dar Drius, posición que también ha sido evacuada. Tiene veintiún años y es de La Coruña, donde ejercía de barbero. Se alistó de voluntario hace año y medio, y ahora quizás se maldice por haber tomado esa decisión. Lleva a sus espaldas dos días de espanto, tiroteado por el enemigo, viendo un reguero de muertos y heridos por todas partes, Batel, Tistutin, Monte Arruit… Ha llegado a Zelúan en camión, enfermo desde que salió de Dar Drius. Junto a él, una mujer ha caído muerta y otro paisano y dos soldados han resultado heridos. Él ha tenido suerte. En Zeluán, algunos paisanos han querido subir al camión, pero el conductor no ha parado, y no ha podido evitar arrollar a un suboficial. Todos los pasajeros del camión, incluido Vicente, llegarán por la tarde a Melilla.[2]

Al menos, no han sido atacados por la harka en el trayecto. Los rifeños, concentrados en las posiciones de primera línea, están ahora ocupados en recoger el botín. ¿Ha dado Abd el-Krim la orden de no atacar Nador, Zeluán y Monte Arruit por temor a que los españoles envíen refuerzos? No parece que ése sea el caso, aunque es lo que se rumorea.

A finales de julio, los confidentes insisten en que ahora es el momento para recuperar las posiciones de Guelaia. Según ellos, se haría sin dificultad porque aún no se han desplazado los hombres de Abd el-Krim y los contingentes rebeldes están ocupados con el reparto del botín de las posiciones abandonadas. Insisten también en que ha de hacerse pronto, porque luego será muy tarde. Ahora hay que aprovechar que las cabilas que pertenecen a la confederación de Guelaia aún están indecisas y no han tomado partido todavía por la causa de los rebeldes.[3] Pero los altos mandos españoles desoyen estas informaciones que les llegan, porque Berenguer, ante todo, quiere defender Melilla y salvarla de un posible ataque rifeño.

A la entrada de Zeluán, el teniente de la Policía Fernández, pistola en mano, intenta retener a todos los que llegan, instándoles a entrar en la Alcazaba para defenderla. Pero hay paisanos que entran por una puerta y salen por otra.[4]

Los que pasan por Zeluán también pasarán por Nador, camino de Melilla, donde

las escenas se repiten: gente desesperada, militares, civiles que vienen desperdigados, en grupo o en familia, huyendo como buenamente pueden en todo tipo de transportes, camiones, carros y coches que atascan la carretera.

En Nador también se intenta retener a las fuerzas que huyen. Al teniente Fresno de la Guardia Civil le han encomendado concentrar en la estación a los soldados que llegan del frente porque, aunque todos vienen desmoralizados, no todos están heridos y desarmados: a estos últimos tendrá que hacerles bajar de los vagones a «viva fuerza» si hace falta, tal y como le han ordenado, y ponerlos a disposición del teniente coronel Pardo, jefe de la posición.[5]

Zeluán y Nador, así como el resto de los poblados de las cercanías, Segangan, Monte Arruit, Zaio, Zoco el Arbáa, Batel…, fueron inicialmente campamentos militares. Pero fue a partir de 1909, con el comienzo de la explotación de los yacimientos de las minas de hierro y de plomo, cuando se convirtieron verdaderamente en poblados. Bajo el Protectorado español, se han construido las principales carreteras de la zona, se han acometido las líneas de ferrocarril, se han edificado casas al estilo andaluz, y se han levantado barrios.[6] La actividad minera atrae a muchos ciudadanos que se instalan en estos núcleos, en busca de una vida mejor. La mayoría de quienes se asientan en estas tierras son de origen español, de Murcia o de Andalucía, procedentes en gran parte de Argelia, más concretamente de Orán.[7] En su momento, llegó a sus oídos que esta zona, la llanura del Garet, era apta para la agricultura y que la Compañía Española de Colonización concedía lotes de tierras a todo aquel que quisiera asentarse. También les proporcionarían material de labranza, conejos y gallinas, una yunta de vacas, muebles y enseres para su nuevo hogar, además de semillas y buenos préstamos para costear su establecimiento.[8] Eso sí, tenían que entregar a la compañía una parte de la cosecha, pero si aguantaban veinte años podrían finalmente ser dueños de las tierras. Un buen acuerdo, quizás, aunque excluía a las familias de la zona, las de Beni Bu Yahi, por ejemplo. Los cabileños se tomarán la revancha por ellos. Es más, ya han empezado a hacerlo.

A muchos de los colonos les merecerá la pena intentarlo, pero otros regresarán a Argelia, en vista de las dificultades para abrirse camino porque la realidad está muy lejos del paraíso prometido. Un periodista de la época, Javier Bueno, que publicaba a veces con el seudónimo de Antonio Azpeitia, dejaría escrito: «La Compañía Colonizadora les trató con tal avaricia y con tanto despotismo que hubieron de renunciar a sus propósitos y volverse a Argelia».[9]

Mientras, a los habitantes de la zona, pertenecientes a Beni Bu Yahi, Beni Sidel y Beni Bu Ifrur, no les ha gustado quedarse sin sus tierras por unos cuantos duros. La Compañía Española de Colonización se ha hecho con nada menos que 30.000 hectáreas de terreno, un negocio redondo, comprando las tierras por nada a los notables rifeños y revendiéndoselas a los colonos en condiciones leoninas. Además, según el Derecho marroquí, estas propiedades son inalienables porque en su mayor parte pertenecen al Majzén, o son bienes comunales, es decir, de las gentes de las cabilas.[10]

Despojados de sus tierras, que son su medio de subsistencia, poco más de un millar de rifeños conseguirán al menos trabajar en las minas. Es un trabajo duro, sobre todo para ellos, relegados a las tareas más arduas y peor pagadas. Son los que acarrean los bloques de mineral, después de arrancarlos mediante barrenos. Un trabajo peligroso porque, en muchas ocasiones, la voladura de piedras levanta cascotes que alcanzan a los barreneros, produciéndoles heridas.[11] Los rifeños trabajan estrechamente vigilados por los capataces y los cabos de cuadrilla que, ellos sí, son españoles. El ascenso de rifeños en la compañía es muy poco habitual.[12] Arrancan la jornada a las seis de la mañana y acaban a las seis y media de la tarde, con una pausa para comer. Muchos obreros rifeños tendrán después que volver a sus aduares, andando dos o más leguas de camino. Esos hombres de Beni Bu Yahi, que sufren unas condiciones de vida durísimas, limpian ahora sus fusiles y preparan una dura venganza.

En Zeluán, el 24 de julio, ya no quedan españoles, la mayoría salieron para Melilla el día anterior, cuando el reguero de soldados que llegaba se hizo más intenso y el pánico cundió entre los vecinos. Los pocos que han quedado allí se han refugiado en la Alcazaba, donde se encuentra la guarnición. Situada a unos cien metros del poblado, es un fuerte semiderruido del siglo XVII, famoso por haber sido anteriormente el cuartel general del Rogui, un hombre que hace pocos años se autoproclamó jefe de la zona.

La Alcazaba la protegen veinte hombres de la 1.ª Compañía del 42.º Regimiento de Infantería Ceriñola, al mando del teniente Tomás Pérez Andrade, y diecisiete efectivos de la 2.ª Mía de la Policía Indígena, al mando del teniente Francisco Fernández Pérez. En ella están también la estación telegráfica, el depósito de Intendencia con unos dieciséis hombres, la enfermería de Sanidad con cinco oficiales y una quincena de soldados, y un cabo y cuatro guardias del puesto de la Guardia Civil.

A ellos se unirán algunos de los que vienen en retirada, seis oficiales y 138 soldados de Infantería «reclutados» de diversas unidades, diez oficiales y 125 soldados supervivientes del Regimiento Alcántara, que son los que más garantías ofrecen, y siete oficiales y 53 soldados españoles de Regulares, cuarenta artilleros, y un oficial y cincuenta efectivos del Regimiento de Ingenieros. El 24 de julio, cuando comienza el asedio, suman un total de 38 oficiales y 444 soldados, aunque, según dictamen médico, tan sólo la mitad son útiles para el servicio.[13]

En Nador, al igual que en Zeluán, casi todos los vecinos del poblado han huido presos del pánico. Los últimos rezagados que no lo han hecho han querido armarse, como en Zeluán, pero no lo han conseguido. Al parecer, no hay suficientes armas. El 24 de julio, entre los últimos que abandonan el poblado se encuentra un grupo de religiosos, pertenecientes a la misión católica de Nador. Fray José Antona, fraile franciscano, es uno de ellos. Ha salido hacia Melilla esta mañana, después del toque de «llamada» y aconsejado por el teniente Fresno de la Guardia Civil. Junto a dos frailes más, ha tomado el camino por la Restinga, muy a su pesar, pues no ha tenido tiempo de llevarse los ornamentos de la iglesia.

Lo más llamativo que hay en la iglesia no son los adornos, sino la estatua que luce en el altar mayor: el apóstol Santiago matando moros. ¿Nadie se ha dado cuenta de la provocación que supone esto para los cabileños de la zona?[14] Fray Antona intentará volver tres días después, con veinte vecinos de Nador armados, a bordo de la lancha Europa, con el propósito de salvar los vasos sagrados de la iglesia, pero no podrán desembarcar porque el fuego rebelde lo impedirá.[15]

El padre Alfonso Rey, también fraile franciscano, se encontraba en las minas de Uxian el día anterior. Iba allí a dar una misa cuando encontró por el camino a varios moros, policías y Regulares, «muy derrotados», que venían de Annual. Unas horas más tarde, se procedió a la evacuación de las minas y él se trasladó a la misión de Nador desde donde, al día siguiente, partió con otros frailes hacia Melilla.[16]

Los frailes José Antona y Alfonso Rey coincidirán en señalar que, por esas tierras, la oficialidad no siempre actúa como debiera. Han sido testigos o saben de casos de maltratos a los moros por parte de los jefes de las mías, imposición de contribuciones injustas, vejaciones y abusos a las mujeres rifeñas.

En Nador, la mayoría de las autoridades y oficiales destinados allí ya no están. Ni el cónsul, ni el juez de paz, ni los adjuntos, porque viven todos en Melilla. El teniente coronel Francisco Pardo Agudín, de la Brigada Disciplinaria de Melilla, es el jefe de la circunscripción de Nador, pero tampoco reside allí, sino en la plaza.

Quienes sí viven en el pueblo, construido para dar servicio a las empresas mineras españolas, son los muchos rifeños que presenciaron la matanza del 9 de julio de 1909, cuando muchos vecinos asaltaron las instalaciones de las empresas mineras de la CEMR y la CNA. El general Marina envió entonces artillería y tropas para responder a la agresión y bombardeó Nador, como represalia, provocando una gran mortandad.[17] Esos supervivientes son aliados naturales de la revuelta rifeña.[18]

Francisco Pardo es un hombre experimentado, tiene 46 años y no es ningún novato, pese a que apenas lleva cinco meses en su destino. Hijo de un capitán de Carabineros, ingresó en el Ejército como soldado voluntario en 1892, y después de pasar por distintos destinos y haber participado en la guerra de Cuba, ahora se encuentra en Nador y es el encargado de defender la posición.[19]

El día 22, por la tarde, le convocaron a una reunión en la Comandancia General, en Melilla, junto al resto de la plana mayor. Fue allí donde se enteró de la retirada de Annual y de la muerte de Silvestre. Preguntado por el estado de defensa en el que se encontraba Nador, trasladó sus impresiones a los presentes: la posición no estaba en estado de defensa ni tenía guarnición suficiente para ello. Como contestación le dijeron que era muy difícil que el enemigo llegara hasta allí, que estuviera tranquilo. Al día siguiente, Pardo, a su regreso a Nador, y en vista de la riada de gente que ve pasar, solicitará autorización esa misma noche para abandonar la posición. Sin embargo, se le ordena que permanezca en el poblado y que organice la defensa como buenamente pueda. El 24 de julio por la mañana, después de haber intentado detener el máximo de fuerzas en su huida a Melilla, Pardo acuerda con el capitán Orbaneja que el mejor sitio para hacerse fuertes es la casa de la Compañía Colonial de Industria y Comercio, conocida por todos como «la fábrica de harinas». Allí se concentran entonces los pocos vecinos que quedan, las fuerzas que hay en las lomas de Nador, y los guardias que cuidan de la iglesia.

Desde el poblado y las lomas colindantes, los harkeños disparan contra ellos. Al ver que el traslado del armamento y las municiones, que están concentrados en

un barracón, es imposible, el comandante jefe de armamento de la brigada, Wenceslao Sahún Navarro, decide prenderle fuego. Más tarde, Berenguer criticará con dureza esta decisión. Para el enemigo es una señal inequívoca de que el poblado ha quedado abandonado. El asalto a Nador se produce de inmediato y la harka amiga levantada en Farjana deja de ser amiga y se subleva. De nada han servido las promesas de adhesión hechas dos días antes por los jefes de la cabila de Mazuza al capitán Jiménez Ortoneda, jefe de la 2.ª Mía de la Policía. Ya se lo habían avisado: sólo se mantendrían fieles si las cabilas vecinas no se sublevaban, cosa que no ha sucedido.

Entre los Regulares también se producen deserciones. Manuel Llamas Martín, comandante de Infantería de las Fuerzas Regulares Indígenas, llega a Nador el día 23 a mediodía, desde Annual, y da permiso a su tropa para irse a comer a sus casas y ver a sus familias. Antes, como indican los protocolos militares, les recoge el armamento, encadenándolo, e insta a sus soldados a volver al cuartel a las siete de la tarde. Ninguno se presentará.

Uno de ellos es Sid Mohamed Ben Amar, del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas Melilla n.º 2. Conocido como El Gul el Nadory, el ogro de Nador en español, ingresó en el cuerpo en 1913 y es suboficial por sus buenos servicios. A su llegada a Nador, su pueblo natal, se dirige, como el resto de sus compañeros, a su casa, a ver a su familia y descansar. A la hora de reincorporarse, se entera en la estación de Nador de que su compañía ya no está allí: siguiendo las órdenes del teniente coronel Pardo, que no se fía de los indígenas, la compañía ha salido para Melilla a cargo del capitán Jiménez Ortoneda. El Gul el Nadory dirá después que, viendo que el poblado se encontraba ya bajo dominio de los rifeños rebeldes e impulsado por el miedo a lo que pudieran hacerles a su familia y a él mismo, se desprendió de su traje militar y se incorporó a la harka.

El Gul el Nadory hace muy bien su trabajo, sea en el bando que sea, y destaca pronto por su arrojo y eficacia. Consigue con éxito que muchos rifeños de Nador y de otros poblados se unan a la harka y participen en el saqueo del poblado y del aeródromo. Será también uno de los cabecillas encargados de parlamentar con los españoles para que abandonen la posición, y se convierte en consejero de Mohamed Ben Alí, delegado de Abd-el-Krim en el territorio y perteneciente a la cabila de Beni Tuzin. Dada su experiencia militar, El Gul el Nadory estará al frente de un gran número de cabileños, luchando contra los españoles.

Más tarde, el 24 de enero de 1922, se presentará, en unión de su hermano y de un

tal Kaddur Aiyerab, en Zoco el Telatza, al capitán de la 2.ª Mía, Teodoro Arredonda, donde es apresado y llevado al fuerte de Rostrogordo. Procesado por delito de traición y acusado de ser el responsable de las matanzas de julio en Nador, es condenado a muerte. Se le imputa haber cometido crímenes, ultrajes y maltratos horribles a un grupo de prisioneros compuesto por militares, mujeres y niños que estaban recluidos en una casa del poblado llamada Botero.

De nada sirve que le defienda el capitán del Regimiento Mixto de Artillería de Melilla, Alejandro Velarde González. La sentencia se ejecuta en su pueblo, Nador, el 30 de septiembre de 1922. Por lo visto, El Gul el Nadory acata sereno su destino. Se fuma un pitillo, y se despide de su defensor con un abrazo. El Gul recibe el tiro de gracia a manos de una sección de seis Regulares mandados por un sargento indígena.[20]

No será el único rebelde procesado después del desastre de Annual. Eso sí, otros correrán mejor suerte y serán absueltos porque la política y los intereses de Estado pueden cambiarlo casi todo. En la nueva situación de reconquista, los servicios que les puedan prestar los rifeños, antes enemigos, serán sin duda muy valiosos para los españoles.

El 21 de julio, el día anterior a la noche del desastre en Annual, llega a Zeluán el último tren desde Monte Arruit. En él viene el alférez de Caballería Juan Maroto y Pérez del Pulgar. Es un madrileño, de veintitrés años, pertenece al Regimiento de Cazadores Alcántara y está destinado en Dar Drius desde su llegada a Melilla, el día 20 de junio. Es un oficial de complemento, es decir, de un cierto nivel social. De hecho, es un auténtico aristócrata: su padre es el marqués de Santo Domingo, y su madre, la marquesa de Pozoblanco. Podía haberse librado de ir a Marruecos, pero tiene un alto concepto del deber y ha preferido ingresar en el Ejército como soldado, mientras estudiaba Filosofía y Letras. En los círculos oficiales le llaman Juanito Santo Domingo, probablemente para acortar sus interminables apellidos. Lo cierto es que conoce a mucha gente importante y, entre los militares, a los principales jefes y generales.

Al llegar a la Alcazaba, el alférez Juan Maroto se sorprende al ver de nuevo al capitán Carrasco, jefe de la 6.ª Mía de la Policía Indígena, al mando de la posición. Hace apenas unas horas ha coincidido con él en Monte Arruit, donde Carrasco no le ha dejado quedarse a esperar a Navarro, como era su deseo.[21]

Ricardo Carrasco Egaña proviene de una familia de militares, con solera. Su

padre, Joaquín Carrasco Navarro, general de División de la primera Brigada con los regimientos San Fernando y Ceriñola, destacó en las guerras de Cuba y luego en la campaña del Kert. Ahora, sus dos hermanos también están en el frente, como él: Joaquín es alférez de Infantería de la Policía Indígena, destinado en la 5.ª Mía, y Rafael, teniente de Caballería del Regimiento Alcántara, es secretario del coronel Manella.[22] Ricardo es famoso por sus malas maneras y su forma abrupta de impartir órdenes entre sus subordinados. Además, en Monte Arruit, muchos le han visto protagonizar un acto ignominioso: parar un camión y, abusando de su autoridad, hacer bajar a un soldado herido para que subiera su amante, deslizándole en la media unos billetes.[23]

Carrasco no se fía de sus subordinados y, al tomar el mando en Zelúan, manda encerrar a veinte policías indígenas. Pero el problema no vendrá de los policías, sino de todos los indígenas: de madrugada, los Regulares indígenas del 3er Escuadrón de Caballería se sublevan y se enfrentan al resto de las fuerzas.[24] Tras un tiroteo, un puñado de ellos logrará huir, aunque más de una docena morirán en la refriega.[25] Por temor a la conducta del resto de los soldados indígenas, Carrasco decide entonces conducirlos a Melilla. El capitán Margallo, el teniente Carbajal y los alféreces Bermejo y Tomaseti serán los encargados de conducirles. Pero la empresa no será fácil porque los rifeños les esperan fuera de la Alcazaba y tendrán que abrirse camino a tiros para salir de ella. En su retirada a Melilla, los Regulares indígenas acabarán desertando, y en un enfrentamiento resultará muerto el alférez Tomaseti.

Juan Maroto no ha presenciado este incidente porque, a poco de su llegada, el capitán Carrasco ha pedido a gritos un voluntario para ir a defender el aeródromo, y él, sin dudarlo, se ha ofrecido a ir. El aeródromo es poco más que una explanada con una pista de aterrizaje, a cien metros de la Alcazaba, con escasas construcciones para cubrirse de los tiros enemigos y, además, alejadas las unas de la otras. La defensa se presenta difícil. Su guarnición está compuesta por tres sargentos y 43 soldados de las tropas de Aviación y agregados de otros cuerpos. De los cuatro pilotos y tres observadores destinados en Zeluán, sólo uno se encontraba allí cuando comenzó todo; la mayoría suele ir a dormir a Melilla. Ahora, con la llegada del teniente Manuel Martínez Vivancos, los alféreces Juan Maroto y Martínez Cañadas y los treinta soldados del Regimiento Alcántara, el número de hombres para proteger el aeródromo es mayor.

En el aeródromo, el teniente Vivancos se hace con el mando de la posición y organiza las fuerzas, distribuyéndolas entre los tres pabellones laterales. La

defensa principal se hace en la azotea, encima del hangar hecho de tabiques, «de los llamados panderete», y con puertas y ventanas de madera.[26]

Durante la noche, los defensores oyen tiros dirigidos a la Alcazaba hechos desde las lomas que rodean la posición y desde el poblado. No dejarán de recibir fuego, aunque de intensidad variable, hasta la capitulación. Esa misma madrugada queda cortada la comunicación con la Alcazaba. Carecen de heliógrafo o de otros aparatos de señales, así que sólo podrán enviar emisarios, a riesgo de que pierdan sus vidas, para comunicarse con el resto de las posiciones.

Por su parte, los lugareños rebeldes y los desertores de la Policía y de los Regulares indígenas ya han tomado el poblado de Zeluán y disparan desde el cementerio, desde las lomas, desde todas partes. Tienen rodeados la Alcazaba y el hipódromo, y esperarán, pacientemente, lo que haga falta hasta que los arumis, por falta de víveres, agua o municiones, se rindan. La táctica es sencilla y hasta ahora les ha dado muy buenos resultados.

En la Alcazaba, el principal problema es, cómo no, la sed.

Desde el inicio del asedio, el día 24, los rifeños han cortado la cañería de conducción del agua de la que se surtía la posición y los soldados se ven obligados a salir diariamente a hacer la aguada al río Zeluán, próximo a la fortaleza. Las bajas son constantes. Los primeros días son los peores: el 25 y el 26 de julio se producen hasta quince bajas por jornada. Desmoralizados, hay días en que simplemente renuncian a ir a por agua. Pronto se piden voluntarios, para la sed y para la muerte. Los gruesos muros de la fortaleza harán un poco más fácil su defensa que en el aeródromo, pero la vida de los asediados es un infierno: la sed, el sol abrasador, el hambre… Pronto escasean los víveres y tienen que echar mano de lo que buenamente pueden, carne de caballo, cebada tostada, medio bollo de pan como ración para un día, o un poco de carnero. El capitán Carrasco no quiere sacrificar las cabras para aprovechar su leche. Entre tanta escasez, un auxiliar de intendencia, un tal Julio Leompart César, con acceso directo al avituallamiento, tiene la feliz idea de vender vinagre, tocino o harina entre los soldados que pueden permitírselo. No será castigado por ello porque un destino peor, la muerte, se cruzará en su camino.[27]

A diferencia del aeródromo, la Alcazaba dispone, en principio, de lo necesario para atender a los heridos y a los enfermos. Tiene un hospital con 42 camas, una enfermería, un consultorio y una farmacia. Durante el asedio, el oficial médico

teniente Fernando González Gamonal no da abasto. Originario de Barco de Ávila, llevaba dirigiendo el consultorio de Zeluán desde diciembre de 1920. A su cargo tiene ahora una media de entre 45 y cincuenta heridos a los que atiende como puede, porque las medicinas y el material sanitario pronto se acaban. Fernando no tendrá suerte y morirá en Zeluán junto a muchos otros enfermos y sanitarios, como Manuel Miranda Román, nacido en Algeciras. Ninguno de ellos ha tenido tiempo de ejercer mucho su profesión.[28]

En el aeródromo carecen principalmente de cartuchos porque los soldados, en su mayoría asistentes, es decir, mecánicos o carpinteros, no están hechos al fuego y consumen demasiadas municiones. El alférez Juan Maroto, a veces pistola en mano, intenta poner orden y disciplinar a la tropa para no gastar más cartuchos de los necesarios. Incluso tiene que disparar contra algunos soldados que, situados en los pabellones exteriores, deciden abandonar sus puestos e intentar entrar en el aeródromo ya que creen que allí estarán más resguardados. Entre ellos está un tal Sandoval, fotógrafo de aviación, a quien tendrá encañonado toda una noche. No volverá a dar más problemas.

Ante lo precipitado de su salida de la Alcazaba, el alférez Juan Maroto no previó hacerse con víveres. Pronto, tienen que racionarlos y hay días en que no pueden distribuir más que dieciocho o veinte huevos y un par de latas de melocotón entre la tropa. Otros días, comen sólo pan. En cuanto al agua, aunque tienen un aljibe, éste se encuentra en un pabellón aislado y para llegar a él hay que atravesar un callejón batido constantemente por el fuego de los harkeños. Hacer la aguada produce demasiadas bajas y algunos días ni siquiera pueden salir a intentarlo. Así que, para calmar la sed, aprovechan también el agua que cae de los radiadores de los aeroplanos, pero tienen que dejar de hacerlo porque quedan acribillados. Los últimos días carecen de todo y engañan a los gruñidos del estómago con cartón, papel y cera del cuarto de fotografía del que dispone el hipódromo, fuman madera, beben tinta, agua de colonia, listerina… Pronto muchos de los hombres padecerán accesos de paludismo y también habrán de sufrir una intensa plaga de mosquitos a causa de algunas tormentas secas, propias de esta época del año. La sarna y los piojos campan a sus anchas y no hay ni un mínimo botiquín para curar las heridas.

Sin embargo, entre sus filas está Dionisio Giménez, el Gitano, un soldado del Regimiento Alcántara. Y es una alegría porque les ameniza con su guitarra siempre que puede, a pesar de los disparos, que no paran, y de las demás penalidades. Dionisio cocina muy bien y es un excelente tirador.[29] Un hombre

casi perfecto.

Los harkeños que les rodean se distraen como pueden. En medio de «un gran jolgorio»,[30] prenden fuego a unos almiares de paja cercanos al aeródromo. Por la noche, les gusta tocar la campana de la estación mientras dan grandes alaridos en demostración de júbilo. Se desahogan también increpando e insultando a los arumis. Entre ellos está un oficial desertor de la Policía Indígena llamado Mohamed Ben Bohut bel Hach, que, según los confidentes españoles, después de haber participado en los sucesos de Segangan y haber destacado por su ensañamiento contra el enemigo, ha venido a Zeluán con un cañón. Para su desgracia, no puede hacer uso de él porque antes de llegar a la posición, ésta se rinde. No obstante, podrá resarcirse después persiguiendo a caballo y matando a los arumis que huyan desbandados cuando los guerreros rifeños tomen la Alcazaba.[31] Detrás del aeródromo hay un magnífico tirador rifeño provisto de un Lebel que, junto a otros cuatro, causan muchas bajas entre los españoles porque parecen conocer perfectamente el lugar.

En el aeródromo se necesitan víveres, municiones y material para curar a los heridos; en la Alcazaba, agua. Las dos posiciones intentarán coordinarse para socorrerse mutuamente. Soldados solos o convoyes saldrán indistintamente de un sitio a otro para intercambiar víveres por agua o llevar municiones. Muchos morirán en el intento.

En Nador, el asedio comienza, al igual que en Zelúan, el mismo día 24. Las fuerzas allí destinadas para la defensa de la posición son: la plana mayor de la Brigada Disciplinaria, una sección de la 1.ª Compañía del Regimiento Ceriñola, parte del puesto de la Guardia Civil y el destacamento de Policía Indígena de situación, un núcleo de fuerza de doce jefes y oficiales y 159 de tropa. A ello hay que sumar los 69 soldados y oficiales a quienes se ha podido detener en su camino a Melilla. Pero siguen sin ser muchos. Entre ellos hay once paisanos, dos mujeres y dos niños.[32] El teniente coronel Francisco Pardo Agudín sabe que su guarnición es insuficiente para defender la posición, aunque poco puede hacer.

Una vez concentrados todos en la fábrica de harinas, Pardo organiza la defensa: emplaza dos compañías en el piso de arriba, mientras que en el piso de abajo instala la enfermería. No dejarán de recibir fuego enemigo durante los diez días que dura el asedio.

Los harkeños, cada vez más cerca, intentarán una y otra vez prender fuego al

edificio, arrojando haces y sacos de paja impregnados de petróleo, y el día 25 consiguen meter dos granadas de mano por las ventanas de la planta baja, aunque no revientan.

El sargento El Fasi, antes en las filas de las fuerzas de Regulares, es el encargado de custodiar los cañones que están ahora en manos de los rebeldes. Antes de desertar ya trabajaba para la resistencia rifeña, elaborando croquis de las posiciones españolas y pasando información a los suyos.[33]

El 26 de julio, el teniente coronel Pardo logra por fin comunicarse por heliógrafo con el alto comisario, a través del Atalayón donde se encuentra el general Sanjurjo. El mensaje de Berenguer es claro y conciso: «espero no tardar dos días en ir y conviene resistir». Pardo, a su vez, insiste en los escasos medios defensivos de los que dispone y solicita autorización para abandonar la posición, reclama refuerzos y pide víveres. Otra razón más para considerar a Pardo un inepto, pensará Berenguer, y además lo dirá. Con la cantidad de víveres que había en el poblado…

El día anterior, desde Melilla, Berenguer había enviado un convoy marítimo, pero la harka impidió el desembarco. Ahora están en conversaciones con algunos moros amigos para que les proporcionen, a cambio de dinero, algunos ranchos fríos. Y así se lo hace saber a Pardo. Pero todos los intentos de proporcionarles comida fracasan. Tendrán que apañarse con lo que tienen: harina y más harina, de trigo y de cebada, con la que cocinan una pasta correosa, incomible.[34] La mayor preocupación es cuidar a los dos niños que están encerrados allí, uno de tres años y otro de pecho. Hay que hacer todo lo posible para que sobrevivan.

A los tres días de estar encerrados en la fábrica, se enfrentan al elemento más dramático de esa guerra: la falta de agua. Porque los harkeños consiguen, como en Zeluán, romper la tubería de conducción de agua dulce y sólo tendrán agua salobre de un pozo para combatir la sed.

Cada día que pasa los combates son más intensos. Las bajas aumentan, y el capitán Rafael Power Alesson, médico y director del consultorio y enfermería de Nador, junto al farmacéutico Manuel Pomares y algún sanitario más, tendrán que atender a los enfermos y heridos como buenamente puedan, es decir, mal. Muchos, mueren de gangrena, por falta de asistencia. Power, nacido en Filipinas, tiene ya una larga experiencia a sus espaldas. Lleva en Marruecos desde 1909, pero no es lo mismo atender en un consultorio mal surtido que en un asedio.[35]

El día 29, los harkeños, por orden de El Gul el Nadory, consiguen emplazar un cañón detrás de la estación del ferrocarril, desde donde disparan y además aciertan. Consiguen abrir, con dinamita, algunos boquetes en las paredes, y los disparos alcanzan de lleno la fábrica de harina, que, poco a poco, va quedando en un estado ruinoso. Por las noches, los harkeños no descansan e intentan entrar en el edificio por la parte de arriba, por los techos de las cuadras y de los hornos. Llegan a estar tan cerca que lanzan piedras dentro de la fábrica gritando sin parar para amedrentarlos. A cargo de las piezas de artillería rifeñas está otro desertor, un tal Abd-es-Selam Ashut, antiguo oficial de la Policía Indígena. Pero no seguirá mucho en su puesto porque, como no le han dado el dinero y la cebada que reclama, se marcha a Beni Said, donde consigue lo que quiere: que los de allí le asignen un sueldo.[36]

Mientras las fuerzas españolas sobreviven asediadas en Nador, Zelúan y Monte Arruit, el 26 de julio el general Sanjurjo toma el mando conjunto de las unidades encargadas de la defensa de Melilla. Son el Regimiento de Infantería de la Corona n.º 71, dos banderas del Tercio de Extranjeros, la I y la II, al mando de los comandantes Franco y Fontanés, respectivamente, y un tabor del Grupo de Fuerzas Regulares de Ceuta n.º 3, en el que hace la mili el sargento Arturo Barea.

Ese mismo día, las fuerzas al mando del general Sanjurjo cumplen con su cometido y ocupan sin novedad la loma de Sidi Hamed y el Atalayón, cerrando por esa parte el estrecho valle de Melilla y conservando la entrada del camino a Nador.[37] Las fuerzas se afanan en asegurar las posiciones, montan blocaos y entablan combates contra los harkeños.

Desde donde están situados, los hombres de Sanjurjo siguen impotentes lo que ocurre en Nador. Franco pide a su jefe que le permita salir a socorrer a la guarnición sitiada. Entre los legionarios nunca falta algún voluntario que se preste a la acción, por muy arriesgada que ésta sea. Pero Sanjurjo se niega, porque sus fuerzas aún no tienen consolidadas las posiciones. Aun así, permite que algunos voluntarios intenten llevarles víveres y municiones. Es una misión suicida, pero Millán Astray consigue sin problemas que muchos legionarios den un paso al frente, aunque finalmente la misión se frustra: no hay ningún lugareño dispuesto a servirles de guía.[38]

No será la única iniciativa que surja para ir a socorrer a los asediados. Un notable rifeño, Aomar Ben Mohamed ben Abdalá, propondrá a Riquelme ir a

auxiliar Nador con doscientos harkeños de Farjana, fracción de la cabila de Mazuza. Pero el ofrecimiento no será aceptado.[39]

MELILLA Y LA PENÍNSULA SE MOVILIZAN

En Melilla, los habitantes de la ciudad viven muy pendientes de lo que ocurre en el frente, que está al lado. Porque Nador se encuentra apenas a quince kilómetros de la plaza, Zeluán, a veintisiete, y Monte Arruit, a 38. Si caen, ¿quién puede asegurar que ellos no serán los próximos?

Las informaciones que publica El Telegrama del Rif, como es habitual en ese diario, son muy distintas a lo que viven en realidad los asediados de Zeluán, Nador o Monte Arruit. El periódico recalca que la defensa de las fuerzas se hace con «denuedo», «bizarría», «con gran tesón» y, lo que es más llamativo, que «los ataques no se han repetido mucho». Además, afirma que «los recluidos en la Alcazaba disponen de víveres y municiones. El agua la obtienen a diario de los pozos próximos… Se realizan todos los servicios con el mayor orden y fortuna». Según el periódico, «la noche del jueves [la Alcazaba] pudo comunicar con Zeluán por medio de heliógrafo. Participó que continuaba defendiéndose, que tiene agua y que las fuerzas se aprovisionan de frutas en las huertas próximas». «Podrán resistir hasta que se les auxilie, lo que se efectuará tan pronto como las circunstancias lo permitan», sentencia el cronista del periódico.[40]

Sin embargo, la principal noticia no es ésa, sino el hecho de que, por fin, se ha localizado a Navarro, que está en Monte Arruit. Además, el día 27 de julio, se ha nombrado al sustituto de Silvestre, el general Cavalcanti, quien se espera que de un momento a otro llegue a la plaza.

A Melilla siguen llegando refuerzos, y los periódicos y las autoridades llaman a la calma una y otra vez e insisten en que la ciudad está a salvo. Tanto llaman a la calma, que los melillenses siguen con miedo. Y la realidad no es para menos porque, desde el monte Gurugú, los cañones de Abd el-Krim amenazan la ciudad. La gente tiene miedo porque en las calles «se oyen los cañonazos, los tableteos de las ametralladoras, los disparos de fusil».[41] Por las noches, la angustia es mayor; Melilla está a oscuras, por razones de seguridad.

A finales de julio, todos los españoles saben ya de la gravedad de los acontecimientos que se están produciendo en Marruecos. España entera se vuelca, con un espíritu patriótico inusitado, en ayudar a los que están sufriendo en tierras africanas.

El país pide venganza y, por si no está claro, El Telegrama del Rif lo recalca: «La opinión española pide unánimemente el desquite».[42]

En la península, en las islas Baleares y en las Canarias sólo se habla, al parecer, de los sucesos del Rif. La gente se apresura a enviar donativos y los hombres a enrolarse como voluntarios en el Ejército para ir a luchar a Marruecos y participar en la revancha contra los moros. Desde todas las instituciones se organizan actos benéficos para recaudar fondos, tómbolas, rifas, suscripciones públicas… En las corridas de toros se pasea una gran bandera y se recaudan donativos del público para los heridos de Melilla.

En el País Vasco se abren suscripciones para la adquisición de un tanque, y los alcaldes ceden instalaciones para crear hospitales y acoger a los heridos. Se hacen colectas para comprar aviones en Almería, Cádiz, Cartagena, Huesca, Logroño, Madrid, Murcia… Los funcionarios ceden su salario de un día; en Sevilla, se celebra la Fiesta del Cigarro para el Soldado y se invita a la población a echar en los buzones de tabaco, previamente instalados en los comercios, bancos y hoteles, su aportación en forma de cigarros.[43]

Toda iniciativa para ayudar a los soldados que luchan en África es bienvenida, y los periódicos destacan y recogen, día a día, los «ofrecimientos patrióticos» de particulares e instituciones que se realizan. Diarios como ABC en Madrid, La Prensa en Tenerife, La Voz de Valencia o El Avisador Salmantino en la capital castellana inician también suscripciones a beneficio de los soldados de África. La Iglesia también se moviliza, cediendo parte de sus ingresos a beneficio de los soldados y repartiendo crucifijos y rosarios a los que van a África, con las consiguientes bendiciones.[44] A lo largo de la campaña, las sucesivas fuerzas que marchan hacía Marruecos desde la península son despedidas por multitudes: gente de todo tipo, vecinos, obispos, autoridades locales… Entre aplausos, vítores, vivas al Rey, a la Patria y a Marruecos, se toca la Marcha Real, se canta La canción del soldado o incluso pasodobles, como el célebre La banderita, que se popularizará precisamente a raíz de los embarques y despedidas a las tropas.[45]

La solidaridad es unánime y no establece distinciones de rango o de clase. Desde

la misma Casa Real, el infante don Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, hijo del infante don Carlos, se incorpora como alférez al Regimiento de Húsares de la Princesa junto a dos hijos del marqués de Urquijo; el infante don Genaro de Borbón-Dos Sicilias, teniente de navío, hace lo propio unos días más tarde. Al parecer los «soldados aristocráticos», como los llaman en El Telegrama del Rif, quieren ser «uno más» y combatir en el frente. El infante Alfonso de Borbón-Dos Sicilias se aloja en una tienda de campaña y ¡hasta duerme en una colchoneta tendida en el suelo![46]

A Melilla también llegan familiares ilustres, como la baronesa de Casa Davalillo, mujer del general Navarro, con sus tres hijos, o la mujer del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, unos para recibir los cuerpos de sus heroicos maridos, hijos o padres y otros, con mayor suerte, para saber del paradero de los mismos. Ellos, sin duda, no tienen problema en buscar alojamiento pese a que los hoteles, pensiones y hostales están abarrotados y ya no dan abasto para alojar a tanta gente. De esta situación darán cuenta los corresponsales que llegan a Melilla, que sí tienen dificultades para buscar habitación. Eduardo Ortega y Gasset, redactor de La Libertad, Indalecio Prieto Tuero, del diario bilbaíno El Liberal, Alfredo Rivera, de El Imparcial, Gregorio Corrochano, de ABC, Juan Guixé, de El Heraldo de Madrid, Trinitario Frías Fita, redactor jefe de La Unión Mercantil, y un largo etcétera vendrán a engrosar con sus respectivos cuerpos las ya saturadas calles de la ciudad.[47]

La comunidad judía de Melilla también arrimará el hombro a favor de los cristianos. Los hebreos tienen un miedo más que justificado al asalto de los rifeños y se identifican más con los cristianos, que no hacen matanzas con ellos desde hace más de cuatro siglos. Creen que sus cabezas caerán las primeras en caso de que las huestes de Abd el-Krim logren expugnar las defensas de la ciudad. Por eso, se unen a la avalancha de melillenses que va hacia el puerto con la intención de subir a cualquier cacharro que flote.

Yamín Benarroch, que se siente melillense a pesar de haber nacido en Tetuán, roza la cuarentena y es uno de los más destacados líderes de la comunidad. La familia Benarroch ha ido haciendo su fortuna a base de trabajar en la confección de uniformes para el Ejército español. Para ello ha contado con la inestimable ayuda de un numeroso y barato equipo de trabajadores llegado desde Taza. Yamín es un hombre de negocios, aunque no sólo piensa en sus intereses; también vela por su comunidad. Proyecta construir una sinagoga en Melilla que será la mejor de España y comienza a mover, ahora, todos sus recursos para

ayudar a los heridos que, según se anuncia, van a llegar por centenares a la ciudad.

No es el único que colaborará con las autoridades españolas porque éstas saben que algunos judíos mantienen estrechas relaciones con los rifeños por distintos negocios, entre ellos los de las minas.

Ya antes del desastre de Annual, Mesod A. Benaim había hecho de intermediario para intentar hacer entrar en razón a los Abd el-Krim, de quienes era amigo, que se habían distanciado de los españoles.

En septiembre de 1921, el cónsul de Uxda encargará a Jacob Benhamú un servicio a cambio de probar su fidelidad a España: liberar a dos prisioneras que se encuentran en casa del caíd Ben-Chelal. Una vez liberadas, María Martín y Antonia Galán, madre e hija de cincuenta y veinte años respectivamente, no tendrán más que palabras de agradecimiento para su salvador. Porque Jacob Benhamú no sólo conseguirá convencer al caíd de que las libere, sino que, gracias a él, podrán viajar y llegar sanas y salvas a la frontera francesa. Claro está que, para ello, Jacob habrá de pagar de su bolsillo el alquiler de mulos y caballerías. Con esta acción, al menos, quedará limpio de sospecha.[48]

EL HIMNO DEL DESQUITE

Y LA CAPITULACIÓN

La duquesa de la Victoria, que es quien comanda el eficiente sistema sanitario de la Cruz Roja que está sustituyendo al miserable dispositivo sanitario militar existente en Melilla, no ha perdido el tiempo. Los días 30 y 31 de julio, Lola Montes va a cantar en el teatro Reina Victoria de Melilla su cuplé El novio de la muerte. Al estreno del cuplé, que ya se ha hecho famoso casi antes de que nadie se sepa la letra, asistirá el teniente coronel José Millán Astray, el jefe de la recién creada Legión, que lleva tan sólo una semana en la plaza, pero ya tiene fama de dirigir una unidad militar prodigiosa.

Millán Astray, que es, sobre todo, un estupendo relaciones públicas, adapta con enorme rapidez la letra de la canción a una historia real: según el relato del

teniente coronel, la letra está basada en la muerte del primer legionario en caer, en enero de ese año, el cabo de la 6.ª Compañía de Ametralladoras de la Segunda Bandera del Tercio, Baltasar Queija de la Vega. Siguiendo con su versión, quienes recogieron su cuerpo encontraron en su poder una carta en la que le anunciaban la muerte de su novia. Millán no lo duda y encarga que se adapten tanto la música como la letra al ritmo de una marcha militar.

El desquite ya tiene su himno, que es el de la unidad que lo va a protagonizar. Navarro no lo sabe.

En el extranjero, la guerra del Rif también conmociona. A finales de julio, Francia, en solidaridad con España, y por su propio interés, cierra su frontera con el Rif para impedir el tránsito de los rifeños y evitar así la formación de nuevas harkas. Muy pronto, además, llegarán a Melilla voluntarios de otros países, Portugal y Argentina.

Ante la imposibilidad de utilizar los aeródromos de Nador y Zeluán, desde la Comandancia se ha decidido con acierto construir uno provisional en los terrenos de la Hípica. A principios de agosto, llegan refuerzos. Son las escuadrillas de Tetuán y Larache, que aterrizan en el nuevo aeródromo. Todos los aparatos son De Havilland. Cuando las condiciones atmosféricas lo permiten, los aeroplanos sobrevuelan los únicos tres poblados que resisten para abastecerlos de víveres y municiones.[49] Esto anima tanto a los sitiados que incluso algunos hombres salen, sin permiso, a recoger paquetes. Julián Pavón Porras, llamado Pavisita, será uno de ellos. Caerá acribillado a balazos, a pocos pasos del aeródromo de Zeluán.[50]

Desde la Alcazaba, el capitán Carrasco informa diariamente al general Berenguer de la situación. Desde el 24 de julio se han quedado sin agua y apenas disponen de municiones. Pide refuerzos, que nunca vendrán. A su vez, Berenguer, desde Melilla, le anima para que resistan. El 1 de agosto le comunica a Carrasco que dentro de pocos días la Alcazaba deberá servir de escalón de repliegue para la columna de Navarro, que está ahora en Monte Arruit. ¿Es una broma o es que no sabe que ningún hombre en el frente está en condiciones de hacer nada a favor de los intereses españoles?

El teniente coronel Pardo recibe las mismas llamadas a la resistencia en Nador. Berenguer insiste en que aguanten otros seis o siete días.[51] Sabe también que no enviará refuerzos, al menos hasta dentro de bastantes días, porque su prioridad es

defender Melilla. Por supuesto, eso no se lo transmite a ninguno de los jefes que combaten en el frente.

En Zelúan y en Nador llevan diez días resistiendo, pero ya no van a poder seguir haciéndolo. Ahora sólo se piensa en la rendición.

En Nador, desde prácticamente el inicio del asedio, los refugiados en la fábrica de harinas reciben proposiciones de capitulación por parte de su enemigo. Al principio, las desoyen, pero poco a poco el teniente coronel Pardo irá tomándolas en consideración. El ofrecimiento será siempre el mismo: la entrega de armas a cambio de salvar la vida. A finales de julio ya han gastado casi todas las municiones y sobreviven a base de harina de trigo y agua salada. Entre heridos y enfermos, las bajas sufridas desde el inicio del asedio ascienden ya a 45.

El 31 de julio los sitiados ven llegar nuevas partidas de jinetes que se concentran en los alrededores. Los informes de los confidentes hablan de un contingente de 1.500 hombres, aunque pronto se sumarán los desertores de la Policía y de los Regulares: 800 jinetes y 4.000 hombres de a pie dirigidos principalmente por la familia Mizian, originaria de un aduar de Nador.[52]

Los rifeños establecen su cuartel general, llamado Dar el Majzén, en la iglesia del poblado. Entre seiscientos y ochocientos hombres comandados por el caíd Bulahia, de la cabila de Beni Tuzin, llegan a Nador. Bulahia, antiguo rival de Abd el-Krim y famoso por sus hazañas en Abarrán, viene ahora como máximo representante del líder para poner orden entre los cabileños que forman la harka.[53] Porque, ante la súbita caída de la Comandancia General, el caos se ha apoderado de todas las instancias, incluso de las organizaciones rebeldes.

Algunos notables andan ya negociando a espaldas de Abd el-Krim, y el líder rifeño pretende erigirse en el único interlocutor de los españoles. Quiere evitar el avance hacia Melilla de los harkeños más díscolos y descontrolados; recuperar todo el botín, el armamento y material de guerra que sabe que algunos ocultan, y negociar la rendición de los españoles con el respeto y las normas humanitarias pertinentes.

Abd el-Krim sabe que no es tarea fácil porque Nador, Zeluán y Monte Arruit están en territorio de las cabilas orientales, es decir, las de Guelaia (Mazuza, Beni Bu Ifrur, Beni Sicar, Beni Sidel y Beni Bu Gafar), y en el de las cabilas de Quebdana, Ulad Setut y Beni Bu Yahi. Para los resistentes rifeños, estos

cabileños no pertenecen al verdadero Rif, el central, ya que están situados al este del río Kert, a partir de Monte Mauro o de la cabila de Beni Said. Y no son gente de fiar, porque antes ya han claudicado ante los cristianos.

Lo cierto es que ni siquiera dentro de estas cabilas hay una posición unánime ante la guerra que se libra. Porque en Marruecos hay una guerra contra los españoles, sí, pero que también divide a los rifeños en dos bandos: uno, el de los que están del lado de los ocupantes; otro, el de los que se unen a la resistencia rifeña.

Entre las fracciones de cabila, e incluso entre los poblados y las familias, los hay que se unen a la lucha de Abd el-Krim, temerosos de sus amenazas, y otros se mantienen fieles a los españoles, por conveniencia o también por miedo a las represalias. Por último, hay otros que se mantienen a la expectativa, haciendo malabarismos para evitar tomar otra opción hasta tener claro quién gana la partida. No obstante, temen que los acontecimientos se vuelvan en su contra, y a finales de julio piden a Abd el-Krim que les envíe una harka para reforzar la suya y defenderse de los españoles. Pero Abd el-Krim no se fía de algunos notables de las cabilas de Guelaia, porque llevan mucho tiempo acostumbrados a tratar y comerciar con los españoles, generándose fricciones y conflictos, y acumulándose rencores de un lado y de otro. Ser vecinos conlleva sus riesgos. Por eso Abd el-Krim les pondrá condiciones: que envíen a sus familias a la zona del Rif, es decir, quiere utilizarlos como rehenes.

Los españoles no ignoran las desavenencias que se producen entre sus enemigos. Los confidentes hacen bien su trabajo e informan de que el 31 de julio los notables de las cabilas de Guelaia, Ulad Setut y Quebdana se han reunido y han acordado no unirse a los rebeldes de Abd el-Krim porque temen las represalias de los españoles. Berenguer sabe que esto les favorece y quizás confía en que el conflicto entre las cabilas llegue a más y se produzca el milagro de qué las harkas rebeldes se disuelvan. Al fin y al cabo, no es la primera vez que esta estrategia les funciona.

Las harkas que cercan Zelúan, Nador o Monte Arruit nada tienen que ver con la organizada y entrenada harka que dirige Abd el-Krim personalmente. Desde Nador hasta Segangan, los cabileños de Guelaia, a excepción de los de Beni Sicar, se dedican al saqueo sin miedo a las posibles represalias de Abd el-Krim. Los lugareños son quienes sostienen la mayor parte de la acción.

A las nueve de la mañana del 2 de agosto, los sitiados en la fábrica de harinas reciben a uno de los muchos emisarios rifeños que se han acercado los últimos días para negociar la capitulación. Esta vez viene con un ultimátum: tienen hasta la una de la tarde para abandonar la posición. Si entregan las armas, les promete escoltar a todos hasta el Atalayón, y alcanzar así Melilla. El teniente coronel Pardo reúne a sus jefes y oficiales de inmediato y todos están de acuerdo en aceptar la propuesta. No hay tiempo que perder. Después de depositar en el patio exterior del edificio los 150 fusiles y los 3.000 cartuchos que les quedan, salen todos de la fábrica y, escoltados por los jefes moros, emprenden la marcha hacia la segunda caseta.

Llegan allí sobre las cinco y media de la tarde. Hay tres automóviles con enfermos y una caravana tristísima de soldados de diferentes regimientos, guardias civiles, oficiales y paisanos. Entre las fuerzas al mando del general Sanjurjo que les reciben, muchos están perplejos y extrañados. El general se muestra contrariado porque Nador se ha rendido y no se ha hecho nada por socorrerla, pese a que 17.000 hombres de refuerzo se encuentran ya en Melilla, a tan sólo quince kilómetros de la posición. Nadie lo entiende y menos los refugiados. Muchos de ellos se sienten humillados y rehúsan ser fotografiados o entrevistados. No hay alegría de ningún tipo, nadie quiere hablar. El famoso corresponsal de ABC, Gregorio Corrochano, observa la escena junto a su buen amigo el general Sanjurjo. Se irá con todos los de Nador a Melilla en el tren de la Compañía Española, al que llamará «el tren de duelo».[54]

A pesar de la sensación de derrota y los sufrimientos de la guerra, el balance de las bajas en Nador es menor que en el resto de las posiciones abandonadas: de las 55 bajas registradas, sólo diez corresponden a muertos: el comandante Sahún, de Infantería; el teniente Iglesias, de Intendencia; cinco de tropa y tres paisanos.[55] En Nador, los rifeños han cumplido su palabra. ¿Será gracias a la presencia de Bulahia por lo que se ha conseguido evitar una masacre? Probablemente.

En la Alcazaba de Zeluán nada saben de la rendición de Nador. Los cadáveres se acumulan, la enfermería está llena, el ganado ha muerto de sed, no quedan víveres y llevan dos días sin agua. La situación es dramática e insostenible. Por la mañana, el capitán Carrasco reúne a sus oficiales y decide pedir a Berenguer la autorización pertinente para la rendición, que éste le concede.

A la caída de la tarde, Carrasco manda suspender el fuego. Acompañado del teniente Fernández, sale a parlamentar con los jefes moros y el caíd Ben Chellal, de la cabila de Beni Bu Ifrur. Acuerdan la salida de la guarnición para el día siguiente, sin armas, y la garantía de respetar las vidas de los asediados hasta alcanzar Melilla. Carrasco accede a que salgan unas cincuenta mujeres rifeñas con sus hijos, que eran sus rehenes y son familiares de los policías indígenas de la guarnición.[56]

En el aeródromo, el alférez Juan Maroto sigue la escena. Allí todos piensan también en que la única salida es la rendición. Por la tarde, un jefe de la harka se acerca con bandera blanca, seguido de un grupo, para parlamentar. El teniente Martínez Vivancos ordena cesar el fuego. Pero el grupo de rifeños aprovecha la tregua e irrumpe con violencia en el aeródromo. Todo sucede muy rápido, sin tiempo para reaccionar. Los rifeños entran en masa, saquean, disparan, y desarman a los españoles que son traslados al poblado de Zeluán.[57]

Juan Maroto, con la sangre muy fría y la cabeza en su sitio, aprovecha el tumulto para hacerse con unas cerillas y quemar los bidones de gasolina y los seis aviones que están en el hangar. Consigue salir de allí a duras penas, y en su huida hacia la Alcazaba es hecho prisionero. Aún pasarán dieciocho meses hasta que por fin pueda alcanzar Melilla.

Los hombres del aeródromo pasan la noche en el poblado, desnudos y encerrados. Desde allí ven arder las instalaciones y, al día siguiente, presencian la rendición de la Alcazaba. El 3 de agosto, sobre las doce de la mañana, los rifeños les dejan marchar. O en un principio eso parece, porque minutos después los persiguen por el llano, los matan a tiros o los pasan por las gumías. Muy pocos lograrán escapar.

Desde la Alcazaba, también ven arder el aeródromo, pero nada más y, aunque no se oyen tiros, muy pocos podrán dormir tranquilos. El mismo día 3, muy de mañana, tal y como se acordó ayer en la capitulación, los harkeños acuden a llevarse el armamento. Pero, al igual que en el aeródromo, apenas alcanzan la fortaleza, irrumpen con violencia en ella, dedicándose al saqueo. Incendian la enfermería y concentran a todos en el llamado patio de Moreno o de la Casa Ina, llamada así por el nombre de una conocida bebida jerezana.[58] Los que huyen, despavoridos, son perseguidos y tiroteados sin piedad por grupos de jinetes.

José Aleajos Mateos, un hortelano de Ciudad Rodrigo, ahora soldado del

Regimiento de Infantería África, es uno de los que sale corriendo en dirección a Nador. Pero a pocos metros de la Alcazaba un harkeño le hace prisionero y le obliga a regresar. Así es como presenciará la muerte del capitán Carrasco y del teniente Fernández, que, amarrados juntos a un poste, son quemados vivos después de ser torturados, insultados y acribillados.[59] No hay piedad para ellos porque sus formas de proceder en los poblados y entre los policías indígenas tienen enfurecidos a los cabileños, que ansían vengarse de ellos. Pero no son los únicos que sufren una muerte espantosa. Tanto la tropa como los civiles, despojados de sus ropas, correajes y dinero, son disparados a quemarropa justo a la entrada de la Casa Ina. Los que estaban dentro morirán carbonizados después de que los sitiadores prendan fuego al caserón. Una matanza de la que muy pocos se librarán.

El 14 de octubre, cuando se recupere la posición, los españoles contabilizarán quinientos cadáveres putrefactos, y lo que es peor, mutilados o carbonizados. Las escenas de lo allí vivido circularán por toda España, conmocionando a todos. La prensa no escatimará detalles. El capitán Martínez de Campos, presente cuando las tropas entran en Zeluán, diría al acercarse a la Casa Ina: «Aquello más que casa parecía un matadero, pues en su recinto hallamos más de cien cadáveres, abiertos unos en canal, otros clavados en la pared, muchos con los atributos sexuales carbonizados, y todos con la mueca del dolor más agudo en la lividez de sus rostros».[60]

En Melilla, el 2 de agosto, nada se sabe de la rendición de Nador ni de Zeluán. «Nador, Zeluán y Monte Arruit continúan defendiéndose», dirá El Telegrama del Rif. Lo importante en Melilla es que el general Cavalcanti acaba de tomar posesión de su cargo al frente de la Comandancia General y que se ha recuperado sin incidentes el cadáver del coronel Morales.

Abd el-Krim ha tenido un rasgo de generosidad al facilitar que el cuerpo del que en algún momento fue su amigo, el coronel Gabriel Morales, pueda ser enterrado por su familia. En cuanto ha sabido de la suerte de su antiguo amigo, el líder rifeño no lo ha dudado. El cuerpo de Morales lo entregan algunos combatientes de la confianza de Abd el-Krim en la playa de Sidi Dris y lo recoge una dotación del cañonero Laya. En el buque hay un ataúd de zinc, muy oportuno, porque el cadáver de Morales lleva pudriéndose desde el 22 de julio.

En Melilla, la familia recibe el cuerpo y su hermano, el capitán de navío Bartolomé Morales, exige reconocerle. Tras hacerlo, cierran el ataúd y lo

envuelven con la bandera nacional. Desde el puerto, el cortejo fúnebre se dirige al cementerio, al Panteón de los Héroes, donde se procede al entierro rodeados de mucha gente.[61]

Quizás no es el momento para que nadie lo recuerde, pero si se hubiera hecho caso de lo advertido por Morales es posible que Melilla no estuviera en una situación tan apurada. El responsable de su final también está muerto, aunque nadie dice saber dónde está su cuerpo. El general Silvestre no puede rendirle honores ni pedirle disculpas.

Fuera de los muros de la ciudad, los guerreros rifeños en rebeldía campan a sus anchas.

Hasta el 7 de agosto El Telegrama del Rif no dará noticias sobre la caída de Zelúan ni sobre la de Nador en manos del Ejército rifeño, o más bien, de las cabilas sublevadas. Monte Arruit, con los restos de la columna de Navarro, es lo que acapara ahora toda la atención. En la península, gracias a las crónicas de algunos corresponsales, quizás más intrépidos o valientes o que no tienen miedo a la censura, los lectores están mejor informados. Es muy difícil que un Cándido Lobera administre lo que hay que contar y lo que no.

El enviado especial Gregorio Corrochano, de ABC, es un ejemplo de buen periodismo. Cuando en 1921 llega a Melilla a cubrir la guerra del Rif tiene 39 años. Lleva a sus espaldas una larga carrera como periodista, primero en el rotativo madrileño La Mañana, y luego en la revista Ecos, donde comienza escribiendo críticas teatrales y taurinas. Estas últimas serán las que más le darán a conocer, pero sus crónicas como corresponsal en la guerra del Rif le consagran definitivamente como uno de los periodistas más famosos y conocidos de la época. Corrochano ejercerá como corresponsal en Marruecos hasta 1927 y con ello quedará ligado especialmente a Melilla, ciudad a la que volverá reiteradamente. Junto a su amigo íntimo el general Sanjurjo, al que le une su gran afición taurina, impulsará en la ciudad la construcción de una plaza de toros que llevará el nombre de la Mezquita del toreo. También se embarcará en distintos proyectos culturales y editoriales en Marruecos.

El 4 de agosto, desde ABC, tres días antes de que lo haga El Telegrama del Rif, Corrochano informa a sus lectores de que hay rumores más que preocupantes sobre la situación de Nador y de Zeluán. Los aviadores que han sobrevolado el frente confirman que la Alcazaba de Zeluán está en llamas y que en Nador

también se ven arder algunos barracones. Al día siguiente, la portada de ABC no deja lugar a dudas, ya que aparece en ella una foto de los oficiales y soldados procedentes de Nador tomando el tren para trasladarse a Melilla desde la segunda caseta. Ahora sí, la evacuación de Nador y Zeluán quedan confirmadas, aunque habrá que esperar para saber exactamente lo que ha pasado en Zeluán.

Pero los melillenses, pese al retraso informativo que sufren en su periódico de referencia, saben lo que está ocurriendo. Y lo saben porque están allí mismo, a pocos kilómetros de donde acontecen los hechos, y tienen muchos otros medios para enterarse de la dramática situación que se vive: entre otros, los heridos, los refugiados y los que han podido escapar del frente, que vuelven a Melilla. Durante los últimos días han llegado más de un millar de hombres desgarrados, atados a mulos o en el tren que fue minero. Algunos, muy pocos, en las ambulancias motorizadas. La lista no parará de crecer en los próximos meses. Entre agosto y finales de noviembre, los combatientes atendidos en Melilla superarán los cuatro mil.[62]

Los hospitales de Melilla no son suficientes. El Docker, el Alfonso XIII, el Gómez Jordana, la enfermería indígena, el Central, todos ellos están desbordados. Es preciso habilitar como hospital el Casino militar y el local de exposiciones del Centro Comercial Hispano-Marroquí y se añaden nuevos barracones a los existentes. También se convierte en hospital el cuartel de Santiago al completo, se rehabilita el cochambroso de la Alcazaba y se levanta un hospital para palúdicos junto al fuerte de Reina Cristina. Hay una auténtica fiebre por levantar hospitales en la ciudad. La situación lo exige.

El hospital Docker, el de referencia y más importante de la ciudad, destaca entre todos por su suciedad, su falta de higiene, su deterioro. Construido en 1910, tiene 750 camas distribuidas en los distintos barracones de madera, las más de las veces podrida, sin pintar, descuidados… En principio eran provisionales, se iban a cambiar por unos de mampostería, pero ahí siguen en pie, sin ningún tipo de reformas. No hay tampoco suficiente personal y, en medio de tanta suciedad y dejadez, los parásitos campan a sus anchas. Los barracones del Docker estaban considerados «más odiosos que las cárceles».[63] Los combatientes no quieren ir allí. Piden que se les lleve al hospital de la Cruz Roja, que es la cara opuesta.

Desde la península, conocido el desastre de Annual, las mujeres de la alta sociedad se han movilizado para echar una mano. María del Carmen Angoloti y Mesa, duquesa de la Victoria, viaja a Melilla como embajadora de la Cruz Roja.

Horrorizada por la atención médica y las condiciones sanitarias de los hospitales, y viendo la incapacidad de la administración militar para gestionar todo aquello, consigue rehabilitar el edificio de las Escuelas Graduadas Mixtas de Melilla, que estaba en desuso, y convertirlo en un modélico hospital. Atendido por damas de la Cruz Roja y por las religiosas de San Vicente de Paúl, pronto destaca por su higiene, buena alimentación e inmejorable atención a los enfermos y heridos. Muy pronto es elogiado por todos y recibe numerosos donativos. Además, gracias a la buena gestión de la duquesa, su mantenimiento resultará más barato que el del resto de los hospitales militares, donde los trapicheos con medicinas, mercancías, víveres, etc., desvían de forma vergonzosa los fondos destinados a esos hospitales.

En Melilla, el nuevo hospital de la Cruz Roja acapara la atención de todos. La duquesa de la Victoria, acompañada las más de las veces de señoras distinguidas, como las señoritas Merry del Val o las Benavente, no pasa desapercibida. Mientras todo se derrumba en el frente, las visitas de renombre al hospital de la Cruz Roja se suceden. El 4 de agosto, acudirá el infante don Alfonso; el día 6, el general Berenguer.[64]

Pero el problema de los heridos no acaba en Melilla. En el frente, la escasez de medios es notoria. La Jefatura de Sanidad Militar de Melilla cuenta con un total de 95 oficiales médicos, dos oficiales de la escala de reserva de Sanidad Militar y 410 sanitarios para asistir a más de veinticuatro mil hombres. Los médicos destinados en el frente son tan sólo veintidós. Los hospitales de campaña, consultorios o enfermerías suelen estar instalados en precarias tiendas tortuga, fáciles de atacar desde todos los ángulos, claramente desprotegidos. El material de curación, como los botiquines, es escaso o directamente brilla por su ausencia. Tan sólo se cuenta con cuatro ambulancias y el número de camionetas Ford en el que se evacuará a los heridos es igualmente ridículo. Tras el 21 de julio, todo se derrumba, únicamente quedan los hospitales de Melilla para atender a los heridos. Y ni siquiera éstos serán suficientes, habrá que habilitar otros en la península.

En Madrid, el Gobierno de Allendesalazar vive sus últimos días. En el último Consejo de Ministros celebrado el 2 de agosto, antes de que se cierren las Cortes por el periodo estival, el principal tema a tratar es Marruecos. No hay noticias oficiales de la evacuación de Nador ni de la rendición de Zeluán, aunque muchos periodistas ya preguntan por ello. También se han aprobado créditos extraordinarios para hacer frente a los gastos militares necesarios para enderezar

la situación. Nadie parece tener idea de cómo hacerlo, aunque saben que va a costar dinero, y mucho. Todos se preguntan sobre las causas de la hecatombe y se exige depurar responsabilidades por lo ocurrido. El 4 de agosto, el Gobierno de Allendesalazar encarga al general Picasso, miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina, que abra una investigación para conocer las responsabilidades militares, políticas e institucionales de la derrota.

El 13 de agosto, Picasso viajará a Melilla para empezar su investigación. No regresará hasta el 23 de enero de 1922, después de interrogar a todo soldado que vuelve y recopilar toda la información posible.[65] La gravedad de los acontecimientos impone un cambio político y hay rumores de que el vizconde de Eza ha presentado su dimisión. Aun así, Allendesalazar se resiste a hablar de crisis y declara que no debe haberla, equiparándola a una deserción.[66]

En la parte oriental del Rif, todas las cabilas, salvo Beni Sicar, se han sublevado. La guerra no pinta nada bien para los españoles. La rendición de Nador y, sobre todo, la de Zeluán tampoco auguran nada bueno para los que aún resisten en Monte Arruit. Perder estas posiciones supone no poder utilizarlas para un próximo avance de las tropas españolas y dificulta aún más ir a socorrer a los que se retiran mandados por el general Navarro.

14

Monte Arruit

(del 29 de julio al 9 de agosto de 1921)

Mientras, en el frente, sólo una posición resiste: Monte Arruit. Allí han ido a parar todas las fuerzas que han podido salvarse después de la retirada que empezó hace ya una semana.

El 29 de julio, la entrada de los hombres de Navarro a la posición es recibida con «una tremenda excitación nerviosa» por los allí asediados.[1] Apenas a un kilómetro de alcanzar la meta, la columna que llega ha sido muy duramente hostilizada por sus adversarios. Los compañeros situados en la posición no acuden a socorrerlos, a pesar de las órdenes dadas por el entonces jefe, el capitán del Regimiento San Fernando Jesús López Vicente. Los harkeños, bien emplazados, les han atacado por los cuatro costados. La entrada a Monte Arruit no es muy airosa, se hace a la desbandada y es un auténtico desastre. El pánico se apodera de la tropa y, a pesar de los intentos de los oficiales por contenerlos, muchos se dan a la fuga. De nada servirán los gritos de «¡A mí mis soldados!» del general Navarro.[2] La Policía Indígena, a la cabeza de la columna, deserta, y disgregadas las fuerzas, el combate cuerpo a cuerpo es sangriento: los harkeños rematan con saña a los heridos; muchos caen, hay unos 150 muertos que no podrán ser recogidos por sus compañeros. Los que llegan, pierden además toda la artillería.[3]

Una vez que consigue entrar en la posición, Navarro toma el mando. Atrás han dejado más de setecientos compañeros muertos. Viene con casi 2.500 hombres, pero están rendidos y desmoralizados. Entre ellos, 252 están heridos o enfermos. Junto a la guarnición original de casi mil hombres, el general Navarro organiza la defensa con un total de algo más de 3.000 soldados,[4] todos ellos desmoralizados.

A través de un heliograma, el general Navarro desvela su estrategia ya fallida, que ha dejado de lado las últimas órdenes de Silvestre de esperar en Ben Tieb o en Dar Drius, donde había agua en abundancia, hasta la arribada de refuerzos:

«He llegado con el resto de la columna a Monte Arruit. Creo que ya no me será posible seguir retirándome».[5]

Navarro reconoce en ese mensaje la inutilidad de su intento de llevar a las disminuidas y sedientas tropas hasta Melilla. Y conduce a los restos de su ejército hasta la peor de todas las opciones posibles, Monte Arruit, sin agua. Dirá después que seguía órdenes de Berenguer, pero su jefe lo negará y él no aportará ninguna prueba de ello.

El general procede entonces a organizar la defensa: en la puerta de entrada emplaza al capitán Triana con cincuenta hombres y seis oficiales del Regimiento Alcántara. Desde la derecha de la entrada se distribuyen, por este orden, los restos que quedan de los regimientos Melilla, África, de Ingenieros, Ceriñola, San Fernando, el de Caballería y el de Artillería, que cierra por la izquierda.

Navarro se informa de cuál es la situación, que es desoladora: no hay apenas víveres; faltan medios de cura y la gangrena hace ya estragos entre la tropa; no hay más municiones que las pocas que ha traído su maltrecho ejército con él, y los muertos se amontonan porque enterrarlos es un martirio, ya que el terreno, pedregoso, no lo permite.[6] Pero lo que es más grave, como siempre, es la falta de agua. El agua del pozo del que disponía la posición está contaminada, así que, para conseguirla, hay que salir, atravesar unos doscientos metros sin posibilidad de refugiarse, llenar las carricubas y volver bajo los disparos de los harkeños. Para ello se organizan por turnos entre los cuerpos: dieciséis hombres y un sargento, desarmados, se encargarán diariamente de hacer la aguada.[7] O de intentarlo, porque muchos caen en el intento.

Están rodeados por una enorme concentración de guerreros rifeños. Hay quien dice que más de 10.000, aunque las informaciones son confusas porque el aparato de Inteligencia de Morales ha muerto en parte con su jefe. Pero lo realmente grave no es su número, sino su composición: se estima que hay cuatrocientos de Beni Said y de Beni Ulichec,[8] pero la mayoría son de Metalza y de Beni Bu Yahi, dos tribus «sobrecargadas» de razones para odiar a los españoles. Dos tribus que, juntas, suman una considerable extensión de territorio sin rendir a la presencia española, pues, a partir del Kert, hay una región que no reconoce ni la autoridad de España ni la del sultán.[9]

Cuando están cerca, Abd el-Krim tiene algunas razones para sentir que su poder se cuartea. Porque los guerreros de Metalza y de Beni Bu Yahi no tienen deseo

alguno de compartir ni el botín ni la venganza, que se prevén jugosos. Es la primera vez que Abd el-Krim siente temblar su liderazgo. Hombres como Bu Rahail, de Metalza, lo hacen patente.

Las confidencias sobre esos asuntos llegan a Berenguer, y éste da cuenta al ministro de haber recibido una muy poco tranquilizadora nota del enviado a negociar sobre los prisioneros con el líder rifeño: dice que Abd el-Krim hace todo lo que puede para que se cumpla lo pactado con los españoles, pero que «tropieza con grandes dificultades, pues los de Beni Bu Yahi y los de Metalza no le obedecen».[10] Muchos notables se niegan a entregarle las armas y los prisioneros que han conseguido tomar durante la retirada, tal como él había ordenado.[11] Por ejemplo, Kaddur Namar, de Beni Said, que tiene en su casa a los prisioneros de Dar Quebdani, pretende negociar su liberación directamente con los españoles.[12]

En Nador también han surgido problemas. Los de Beni Bu Ifrur se han enfrentado a los de Beni Sidel por el reparto del botín, y se han producido varias bajas en las disputas por él. Los de Beni Said, Beni Ulichec y las distintas cabilas de Guelaia no se ponen de acuerdo sobre qué hacer con el armamento: unos quieren almacenarlo, otros repartirlo y, sobre todo, muchos se oponen a entregarlo, tal y como ha exigido Abd el-Krim.[13] Pero un incidente conmociona especialmente al líder rifeño: en Nador, veinticinco beniurriaguelíes han sido fusilados por teóricos aliados cuando intentaban imponer su voluntad.

El líder de los de Beni Urriaguel, que quiere serlo de todos los rifeños, tiene que optar ese día por seguir con la idea de su soñada República o por iniciar una guerra civil. En la cabila de los beniurriaguelíes suenan los gritos por la guerra civil.[14] Los hombres están indignados con los de Metalza y Beni Bu Yahi. Abd el-Krim les contiene. Opta por mantener la unidad política, aunque eso le cueste mermar su autoridad personal.

En Monte Arruit, hasta ahora al menos, los harkeños no han hostilizado la posición con dureza. Los que llevan allí desde la retirada cuentan incluso que, a veces, los cabileños de la zona se acercan a los parapetos para venderles tabaco o pan de cebada. Otras, en cambio, disparan.[15]

Al principio, el sargento González Rastreco del Regimiento África y un grupo de voluntarios salían diariamente a hacer batidas en el poblado. Saqueaban lo que podían, mataban o desalojaban a algunos policías desertores y, de paso,

permitían a sus compañeros realizar la aguada. Pero el 29 de julio González Rastreco es herido en la cabeza de una pedrada y además el fuego enemigo se intensifica, así que se suprimen las salidas.[16]

Cuando los hombres de Navarro llegan a Monte Arruit, los rifeños rebeldes tienen tomado el poblado y el antiguo campamento, y esto les permite hostigar al enemigo a cubierto. Además están construyendo trincheras en la estación de tren. A menos de doscientos metros de la posición, desde los edificios de las cantinas abandonadas, los harkeños arrojan sin descanso granadas de mano, dinamita y piedras. Los españoles se ven obligados a estar continuamente en los parapetos.

Con los tres cañones abandonados por la tropa de Navarro en su loca huida, los rifeños se afanan en tirar 120 granadas el primer día, lo que se traduce en treinta muertos.[17] No hay duda de que saben disparar y graduar las espoletas, pese a los rumores que corren entre los soldados españoles que dicen lo contrario.[18] Se especula incluso sobre si hay europeos entre los artilleros, y no les falta razón a quienes lo afirman porque algunos prisioneros españoles han sido obligados a tirar contra sus compatriotas. José Expósito, artillero segundo de la 1.ª Batería de Montaña, es uno de ellos. Gracias a su buena puntería, los rifeños rebeldes le colocan incluso los galones de sargento y le pagan además seis duros al día.[19] Con buen criterio, los rifeños irán cambiando el emplazamiento de los tres cañones arrebatados a la columna de Navarro y días después conseguirán abrir una brecha en la posición.[20] Esto significa librar muchos combates cuerpo a cuerpo, con un elevado número de bajas.[21]

Entre los hombres de la harka que rodea ahora la posición se encuentra Mohamed Ben Bohut bel Hach, exteniente de la Policía Indígena, que se ha desplazado desde Zeluán con su cañón a cuestas para seguir la lucha contra los cristianos.[22]

Al día siguiente de la llegada de Navarro, el combate es ya muy fuerte y así lo será hasta la fecha de la capitulación. Los sitiados reciben unos cuatrocientos disparos de artillería al día y carecen de medios para construir defensas[23] porque con una ametralladora y catorce cajas de municiones poco pueden hacer frente a su enemigo.[24] Únicamente disponen de 45 cartuchos por soldado.[25] Por ello, Navarro da una orden terminante: sólo se puede disparar a blancos que estén a cincuenta metros de distancia, a excepción de los tenientes Climent, del Regimiento Alcántara, y Prieto, de la Policía, que son designados

francotiradores, es decir, «contra-pacos»,[26] un oficio para el que se requiere no sólo buena puntería, sino también mucha paciencia, tanta como la de un cazador rifeño.

Navarro designa también al teniente Gilaberte para que, desde el parapeto y con la ayuda de sus prismáticos, avise al corneta del momento en que se van a producir los disparos de artillería del enemigo, y éste, a su vez, informe al resto de sus compañeros para que se pongan a cubierto como puedan o al menos se echen a tierra. [27]

Los harkeños también se organizan, aunque a muchos españoles les parezca que no lo hacen. Se relevan, por turnos, hasta que son sustituidos y pueden entonces regresar a sus aduares y descansar un poco. En esto su situación también es mejor que la de los españoles, que no tienen descanso ni agua.

Guarnecidos detrás de las chumberas o aprovechando cualquier acumulación de rastrojos, roca o edificación que sirva de parapeto o escondrijo, los pacos rifeños esperan pacientemente a que el enemigo se ponga a tiro y poder así hacer blanco. Porque, al igual que a los españoles ahora, no les sobran municiones.[28] En eso no hay diferencias entre un bando y otro.

La espera también es común: rifeños y españoles viven a ratos una tensa calma, en la que la incertidumbre desquicia a más de uno.

Durante el asedio, la atención a los heridos en el recinto es una auténtica pesadilla. La llegada masiva de hombres colapsa totalmente la enfermería. Al frente de la misma está el médico José Espina Rull, de Tarragona. Al ser considerada una posición de retaguardia, Monte Arruit dispone sólo de veintitrés camas, una sala de curas, un quirófano básico y un botiquín, que resultan totalmente insuficientes para los más de cuatrocientos heridos que hay en la posición. Con la columna de Navarro llegarán cinco médicos más, Teófilo Rebollar, José Rover, Enrique Videgain, Miguel Fernández Andrade y Felipe Peña Martínez.

El teniente médico Felipe Peña Martínez, agregado del Regimiento San Fernando, es bonaerense, aunque criado en Villagonzalo, un pequeño pueblo de Badajoz. Como el resto de sus compañeros, no tiene más de treinta años y muchos se conocen desde su paso por la Academia de Sanidad Militar.[29] Viene de Ben Tieb, donde estaba a cargo del puesto de socorro. Durante el repliegue,

ha tenido que atender a numerosos soldados y oficiales heridos, improvisando camillas para transportarlos, siempre bajo fuego adversario. En la enfermería de Monte Arruit trabajan sin descanso atendiendo a los heridos, sin anestesia ni medios antisépticos. No dan abasto y los heridos se mueren, unos veinticinco al día, de cualquier infección o de gangrena. Hasta el 7 de agosto se contabilizarán 177 defunciones en la enfermería.

A falta de personal, Juana Martínez López, la cantinera de Batel, se ofrece a echar una mano. Juana, de 57 años, no tiene experiencia profesional en la materia, pero ha criado a sus cinco hijos sola y algo sabe de cuidados. Llegó a Monte Arruit el 23 de julio, de madrugada, después de haber conseguido subir a cuatro de sus hijos en un carro y ponerlos a salvo, camino de Melilla. Con el único hijo que le acompañaba, se refugió en la estación, defendiéndose del enemigo con fusiles que cogían de los soldados muertos. Así que arrojo y carácter tampoco le faltan, algo muy útil para estos tiempos de guerra.[30]

Cuando el teniente coronel Fernando Primo de Rivera resulta gravemente herido en el brazo izquierdo por una granada, Felipe Peña andaba distraído, observando el vuelo de un aeroplano. No ha oído el aviso del corneta, pero de inmediato se moviliza porque, en el parapeto, se han producido treinta bajas de una sola tacada.[31] Uno de los heridos es el teniente coronel. Felipe se pone en marcha para ayudar en lo que pueda.

A Primo de Rivera no queda otra que amputarle el brazo a lo vivo, y así se hace, sin anestesia, con un pañuelo empapado en agua de colonia. «Terminen pronto», dirá a los médicos que le asisten, Peña y Rebollar.[32] Serán sus últimas palabras antes de caer inconsciente. El teniente coronel, muy querido entre los suyos, no sobrevivirá. Morirá a los seis días, de gangrena, en brazos de la cantinera de Batel, Juana Martínez López, que es ya una institución en la enfermería.[33]

La muerte del segundo jefe del Regimiento Alcántara, Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, conmociona a todos los sitiados. Muere a la edad de 42 años tras una larga carrera militar a sus espaldas. Jerezano de una ilustre familia militar, con un porte aristocrático inconfundible, es admirado por todos por su valor en el campo de batalla y su buen hacer. Será uno de los pocos héroes del desastre de Annual y hasta el mismo rey Alfonso XIII irá a dar personalmente el pésame a su viuda.[34]

Víctor Ruiz Albéniz, que firma sus crónicas, artículos y libros bajo el seudónimo

de El Tebib Arrumi, deja escrito lo que ha visto en Marruecos durante su larga estancia allí ejerciendo como médico. A falta de cualquier tipo de material sanitario «europeo» o de medicinas, los rifeños curan las heridas con emplastos hechos a base de cieno, leche agria y miel, buscando así la fermentación. Luego, curan las heridas al sol, cosa fácil pues de eso no falta:

Amojan los bordes y dilatan con cortes de gumía para hacer llegar bien adentro los efectos esterilizadores de los rayos solares […] Como instrumental quirúrgico, gumías y planchas de hierro. Pero Alá prohíbe toda clase de mutilaciones, así que los heridos prefieren muchas veces morir antes de ser amputados de algún miembro. Los tebib, es decir, los médicos, echan jarros de agua fría a los que tienen fiebre.[35]

Los rifeños que mueren reciben sepultura bajo una buena provisión de tierra. Los cuerpos de los arumis, como ya se ha hecho en Temsamán, en Igueriben, en Annual o en tantos otros lugares, se quedan para que los devoren el sol o las fieras, como pasó en otras batallas.

El 30 de julio, al día siguiente de su llegada, Navarro consigue comunicar de nuevo con el alto comisario, esta vez también por medio de un telegrama heliografiado. No ha sido fácil ni lo será, porque hay bruma y el sol, aunque pega de lo lindo, no evita que el cielo esté nublado. A través de la estación de Zeluán, Navarro informa a su jefe de su crítica situación: «tropa desmoralizada, estoy convencido de la imposibilidad de replegarme más si no es con refuerzos; no tengo municiones: enemigo se apoderó de las últimas piezas».[36] Poco después recibe respuesta de Berenguer: no son buenas noticias, porque su superior le informa de que el levantamiento de las cabilas es general y el enemigo está llegando a Melilla. No puede socorrerles y le da incluso carta blanca para negociar con el enemigo. Le aconseja hacerlo con el caíd Ben Chel-lal, jefe de Beni Ifrur, «que, aunque rebelde, es del que estimo podrían obtenerse más ventajosas condiciones».[37]

Será el primer telegrama de una serie que recibirán los sitiados con el mismo mensaje una y otra vez. Pese a ello, Navarro no perderá su aplomo y, aunque dice que tiene autorización para negociar la rendición desde el mismo día de su

llegada, resistirá aún diez días más. No todos podrán presumir de lo mismo y se entiende que Navarro quede para la posteridad como un héroe. Hasta el propio Abd el-Krim le expresará su admiración cuando el general español sea más tarde liberado de su cautiverio.[38]

Por lo menos, Berenguer le informa de que un aeroplano saldrá al día siguiente para intentar abastecerles de municiones y víveres, si el tiempo lo permite. A los aviadores les resulta difícil atinar y casi todos los paquetes arrojados caen fuera de la posición. Los sitiados en Monte Arruit aprovecharán la noche para salir a por ellos y recoger lo que quede de algún bloque de hielo o sacos de pan, porque las municiones de poco servirán, destrozadas por el impacto. Entre el material arrojado y recuperado hay un ejemplar de El Telegrama del Rif de fecha 1 de agosto que informa en la portada de que en pocos días habrá 50.000 hombres en Melilla. Toda la tropa lo lee con avidez y entusiasmo. La realidad es que es un ejemplar ficticio, impreso exclusivamente para animarlos. A saber quién es el ingenioso en Melilla que inventó tan magnífica patraña… Aunque la noticia no faltará a la verdad: nadie vendrá a socorrerlos. Navarro lo tiene claro desde el primer día y algunos, como el capitán del Estado Mayor Sigifredo Sáinz Gutiérrez o el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, también.

Pero ¿por qué los aeroplanos no bombardean al enemigo? ¿Por qué se dedican infructuosamente a lanzar sacos de pan y hielo en vez de bombas? Eduardo Pérez Ortiz se desespera cuando ve llegar diariamente a los aeroplanos que no aciertan nunca en sus lanzamientos: su misión es «estéril, triste y ridícula» y los rifeños les dicen a voces y burlándose: «pájaros de gobierno tiran pan al moro».[39]

Al principio, los sitiados tienen suerte porque aún pueden comer una vez al día: garbanzos, un puñadito de arroz, cebada tostada…, pero a los tres días apenas queda nada. Se aprovechan entonces los mulos o caballos que mueren deshidratados o de algún disparo.[40] Como siempre, lo peor es la sed porque los harkeños pronto hacen trincheras en el río e impiden hacer las aguadas. A pesar de las bajas, no hay elección y diariamente saldrá alguno a buscar el agua. Hay días que sólo se consigue un jarrillo para cada cuatro hombres. Otros, aguantan sin una gota, paliando la sed como buenamente pueden, mezclando orines con agua de colonia o cualquier otro tipo de brebaje. Las carricubas quedan pronto inutilizadas por los disparos de los sitiadores, así que usan cubas de mano, morrales de pan, bolsas cañoneras de las monturas, latas… todo sirve para transportar el preciado líquido.[41]

Pérez Ortiz es el encargado de hacer el reparto diario del agua, que se entrega a cambio de vales previamente distribuidos entre los sitiados. Cuando llega el momento, todo el mundo se arremolina delante de los depósitos de agua, que han de ser custodiados día y noche para evitar asaltos. En las largas colas que se forman resulta casi imposible mantener el orden. Paisanos, niños, mujeres, soldados y oficiales, todos desesperados e impacientes, disputan y pelean, se empujan y gritan de angustia reclamando su ración de agua. Algunos niños, y también algunos enfermos, emplean la picaresca y se ponen dos veces a la cola intentando recibir una doble ración. A veces, Pérez Ortiz hace la vista gorda porque la situación es tan angustiosa, tan desesperada, que resulta difícil negar a nadie unas mínimas gotas.[42]

Entre la tropa asediada se encuentra María Gómez Gil, de 57 años, casada y procedente de un poblado cercano. Allí tenía casa y cantina, pero el 23 de julio los harkeños entraron en el pueblo y saquearon todo. Ella se refugió entonces en Monte Arruit con los hombres de Navarro y algunos otros civiles. No puede permanecer impasible ante lo que allí están viviendo, así que, sin más, uno de esos interminables e insufribles días, decide salir también ella a hacer la aguada. Y tiene suerte porque puede volver para contarlo, aunque con dos balazos en una pierna.[43] Dos balazos que no han tocado hueso.

El soldado José Rodríguez Álvarez, del Regimiento de Infantería África n.º 68, sale a hacer la aguada el día 2 de agosto, con muchos compañeros. Son doscientos hombres que, desesperados y sin una autorización previa, salen desarmados e inmediatamente son copados por los harkeños que, a gritos, les increpan. Pronto les rodean y hacen fuego: sólo vuelven veinte o treinta, casi todos los demás morirán, aunque algunos, con más suerte, serán hechos prisioneros.[44]

En la posición, hay hombres que no aguantan y, atormentados por la sed, saltan el parapeto para evadirse y muchos de ellos caen abatidos por los disparos de los sitiadores. Los centinelas, exhaustos, tienen que ser relevados cada pocos minutos. «Los soldados más que hombres parecían espectros», dirá el teniente García Benítez.[45]

Las noches no son mejores. Aunque baja la intensidad del fuego enemigo y el calor, las penalidades no cesan. La tropa ha de dormir al raso, al pie de los

parapetos, y sin perder la formación. Hay que seguir alerta. Pero lo peor es oír al enemigo al otro lado del poblado, en la estación, divirtiéndose, riendo, gritando e invitándoles a tomar el tren para Melilla.[46]

Los días transcurren sin que las penalidades para los sitiados amainen, pero también la tropa tiene que entretenerse cuando puede. A Eduardo Pérez Ortiz le llama Navarro para encargarle una gestión delicada: hablar con alguna de las prostitutas que están sitiadas allí para que dé alguna alegría a la tropa.[47] La sífilis será otro mal añadido a los sufrimientos de la guerra. La idea de Navarro no sólo es discutible desde el punto de vista moral, sino también desde el sanitario.

La noticia de la pérdida de Zeluán es un verdadero mazazo para los sitiados en Monte Arruit. Pese a que los oficiales han intentado convencerles de que las llamaradas que veían provenían de algunas casas del poblado, el enemigo, a voces desde las trincheras, les ha dejado claro que lo que arde es Zeluán: «arumi, ya no tener Zeluán».[48] El repliegue a Zeluán y luego a Nador queda descartado. Es un día que los hombres que resisten en Monte Arruit querrán borrar de su memoria. Intentan comunicarse en vano con el exterior para recibir noticias, porque Zeluán, la estación con la que se comunicaban por heliógrafo, no responde. Ha caído.

MELILLA COLAPSA

A principios de agosto, en la Comandancia General de Melilla, el alto comisario tiene clara su postura: las fuerzas de que dispone, aproximadamente veinte mil hombres, más las que están por llegar, no son suficientes para socorrer a las posiciones que se encuentran cercadas por el enemigo y al mismo tiempo asegurar la defensa de la plaza y de sus habitantes: «marchar con aquellas fuerzas a auxiliar Zelúan, Nador y Monte Arruit sería exponerlas a un fracaso y dejar descubierta la plaza que se hallaba amenazada por casi todo su frente», dirá Berenguer al ministro de la Guerra.[49]

Después de la caída de Nador y de Zelúan, Berenguer se centra en la seguridad de Melilla y en aislarla de la zona de conflicto. El 4 de agosto emprende la toma de la Restinga. Su idea es concentrar una columna allí, que avanzaría por Zoco el Arbáa, y otra que, desde Melilla, partiría hacía Nador, Zeluán y Monte Arruit,

para así recuperar dichas posiciones.[50] Tres compañías de fusiles del Regimiento San Fernando, una de ametralladoras del Regimiento Ceriñola, una sección de Regulares del Regimiento Melilla y otra de Zapadores, todas ellas al mando del general Sanjurjo, son las encargadas de la operación. El transporte de las tropas lo realizan el crucero Lauria, el cañonero Cataluña y las lanchas Cartagenera y Europa.[51] La operación es un éxito, sin bajas que lamentar, aunque también es verdad que, según el parte oficial, tan sólo se enfrentan a veinticinco hombres.[52]

Mientras, los otros puestos avanzados que rodean Melilla sufren los ataques de la artillería enemiga emplazada, entre otros sitios, en el Gurugú y en las Tetas de Nador. El mismo día de la toma de la Restinga, la posición de Tizza, defendida por un tabor de Regulares de Ceuta, tres compañías de La Corona y otra del 5.º Regimiento de Zapadores, es atacada por trescientos hombres de Beni Bu Gafar y de Beni Sidel, cuando las tropas españolas intentan pasar un convoy a la posición. Los rifeños han pregonado entre su gente que todo varón mayor de doce años se una a la harka.[53] Quizás es una medida extrema, pero la lucha contra los arumis concierne a todos y la movilización entre la población ha de ser general.

Tras un duro ataque, los defensores consiguen rechazar a sus enemigos, pero con un alto coste: dos muertos y 37 heridos españoles, y al menos doce harkeños muertos.[54]

Por su parte Abd el-Krim, instalado en Annual desde el 22 de julio, sigue con inquietud los acontecimientos militares. Sobre todo lucha por recuperar el control de sus fuerzas, porque cada tribu actúa según su interés. La posible toma de Melilla por harkeños que no controla sigue siendo un asunto muy serio.

En Melilla, al general Berenguer tampoco le faltan razones para estar preocupado. Diariamente reitera al ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, que necesita de todo, y desde Madrid se afanan en mandarle lo que pide: hombres, equipamiento, armas. Todo se autoriza. Aun así, el alto comisario calcula que necesita un mes aproximadamente para organizar un ejército que no existe, porque los refuerzos que vienen son deficientes, carecen de material e instrucción y los elementos de transporte y el armamento del que disponen son precarios: «no se trata de reforzar un ejército con nuevos elementos, sino de crear uno nuevo», afirma.[55] Con el general Silvestre, ha muerto todo su ejército.

Berenguer sabe que su postura no es bien vista por una gran parte de la opinión

pública que tiene su mirada clavada en Monte Arruit y en la suerte de Navarro, mito viviente del heroísmo de la raza. Una especie de rumor sordo urge a que se rescate a los combatientes que, a cuarenta kilómetros de Melilla, luchan con uñas y dientes por sobrevivir. De este empeño se hace eco Gregorio Corrochano en ABC. El periódico de Luca de Tena no entiende que se les niegue el socorro a estos hombres y descalifica a los políticos, tildándoles de cobardes. Por el contrario, algunos altos mandos militares y diarios como El Sol o El Debate descartan la idea de un avance rápido, que creen que sería el prólogo de un nuevo desastre.[56] El alto comisario se defiende, porque algunas personas con sus manifestaciones a la prensa, que él cree mal informadas, «soliviantan la opinión pública, extraviándola».[57]

Es consciente de que la gente está impaciente y que todo el mundo espera que las fuerzas enviadas a Marruecos actúen, incluso la prensa extranjera se muestra perpleja. El vizconde de Eza, que apoya incondicionalmente al alto comisario, le intenta tranquilizar: «toda la opinión reflexiva y sensata se da perfecta cuenta de las razones […], no confundiendo la inacción con la serenidad y confianza».[58] Aun así, las palabras de consuelo recibidas por su superior no son suficientes porque entre los altos mandos del Ejército hay voces que le critican.

El 6 de agosto, Berenguer convoca una reunión con todos los jefes de los cuerpos y unidades destacados en Melilla para ratificar de forma unánime la imposibilidad de auxiliar a los hombres de Navarro. Además del alto comisario, firman el acta los generales Cavalcanti, Cabanellas, Sanjurjo, Neila y Fresneda y el coronel Gómez Jordana, que actúa como secretario.[59]

La polémica está aún lejos de quedar zanjada y acarreará graves consecuencias para Berenguer, para el Ejército y para el Gobierno. Monte Arruit y Navarro no son prioritarios.

En Melilla, aunque las noticias del frente acaparan la atención de todos, hay otros problemas cotidianos que alteran la vida de sus habitantes. Ya no cabe ni un alfiler en la ciudad. Las fuerzas concentradas allí alcanzan la cifra de 20.000 efectivos, y a finales de agosto llegarán a ser aproximadamente 47.000.[60]

Hay militares por todas partes. Invaden los cafés y las tabernas, se emborrachan y asaltan las casas de putas…[61]

A esta cifra hay que añadir los periodistas, las familias de los desaparecidos y los

colonos y desplazados que han huido a la ciudad. Algunas familias melillenses se ofrecen a acoger en sus casas a los refugiados, pero aun así, el problema de la vivienda tendrá difícil solución. Ya a finales de julio, Berenguer, en una conferencia con Eza, le decía: «Afluyen muchas personas a Melilla atraídas por el interés hacia parientes desaparecidos o por simple curiosidad; esto dificulta los alojamientos, por lo que convendría aconsejar que no vinieran».[62]

Antes del desastre, Melilla tenía una población de unas 20.000 personas y las infraestructuras de la plaza no están preparadas para recibir a más del doble de sus habitantes. Melilla está al borde del colapso. «Los servicios públicos no existen; el teléfono no funciona, las cañerías revientan, no hay carbón, la luz se apaga de pronto, los zapatos se agujerean y las zapaterías están cerradas o vacías», relatará años más tarde Arturo Barea de su paso por la ciudad.[63]

En la explanada del cuartel del hipódromo, que abarca una superficie de 68.000 metros cuadrados, el espectáculo es dantesco: los soldados hacen sus necesidades en cualquier sitio, duermen y comen allí, dejando los restos del rancho, garbanzos, salsas, pellejo de embutido, grasa, latas vacías… Todo se pudre al sol atrayendo a las moscas y los escarabajos que se reparten el botín como si hubieran ganado una guerra. El hedor es insoportable.[64]

En los cuarteles no hay sitio para alojar a tanta tropa. Los barracones pronto resultan insuficientes y, a mediados de agosto, las tiendas individuales ya se han acabado. Tampoco hay colchonetas para todos, por lo que se hacen pedidos urgentes al extranjero. Al llegar a su conocimiento la falta de colchonetas, la marquesa de Urquijo compra, pagándolas de su bolsillo, 4.000 y las envía desde la península inmediatamente y con gran eficacia. Juan Victórica Casuso, un diputado extremeño, también compra, asumiendo él el coste, seis armas automáticas que llegarán a Melilla en veinticuatro horas. Estos hechos serán recalcados por algunos diputados en el Congreso para dejar en ridículo al Gobierno, incapaz de subsanar las carencias de todo tipo que se sufren en el Ejército.[65]

Melilla es ahora una ciudad sucia y ruidosa, caótica y agobiante. El estado de las calles es lamentable: por todas partes hay vómitos, meadas, restos de comida…[66] Los soldados duermen «en los quicios como golfos perdidos en las calles de Madrid», diría un año más tarde el médico y político Gil Casares. «Allí estaban los hombres, los unos sobre los otros, apretadísimos, y acongoja ver cómo llegan los regimientos y no tienen dónde meterse».[67] Los soldados, que no tienen dónde

caerse muertos, deambulan por las calles armando bulla y protagonizando altercados hasta altas horas de la madrugada. Como es lógico, las quejas de los vecinos no se hacen esperar, y las autoridades se ven obligadas a tomar cartas en el asunto, organizando servicios de vigilancia en los barrios.[68] También se prohibirá expresamente a los soldados que se bañen y laven la ropa en las fuentes de la ciudad, una práctica habitual en estos días de tanto calor. Los que han venido a salvar la ciudad la corrompen.

Éstas no son las únicas medidas que las autoridades han de adoptar porque, aprovechando la afluencia de foráneos, la picaresca se agudiza. Ante la posibilidad de conseguir pingües beneficios, algunos comerciantes no han dudado en elevar los precios. La Junta de Arbitrios interviene, y obliga a todos los hoteles, fondas, casas de comidas y huéspedes a que tengan a la vista del público una nota de precios autorizada.[69] Asimismo, el gobernador militar de la plaza, el general Fresneda, en coordinación con la Cámara de Comercio, emitirá también una circular para evitar la explotación del Ejército y de la población civil por «gentes sin conciencia».

Hay un problema añadido, que es el de siempre en África: la falta de agua potable en la ciudad. Desde Málaga, se fletan 50.000 litros de agua diarios, pero no es suficiente. A finales de agosto, El Churruca, con 6.000 toneladas de agua, parte de Inglaterra hacia el puerto de Melilla para abastecer de agua a la ciudad. Pero, cuando llega al puerto, las medidas del carguero y la falta de infraestructuras hacen imposible la descarga.[70]

LA RENDICIÓN

El día 4 de agosto, Navarro recibe la casi innecesaria confirmación de que Zeluán y Nador están en poder del enemigo. Berenguer también le informa de que, a cambio, se ha ocupado la Restinga, y de que sus gestiones han dado sus frutos: varios emisarios de Abd el-Krim se dirigen hacia Monte Arruit, entre ellos Dris ben Said, con el que aconseja a Navarro negociar la evacuación para que les escolte hasta la Restinga. Pero ni ese día ni el siguiente hay noticias de Dris ben Said ni de ningún otro emisario fiable.

Lo que necesitan los sitiados es negociar con representantes seguros, que para

dudosos ya tienen de sobra. Desde el principio del asedio, jefes o jefecillos de la harka se han ido acercando a parlamentar con ellos, las más de las veces ofreciéndoles salvar la vida a cambio de dinero. Son intentos de negociar la rendición al margen de la jefatura de Abd el-Krim, incluso desoyendo al famoso notable Ben Chel-lal, amigo de España y a la vez aliado de Abd el-Krim cuando las circunstancias lo requieren.[71] Pero los españoles no se fían, y no entrarán al trapo. Habrá varios incidentes que lamentar. Como el del 2 de agosto, en el que, con bandera blanca, un grupo de rifeños se acercó en exceso a los parapetos, y los españoles, convencidos de que proyectan un asalto, abrieron fuego.[72] José Piñol, de la Compañía de ametralladoras del 2.º Batallón del Regimiento de Infantería Melilla, dirá que sus disparos causaron unas ochenta o noventa bajas al enemigo.[73] Nunca han sido tan eficaces las ametralladoras.

Al día siguiente por la noche hubo otro incidente, aunque esta vez fue más prosaico porque no se trataba de un intento de negociación: dos cabileños se acercaron a los parapetos, con tabaco, para venderlo o regalarlo. «Los dos la palmaron pasando a manos de la tropa lo que llevaban en la capucha de sus chilabas. No tenemos remordimiento alguno de conciencia», dirá el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz.[74] La situación es cada vez más tensa y el odio al otro, que ya era alto, crece por igual en los dos bandos.

Otro rifeño recurrente que quiere negociar con Navarro es el sargento desertor de la Policía Indígena Mohamed Ben Yamani Ben el Hach Amar. Ben Yamani llevaba ocho años a las órdenes del capitán Carrasco y, aprovechando la desbandada y el desorden de la tropa que huía de Annual, ha desertado. A partir de entonces se ha unido a los rebeldes rifeños, dirigiendo los ataques a los asediados en Zeluán y luego en Monte Arruit, sin ofrecer ninguna muestra de piedad hacía el enemigo.

Los días 4 y 5 de agosto, los harkeños suspenden varias veces los ataques para dejar pasar a los emisarios de Ben Yamani que llevan su propuesta de capitulación. Ben Yamani ansía el botín y quiere anticiparse a las negociaciones que están llevando a cabo las altas instancias, Berenguer y Abd el-Krim, pero no consigue su propósito. Acusado de ser uno de los máximos responsables de la matanza en Monte Arruit, el día de su juicio, el 26 de abril de 1923, será condenado a pena de muerte, así como al pago de una indemnización de un millón de pesetas destinado a las familias de los soldados asesinados. Pero se le conmutará la pena por los servicios prestados a las autoridades españolas durante la reconquista.[75] No siempre pagan los delatores. Más tarde, una vez liberado de

su cautiverio, Sáinz Gutiérrez se lo encontrará paseando por las calles de Melilla y el traidor le saludará con «desfachatez». Obviamente, aunque sean cosas de la guerra, Sáinz Gutiérrez no se lo perdonará.[76]

El fuego adversario arrecia y el tiempo, como todo lo demás, se acaba. El 7 de agosto, en el patio del recinto, llamado por todos la «plazoleta de la muerte», cae una granada enemiga que causa 35 bajas. Entre ellas está el barón de Casa Davalillo, que resulta muy malherido en una pierna, y los capitanes del Estado Mayor Sánchez-Monge y Sáinz Gutiérrez. Los hombres heridos tienen suerte, porque ese mismo día un aeroplano acierta a meter un saco de medicamentos dentro de la posición y pueden ser atendidos medianamente bien. Navarro, descompuesto y resignado, dicta otro telegrama a Sáinz Gutiérrez para el alto comisario: «Policía y chusma nos rodean. Urge solución; estoy apurado. Acaban herirme, pero conservo mando».[77]

En vista de que no vienen emisarios fiables a parlamentar con ellos, el alto comisario autoriza a Navarro a tratar con el enemigo que le rodea, aunque no tenga suficientes garantías. El barón de Casa Davalillo decide entonces mandar al comandante Villar a conferenciar con los jefes rifeños.[78]

En la península y en Melilla, los familiares de los desaparecidos viven la angustia de no saber nada de sus allegados. Ignoran adónde hay que acudir para averiguar algo, y envían cartas y telegramas por doquier, reclamando información. En Melilla, Berenguer, ante la presión de las familias, intenta canalizar sus peticiones y abre un servicio de información en la Comandancia General para darles cuenta de lo poco que se sabe. La atención al público se fija de ocho a nueve de la mañana y de ocho a nueve de la tarde, sólo dos horas escasas al día para una cantidad de muertos tan alta.[79]

Al sufrimiento y la angustia de las familias por no saber nada de sus hombres se suma el desamparo. Porque, de acuerdo con la ley, las familias se ven privadas del sueldo de sus hombres enviados a luchar al frente y, sin el consiguiente certificado de defunción, tampoco pueden percibir ningún tipo de pensión. Muchas familias reclaman porque la situación que viven es dramática, pero los días y las semanas pasan y las autoridades saben que las listas reales de los muertos o los supervivientes del desastre tardarán aún en conocerse.[80] Habrá que esperar hasta finales de agosto para que se tomen las primeras medidas que

permitan remediar la situación. El día 25, el presidente del Consejo de Ministros aprobará un Real decreto, de carácter excepcional, para que las familias puedan seguir percibiendo el sueldo de sus hombres desaparecidos, que habrán de reembolsar en caso de que se certifique su fallecimiento.[81]

Los colonos de los poblados saqueados y ocupados por los rifeños también lo han perdido todo y demandan ayudas. Para hacer frente a esto, Berenguer solicita un crédito al Gobierno que inmediatamente le es concedido. Se repartirán 100.000 pesetas para las casi mil familias refugiadas en Melilla; dos pesetas diarias para los solteros y ocho para los casados.[82]

En los aduares del Rif, las familias también lloran a sus hombres que no han vuelto del frente. Allí no habrá ayudas para las familias de los desaparecidos ni listas oficiales de los caídos en combate. Eso sí, sabrán de la suerte de sus hombres mucho antes que las mujeres españolas por una prosaica cuestión de distancias. Triste consuelo.

El 8 de agosto, en Monte Arruit, los sitiados y los sitiadores amanecen expectantes por la marcha de las negociaciones para la rendición. Los rifeños no atacan a los hombres de Navarro y esa es una buena señal, aunque tampoco les dejen salir a hacer la aguada. A su vez, los españoles tienen orden de no disparar. La inquietud es máxima, todos ansían la vuelta de Villar, pero el comandante de la Policía Indígena no aparece. Navarro, impaciente, decide entonces enviar a otro emisario, el teniente de la Policía Indígena Nicolás Suárez Cantón, que sale, con bandera blanca, y en la puerta del fortín es abatido a tiros.[83]

En los alrededores de la posición se advierten fuertes contingentes de beniurriaguelíes entre los sitiadores, y Pérez Ortiz lo confirma: hasta la fecha sólo han visto harkeños vestidos con «largas chilabas pardas, amplios albornoces de amarillo siena con turbantes y jaiques blancos». Ahora también los hay que llevan chilabas cortas y una cartera moruna de piel de cabra o camello para llevar las municiones, la típica indumentaria de los de Beni Urriaguel.[84] Y esto es una buena señal porque los beniurriaguelíes, que se estima que son unos mil hombres, vienen mandatados por Abd el-Krim para poner orden en la harka y evitar a toda costa que se repitan los sucesos de Segangan, Nador, Zeluán… Pero son recibidos a tiros por sus supuestos aliados y tienen que volver por donde han venido, acarreando a sus muertos.[85]

En Monte Arruit, de los cerca de 3.000 hombres que había en pie a inicios del asedio, quedan apenas 2.000 capaces de sostener un arma. Han muerto 440: 273 por fuego enemigo y los demás por enfermedad; en cuanto a los heridos, se cuentan 417.[86] Esos hombres tienen que hacer frente a unos 5.000 harkeños ávidos de venganza contra los arumis, que les han arrebatado sus tierras y sus minas. Una situación difícil para los soldados españoles, que han disfrutado muy poco de los frutos del expolio.[87]

El calor es sofocante, y la falta de agua un suplicio. Los sitiados intentan hacer sombra con lo que pueden, aprovechan las viguetas de madera de las techumbres, alambres, cuerdas, tablas, mantas, todo vale para intentar evitar el impacto directo de un sol abrasador. En el patio del recinto, una cuba de agua ha sido alcanzada por un cascote de granada y a ella acude todo el que puede, disputándose a empujones no se sabe muy bien qué, ya que el líquido es prácticamente imposible de recuperar.[88]

El día 9 por la mañana se reciben por fin noticias de Villar: los jefes rifeños están reunidos desde el día 8 y tienen previsto venir a negociar la rendición. Los jefes también han ordenado desalojar a los harkeños que rodean el poblado y el campamento antiguo.[89] Son noticias alentadoras, no hay duda, pero los sitiados viven casi inmunes a ello porque la desolación en el recinto es clamorosa: los cadáveres se amontonan, los heridos agonizan y la tropa, o lo que queda de ella, se agolpa en los parapetos, sin una gota de agua, sin apenas víveres ni municiones. Sólo esperan la rendición y los que ya no esperan ni eso, que los hay, buscan directamente la muerte.

A media mañana, un grupo de soldados salta el parapeto y corre hacía la aguada. El teniente coronel Pérez Ortiz tiene que contener al resto de soldados que se quiere unir al grupo y, en medio de la refriega, oye gritar a sus espaldas: «¡A matar los oficiales!». Luego, el artífice del rebelde grito llorará desconsolado en brazos de Pérez Ortiz.[90] Nadie está a salvo de perder la cordura.

La espera de la llegada de los jefes rifeños que tienen que negociar la rendición se hace eterna. Pero finalmente, a la una de la tarde del 9 de agosto, aparecen. Es una comisión compuesta por Ben Chel-lal, en representación de Beni Bu Ifrur y de Ulad Setut; Bu Rahail, por Metalza; Abid Al-Lah de los Ababda, también por Metalza; el cherif Muley Abd-el-Kader y Sidi el Hassan, por Gueznaya, y finalmente, como representante de Abd el-Krim, viene Bulahia.[91] Los jefes rifeños instan al general Navarro a que salga a hablar con ellos. No quieren

entrar al recinto porque los cabecillas de la harka podrían pensar que van a recibir dinero.

Apoyado en sus oficiales, sale entonces Navarro, que, herido en una pierna, camina con gran dificultad. En la misma puerta del fortín se cierra el acuerdo, que es bastante sencillo: la entrega del armamento a los rifeños, a excepción del de los oficiales, que conservarán sus armas cortas, a cambio de evacuar y escoltar a la guarnición hasta el Atalayón. Hecho el trato, los oficiales proceden a organizar la evacuación y el convoy de heridos, que, según lo pactado, marchará en cabeza.

En el patio del fortín los españoles inician la entrega del armamento a un harkeño que, hecho inusitado, ejerce de notario. Pero cuando aún no han acabado, grandes grupos de harkeños se abalanzan sobre la posición, corriendo o a caballo, y disparando a mansalva entre grandes alaridos. Los guerreros rifeños, emplazados en las casas del poblado y en el campamento antiguo, se precipitan también hacia el fortín, rodeándolo en «arco de círculo, desde la aguada antigua hacia el sur». Sus movimientos son coordinados y parecen previamente planificados.[92] Está claro que algo no funciona.

En el exterior de la posición, los jefes de la harka consiguen que Navarro y el grupo de oficiales que se encuentra con ellos se vayan alejando del recinto, con la excusa de buscar una sombra que les haga más llevadera la espera.[93] A rastras o a empujones les llevan hacía el almacén de la estación. Allí, unos treinta o cuarenta harkeños que quieren asaltarlos les rodean, pero son rechazados, fusil en mano, por los jefes rifeños. Al rato, los ya prisioneros presencian una acalorada discusión entre los notables de las distintas cabilas. Según puede entender el intérprete Alcaide, Ben Chel-lal acaba de conseguir que los dos jefes de Metalza, Bu Rahail y Abid Al-Lah de los Ababda, se comprometan a respetar sus vidas.

Después de aconsejarles que se quiten los fajines y los cordones de ayudante para poder así pasar desapercibidos, les sacan de allí y les conducen a casa de Ben Chel-lal, como prisioneros. A partir de ese momento, sólo oyen el clamor de la venganza ciega, y los ayes de dolor de los hombres que son torturados hasta morir. Los guerreros de Metalza y de Beni Bu Yahi se entregan a la tarea de martirizar a cientos de hombres desarmados. Es una orgía maligna de sangre y vísceras que parece no tener fin.

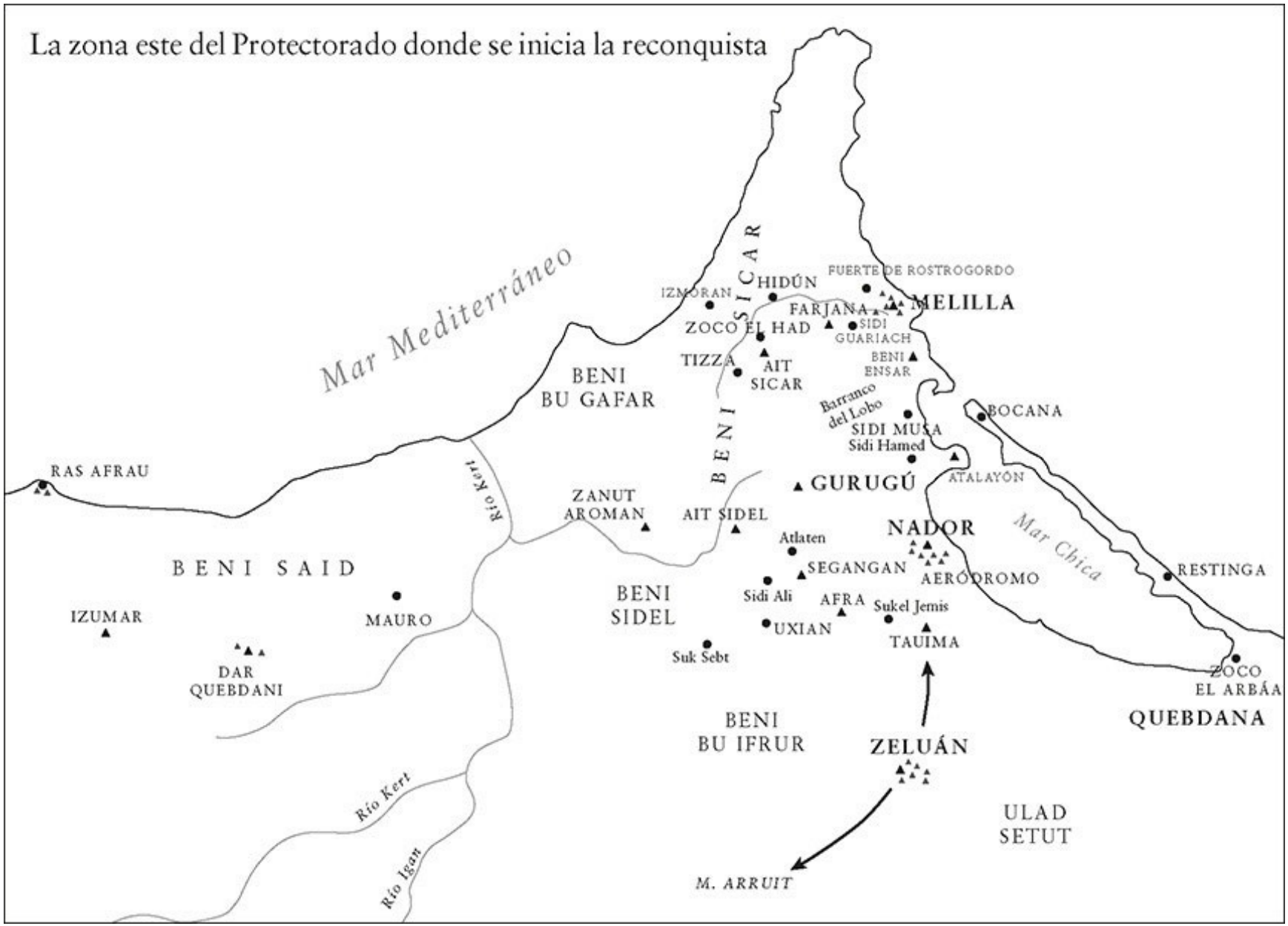
Los de Beni Bu Yahi, junto a los de Metalza y algunos guelaia, han sido quienes han roto y traicionado el pacto porque consideran que han sido ninguneados en las negociaciones. De nuevo se han sentido preteridos. Los guerreros de Beni Bu Yahi no sólo encabezan la matanza, sino que se vengan de los miembros del Ejército español y se ensañan con ellos, al tiempo que desarrollan una acción de clara rebeldía contra la autoridad de Abd el-Krim.[94]

Cuando los oficiales salen de la estación, ya no se oye apenas nada, salvo algunos tiros sueltos. Allí reina el silencio y nadie alberga ninguna duda de lo acontecido. En Monte Arruit, los harkeños han machacado a los soldados españoles y han perseguido a los que escapaban hasta matarlos a gumiazos, a tiros o a pedradas. Nada diferente de lo que ha pasado ya en otras posiciones.

De los que quedaban en Monte Arruit el día de la capitulación, solo se salvarán unos cuatrocientos, haciéndose los muertos o escondiéndose. Ellos contarán el horror que han sufrido sus compañeros. Los agresores, ayudados por algunas mujeres, se ensañarán también con los muertos, rematarán a pedradas a los que todavía no lo estén, y los desnudarán en busca de cualquier objeto de valor.[95] Los lugareños, los de Beni Bu Yahi, que tienen cuentas pendientes con los españoles por el reparto de los beneficios mineros, toman un papel destacado en la matanza.[96] Y, «por esperar órdenes, nos han aniquilado sin combatir», concluirá más tarde Eduardo Pérez Ortiz.[97]

Para los españoles, Monte Arruit es el último episodio del desastre de Annual. El lugar se ha convertido en un cementerio que sobrecoge a casi todos. Un montón de cadáveres se pudrirán, o servirán de alimento a los buitres y otras alimañas antes de poder ser enterrados meses más tarde.[98] Cuando el 24 de octubre las tropas españolas retomen Monte Arruit, llegarán a identificar a 2.668 hombres muertos.[99]

Mientras llegan las tropas españolas, Monte Arruit se convierte en el lugar ideal para todo tipo de alimañas. Durante tres meses, los muertos y el silencio serán los dueños de ese entorno.


La zona este del Protectorado donde se inicia la reconquista
Mar Mediterráneo
BENI SICAR
IZMORAN
HIDÚN
FUERTE DE ROSTROGORDO
MELILLA
FARJANA
ZOCO EL HAD
SIDI GUARIACH
BENI ENSAR
TIZZA
AIT SICAR
BENI BU GAFAR
Barranco del Lobo
SIDI MUSA
Sidi Hamed
BOCANA
RAS AFRAU
Río Kert
BENI
GURUGÚ
ATALAYÓN
ZANUT AROMAN
AIT SIDEL
NADOR
Mar Chica
Atlaten
SEGANGAN
AERÓDROMO
RESTINGA
BENI SAID
BENI SIDEL
Sidi Ali
AFRA
Sukel Jemis
IZUMAR
MAURO
UXIAN
TAUIMA
Suk Sebt
ZOCO EL ARBÁA
DAR QUEBDANI
QUEBDANA
BENI BU IFRUR
ZELUÁN
Río Kert
Río Igan
ULAD SETUT
M. ARRUIT

15

Salvar Melilla

(del 9 de agosto al 4 de septiembre de 1921)

En la península, una parte de los ciudadanos no entiende que no se haya acudido a socorrer a esos hombres, cercados desde el 24 de julio. Hasta el propio Alfonso XIII le confiesa a Antonio Maura antes de la caída de la posición y haciendo referencia a Annual: «todo eso que es tan horrible, todo eso, a mí me parece nada cuando lo comparo con el hecho de que mi patria no haya podido acudir todavía a Monte Arruit».[1]

Monte Arruit, Zeluán y Nador no han sido socorridos a pesar de que se encuentran muy cerca de Melilla y de que allí hay 20.000 hombres que esperan a entrar en acción. O lo temen.

En la plaza, el 9 de agosto ya circulan noticias sobre la tragedia y la posible caída de Monte Arruit. Porque los rumores vuelan, y los pocos supervivientes de la posición que van llegando, cuentan. Sus relatos son incompletos, confusos, pero siempre sobrecogedores. Es difícil dudar de ellos. Tan difícil como reconstruir una realidad a partir de sus narraciones.

En las redacciones de los periódicos y en los despachos oficiales aún se tardará unos días en reconocer la noticia, en darle crédito. El 10 de agosto, veinticuatro horas después de la catástrofe, el diario ABC, con un evidente desfase, titula: «Mejora la situación en Monte Arruit».[2] Al día siguiente, las noticias todavía son confusas, y, aunque ya se sabe que el general Navarro y el grupo de oficiales están con vida, no se sabe aún qué es de ellos. Habrá que esperar al 12 de agosto para que ABC dé detalles de la evacuación de Monte Arruit, aunque se desconoce todavía la magnitud del desastre. El Telegrama del Rif se afana en recalcar la heroica defensa de la posición y en destacar el comportamiento de los hombres que han sobrevivido: «parece que se han salvado setecientos hombres de la heroica columna del general Navarro».[3] Nadie quiere hablar de los muertos. Tampoco Abd el-Krim.

En el Rif, los habitantes partidarios de la rebelión, que son casi todos, no dan crédito a la victoria que han alcanzado. En menos de un mes han conseguido vencer a los españoles y retomar casi todas sus tierras sometidas al dominio colonial. El alboroto, el caos, el desorden y la voracidad que ha ocasionado el inimaginable botín, junto con la desmedida exaltación de júbilo como reacción a las victorias conseguidas, ha completado el terrible paisaje de desolación y muerte.[4]

EL JURAMENTO DE ZANUT ARROMAN

Las noticias sobre la matanza le llegan a Abd el-Krim mientras sigue en Annual, de donde no se ha movido desde el 22 de julio, día del desastre. Para él es una victoria amarga porque, a pesar de que gracias a Bulahia ha conseguido salvar la vida de Navarro y de sus oficiales, no ha podido evitar la matanza. Un fracaso más a sumar a la cada vez más larga lista que arrastra: Buhafora, Dar Quebdani, Zeluán… y ahora Monte Arruit.[5]

Conocedor de la segura reacción del Estado Español, Abd el-Krim se dirige a Beni Said y se instala en Mauro, aunque antes se traslada a la mezquita de Zanut Arroman, donde ha convocado a los principales jefes de las tribus del Rif para que presten un juramento colectivo. El lugar tiene una significación importante, aunque sólo sea por su cercanía a Melilla. Zanut Arroman es un poblado, un dchar, cuyo nombre, Zanut, quiere decir manantial, y está situado al este de los pies de la serranía que corona el ahora amenazante monte para la Melilla española, el Gurugú. A no más de diez kilómetros de esta cima, se encuentra la mezquita de Zanut Arroman donde se va a sellar el juramento al que el líder rifeño da mucha importancia. Aunque será en vano, porque el juramento colectivo entre las cabilas de Guelaia y alrededores con los beniurriaguelíes liderados por Abd-el-Krim no será efectivo. Los guelaia no lo respetarán.

El acto se celebra en la mezquita, y están presentes la mayoría de los notables de la zona oriental del Rif, entre los que se encuentran los hijos y sobrinos del que es un mítico guerrero, el cherif Amezian. Son notables de Segangan, cabila de Beni Bu Ifrur, que han demostrado una lealtad inquebrantable a la lucha por la liberación del Rif y que acompañarán a Abd el-Krim hasta su rendición a los

franceses en 1926.

El juramento en la mezquita no es un acto menor porque, en el derecho consuetudinario rifeño, los juramentos colectivos conforman la piedra angular en las relaciones contractuales entre cabilas, fracciones, clanes y familias. Revestir de carácter sagrado estos actos implica una obligación notarial suprema de difícil quebranto. En tiempos de paz, se sacrifica una res a las puertas de la mezquita o del zoco donde se celebra el juramento. La sangre del animal sacrificado simboliza el derramamiento colectivo de vidas propias, llegado el caso, en defensa de lo acordado.

Antes de proceder al solemne juramento, Abd el-Krim arenga a los notables de Guelaia congregados en Zanut Arroman a luchar contra la invasión colonial cristiana en alianza con los beniurriaguelíes presentes en su territorio y liderados por él mismo. Su presencia en este lugar significa la adhesión y el apoyo inquebrantables de los beniurriaguelíes a los guelaia en la lucha común, dadas las endémicas sospechas sobre las lealtades mutuas. Les habla de la nación rifeña, de la nación islámica, del colonialismo… Dada su escasa instrucción, a la gran mayoría esos conceptos les suenan a palabras huecas.

Ni la ley divina, ni la apelación al honor y a la dignidad de los pueblos han podido vencer a los billetes sellados por el Banco de España, que retoman su valor. Abd el-Krim es consciente de ello porque algo aprendió cuando fue funcionario de Asuntos Indígenas, mientras el cherif Mohamed Amezian combatía tanto al Rogui como al Ejército colonial que se adentraba en las tierras de Guelaia acompañando a las empresas mineras en busca del inexistente El Dorado rifeño.

Esa misma noche, después de incesantes bombardeos de la artillería española en los alrededores de Zanut Arroman, y en medio de los avances del Ejército español, le llegan a Abd el-Krim confidencias sobre las preparaciones que está llevando a cabo el cherif Mohamed El Keâdauoi, notable de Guelaia, para asesinarle. Al parecer, el líder rifeño no se inmuta al saberlo. Es la enésima conspiración contra su vida. Tampoco le extraña en estas tierras que considera dadas a anteponer los intereses personales y las gratificantes dádivas que pueden cosechar si saben apostar por el caballo ganador. En este caso, el caballo que cabalga Millán Astray al frente de la Legión es el ganador.

Junto a algunos notables de Beni Urriaguel que siempre le acompañan en sus

desplazamientos, por fidelidad, lealtad y manifiesta eficacia en la defensa de su vida, se dirige una vez más a la cabila de Beni Said, a Monte Mauro, localidad donde ha estado en otras ocasiones y donde ha recibido muestras de lealtad indudables a la causa rifeña.

Tiene la intención de unificar alianzas entre los notables de Beni Said y Guelaia. El cheij Bu Ftila es un notable de Beni Said que ha sido siempre fiel a Abd el-Krim. El jefe rifeño se aloja en su casa durante su estancia en Monte Mauro. Allí quiere establecer nuevas alianzas que le permitan hacer frente a la invasión del Ejército español que piensa que se avecina, como así ocurrirá.

En Nador, la presencia del caíd Bulahia en el cuartel general de los rebeldes rifeños ha sido fundamental para poner orden. Ha conseguido que los más reacios a entregar los fusiles capturados en el botín, es decir los hombres de las cabilas de Mazuza y Beni Ifrur, finalmente lo hagan. Y de nuevo les ha advertido que está prohibido matar a los prisioneros, so pena de ser ejecutados, porque éstos se pueden canjear por dinero para la causa. Valen más vivos que muertos, está claro.[6] Es un buen argumento, muy eficaz.

Preocupado por los numerosos problemas y asuntos que le asedian, Abd el-Krim aún no es consciente de la repercusión mundial que ha supuesto para su pueblo la victoria de Annual ni de las consecuencias que eso puede acarrear.[7] Sus hazañas están en toda la prensa internacional.

El líder rifeño ha aprendido mucho de los jóvenes nacionalistas turcos de Kemal y, aunque no es un intelectual estudioso, seguramente ha tenido que seguir al presidente norteamericano Woodrow Wilson y su propuesta de catorce puntos para hacer un mundo mejor. El quinto de esos puntos afecta directamente al Rif. Abd el-Krim aún no lo sabe, pero su nombre perdurará en la memoria para siempre y se convertirá en un mito para los movimientos anticolonialistas más allá de Marruecos.

En España, la reacción popular al descalabro sufrido no ha podido ser más positiva para las posiciones más nacionalistas. La clase política temía que se produjeran protestas y se generase una gran oposición al envío de nuevos hombres al frente porque la sombra de la Semana Trágica de Barcelona está aún en la mente de todos. Sin embargo, a pesar de la terrible derrota que se ha saldado con más de 10.000 muertos confirmados, que algunos hacen subir hasta los 17.000, la movilización de la población es total y casi unánime: hay que

vengarse, ha de «restablecerse el prestigio español en Marruecos» cueste lo que cueste, ya habrá tiempo de pedir responsabilidades. «El hecho de que esta vez se vaya a la guerra sin desplantes, sin ruidos, seriamente, es un buen síntoma […] El país recobra su patriotismo porque ve comprometida su dignidad».[8] No hay muchos ejemplos de prensa que pongan en solfa la interpretación, que parece unívoca, del patriotismo.

La medida adoptada por el ministro de la Guerra después del desastre de Annual ayuda, y mucho, a subir el ya inflamado espíritu nacional: todos los hombres en edad de entrar en filas son movilizados. todos serán soldados. Atrás quedaron las distinciones entre los que podían pagar para librarse de ir a la guerra y los que no. Ahora irán a Marruecos ricos y pobres y esto es una diferencia que une, sin duda, a todos los españoles. Pero, aunque la prensa se lanza a alabar la actitud del pueblo español, no deja tampoco de criticar la mala política que ha generado el desastre: «El pueblo está dando pruebas de un patriotismo y de una conciencia del momento actual que no demuestran poseer en el mismo grado alguno de sus dirigentes».[9] Dos días después, La Vanguardia publica lo siguiente:

Prontamente reaccionó el espíritu público, indignado por la felonía cometida en Monte Arruit por nuestros enemigos, y en el pueblo sano nació el sentimiento de vengar a nuestros hermanos, despertándose sus energías adormecidas y provocando ello una reacción nacional que permitía la reconquista, haciéndola popular.[10]

Esta vez, el Ejército se siente apoyado por el pueblo.

En los corrillos políticos de Madrid, el foco está puesto en la crisis gubernamental. Cerrado el Parlamento, prosiguen las consultas con el Rey. Los políticos, como no podía ser menos, interrumpen por segundo año consecutivo sus vacaciones. Muchos coinciden en la necesidad imperiosa de crear un verdadero Gobierno de concentración nacional. El nombre de Antonio Maura está en boca de todos. El ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, presenta su dimisión, pero Allendesalazar no cree que éste sea el momento más oportuno. Tendrá que esperar muy pocos días. Finalmente, el 11 de agosto, el Gobierno de Allendesalazar presenta su dimisión. El líder conservador Antonio Maura es

llamado, una vez más, a formar un nuevo Gobierno y en apenas dos días cumple su cometido. Apoyado mayoritariamente por el Congreso, el nuevo Gobierno de concentración nacional convoca su primer Consejo de Ministros para el día 14 de agosto. Hay relevo en el Ministerio de la Guerra: el vizconde de Eza es sustituido por Juan de la Cierva y Peñafiel.

El mismo día, Berenguer pone su cargo a disposición del nuevo Gobierno, pero éste le confirma en su puesto. El alto comisario consigue así el respaldo incondicional del Gobierno de Antonio Maura, que aprueba de inmediato la primera fase de su proyecto: la idea es reconquistar primero Nador, Zelúan y Atlaten, ocupando todo el valle de Segangan.

Para financiar la campaña, se concede un crédito de 104.098.250 pesetas.[11] A partir de este momento, y durante mucho tiempo, a Berenguer se le dará todo lo que pide.

El Gobierno, consciente de las deficiencias de material de guerra que sufre el Ejército español, gestiona la compra de tanques, morteros de trinchera y gases asfixiantes. En la prensa y en el Congreso, se alzan voces a favor de la utilización de gases tóxicos en el Rif, como las de los diputados Solano y Crespo de Lara o la del diario liberal El Heraldo de Madrid. Finalmente, ese mismo mes de agosto, se realiza un pedido de iperita a Alemania, pero las Convenciones de La Haya y el Tratado de Versalles truncan el deseo del Gobierno de España de adquirir este compuesto letal. No es la primera vez que se desbaratan los deseos de España de adquirir estos gases porque, en 1918, Alfonso XIII ya se había interesado por ellos y deseaba poder fabricarlos.

A pesar de ello, España no tardará mucho en conseguir sortear las convenciones internacionales y, en apenas dos años, conseguirá comprar y utilizar armas químicas[12] para castigar «como es debido» a los rifeños. El Rey es una baza importante en esta alambicada historia que implica la intervención de muchas voluntades.[13]

SE AVECINA OTRA TORMENTA

Mientras, en Marruecos, el alto comisario cree que aún no es momento de pasar

a la ofensiva y recuperar las más de noventa posiciones del territorio que sus tropas han perdido. Hay que preparar en el tiro y en el combate a las fuerzas recién llegadas de la península hasta que las posibilidades de éxito en el avance sean absolutas.

Berenguer es consciente de que no puede contar con la ayuda de ninguna tribu porque todo el Rif se ha levantado contra su ejército, y las cabilas que están dudosas no son de fiar, aunque siempre se puede intentar maniobrar y ponerlas definitivamente a favor de la parte «correcta». Berenguer sabe que Abd el-Krim aún no ha conseguido erigirse como líder absoluto e indiscutible en todas las tribus, y que hay fricciones entre ellas. Por ello, aprovecha los contactos que sus servicios están llevando a cabo en relación a la posible liberación de los prisioneros para intentar provocar una rebelión de las cabilas que le son afectas. Trata con Sidi Hamido, también llamado El Pantorrillas, de la cabila de Beni Iteft. No ignora que Sidi Hamido aspira a desbancar a Abd el-Krim y alzarse como jefe de todo el territorio que se extiende entre Bocoia y Tetuán, y que mantiene, por lo tanto, una posición ambigua: rehúsa unirse a los rifeños rebeldes, pero le dice a Berenguer que no podrá hacer nada si su gente decide unirse a Abd el-Krim.[14] Esta actitud del notable de Beni Iteft permitirá a Abd el-Krim tejer una red entre los jefes que, aun estando bajo la influencia de Sidi Hamido, colaborarán con los rifeños en su lucha contra los españoles.[15]

Por su parte, el líder rifeño tampoco ceja en sus contactos con otras cabilas. Es consciente de la ascendencia moral que ejercen los notables entre su gente y entabla contactos con unos y otros para reclutar a más hombres para luchar en su ejército. A finales de julio, ya había constancia de que la familia de Mohamed Amezian, que vive en Segangan, aportaría un contingente de doscientos hombres para su causa. En Mazuza, el caíd Sidi Tebba, descendiente de Amezian, se une también a los rifeños rebeldes y dirige él mismo un contingente de hombres para hacer frente a los españoles. Mohamed Akhamlich también colabora con unos mil hombres que, dirigidos por su hijo y armados de fusiles arrebatados a los franceses dos años antes, se dirigen hacia el norte.[16]

Abd el-Krim prosigue también con sus gestiones para concentrar a todos los prisioneros en Annual. Los rumores decían que se le esperaba hace algunos días en Nador, pero la realidad es que allí no ha ido. Está en la mezquita de Zanut Arroman.[17]

Abd el-Krim tiene que apagar muchos fuegos y no da abasto. Uno de ellos es

muy grande: las cabilas cercanas a Melilla quieren a toda costa atacar la ciudad.

Ni en el Gurugú ni en Zoco el Arbáa hay ningún jefe destacado que dirija las harkas[18] y eso es un problema para Abd el-Krim porque la inexistencia de un único jefe dificulta mucho imponerse a ellos. Se afana en disuadirles de atacar Melilla: sería un desastre diplomático y además aún no están preparados para ello. Su organización sigue siendo embrionaria y, frente a los 20.000 hombres de Berenguer más los que están por venir, hacerlo sería una imprudencia. Se producirían muchas bajas entre los suyos y eso podría significar el fin de su lucha.

Abd el-Krim ve que un ataque a Melilla sólo puede tener resultados que serían catastróficos para todos. Desde luego, una matanza de cristianos no le interesa a nadie. Según su íntimo colaborador Mohamed Azerkan, el caudillo rifeño toma la decisión después de una reunión que resulta crucial:

En estos momentos se reunieron los notables de los muyahidines entre ellos el señor Mohamed Ben Abd el-Krim y el señor Mohamed Azerkan para deliberar la conveniencia o no de ocupar Melilla [...] Acordaron no entrar en Melilla, por temor a provocar una masacre contra los cristianos y musulmanes que ahí habitan. Sin ejército suficiente para apoderarse de ella, ni ser capaces de hacer orden y evitar la matanza de niños, mujeres españolas y demás.[19]

Abd el-Krim tiene que repetir los mismos argumentos que ha usado en otras ocasiones, pero recalcando el de la fortaleza progresiva del enemigo. Las razones humanitarias no le interesan a nadie. Menos aún a unas cabilas como las cercanas a Melilla, que no han recibido un castigo demasiado fuerte en su confrontación con un enemigo tan acobardado como encorajinado. ¿Qué más podía decir Abd el-Krim ante la idea de una España enrabietada contra el pequeño Rif?

La suerte de Melilla se ha decidido en esa reunión y Abd el-Krim ha conseguido en ella, después de varios intentos, una desconfiada y frágil alianza entre los notables. Y evita, a duras penas, recurriendo a la mano dura de Bulahia, la ofensiva sobre Melilla.

Melilla habría sido un botín muy apreciado en el imaginario de los guelaia, pero también habría puesto en muy difícil situación la suerte de la República que sueña Abd el-Krim, aunque años más tarde dirá estar arrepentido de tal decisión.[20]

Desde que se produjo el desastre de Annual, Berenguer ha empleado las nuevas fuerzas que le han ido llegando en tomar posiciones destinadas a proteger la ciudad. Por un lado, en el espacio comprendido entre la península de Tres Forcas y el monte Gurugú, con el Zoco el Had como principal lugar de resistencia, complementada por otros, como Tizza y Casabona. Por el lado este del monte Gurugú, se sitúa otra línea desde el mismo monte Gurugú hasta el Atalayón. Y, por último, desde el 4 de agosto, hay un puesto español en la Restinga, entre la Mar Chica y el Mediterráneo.[21]

La estrategia empleada ha sido la de siempre, es decir, enviar primero tropas desde Melilla que, después de luchar y tomar las posiciones, regresan a la plaza dejando allí a pequeños contingentes encargados de fortificar las posiciones a modo de blocaos como única defensa. Esta práctica, que ha tenido consecuencias nefastas para los españoles, indigna a muchos: «todos los días salen las tropas de Melilla, conquistan, luchan, toman una posición y por la tarde vuelven a la plaza, dejando atrás un contingente de hombres que requiere la tragedia del convoy diario para mantenerse»,[22] dice un corresponsal. El general Manuel Goded también criticará el sistema de «regresar la columna al sitio de partida, desandando por la tarde lo andado por la mañana, y sufriendo en cada operación el quebranto inevitable del repliegue, previsto por el enemigo a hora fija».[23] Francisco Franco también opinará sobre esta táctica, que no aprueba: «la mayoría de las bajas se producen en un momento anterior a la retirada, ya que son ocasionadas durante las interminables esperas en tiroteo con el enemigo mientras se construyen las posiciones».[24]

Los rifeños saben que las posiciones españolas que rodean Melilla son un blanco fácil y no lo desaprovechan. Desde los distintos lugares que tienen tomados por todo el territorio de los guelaia, en las laderas del monte Gurugú, conocido por los rifeños como el monte de Sidi Ahmed El Haj, en Nador, en Segangan, en Agrau, en la Restinga, y en el norte, cerca de Zoco el Had o en Sidi Musa, dominan los blocaos españoles y las rutas de abastecimiento. Son pequeñas harkas, de no más de un centenar de hombres, que atacan continuamente y con eficacia los puestos españoles y los convoyes que salen de Melilla para aprovisionarles.[25]

Los hombres de Abd el-Krim también utilizan la misma estrategia de siempre, pero con una diferencia, que no es baladí, y es que a los rebeldes les suele funcionar la suya.

Durante lo que queda del mes de agosto, el peligro es constante para los convoyes, y el goteo de muertos y heridos de los dos bandos, también.

El objetivo de Abd el-Krim es bien sencillo: quiere que los españoles se mantengan en Melilla. Su meta no es atacar la ciudad, sino evitar que su enemigo salga de ella. Por eso ha de pasar a la ofensiva, atacar los puestos avanzados del enemigo, cortar sus comunicaciones para impedir el avituallamiento de sus posiciones, y así evitar el avance de Berenguer. Es consciente de que cuando esto ocurra, cuando el avance sea un hecho, las cabilas se irán sometiendo a los españoles, una a una, y entonces perderá la partida.[26]

El 15 de agosto se produce un fuerte ataque en Zoco el Had cuando los españoles intentan instalar dos posiciones nuevas que permitan facilitar el paso de los convoyes entre Ixumart y Tizza, en Beni Sicar. Los hombres del coronel Riquelme y del general Sanjurjo tienen que hacer frente a una harka de unos setecientos hombres, trescientos de Beni Sidel, otros tantos de Beni Bu Gafar, cuarenta de Beni Said y Beni Urriaguel y setenta de Beni Sicar. La lucha es encarnizada, pero finalmente los españoles consiguen rechazar a los harkeños aunque a un alto precio: hay 29 muertos por el lado español y otros veinte por el rifeño.[27] Muchos muertos para ambos, pero los españoles pueden reponer a los hombres que pierden, y los rifeños, no.

Los españoles combaten ya de otra manera. Cometen un viejo error que es el de multiplicar las posiciones fijas y aislables, como los blocaos. Pero ahora parecen tener un espíritu distinto al combatir que les ha dado la Legión, y que los rifeños reconocen bien: no parecen importarles las bajas, no dan ninguna posición por perdida. Hay otra cosa más, y muy importante, y es que están en una actitud nueva, de «guerra total». No hay ahora ninguna duda, y no hay ningún documento escrito que lo pruebe, pero los soldados españoles practican una violencia generalizada contra los civiles que siguen en los aduares cuando ellos llegan. También ha sido una influencia de la Legión. Las orejas o, incluso, las cabezas de enemigos cortadas son una pequeña muestra de ello.

En Monte Mauro, Abd el-Krim empieza a sentirse agotado. Desde la toma de Monte Arruit lleva gestionando la recuperación del armamento y de los prisioneros con las cabilas que se resisten a entregarle el botín. Algunos notables, a sus espaldas, están negociando directamente con los españoles el rescate de los prisioneros y, para evitarlo, Abd el-Krim ha enviado a sus más fieles colaboradores, como su primo El Yazid Haj Hammú o Bulahia, para que medien con los caídes de Guelaia y consigan que éstos les entreguen a los rehenes. El caíd Ben Chel-lal, de Beni Bu Ifrur y con gran ascendencia también en la cabila de Ulad Setut, y Kaddur Namar, de Beni Said, son los dos notables que tienen más prisioneros españoles. El primero tiene en su casa a Navarro y a sus hombres, y el segundo, al coronel Araujo y a sus oficiales. El 14 de agosto, los emisarios de Abd el-Krim consiguen por fin que Kaddur envíe a Annual a los trescientos prisioneros que tiene en su poder.[28]

Dos días después, el día 16 de agosto, Abd el-Krim, cansado y enfermo, decide regresar a Axdir, haciendo una parada en el camino en Annual. Algunos conspiradores no dudan en atribuir su enfermedad a un intento de envenenamiento, pero regresa a Annual, y desde allí se dirige a su pueblo natal, buscando estar entre los suyos, y descansar. A los tres días de su regreso, llegan también a Axdir, desde Annual, donde Abd el-Krim está concentrando a todos los prisioneros, Navarro, Araujo y los demás cautivos que estaban en casa del caíd Ben Chel-lal. Su fiel primo El Yazid Haj Hammú ha conseguido que Ben Chel-lal no se salga con la suya y no lleve a sus prisioneros ilustres a Melilla para gestionar una recompensa sólo para él. Por ese lado, Abd el-Krim tiene motivos para sentirse satisfecho, aunque aún quedan prisioneros esparcidos por todo el territorio que no están en sus manos.

El 17 de agosto, sus espías le informan de una reunión en Zeluán en la que los notables de Ulad Setut, de Beni Bu Ifrur y de otras cabilas de Guelaia han acordado pedir a los españoles 50.000 pesetas por el rescate de los prisioneros, y además pretenden arrancarles la promesa de que sus tropas no saldrán de Melilla. Un caíd de Beni Bu Ifrur, un tal Cheij Muh Hamu al Hadi, manifiesta sus reticencias ante tal proposición, ya que piensa con razón que los españoles jamás la aceptarán. Por eso, ese mismo día por la tarde, será asesinado por Mohamed Bohu, antiguo oficial de las Fuerzas Regulares, que más tarde se convertirá en un importante comandante del Ejército regular del Estado rifeño.[29] Las cabilas de Guelaia son un verdadero quebradero de cabeza para Abd el-Krim.

Al jefe rifeño aún le quedan muchos retos que afrontar. Ha vencido a los españoles, sí, y ése es un gran triunfo, pero también es consciente de que su victoria peligra, y de que necesita consolidarla. Y eso pasa por seguir luchando y conseguir echar a los españoles de todo el Rif. La guerra aún no ha acabado y él sabe que será larga.

Antes de que Abd el-Krim regrese a Axdir, Dris ben Said acudió a él para tantearle. Le visitó en Monte Mauro y le propuso que depusiera las armas a cambio de gobernar en el Rif bajo la autoridad española. Una vez más, Abd el-Krim rechazó la oferta. Para él es demasiado tarde, siente que la creación de un Gobierno propio ya no es una utopía, la tiene al alcance de su mano y no la quiere desaprovechar. Pero eso precisa pensar bien los próximos pasos a seguir.[30]

Abd el-Krim reflexiona sobre todo ello y modifica su estrategia: si hay que seguir haciendo la guerra para echar a los españoles del Rif, tiene que unirse a los guelaia, a pesar de sus reticencias. Es una decisión trascendental porque hasta ahora su afán era liberar a su pueblo de los españoles, es decir, liberar sólo el Rif. Para Abd el-Krim y los suyos el Rif se acaba en la línea del Kert; más allá es el país de Guelaia, y defender las tierras de sus vecinos es otra cosa, siempre ha pensado que fundamentalmente de ellos. Hasta ahora se ha negado en rotundo a acudir en su ayuda, les ha hecho creer que iba a ayudarles y enviarles armamento, pero ha rechazado ser su jefe.

Desde su regreso a Axdir, Abd el-Krim va teniendo cada vez más claro que debe rectificar. Mal que le pese, tiene que aventurarse a ir más allá del río Kert. Esto cambiará completamente el escenario militar.[31]

El 17 de agosto, un contingente de hombres, al mando de Mohamed Seddiq Akhamlich de la cabila de Targuist, llega a Beni Bu Gafar, y el día 18, quinientos guerreros rifeños más. El 20 de agosto se coloca una guardia en la Restinga para evitar que los cabileños de Quebdana, entre los que hay muchos proespañoles, se unan a ellos. El día 25, llegan trescientos rifeños a engrosar la harka de Nador, y tres días después, cuatrocientos más.[32] A finales de agosto, otra avanzadilla de cuatrocientos rifeños irá a Guelaia, la mitad para quedarse, la otra mitad para volver a Axdir, con los prisioneros y los hombres enfermos que no pueden luchar.[33]

Los refuerzos solicitados por el alto comisario siguen llegando a Melilla. Berenguer pide paciencia y calma. Piensa que aún no es el momento de iniciar la

reconquista porque antes hay que planificarla bien y prepararse.

En el campo rifeño se hace lo mismo. Aprovechando este periodo de impasse, Abd el-Krim también prepara sus fuerzas: pretende reorganizarlas, instruirlas, armarlas y aumentarlas para enfrentarse a una segunda etapa de la guerra que sabe que será más difícil, más dura. En quienes más confía es en los hombres de su cabila, los beniurriaguelíes, y en ellos recaerá la tarea de crear un verdadero ejército.

Instalan veinte piezas de artillería a lo largo de la bahía de Alhucemas, emplazan a tres mil hombres que salen de Axdir en la línea del Kert y abren trincheras a lo largo de los treinta kilómetros que hay entre Targuist y el mar. Todas las zonas liberadas han de ser protegidas y los rifeños se dispersan en puntos estratégicos donde sitúan los 120 cañones capturados a los españoles. Su objetivo es cortar fácilmente las vías de avituallamiento a los blocaos enemigos.[34]

José Millán Astray, jefe del Tercio de Extranjeros, acaba de regresar de la península. Viene de Madrid, de despachar personalmente con el Rey. A más de un periodista le ha chocado que acudiera al Alcázar vestido de legionario, pero al parecer fue el Monarca quien se lo pidió expresamente. El motivo del viaje es organizar la recluta para la formación de dos nuevas banderas de voluntarios. El anuncio de la Legión Extranjera dice así:[35]

Españoles y extranjeros, se crean dos banderas de legionarios, la 4.ª y la 5.ª. Muchos de los primeros legionarios son ya sargentos y serán suboficiales y oficiales. Prima de enganche, setecientas pesetas por cinco años; quinientas pesetas por cuatro. Muy buena comida. Soldada extraordinaria que aumenta con los años de servicio ¡Venid enseguida!

Entretanto, en los alrededores de Melilla, prosiguen las emboscadas y los ataques rifeños a las posiciones españolas. Abd el-Krim sigue adelante con su estrategia.

El 21 y el 31 de agosto, es el turno de los blocaos Extremadura y de

Taguilmanin. Las dos guarniciones quedarán prácticamente aniquiladas por los asaltos rifeños, que aprovechan la noche para sorprender a los españoles. El blocao Extremadura aguantará el envite de la harka, y al jefe de la posición, el cabo Julio Ara Izquierdo, se le concederá la Cruz Laureada. En Taguilmanin, también llamado «el blocao de la Muerte», el alférez Ramón Mafioli-Rodés, jefe de la posición, decide abandonar la fortificación y se refugia con diez de los treinta supervivientes que quedan fuera de la posición en segunda línea.[36]

Al día siguiente, según la práctica habitual, llega el general Sanjurjo a socorrerles con una columna y recupera la posición, que se encuentra destrozada y sembrada de muertos. Nada más verle, Sanjurjo increpa al teniente Mafioli-Rodés y ordena su arresto de inmediato. El general no entiende de miedos a la muerte ni de retiradas en su unidad. Encarcelado en el fuerte de Rostrogordo, Mafioli-Rodés acabará suicidándose antes de comparecer ante un consejo de guerra.[37]

En Yebala, en la parte occidental del Protectorado, las cosas no pintan bien para los españoles. Berenguer es consciente de que la zona está agitada e intranquila, aunque señala que «no hay ningún incidente que indique peligro inminente». Pero hay que estar prevenidos, sobre todo en la línea costera de Gomara y en Xauen, por su proximidad al Rif.[38]

En la zona de Gomara se producen múltiples actos de hostigamiento contra las posiciones españolas y emboscadas a los convoyes. Además, hay noticias de que una harka rifeña al mando de M’hamed, el hermano de Abd el-Krim, quien ahora es el responsable del Rif occidental y su delegado en todos los asuntos, se dirige hacia allí.[39]

A mediados de agosto, el alto comisario envía a Abdelmalek, el nieto de Abdelkader, el famoso resistente contra los franceses, 50.000 pesetas para la compra de voluntades en Gomara, al objeto de evitar la formación de una harka. Pero el dinero llegará tarde porque en la noche del 27 al 28 de agosto los de Beni Issef han atacado por sorpresa la posición de Akba el Kola, en Larache. Allí se ha producido otra escabechina de la que sólo se han salvado veinticuatro hombres. Los 175 restantes han muerto en el asalto, y sus cuerpos aparecen mutilados. Dos días después, una columna de Regulares al mando del teniente coronel González Carrasco consigue recuperar la posición y restablecer la línea avanzada. Berenguer se queda satisfecho: «después de recibidas las anteriores noticias, considero restablecida la situación», le dirá a Juan de la Cierva y

Peñafiel, el nuevo ministro de la Guerra. Pero el 31 de agosto, cerca de Nuader, los cabileños de Sumata realizan una emboscada a los españoles en el río Magesar, cuando iban a hacer la aguada.

De la Cierva, desconcertado, le recordará a Berenguer la necesidad de prever los posibles nuevos reveses que puedan surgir.[40] Y siguiendo sus consejos, el alto comisario solicita entonces el envío de refuerzos. Nadie en Madrid se opondrá. Entre el día 29 de agosto y el 2 de septiembre llegarán doce batallones de Infantería a las comandancias de Larache y Ceuta.[41] Berenguer tiene claro que ahora la sublevación es general y afecta a todo el territorio bajo teórico dominio español.

En la península, la opinión pública sigue pendiente de los acontecimientos de Marruecos. El apoyo es incondicional, todos quieren la revancha, pero también los ánimos se impacientan. Berenguer es consciente de ello, pero justifica la tardanza porque la operación es de una «ejecución difícil que requiere un meditado plan y una detallada preparación».[42]

En Melilla, la visita del nuevo ministro de la Guerra, De la Cierva, genera mucha expectación. Viene a ver in situ la situación que se vive en el frente y a despachar personalmente con Berenguer. Llega el 27 de agosto, a bordo del Giralda. La agenda para el día siguiente es bien apretada: misa en la iglesia del Sagrado Corazón, visita en el frente a varias posiciones, recepción oficial en el Palacio de la Residencia, paso de revista a las fuerzas en Rostrogordo, visita a los hospitales, cuarteles y otras dependencias militares y, por la noche, regreso a la península.[43]

La gente comenta los incidentes del viaje ministerial: parece que De la Cierva no ha dejado buena impresión. Al menos eso piensa el corresponsal Eduardo Ortega y Gasset: «Mambrú se ha ido de Melilla dejando, en general, lamentable impresión y una estela de risas murmuradoras, con las cuales los geniecillos de la ironía salen al paso del generalísimo de Murcia». La censura no deja publicar la crónica. Y el periodista tendrá que esperar unos años hasta que, con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, se exilie a París, donde «escribirá a su antojo bajo la gran Torre Eiffel».[44]

EL FUTURO GOBIERNO DEL RIF

En Axdir, Abd el-Krim decide que es tiempo de sentar las bases y organizar la ansiada República del Rif. El inesperado éxito obtenido en Annual le permite soñar con constituir una nación. No lo quiere hacer imponiéndose, sino convenciendo a todos, sin coacciones.

El 31 de agosto convoca a su familia a una reunión importante. Quiere asignar a cada uno una tarea concreta en la fase inicial de la formación de un nuevo Estado rifeño. Su hermano M'hamed dirigirá el Ejército regular de la nueva República. Para empezar, los beniurriaguelíes habrán de constituir el embrión de este nuevo ejército y nombrar un cuerpo de oficiales con miembros de todas las cabilas. Sobre todo, hay que formar un ejército permanente de tres mil hombres, que principalmente recibirán instrucción en artillería; Bulahia se encargará directamente de ello y Mohamed Budra, su cuñado, de la guerra.[45]

Bulahia, de la cabila de Beni Tuzin, será también el responsable de la Justicia. Es el único que no forma parte de la familia de Abd el-Krim. Pero su relevancia, no sólo por su origen familiar, ya que desciende de la ciudad santa de Zarhun, en la región de Fez, sino porque también se le considera un sabio y una autoridad en materia religiosa, le hacen ser la persona idónea para encargarse de un asunto tan delicado como es impartir la ley y el derecho con equidad e imparcialidad.

Abdessalam, tío de Abd el-Krim, será el encargado de las finanzas, de implementar un sistema de impuestos; su cuñado Azerkan, el Pajarito, asumirá las relaciones internacionales, porque, en opinión de Abd el-Krim, su buen conocimiento de idiomas y su experiencia en el trato con los españoles le hacen idóneo para este cargo. En 1922, Azerkan formará parte de la delegación que se trasladará a París para dar a conocer la causa rifeña y comprar aviones. Tres años después, jugará un papel importante en las negociaciones de paz.

Su cuñado, Mohamed Buyibar, también se encargará de algunas misiones diplomáticas. En 1922 viajará a Inglaterra, acompañado por otros notables de Bocoia, para defender la recién constituida República del Rif y, a través del diplomático inglés John Arnall, conseguirá dirigirse a la Sociedad de Naciones en Ginebra para dar cuenta de la constitución del nuevo Estado rifeño.[46] El Yazid Haj Hammú, primo de Abd el Krim, se encargará de los asuntos interiores y de

la justicia.

En definitiva, Abd el-Krim confía en sus familiares para ir conformando el núcleo duro del futuro Gobierno del Rif. La excepción es Bulahia, que no es miembro de la familia, pero que por su gran influencia entre todos los rifeños resulta indispensable.

Todo lo referido al nuevo Gobierno parece encauzado. Hay que darle legitimidad, y el caudillo rifeño convoca una asamblea de notables para el 18 de septiembre en Axdir, territorio urriaguelí que no ha sido hollado por ningún jefe militar español.

A finales de agosto, los musulmanes se preparan para recibir un nuevo año. Según las profecías, el año 1340 que se estrena augura cosas muy importantes. La leyenda dice que serán invulnerables a la influencia de todo poder, sobre todo en los primeros días del año. Los santones recorren los zocos diciendo que «los cañones y fusiles cristianos se transformarán en agua, y los musulmanes imperarán en el mundo».[47]

Sin embargo, también se propagan profecías fatalistas y se extiende la idea de que el nuevo año será catastrófico:

En el territorio de Guelaia se van a desarrollar sucesos de tal magnitud que traerán el exterminio de sus habitantes. Algunos se verán obligados a huir a tierras lejanas, otros morirán ahogados y el resto perecerá de forma violenta. Los campos y los pueblos serán pasto de las llamas y todo será arrasado de tal modo que no quedará nada de cuanto existió.[48]

Un panorama realmente terrible, que no parece que vaya a tener fin, porque «el río Zeluán se desbordará con la sangre de los guelaia».[49]

En Guelaia, estas profecías calan mucho más que en el Rif central porque sus habitantes son más proclives al fervor religioso. Y no faltan razones para ver un futuro incierto porque, al estar más cerca de Melilla, el temor a las represalias españolas en caso de un avance es mayor. Además, la guerra que se está librando ha encarecido sobremanera algunos productos básicos y, en los campos

arrasados, ha sido imposible recoger la cosecha. En los aduares hay hambre. Y en el frente, también, a pesar de que la propaganda que se oye en los zocos y que llama a la Yihad dice lo contrario.

A finales de agosto, un acontecimiento importante modifica la lucha en el frente rifeño: los guelaia se avienen al liderazgo de Abd el-Krim y se organiza una gran fiesta con los notables en la que éstos reconocerán a Abd el-Krim como el jefe indiscutible de todos. Pero entre los guelaia la sumisión de sus jefes no gusta nada. La autoridad de los beniurriaguelíes es ahora irrefutable. Se dice de ellos que están exigiendo a los guelaia alimentar a las harkas presentes en su territorio. También se rumorea que han prohibido a las familias de los guelaia desplazarse al otro lado del Kert, para obligarles a combatir. Además quieren imponerles fuertes tributos y que se imparta una justicia férrea para evitar las deudas de sangre, como ya se ha hecho en el resto del Rif. Aunque los notables de Guelaia y Abd el-Krim se hayan unido, la desconfianza entre los rifeños y los guelaia sigue intacta.

Los ataques más sonados de las tropas de Abd el-Krim se producen a principios de septiembre, en torno a los blocaos Mezquita y Casabona. El Mezquita, defendido por fuerzas del Tercio, es fuertemente atacado los días 3 y 4 de septiembre, por la noche, con bombas de mano. El mismo día 4, mientras la columna del general Sanjurjo sostiene un duro combate entre la costa y Tizza, un convoy que se dirige hacia Casabona, Tizza y el blocao Corona también es atacado. El asalto está bien planeado, porque los rifeños han abierto una zanja a lo largo del camino y lo han rodeado de minas.[50]

Las posiciones españolas que forman el perímetro de defensa de Melilla no son las únicas que sufren fuertes ataques día tras día, sino que, desde las cumbres del Gurugú, los cañones apuntan también a la ciudad, aunque afortunadamente para los melillenses, sin mucha puntería.

EL ÚLTIMO ATAQUE A MELILLA, 4 DE SEPTIEMBRE

En el Gurugú, doscientos harkeños de Beni Urriaguel y Beni Said descienden del monte la noche del domingo 4 de septiembre, en dirección a Melilla. Consiguen colocarse a cuatrocientos metros del barrio del Real, y abren fuego. Desde las

crestas del Gurugú, los cañones bautizados por los melillenses como «Don Franciscos»[51] les apoyan y lanzan explosivos de dinamita que alcanzan a varios edificios del barrio, como la fachada de la Granja Agrícola, por ejemplo. Por suerte para los españoles, no hay bajas y los desperfectos son pequeños.

Al día siguiente, una vecina enseña al reportero de ABC trozos de plomo junto a la puerta de su casa. Los periódicos resaltan la admirable serenidad de los melillenses que dicen: «nuestro sitio es éste, y aquí permaneceremos hasta el último momento, sin importarnos las molestias y peligros que tengamos que afrontar».[52] Los vecinos que no se van a mover explican que utilizarán colchones para tapar huecos y ventanas y ponerse al abrigo de las futuras balas enemigas. ¿Será verdad que todos lo viven así? Alfredo Cabanillas, corresponsal de El Heraldo de Madrid en Melilla, no opina lo mismo: «la alarma que sembraron entre el vecindario fue indescriptible […] Muy decaído está el espíritu de la población civil».[53] Borrás, corresponsal de ABC, dirá irónicamente que el cañón del Gurugú «no hace más que salir un momento, echar su salivilla y meterse a escape. ¿Pero quién lo dispara, quién lo maneja, quién lo apunta?»,[54] se pregunta. Porque el tema de los desertores escuece, y saber que los cañones son españoles, también.

Se sabe además que los prisioneros españoles son quienes han tenido que subir a brazo los cañones al Gurugú o a las Tetas de Nador, y que han tenido que excavar cuevas para disimularlos. Sus captores les compensarán con «dos reales y una cajetilla de tabaco»,[55] pero unos cuantos, los que mueren de agotamiento, no podrán disfrutarlo.

Los soldados del Regimiento Ceriñola Juan Gámez Oria y José Piñas Serra, obligados a servir los cañones enemigos en las Tetas de Nador, también contarán, cuando se escapen, que, entre los prisioneros, un cabo del Regimiento África se ha prestado voluntario para delatar a los soldados artilleros susceptibles de manejar los cañones y que encima les ha maltratado.[56]

Desde el Gurugú, los cañones rifeños no pararán de retumbar casi todas las noches hasta la toma por los soldados españoles del monte.

El 8 de septiembre se produce otra embestida a un convoy que se dirigía al blocao Casabona. Los rifeños, emplazados en una triple trinchera a lo largo del camino, hacen fuego intenso y bloquean el paso del convoy. El combate es sangriento para los dos bandos, y la situación, apurada para los españoles. En su

ayuda acude una columna al mando del general Sanjurjo y, gracias de nuevo a la intervención, entre otros, de los legionarios, consiguen hacer entrar el convoy en el blocao y fortificarlo.

Berenguer dictará una orden general dos días después que decía así:

En la operación del día 8 sobre Casabona han tenido ocasión el Tercio de Extranjeros y las fuerzas de Regulares de Ceuta número 3 de cubrirse una vez más de gloria […] Por su indomable valor, por su admirable valor patrio, con su incomparable pericia lograron asestar al enemigo uno de los mayores golpes que ha sufrido en todas nuestras campañas ocasionándoles bajas numerosísimas. Todos cuantos integran esos Cuerpos modelos, alcanzan tales virtudes militares, que es difícil señalar distinciones sobre ellos y este es el mayor gallardón que puede obtener una corporación.[57]

En la narración de la batalla, se destaca de nuevo la actuación de los legionarios. Dicen que buscan el cuerpo a cuerpo, y que con cuchillos o a mordiscos, llenos de deseo de venganza, se lanzan contra los rifeños en una lucha de fieras. Y mueren gritando «¡Viva España!» o «¡Viva La Legión!».[58]

En Casabona, los españoles logran sujetar la línea de defensa de Melilla, pero a un alto precio: 56 muertos y 202 heridos del lado español, y doscientas bajas del lado rifeño.[59] El Ejército español lamenta mucho las bajas, y el rifeño también, que tiene necesidad de más combatientes.

Abd el-Krim sigue esforzándose en aumentar sus efectivos. Entre otras razones, porque no le es fácil sustituir a los que caen, mientras que el enemigo no agota nunca sus recursos. Su liderazgo y fama son innegables, pero aún necesita más aliados.

En los zocos de Metalza, Ulad Setut y Beni Snadenn, cabila situada en la zona francesa, se hacen llamamientos a la Yihad ensalzando la figura de Abd el-Krim e invitando a seguirle para expulsar, todos unidos, a los cristianos:

Que Alá os guarde y proteja de la desgracia. ¡Muyahidines! por voluntad de Alá hemos declarado la guerra al cristianismo español y le hemos echado de nuestra querida tierra, bendecida por el Profeta. Nuestra victoria debe completarse ahora con la total expulsión de los cristianos y para ello se ha llamado a la Yihad en todo el Rif. […] Disponemos de todo lo necesario, cada hombre recibirá en pago un duro español, así como comida y municiones. Todos tienen sitio en la batalla. Alá os da derecho al botín y a tomar prisioneros al vencido, pero también os obliga a no cometer ninguna crueldad gratuita.[60]

Es un texto que se inspira en las ideas de Abd el-Krim, y por eso recalca lo de no cometer crueldades innecesarias. Monte Arruit y otros casos también han dejado huella en el lado rifeño. Pero es un texto que utiliza sin ningún rubor los argumentos de la guerra religiosa, que es algo que tiene sus ventajas.

El 9 de septiembre, Abd el-Krim consigue reunir a un grupo de rifeños de las cabilas situadas más allá del Rif central, y que han participado sólo esporádicamente en los primeros combates, para ir al frente. La llegada de los beniurriaguelíes al combate, enviados por Abd el-Krim, se nota porque los nuevos contingentes luchan por la liberación de todo Marruecos, tienen una moral distinta a los guelaia, que siguen priorizando recuperar sus tierras. El líder rifeño tiene claro que, para hacer frente al avance español, necesita contar con todos los rifeños y, sobre todo, con los hombres de Beni Urriaguel, los más leales a él.

En Tetuán, el cónsul inglés estima que, a principios de septiembre, el número total de combatientes rifeños es entre 25.000 y 60.000 hombres, aunque matiza que cree que es más probable la primera cifra.[61] Es difícil saberlo.

En cualquier caso, Berenguer da ya por salvada la ciudad de Melilla, aunque le queda el Gurugú. Y es importante.

16

El desquite

(del 12 de septiembre al 10 de octubre de 1921)

El diccionario de la Real Academia define el verbo «desquitar» como «reintegrarse de lo perdido, restaurar una pérdida». Pero también, «tomar satisfacción, vengar una ofensa, daño o derrota».

Mientras Berenguer, como todo buen militar que se precie, habla de «campaña de reconquista»,[1] Millán Astray dice a los periodistas: «opino que ha de venir el desquite y que ha de reconquistarse lo perdido, quedando a salvo, como siempre, el honor de nuestra patria. […] El prestigio de nuestra raza se impondrá en todo momento».[2] El teniente coronel Millán Astray se erige en portavoz de los que claman venganza, y no duda en tomársela.

El 12 de septiembre, el presidente del Gobierno, Antonio Maura, convoca en Madrid a los periodistas para declarar el inicio de la reconquista:

Esta madrugada ha empezado el avance de nuestras tropas en Melilla. Ahora estarán luchando y confío en que saldrán victoriosas porque se ha procurado enviar todos los medios necesarios para conseguir un resultado satisfactorio. La curiosidad del Gobierno por conocer noticias es tan grande como la de todos los españoles.[3]

Berenguer ahora está listo para iniciar el avance. El plan es ocupar, en primer lugar, el Zoco el Arbáa y una posición al noreste de ésta, ya en la costa, llamada Ras Quiviana, para luego tomar Nador. A este fin se organizan tres columnas, con un efectivo total de 6.000 hombres. Por un lado, una columna a la derecha, dirigida por el teniente coronel de Regulares Miguel Núñez de Prado; por el centro, una columna al mando del coronel Saro Marín, del Regimiento del Rey;

y a la izquierda, otra columna mandada por el coronel de Húsares de La Princesa, Manuel Sousa Casani. También les apoyan el acorazado Alfonso III, el crucero Princesa de Asturias, los cañoneros Bonifaz, Lauria y la aviación.[4] El despliegue es realmente impresionante.

La operación concluye con éxito, sin que se produzca ninguna baja. Pero el alto comisario esperaba que con este avance las fracciones insumisas de Quebdana y Ulad Setut se sometieran, cosa que no ocurre y que retrasa el avance previsto hacia Nador.[5] Berenguer no quiere acumular más derrotas y opta por apuntalar las posiciones establecidas, que siguen sufriendo fuertes ataques por parte de los rebeldes rifeños.

No le falta razón porque, tres días después, se produce un ataque muy serio al blocao Dar Hamed, situado entre la segunda caseta y el monte Gurugú. La posición, también llamada «El Malo», ha sufrido desde el primer día ofensivas rebeldes que fueron rechazadas con éxito por las guarniciones de turno. Y eso que el blocao no es más que un conjunto de piedras, sacos terreros con varias aspilleras y unas tristes tablas y alambradas.

El 14 de agosto, aprovechando el relevo de la guarnición en el blocao, los harkeños cortan el paso y atacan el puesto, poniendo muy difícil la entrada de los soldados de refresco.

Los harkeños, situados en las alturas y los cerros circundantes, dominan la situación. Por la noche, se sirven de la oscuridad para desplegar toda su artillería, un infierno que durará hasta el amanecer. Las granadas de mano, que se lanzan a pocos metros, hacen estragos y las bajas se multiplican.

Al día siguiente, por medio del heliógrafo, los españoles que están en Dar Hamed consiguen comunicarse con el Atalayón y piden desesperadamente refuerzos. Pero allí, el alto mando estima que no puede dejar desguarnecida la posición y que no tiene suficientes hombres para acudir en su ayuda. No obstante, accede a que un grupo de quince voluntarios salga a socorrerles. Los legionarios dan un paso al frente, como se espera de ellos.

Al atardecer, el pequeño grupo de La Legión llega a las inmediaciones de Dar Hamed, al mando del cabo Suceso Terrero López, y a duras penas, luchando a veces a culatazos, consiguen entrar en la posición. Allí aguantan hasta que se agotan las municiones. Todos mueren menos dos: veinte hombres y un oficial de

la Brigada Disciplinaria que componen la guarnición, más los quince legionarios.[6]

Franco resumiría así tan heroica resistencia: «¡Así se defiende una posición! ¡Así mueren los legionarios por España!».[7] Pero es la primera vez que los legionarios pierden un blocao, y ese hecho se omite.

Millán Astray no sólo es un destacado militar, sino que domina como nadie la comunicación con los medios. No pierde ocasión para ensalzar y dar publicidad a la niña de sus ojos, que es la Legión:

¡Legionarios! Hemos pasado de mil bajas en los combates; de ellas quince oficiales, y doscientos legionarios cayeron para siempre cubiertos de gloria; de los restantes son cincuenta y cuatro jefes y oficiales y setecientos setenta y cinco legionarios. […] Seguid el camino emprendido; no olvidéis nuestro credo, y acometed siempre al enemigo por mucho y pujante que sea; no abandonéis al caído en el campo, hasta perecer todos; quereos como hermanos; acudid a la voz de «A mí, la Legión» a defender al que os llame. […] ¡Caballeros legionarios! Seguid el camino emprendido, seguid combatiendo con bravura legionaria.[8]

Berenguer dirá sobre el blocao: «el enemigo consiguió destruirlo, a pesar de un refuerzo de legionarios que al ataque acudió durante la noche, derrochando el valor de que siempre hicieron gala estas fuerzas voluntarias durante la campaña».[9]

Entre los españoles hay impaciencia por seguir con el avance del desquite. Hasta tal punto, que el ministro de la Guerra ha tenido que hacer declaraciones para calmar los ánimos: «Lo que se ha puesto en marcha, seguirá. Hemos visto comenzada felizmente la ejecución de un plan, sin tropiezos ni dificultades; por consiguiente, la pausa está dentro del plan».[10]

Abd el-Krim ve cómo la desmoralización va ganando terreno entre los suyos. Para combatirla, prohíbe mencionar en los zocos las pérdidas rifeñas, bajo amenaza de castigos severos.[11] En el frente, sus lugartenientes cuentan las batallas ocultando las noticias más descorazonadoras y resaltando los éxitos. En esto de informar, no hay mucha diferencia entre El Telegrama del Rif y los jefes

rifeños: el objetivo es animar, aunque sea contando a medias la verdad.

NADOR CAMBIA DE MANOS

El 17 de septiembre, las fuerzas españolas se organizan para marchar hacia Nador. El despliegue de medios es impresionante: un total de más de 19.000 hombres, distribuidos en dos columnas principales al mando de Berenguer y de Sanjurjo, y otra columna de reserva dirigida por el general Carlos Tuero, todas ellas a las órdenes del general Cavalcanti, un digno sucesor de Silvestre si se atiende a su carácter poco reflexivo y muy dado a la exhibición, desde luego, mucho más que al estudio. También colaboran la Armada, la aviación y un globo cautivo. Berenguer no escatima esfuerzos.

Frente a ellos hay entre 6.000 y 8.000 rifeños, gentes de Beni Bu Ifrur y Mazuza, entre otras cabilas, bien armados y municionados, que cuentan con algunas piezas de artillería emplazadas en las lomas de Nador y en las faldas del Gurugú, por encima de los poblados de Barraca.

Las banderas legionarias operan desde la loma de Sidi Hamed donde se enfrentan a la resistencia de las posiciones enemigas. El teniente coronel Millán Astray está entre ellos y quiere, como es su costumbre, supervisar todo desde la primera línea de combate. Allí, caerá herido, de gravedad, pero se repondrá para contar con orgullo sus hazañas y las de sus queridos legionarios que, enterados de la suerte de su jefe, se abalanzan contra los soldados rifeños buscando el cuerpo a cuerpo.

Muchos españoles acuden rápidamente a los centros oficiales y a los círculos militares para conocer el estado de salud del jefe del Tercio de Extranjeros porque todo el mundo sabe a estas alturas quién es Millán Astray. En Madrid, hasta el mismo Rey se interesa por el estado de su buen amigo, y le manda un mensaje directo al teniente coronel: «Enhorabuena gloriosa herida al frente Tercio. Te deseo rápido restablecimiento y envío fuerte abrazo».[12] A Alfonso XIII le siguen fascinando los arrestos de sus devotos soldados. El futuro dictador Francisco Franco sustituirá a Millán Astray en el mando de La Legión hasta su recuperación.[13]

La operación militar es un éxito para los militares españoles, que consiguen ocupar el poblado de Nador y otras posiciones que aseguran las líneas de comunicación con Melilla, aunque de nuevo se producen bajas importantes: 33 muertos y 113 heridos del lado español; del lado rifeño, no se sabe.[14]

La prensa aplaude unánime la operación. El diario ABC la califica de «muy feliz», y el avance combinado de los infantes y jinetes, bajo el vuelo de las escuadrillas, se llega a tildar de «preciosidad. […] Que nada hay tan bonito como la guerra cuando el jefe sabe mandar y el soldado combatir. […] No hay nada que pueda compararse en grandeza y emoción».[15] Para Corrochano, la guerra es muy similar en emoción a una corrida de toros.

El Telegrama del Rif titula en portada: «Nuestros soldados han entrado en Nador después de empeñado y victorioso combate». Y añade: «La entrada en el poblado es de una intensa emoción […] ¡Viva España! ¡Viva el ejército! ¡Viva el general en jefe que ha sabido conducir a sus admirables tropas a una victoria que levantará más y más el espíritu público!».[16]

La pérdida de Nador es un verdadero revés para los rebeldes rifeños. Al parecer, les pilla por sorpresa.[17] Abd el-Krim se entera en Axdir y sopesa entonces viajar al frente para dirigir personalmente a sus hombres. Los cristianos eran más numerosos, pero ésa no ha sido la única causa de su victoria. Los soldados se sienten tan protagonistas del desquite que ya no ocultan algunas prácticas repugnantes, como ese juego llamado «la caza del bereber».

Salustiano Sáenz de Tejada es un joven alférez del Regimiento de Húsares de la Princesa. Es tan valiente que conseguirá que su cadáver lleve una Cruz Laureada de San Fernando. Salustiano es natural de Haro (La Rioja) y escribe sin parar a su familia aprovechando los largos ratos de ocio que el servicio le deja. En una de las cartas habla del juego:

Aquí estamos bastante bien, aunque con mucho calor y sin tener nada que hacer pues hoy no hay ningún servicio. Además, el general, para que no nos aburramos, nos manda los prisioneros para que intenten escaparse[18] y todas las noches se organiza el divertido espectáculo de la caza del bereber.[19]

El estilo Martínez Anido, inventor para Cataluña de la llamada «ley de fugas», tiene «todas las noches» un remedo entre las tropas peninsulares. Y no son sólo las llamadas tropas «de choque», como la Legión y los Regulares, las que incurren en semejantes prácticas, sino también las tropas normales, como los Húsares, donde está, todavía como alférez, Salustiano Sáenz de Tejada. Posiblemente empujado por un sentimiento de impunidad que sólo provocan los pocos años, describe cómo él y sus hombres participan en razzias en las que se roba comida, ganado y todo tipo de objetos y joyas, se mata a mujeres y niños, y se demuelen las casas.

El desquite va en serio.

LA REPÚBLICA DEL RIF

La fecha de la caída de Nador es una coincidencia desgraciada para los partidarios de Abd el-Krim. En Axdir, a pocos kilómetros de la recién perdida ciudad, tiene lugar una reunión que, sin duda alguna, es importante, porque constituirá la base de la futura República del Rif.

Abd el-Krim ha convocado a los principales notables para constituir la llamada Asamblea de la Unión del Pueblo Rifeño, que habrá de elaborar una Constitución para el futuro Estado. El nombramiento del líder rifeño como ráis, es decir, como presidente de la Asamblea, no se cuestiona, entre otras cosas porque es el único candidato posible.[20]

¿Por qué se ha apresurado tanto en obtener una legitimación de su incipiente Estado? Sólo hay una razón que lo explique: la necesidad de obtener un reconocimiento internacional que abra la posibilidad de sobrevivir y poder comprar armas. No puede permitirse demorarlo más, tiene que aprovechar sus éxitos militares para presentarse al mundo como representante de una entidad, con un corpus jurídico a la altura de sus reivindicaciones.

París, Londres y la sede de la Sociedad de Naciones son sus objetivos. Un conocido aventurero muy bien relacionado con Abd el-Krim, un francés llamado Daniel Bourmancé-Say, le ha urgido con éxito a hacerlo. Y hace muy pocos días, el 5 de septiembre, John Arnall, diplomático inglés, se ha dirigido a la Sociedad

de Naciones, poseído del espíritu wilsoniano de la libre determinación de los pueblos, para hablar del nuevo Gobierno del Rif. El tiempo le escuece al rifeño, porque tiene en contra al Majzén y a los españoles, que poco a poco le van ganando terreno en lo militar. Los franceses tampoco le ofrecen su mejor cara.

Abd el-Krim moviliza a sus emisarios, a sus allegados más cercanos en los que confía plenamente, y les envía a Oujda para negociar con los franceses, a Fez para indagar lo que se cuece en el Sultanato, a las delegaciones extranjeras ubicadas en Tánger, a las principales capitales europeas…

La celebración de esta especie de «gran congreso popular»[21] es muy bien acogida por los allí congregados, que reciben con entusiasmo el discurso inaugural de Abd el-Krim. En su nueva calidad de ráis, hace referencia a la unión política, habla de nación y de conjunción entre las naciones árabes islámicas para luchar contra el dominio colonial. No duda en rememorar las gestas de los musulmanes en Al-Andalus, tiempos pasados de gloria y referente siempre eficaz para alentar entusiasmos.[22]

Para la ansiada independencia y la construcción de un Estado, hay que elaborar una Constitución. Y Abd el-Krim convence a todos, aunque ya están persuadidos de que ese es el camino.

Legitimado por los representantes de las 41 fracciones de las cabilas del Rif que le invisten de autoridad, puede ahora realizar los primeros nombramientos en nombre de la Majilis al Umma, la Asamblea de la Unión del Pueblo Rifeño recién constituida. Es el primer paso para montar su Gobierno y formar un Estado.[23]

No hay duda de que se trata de un día señalado. Tanto es así que allí mismo se declara el 15 de Moharram de 1340 (18 de septiembre de 1921) día de la independencia del Rif.

Durante la reconquista de Nador, entre las tropas españolas hay varios conocidos reporteros. Entre ellos están Indalecio Prieto, Eduardo Ortega y Gasset, y Domingo, el fotógrafo ayudante de Alfonso. Al día siguiente, en sus crónicas, describen la toma de Nador con elogios y gran alegría. Prieto dice: «derrochando metralla y ahorrando vidas. No se puede poner tacha a toda la operación».[24] Y Ortega y Gasset ampliará: «la artillería, el aeroplano, la táctica de avance, todo

obedecía a un calculado plan inteligente y eficaz. Y el resultado fue inmediato y feliz». La resistencia «ruda del enemigo» brillaría por su ausencia; los moros huían, «chaqueteaban». «Hemos vencido y se ha logrado el éxito como únicamente puede serlo, cuando choca una nación moderna con unas tribus bárbaras y desorganizadas, por aguerridas que sean».[25]

Pero en Nador los sentimientos de alegría se desvanecen a la vista de los muertos que yacen tirados por todas partes, mutilados, putrefactos, abandonados y, como casi siempre, sin enterrar. Las fotos de Domingo estremecen, y queda en la retina de todos los españoles la dimensión del desastre de Annual.

Quizás enardecidas por las imágenes de los cadáveres de sus correligionarios, las tropas, entre las que se distinguen las del Tercio y los Regulares, entran a saco en impetuosa carga y arramblan con todo. No respetan nada, incluso talan los árboles que encuentran a su paso, y lo que no pueden llevarse, lo echan a las llamas.[26] Nador queda arrasado. Y ahora la venganza lo permite todo: la práctica de cortar cabezas se hace habitual entre las fuerzas de choque y ya no se abandonará en todo el avance y más allá.

El llamado «desquite» se convierte en tropelía.

Mimuna es muy pequeña y enjuta. Su cuerpo minúsculo casi no puede contener los años de vida que cuenta. Se ha salvado por eso, por la edad, y por lo escaso de su presencia, que no llama la atención de nadie. Después de que los soldados pasaran por su lado sin que ninguno se molestara en echarle una mirada, se ha podido incorporar y, esquivando las llamas que parecen consumir todo el aduar, ha logrado llegar hasta las cuevas que hay en las colinas, donde ha sido recibida por unas manos que todavía temblaban de pánico.

Los arumis a los que llaman lejiun han venido desde Melilla. Ya se hablaba de ellos y se anunciaba su llegada desde Yebala, en la que han dejado una memoria de destrucción que no se puede borrar.

Las cuevas donde Mimuna y algunos otros afortunados han encontrado refugio las hicieron los hombres que buscaban hierro allí, en Afra y en Uxian, por orden de Bu Hamara. Hace ya más de diez años de eso. Contra el negocio de la venta de yacimientos se levantó, en su tiempo, el hombre más celebrado entre los nacidos en Segangan, Mohamed Amezian.

Algunos no han querido ocultarse en las cuevas. Unos, por confiados; otros, por

creer que eran amigos de los españoles; y otros, porque se quedaron a proteger la mísera hacienda, que han antepuesto tontamente a sus vidas. Los lejiun han matado a todo aquel que se le haya puesto por delante, viejos, mujeres y niños, sin importarles sus gritos que pedían piedad. A los que han hecho algún intento de defenderse de ellos con un fusil, casi todos adolescentes, les han cortado la cabeza y unos hombres les han fotografiado.

Eso es lo que quedará. Del aduar y de la casa de Mimuna, ni siquiera un resto de las hermosas cosechas de trigo y cebada que la tierra y el agua les habían dado este año. Han ardido con todo lo demás.

Los periodistas que acompañan a las tropas que han reconquistado Nador, Segangan y todos los aduares de la zona para España se afanan en recalcar las tropelías cometidas por los rifeños, pero no cuentan, salvo excepciones, las atrocidades que perpetran, sobre todo, pero no sólo, los hombres de la Legión. Ningún mando reconoce que haya dado a sus hombres vía libre a la venganza.

Las crueldades de las fuerzas de choque traerán cola. Hasta el mismo ministro de la Guerra, De la Cierva, se verá obligado, apenas un mes después de la reconquista de Nador, a dar explicaciones en el Congreso. En realidad, negará la mayor: «son meras leyendas, todo falsedades».[27] Sus palabras servirán de poco porque, a pesar de la censura, circulan fotos de soldados exhibiendo cabezas que no dejan lugar a dudas. El mismo Berenguer lo admitirá.[28]

Con la reconquista de Nador, Berenguer consigue por fin que la cabila de Quebdana y las fracciones de Ulad Setut hagan pública sumisión a las autoridades españolas.[29] Es lo que temía Abd el-Krim y buscaba el jefe español.

El plan trazado por el general es avanzar ahora hacía Tauiama para luego llegar a Zeluán. Pero en vista de que aún hay contingentes enemigos concentrados en el valle de Segangan, detrás de Sebt, y de que las confidencias dicen que se espera que lleguen más harkeños desde el interior, Berenguer considera necesario modificar su plan y desalojar primero a esa gran masa de rifeños.

El 21 de septiembre, una harka de 2.000 hombres sale de Alhucemas camino de Melilla. Se dice que estos rifeños están dominados por el fanatismo y que es posible que ataquen en masa la ciudad.[30] El caíd Bu Sfia de Quebdana informa también a los españoles de que en Segangan se espera de un momento a otro la llegada de 3.500 rifeños más, hasta reunirse allí más de cinco mil.

En Zeluán, también se ha concentrado un gran número de hombres de Beni Bu Yahi y de Metalza, los feroces protagonistas de los hechos de Monte Arruit. Los pilotos españoles señalan además la presencia de grandes contingentes de harkeños armados en las mesetas y las cumbres del Gurugú.[31]

Al parecer, Abd el-Krim ha venido en persona a dirigir a sus hombres, a los guelaia y a los rifeños ahora todos unidos.[32] En Tara Rouman, en Beni Sidel, el líder rifeño se ha reunido con los notables de Guelaia.[33] Con su presencia, quizás consiga revertir la situación. Eso es lo que intenta, al menos.

El 23 de septiembre sigue el avance de los españoles hacia Tauima y los Pozos de Aograz, y cumplen el objetivo de tomarlos con relativa facilidad, aunque también tienen que luchar contra un enemigo numeroso que se resiste a su intención. Avanzan desde el sur, y mientras, por el oeste, otro contingente de rifeños atraviesa el Kert, para reforzar a las harkas del frente.[34]

Las tropas españolas se quedan concentradas en Nador para realizar desde allí el próximo avance hacía Zeluán. Pero un nuevo inconveniente retrasa sus planes, porque la posición de Tizza, al oeste de Melilla, lleva 49 días cercada y los rifeños que la asedian están decididos a evitar que lleguen allí los convoyes de aprovisionamiento.

El 26 de septiembre se organiza una ofensiva para socorrer a la posición. Desde lo que ocurrió en Monte Arruit, uno de los cambios de los españoles es que no dejan ninguna posición asediada sin socorro. Unos 10.000 hombres salen formados en dos columnas al mando del general Sirvent y el general Tuero, apoyados por trece baterías, pero no consiguen hacer llegar el convoy. La operación es un fracaso.

Tres días después vuelven a la carga, esta vez con 16.000 efectivos, para hacer frente a una harka que se estima que alcanza entre 9.000 y 12.000 hombres. En su mayoría son beniurriaguelíes, de Bocoia y de otras fracciones del interior y de la costa de Alhucemas, lo más disciplinado del Ejército rifeño.

Con ellos viene Abd el-Krim, que ha decidido dirigir en persona a sus tropas.[35] Ahora más que nunca, necesita una victoria para poder mantener el entusiasmo entre los suyos, muy decaído después de la pérdida de Nador. Sabe lo que tiene que hacer y prepara a los suyos con muchos días de antelación, cavando trincheras y fortificando sus posiciones para dominar la salida de Beni Sicar y

poder así aislar Tizza. La táctica no es nueva, el objetivo es vencer de nuevo a base de sed y de hambre al enemigo. Ya lo consiguió en Igueriben y la idea ahora es repetir la hazaña en Tizza. Los harkeños, conocedores del terreno y bien colocados en las huertas y el caserío que rodean la posición, consiguen de nuevo bloquear el paso al convoy, que se queda clavado en el camino.

El comandante general de Melilla, el marqués de Cavalcanti, que ha querido estar en persona con sus tropas, situado en las proximidades de Zoco el Had, observa con impotencia el desarrollo del combate y, previendo otro desastre estrepitoso, exclama, según la prensa más cercana a sus posiciones patrióticas: «¡Muchachos, el que tenga valor para ello que me siga!».[36] Montado en su caballo Bado y con veinticinco soldados de la 2.ª Compañía de Ingenieros, se lanza en dirección a Tizza al grito de «¡Viva España!».

Los soldados rifeños no retroceden y defienden palmo a palmo el terreno. A pesar de las granadas, no abandonan las trincheras. Pero los parapetos acaban por ceder y los soldados españoles atacan a bayoneta entrando por las brechas. Los harkeños no tienen más remedio que retirarse.

A Cavalcanti le ha salido bien la arriesgada jugada. Una jugada que cuenta con la complicidad de parte de la prensa española a la hora de envolverla en un paquete lleno de épica, y no está muy asentada en la doctrina del Estado Mayor, como casi ninguna de las decisiones del impetuoso general. Pero ha logrado cumplir con el objetivo militar marcado por su superior, el alto comisario Berenguer, y esto es importante.

Los españoles han logrado romper la línea enemiga e introducen con éxito el convoy en la posición. El apoyo de la aviación y de los acorazados ha sido determinante. Los aeroplanos han arrojado más de una tonelada de explosivos, volando a muy poca altura, y el acorazado Alfonso XIII, el crucero Cataluña y el cañonero Bonifaz, antes de que las tropas iniciaran el avance, han despejado el camino, haciendo un nutrido fuego y destruyendo muchas viviendas con sus moradores dentro.

La jornada es muy dura en uno y otro bando, y las bajas enormes: 81 muertos y casi cuatrocientos heridos del lado español. Los servicios españoles calculan que hay doscientos muertos del lado rifeño y unos quinientos heridos.[37] Unas cifras que, de ser ciertas, son imposibles de soportar para los rifeños.

Berenguer ha conseguido alejar los fantasmas de Igueriben. El coste en vidas ha sido muy alto, pero el resultado ha valido la pena. De los cinturones españoles cuelgan cada vez más orejas de rifeños muertos. Es una guerra sin cuartel, un desquite lo que allí se vive.

Para los rifeños esta victoria de los españoles es un descalabro moral importante y después de Tizza no podrán hacer más que replegarse. Aun así, Abd el-Krim no ha tirado la toalla: con el firme propósito de resistir, sigue enviando a todo hombre que puede sujetar un fusil al frente. Berenguer, que lo sabe, pide más refuerzos a Madrid por precaución. De inmediato, el Gobierno le concede diez batallones de infantería suplementarios que irán llegando a Melilla a partir del 3 de octubre.[38]

LOS PRISIONEROS ESPAÑOLES

Aunque los combates siguen, en Madrid se inician las primeras negociaciones para el rescate de los prisioneros. Abd el-Krim, por medio de Dris ben Said, lanza su primera oferta: por la entrega de los prisioneros pide tres millones de pesetas, más un millón por las pérdidas sufridas por los cabileños que habitan la zona. Además exige la liberación de todos los presos rifeños.[39]

El Gobierno tiene ante sí una difícil decisión que tomar porque los ciudadanos están muy sensibilizados con este asunto y la presión pública para la liberación de los prisioneros es notoria.

Antonio Maura acude al general Berenguer para saber su opinión. Después de un análisis pormenorizado de los pros y los contras, el alto comisario concluye:

Teniendo en cuenta la magnitud de los inconvenientes materiales que pueda tener para nuestra actuación los mayores recursos con que pudiera contar el enemigo por consecuencia de rescate y el efecto que pudiera producir en la opinión pública el desengaño de no conseguir la libertad de esos prisioneros, que mejor que yo y con más datos y contactos con ella podrá apreciar el Gobierno, […] debe irse sin vacilaciones a la liberación, teniendo aquí dispuesta la

cantidad para realizarla.[40]

Aun así, el presidente del Gobierno finalmente decide rechazar las condiciones del rescate impuestas por Abd el-Krim. Antes el Estado que sus gentes, parece pensar: «Mientras se ventila por las armas este conflicto, está cortada por imperativos categóricos la vía del rescate».[41]

Berenguer, a pesar de que en su primer informe se mostraba favorable al rescate, cambiará de opinión muchas veces. Unas, opinará que no se puede aceptar porque esto supone armar al enemigo; otras, como en una declaración que realiza a la prensa el 14 de diciembre, se mostrará a favor porque otra cosa supondría «un gesto desleal al ejército». El ministro de la Guerra, De la Cierva, reforzará este argumento: las exigencias de Abd el-Krim, según él, son incompatibles con el honor de la nación.

Para Abd el-Krim, el asunto tampoco resulta fácil. Tiene que contener a los suyos para que no maltraten o maten a los prisioneros. Además, mantenerles y darles de comer es una carga, porque los captores apenas tienen de qué alimentarse. Desembarazarse de ellos no es una opción porque sería un gesto de debilidad, además de perder la ocasión de canjearlos por una buena suma de dinero, tan necesaria en tiempos de guerra.[42]

El rescate de los prisioneros traerá de cabeza al Gobierno durante muchos meses: hasta el 23 de enero de 1923 no serán liberados. Algunos, como el comandante Jesús Villar, fusilado en enero de 1922, se quedarán por el camino. No recibirá una muerte honorable, sino un tiro de fusil en la nuca. Según el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, Villar fue «asesinado traidoramente con una descarga», estando ya en el barranco donde los prisioneros solían ir a hacer sus necesidades escoltados por uno o dos guardianes. Al parecer, al día siguiente Abd el-Krim les explicaría que Villar había sido fusilado en venganza por las duras represalias que se habían producido en Dar Drius, donde los españoles habrían fusilado a algunos prisioneros rifeños.[43]

Las negociaciones por los 336 supervivientes españoles las llevará a cabo el empresario Horacio Echevarrieta, buen amigo de Abd el-Krim. El líder rifeño obtendrá incluso más dinero que el inicialmente pedido: cuatro millones de pesetas más la liberación de más de cuatrocientos rifeños presos.[44]

MELILLA ES CRISTIANA

El 2 de octubre es el turno del Ejército español para avanzar hacia Sebt, Segangan y Atlaten. A pesar de que los españoles son numéricamente muy superiores a los rifeños y de que ahora están mucho mejor armados, las luchas siguen siendo muy duras y se producen muchas bajas.

El 5 de octubre, los españoles ocupan Atlaten. La operación es de suma trascendencia porque es un punto clave para la maniobra envolvente del monte Gurugú, objetivo último y esencial para salvar Melilla.

Los habitantes de Nador y su comarca se someten sin condiciones. A ellos se sumarán Beni Sicar y Mazuza. De la cabila de Beni Bu Ifrur llegan también ofertas de paz, pero se rechazan porque sus hombres son considerados los principales responsables de las matanzas en Monte Arruit.[45]

Mientras, Abd el-Krim ha decidido extender la guerra hacia el lado occidental. Los confidentes españoles ya estaban informados de ello: una harka de entre seiscientos y mil hombres, apoyados por un cañón y varias ametralladoras, se encuentra en Beni Zait, en Gomara, al mando de M'hamed, que va acompañado de Budra, cuñado de Abd el-Krim.[46] El líder rifeño busca unirse a El Raisuni, para que la liberación alcance a todo Marruecos, quizás porque no ve otra forma de ganar la guerra. Pero El Raisuni no está dispuesto a ceder un milímetro de su autonomía política y no prestará ninguna ayuda a Abd el-Krim. No es el único que no se une a los rifeños cuando éstos se lo piden. Abdelmalek también rechaza unirse a Abd el-Krim, alegando que tiene que defenderse de los franceses.[47]

Por ahora, Abd el-Krim no ha decidido ampliar su lucha contra los franceses. Por el contrario, desea atraerles a su causa porque sabe de la importancia que a nivel internacional puede suponer el apoyo francés a su futura República del Rif.[48]

El 10 de octubre, las tropas españolas se disponen a tomar las cumbres del monte Gurugú. En la operación intervienen varias columnas dirigidas por Sanjurjo, Cabanellas, Berenguer y Fresneda, y sin muchas complicaciones consiguen

coronar el monte: sobre las diez de la mañana, ya están arriba colocando, lo primero, la bandera de España. No se ha tenido que luchar porque el enemigo ya había abandonado el monte.[49] Pero en el repliegue, la columna de Sanjurjo, que lleva el peso principal de la operación, es seriamente atacada por un gran contingente de rifeños al mando directo de Abd el-Krim. La batalla se prolonga durante doce o catorce horas, con un saldo de 74 muertos y unos trescientos heridos españoles. Como es habitual, nada se sabrá de las bajas sufridas por los rifeños.[50]

En Melilla la expectación es general durante la batalla por el Gurugú. Las calles están vacías y el silencio es total. Muchos vecinos han subido a las azoteas y otros puntos estratégicos de la ciudad para seguir los combates y los movimientos de las tropas.

Tras varias horas que se hacen eternas, por fin se divisa la bandera española flotando en la cima del Gurugú. En la ciudad, el alborozo es general: repiques de campanas, cohetes, vivas a España y al Ejército… La alegría inunda las calles y se espera con impaciencia a los soldados que regresan, aclamándoles, aplaudiéndoles y vitoreándoles a su paso, ofreciéndoles agua, vino, golosinas… Todo es poco para celebrar la victoria y dejar atrás los miedos y las pesadillas.[51] Porque, desde el desastre de Annual, la ciudad ha encajado nada menos que 8.239 bombas.[52]

Las últimas tropas de Sanjurjo en el despliegue entran a la caída de la noche, incendiando a su paso los matorrales y todo lo que pueden encontrar por el camino. Lo hacen a la nueva manera. Todos los aduares y caseríos de las vertientes del Gurugú, desde Atlaten a Zoco el Had, son pasto de las llamas, «justo castigo a la deslealtad de sus moradores», dirá Cándido Lobera, el director de El Telegrama del Rif.[53]

«Me felicito, como España entera, de que nuestro Ejército haya devuelto su seguridad a Melilla», dirá Alfonso XIII al conocer la noticia de la ocupación del Gurugú. La llamada «maniobra del Gurugú»[54] permitirá que la calma vuelva a Melilla.

Para los rifeños la pérdida del Gurugú supone un revés monumental. Es el principio del fin, porque Abd el-Krim ha tomado la única decisión sensata entre las posibles: retirarse.

Los rifeños se repliegan al este del Kert y dejan solos a los guelaia: ahora únicamente quedan las cabilas de Beni Sidel, al oeste, Beni Bu Gafar y, más al sur, Beni Bu Ifrur, para hacer frente a los españoles. No podrán parar su avance: el 14 de octubre los españoles entrarán en Zeluán y el día 24, en Monte Arruit. Les queda un duro trabajo, el de identificar a los muertos. Esta vez los soldados no han tenido que combatir.

En la península, la ciudadanía cercana a los socialistas y, sobre todo, los seguidores de los representantes de la más respetada intelectualidad, con Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez e Indalecio Prieto a la cabeza, que recuerdan la frase nunca documentada de «Olé los hombres…», continúan con incansable furia, desde el Parlamento y desde las páginas del diario El Socialista, una auténtica campaña contra el rey Alfonso XIII, el presunto animador de Silvestre. Prieto sigue la tesis ya muy añeja del PSOE que afirma que España ha ido a Marruecos para satisfacer a la Monarquía. Besteiro, otro de los grandes oradores socialistas de la época, lo resumirá en noviembre en el Parlamento:

[...]por el camino que vamos se va a la ruina y la deshonra ante el mundo entero; yo creo que si se ama a España ha llegado el momento de establecer una línea divisoria y decir lo que es verdad: que España no ha ido a Marruecos; a Marruecos ha ido la Monarquía española, ha ido el Rey; nosotros no.[55]

Un importante líder de opinión, Manuel Cordero, lo resumirá en un artículo publicado en las páginas de El Socialista: «La guerra de África, que es la ruina material de España, se sostiene nada más que por no declarar a la Monarquía fracasada».[56]

La implicación de Alfonso XIII en la hecatombe militar y política del desastre parece fundada, aunque no está suficientemente documentada.[57] En todo caso, el sistema político se empieza a tambalear en un movimiento acelerado por el conflicto en el norte de África, y el Rey es la cabeza visible de ese sistema que se acaba. Sí está demostrada, en cambio, la incompetencia de dos generales, Silvestre y Navarro, y la enorme inteligencia de un hombre poco versado en las armas hasta ese momento, Mohamed Abd el-Krim.

El sistema imperialista ha recibido un gran golpe en la cara por la acción de un «pueblo en armas», el rifeño. Un «oportuno» robo[58] y un descarado golpe de Estado[59] se encargarán de todo lo demás dentro de la política española. Pero el mundo ya no será el mismo después de Abd el-Krim.

Mariano García y Marzouk Mohand todavía no han cumplido veintiún años y ya son enemigos a muerte. Odian y desprecian al otro como sólo se puede hacer a esa edad.

Mariano García ha tenido que interrumpir su carrera de Medicina en Valladolid, y ha dejado a sus padres, Juan Antonio y Sofía, en Pedraza, un pueblo de estructura medieval situado en Segovia, donde nació. Los padres de Mariano piensan que su hijo no saldrá vivo del viaje africano. Allí no va a aprender casi nada, ni siquiera a manejar el Mauser como es debido. Sólo sabe que quiere volver cuanto antes a España, que odia a los moros y que ha practicado mucho la equitación, aunque ya sabía montar a caballo porque su familia es de médicos rurales. Él también lo será.[60]

Marzouk Mohand nació en un aduar de Bocoia, en Idsuliyan, cerca de Axdir, seguramente el mismo año que Mariano, en 1900. La guerra, que le parece inacabable, le ha obligado a dejar el cárabo en el que pescaba peces casi siempre pequeños. Y odia con la misma intensidad que Mariano, aunque él a los arumis. Su hija contará de él que estaba al frente del cañón instalado en Punta del Fraile en Sidi Abid, territorio de Bocoia, a menos de un kilómetro de la playa donde se producirá el desembarco de Alhucemas, en La Cebadilla. Saldrá vivo de milagro del trance y se refugiará con su familia en el interior de la cabila, en unas cuevas preparadas para ese fin, lejos del litoral. Acabará emigrando a Tánger para ganarse la vida como albañil.[61]

Alguna generación más tarde, las familias de Marzouk y Mariano ya no se odiarán, y será posible que se escriba un libro sobre aquellos acontecimientos que puedan leer todos los descendientes de sus muchos actores.

Mientras, Marzouk y Mariano, aunque no se conocen, pueden, cada uno desde su posición, ver a los mismos buitres que se dirigen a Annual planeando sobre sus cabezas. Quizás los buitres vayan allí por costumbre.

Epílogo

A finales 1921, el conflicto entre los españoles y los hombres de Abd el-Krim en el Rif aún está muy lejos de acabar. Hasta mayo de 1922, tras unas batallas saldadas con importantes bajas para un bando y otro, los españoles siguen reconquistando las posiciones perdidas: en diciembre de 1921 se ocupó Batel; en enero de 1922, Dar Drius y, tras una breve pausa por las inclemencias del invierno, en abril, Dar Quebdani, Cheif y Afsó. En marzo se había ocupado Kandussi, con lo que los españoles recuperaron la línea de Dar Drius sobre el río Kert.

En la península, el apoyo popular inicial a las operaciones militares emprendidas para rehabilitar a España ante el mundo se resquebraja a medida que se va confirmando la magnitud del desastre y van pasando los meses sin que se consiga la liberación de los prisioneros. El prestigio militar declina.

En marzo de 1922, el presidente del Gobierno Antonio Maura dimite, incapaz de superar las divisiones que existen en el seno de su Gabinete sobre los problemas que acucian a España, que son muchos y, entre otros, el de Marruecos. Le sustituye el conservador José Sánchez Guerra que, consciente de que ya no puede seguir exigiendo al país más sacrificios, presenta su nuevo criterio de actuación en Marruecos: la finalidad del Protectorado ha de ser civil, y no una mera ocupación militar.[1] De hecho, en mayo, se dan por terminadas las operaciones militares en la zona de Melilla después de que los españoles consigan ocupar el territorio de Beni Said, iniciándose la retirada escalonada de efectivos a la península.

Sin embargo, los enfrentamientos no terminan porque, aunque la toma de la bahía de Alhucemas está descartada, los españoles continúan reconquistando algunas posiciones para apuntalar su línea defensiva: en agosto se toman Middar y Azrú y, en octubre, Buhafora, Tafersit, Tizzi Azza y Afrau, recuperándose así los límites de antes de julio de 1921.

Enfrente, Abd el-Krim no sólo pone muy difícil a los españoles sus nuevas conquistas hostilizándolas regularmente, sino que también toma la iniciativa emprendiendo distintas ofensivas que ponen al Ejército español en graves aprietos. Desde marzo de 1922 ataca los peñones de Alhucemas y Vélez, creando una situación muy comprometida para las fuerzas españolas allí

concentradas, que ordenan la evacuación de la población. Después de tres semanas de duros combates, los hombres de Abd el-Krim son rechazados por el Ejército español, que, a partir de ese momento, bloquea comercialmente el Rif impidiendo todo avituallamiento desde la costa de Alhucemas. Sin embargo, los rifeños aún cuentan con la frontera del Protectorado francés para abastecerse.

A finales de año, España suspende definitivamente todos los avances y el frente queda estabilizado, no sólo en la zona oriental del Protectorado, sino también en la occidental, donde se había conseguido un pacto de no agresión con El Raisuni.

En el Rif, el líder sigue ganando en popularidad. Los españoles han desistido de la toma de Alhucemas, donde ahora un verdadero ejército rifeño ha construido una línea de defensa que considera inexpugnable, con 3.000 hombres movilizados.[2] Abd el-Krim no ha conseguido contener a los españoles en Guelaia, y en Gomara y Yebala, su hermano M'hamed no ha logrado que las cabilas de la zona occidental se unan a ellos. Sin embargo, el Rif está intacto y la reconquista parece haber tocado a su fin. El sueño de Abd el-Krim, su República, mantiene su territorio al completo.

En la península, la opinión pública quiere a toda costa que la guerra en Marruecos se acabe y se depuren las responsabilidades por el ya conocido como el «desastre de Annual».

El informe iniciado por el general Picasso en agosto de 1921 para investigar las actuaciones de los jefes, oficiales y tropa en los meses de julio y agosto de 1921 es remitido en enero de 1922 al Consejo Supremo de Guerra y Marina, que, después de analizar el expediente, decide procesar a 39 militares por negligencia o abandono de su deber en Annual, incluido el propio general Berenguer.

Las consecuencias políticas no se hacen esperar y la presión de los diputados en las Cortes, encabezada por el socialista Indalecio Prieto, consigue que se forme una comisión parlamentaria para dirimir también las responsabilidades políticas del desastre de Annual.

Los debates parlamentarios, seguidos muy de cerca por la opinión pública, levantan ampollas: no sólo se pone en tela de juicio la gestión de los sucesivos gobiernos y al Ejército, sino incluso al mismo rey Alfonso XIII. Los distintos partidos políticos, incapaces de ponerse de acuerdo en establecer qué gobernantes son responsables y qué camino legal hay que tomar, precipitan la

caída del Gobierno de Sánchez Guerra, que ha tomado la difícil decisión de disolver las juntas militares, lo que complica la relación entre los africanistas y los junteros en el seno del Ejército. Los militares, divididos, se revuelven en sus sillas y ven con muy malos ojos que los políticos se inmiscuyan en sus asuntos.[3] Rechazan cada vez más que el poder civil se plantee imponerse al militar.

Para entonces, Berenguer ya ha abandonado su cargo de alto comisario porque el Consejo ha pedido su suplicatorio al Senado. Su sustituto, el general Ricardo Burguete, gobernador militar en Madrid, tiene también el propósito de acabar la guerra, pero por medio de las armas, y eso que tiene fama de ser conciliador y pacificador.[4] Nada más tomar posesión de su cargo, asegura que conseguirá a finales de año conquistar Alhucemas y, con ello, liberar a los prisioneros, tal como reclamaba a voz en grito la ciudadanía.[5]

Sin embargo, sus deseos de pasar a la Historia se ven rápidamente truncados: el nuevo Gobierno presidido por el liberal Manuel García Prieto no tiene intención de proseguir con las operaciones militares más allá de defender las posiciones tomadas, que ya es mucho. Declara además su intención de proseguir con el proceso de implantar un Protectorado civil y de repatriar a las tropas, y anuncia también la reducción del gasto militar.

Apenas un mes después de formar Gobierno en diciembre de 1922, García Prieto reemplaza al general Burguete por un civil, Luis Silvela Casado,[6] y confía el problema de los prisioneros a otro civil, el empresario Horacio Echevarrieta, que, en apenas unos días, consigue su liberación en las mismas o parecidas condiciones que Abd el-Krim había propuesto un año y medio antes: el rescate de los españoles a cambio de algo más de cuatro millones y medio de pesetas. ¡Cuánto tiempo perdido, para no ahorrar ni un céntimo!

A la alegría y el alivio de los ciudadanos por la liberación de los prisioneros se une la indignación porque el Ejército no ha sido capaz de rescatar a los cautivos españoles a pesar de los medios materiales y de las fuerzas de que dispone.[7] Con ello, la corriente pacifista en España va teniendo cada vez más adeptos. El Ejército se siente humillado.

Mientras, el Gobierno en España, presionado por la opinión pública y por gran parte de los dirigentes políticos, toma el camino de la pacificación, Abd el-Krim no deja de consolidarse. La liberación de los 326 españoles le supone un espaldarazo significativo entre los suyos, porque el líder rifeño ha conseguido

negociar de tú a tú con el Gobierno español y recibir mucho dinero, una inyección económica nada desdeñable para continuar la guerra y construir el nuevo Estado.

Es un buen momento, y no lo desaprovecha: el 1 de febrero de 1923 se hace oficial la proclamación de la República del Rif, la Dawla Jumhuriya Rifiya. Abd el-Krim es investido emir, máximo representante de la Umma, es decir, de cara al mundo exterior, presidente del recién creado Estado. Su primer discurso ante los once notables más importantes del Rif está a la altura de su ya consagrada imagen de estadista:

Nunca hemos reconocido este Protectorado y nunca lo reconoceremos. Deseamos ser nuestros propios gobernantes y mantener y preservar nuestros derechos legales e indiscutibles. Defenderemos nuestra independencia con todos los medios a nuestro alcance y elevaremos nuestra protesta ante la nación española y ante su inteligente pueblo, quien creemos que no discute la legalidad de nuestras demandas.[8]

La República del Rif ¿es una proclamación conforme a las tradiciones comunitarias o, por el contrario, es un salto real a un modelo de Estado europeo y moderno con una separación real de los tres poderes señalados por Montesquieu? ¿Constituye el germen del primer nacionalismo marroquí? ¿Simboliza un reformismo religioso? ¿Es precursora de los movimientos de liberación nacional?

Lo cierto es que Abd el-Krim, una vez legitimado su poder político, reorganiza las estructuras del nuevo Gobierno, establece una organización militar y administrativa nuevas, y emprende importantes reformas en todos los ámbitos: educativo, agrario, fiscal, jurídico… No le dará tiempo a transformar y modernizar el Rif como a él le hubiera gustado porque la República durará sólo tres años y medio.

No obstante, sobre el terreno, Abd el-Krim juega con ventaja. Ante la pasividad del Ejército español, que tiene órdenes expresas de paralizar todo avance, su ejército no ha cesado de hostilizar las posiciones enemigas, manteniendo en pie la moral de sus hombres, mientras decae la de los españoles.

En julio de 1923, el ataque de los rifeños a Tizzi Azza supone un duro revés para el Ejército español. La situación puede revertirse y en el horizonte se vislumbra la posibilidad de que el Ejército de Abd el-Krim consiga echar a los españoles del Rif.

El Gobierno, acuciado por los acontecimientos militares en Marruecos, decide enviar nuevas tropas al continente africano. La opinión pública reacciona, porque a estas alturas nadie entiende que se siga combatiendo en Marruecos en una guerra sin sentido y con un goteo incesante de muertos: en el puerto de Málaga, algunos de los soldados preparados para el embarque se amotinan.

Las vacilaciones de los distintos gobiernos que se suceden sobre la estrategia a seguir en Marruecos pasan factura. Ni entre los militares, ni entre los dirigentes políticos hay acuerdo sobre la forma de proceder. A la decisión del Gobierno de enviar nuevas tropas a Marruecos se suma la de iniciar negociaciones con Abd el-Krim para alcanzar la paz. Contradicciones que exacerban aún más las relaciones entre el Ejército y el Gobierno, ya de por sí muy deterioradas por el espinoso asunto de las responsabilidades. Porque, mientras todo esto sucede, los debates que tienen lugar en las Cortes sobre las responsabilidades del desastre de Annual amenazan seriamente al régimen parlamentario de la Restauración.

En julio de 1923, se constituye la Segunda Comisión de Responsabilidades y se decide que la comisión parlamentaria ha de entregar su dictamen en octubre. Pero una semana antes de que la comisión se reúna, el general Primo de Rivera actúa y, con el visto bueno del Rey, disuelve las Cortes y proclama una dictadura militar.

«El país no quiere oír hablar más de responsabilidades, sino saberlas, exigirlas pronta y justamente, y esto lo encargaremos, con limitación de plazo, a Tribunales de autoridad moral y desapasionados de cuanto ha envenenado hasta ahora la política», manifestará Primo, justificando así su golpe de Estado.[9] El general acababa así de un plumazo con el proceso de las responsabilidades abierto por el desastre de Annual y, de paso, con el sistema parlamentario en España, afirmando la primacía del poder militar sobre el civil.[10] Y es él quien consigue, aunque por poco tiempo, pacificar Marruecos, emprendiendo «la gloriosa política del abandono», es decir, ordenando el repliegue de las tropas españolas hacia la costa.

Pocos meses después, Abd el-Krim, más fuerte que nunca, comete el error de

atacar la zona francesa, iniciándose así otra guerra, esta vez contra Francia y España. Es demasiado. Y el 8 de septiembre de 1925 se produce el desembarco en Alhucemas, tan anhelado por muchos militares españoles.

Sin la decisiva ayuda de Francia, el Ejército español no hubiera sido capaz de tomar Alhucemas en una compleja operación anfibia que ha requerido la puesta en funcionamiento de una enorme cantidad de medios. El Rey y el Ejército sufren una nueva humillación en África: ha quedado claro que, sin el apoyo de Francia, no pueden vencer a Abd el-Krim.

En mayo de 1926, Abd el-Krim se rinde a los franceses, que le deportarán a la isla de la Reunión, en Madagascar, donde permanecerá con su familia nada menos que veintiún años, antes de escapar y acabar sus días en El Cairo, donde morirá en 1963 a la edad de ochenta años.

Pero eso es otra historia…

Quizás otros acontecimientos históricos más dramáticos convirtieron aquella derrota en un pequeño episodio al que ya poca gente presta atención, a pesar de que, cuando sucedió, hace ahora cien años, la repercusión en España fue monumental y tuvo enormes consecuencias para el país.

De hecho, el golpe militar de Primo de Rivera fue una consecuencia directa del desastre de Annual. También fue en Marruecos donde se formaron los llamados «africanistas», muchos de los cuales protagonizaron la sublevación militar en 1936 y emplearon en la guerra civil española los mismos métodos, planteamientos y filosofía que habían aplicado en las guerras de Marruecos, y particularmente en el Rif.

Para los marroquíes y, en particular, para los rifeños, la guerra de 1921 es inolvidable porque fue una victoria en toda regla de un pueblo oprimido, marginal y pobre contra una potencia colonial extranjera. Para gran parte de ellos fue una lucha de liberación de los pueblos del Magreb, del norte de África y de todos los musulmanes frente al imperialismo occidental.

Para muchos, Abd el-Krim fue el primer líder del movimiento nacionalista marroquí. Aunque esto sea discutible y controvertido, lo cierto es que se convirtió en un referente de la lucha contra el colonialismo más allá de sus

fronteras, en un símbolo de la lucha por la libertad y la independencia de los pueblos. De hecho, en 1948, fue presidente del Comité de Liberación del Magreb Árabe y, durante su exilio, fue consultado y admirado por numerosas personalidades como Ho Chi Minh, Mao Zedong, Mahatma Gandhi, el mariscal Tito o Ernesto Che Guevara. No sólo se le considera un precursor de los movimientos anticolonialistas, sino que, en el plano militar, sus tácticas también han sido un referente central para muchos líderes guerrilleros.

Glosario

Aduar: Poblado de árabes nómadas formado por tiendas o chozas.

Adyun: pandero amazigh.

Agrau: reunión, asamblea. Su significado está relacionado con la palabra de origen griego «ágora».

Aicha candicha: mujer demonio de la mitología marroquí.

Alfaquí: persona instruida en temas básicamente religiosos que goza de prestigio social por sus conocimientos, enseñanzas y rectitud en su comunidad.

Amazigh: nombre con el que se denomina a los pobladores originales del norte de África y sus descendientes. Comúnmente conocido como bereber.

Amghar: patriarca, jefe, persona mayor que, por su edad y sabiduría, ejerce autoridad sobre un clan y actúa como representante del mismo.

Arbaia: fusil.

Arumi: cristiano.

Askari: policía indígena.

Asriwriw: grito de alegría, contento, júbilo.

Azejif: cabeza visible de una familia extensa o clan.

Blad es siba: la tierra sin ley, sin orden. El Majzén, poder central del sultán, solía atribuir este nombre a las zonas insumisas y rebeldes que no pagaban tributos.

Cabila, cábila o kabila: territorio donde se asienta una comunidad cuyos pobladores comparten la misma ascendencia.

Cadí: juez.

Cadí codat: juez de jueces.

Caíd: líder, guía. Notable distinguido que ejerce autoridad política, administrativa y militar.

Chdeh: baile.

Cheij: término de origen árabe que significa persona mayor y por ende respetada y sabia. En la comunidad amazigh, designa a una persona mayor versada en conocimientos religiosos y con cierta autoridad a nivel local.

Chitán: satán.

Dhimmíes o gentes del Libro: término con el que se designa en el Islam a los creyentes monoteístas o de religiones abrahámicas.

Faquí: véase, Alfaquí.

Fusila: fusil.

Gambura: cántaro de barro de forma esférica con un solo orificio y asas laterales que se usa tanto para acarrear como para almacenar agua.

Haj: persona que ha peregrinado a la Meca.

Harka: expedición de combatientes rifeños que han servido en las filas del Ejército español. Algunos autores han extendido esta denominación a los combatientes rifeños liderados por Abd el-Krim, a quienes en el texto también hemos denominado como muyahidines.

Hobus: especie de hacienda comunitaria de carácter religioso que administra los bienes de un aduar.

Imadiaz: grupo de personas que se dedican al cante y a tocar instrumentos tradicionales. En algunas cabilas vivían alejados del douar al ser considerados por los ortodoxos sujetos indecorosos.

Iragasen: correos.

Iref: cerdo.

Izran: poemas épicos.

Izri: singular de Izran.

Jaima: tienda de campaña.

Jenun: demonios.

Jotuba: petición de mano.

Kafir/kufaar: infiel/infieles.

La Buya/La La Buya: Mi Señora Buya. Todos los izran rifeños introducen esta invocación al comienzo de cualquier cante, que para algunos autores es el homenaje a una heroína amazigh que luchó contra la ocupación extranjera en el occidente norteafricano.

Leilat El Qadr: rezo nocturno, «la noche del destino». Es la noche del día 26 al día 27 del mes de Ramadán.

Lejiun: legionarios en rifeño

Lghita: flauta.

Lif: alianza, entre familias, clanes, fracciones e incluso cabilas.

Majilis al Umma: Asamblea de la Unión del Pueblo Rifeño.

Majzén: el Gobierno del sultán, el poder del Estado.

Makhama: tribunal.

Mehalla: cuerpo del Ejército regular del Majzén.

Mía: unidad de tropa regular marroquí al servicio del Ejército español durante el Protectorado, compuesta por unos cien soldados de Infantería o de Caballería.

Mohecín/mohedín: encargado de llamar a la oración desde el minarete de una mezquita.

Morabo: santo

Muyahid/muyahidines: viene de «Yihad», esfuerzo mayor espiritual y/o militar.

Sahaba: apóstoles del profeta Mohamed (Mahoma para los cristianos).

Salat el yanaza: la oración por el difunto. Para los chuhadaâ, los combatientes que caen en campo de batalla, no se oficia este rezo.

Sharia: ley religiosa islámica reguladora de los aspectos públicos y privados de la vida.

Suk: zoco.

Sura/suras: cada uno de los capítulos en los que se divide el Corán.

Ráis: presidente de la Asamblea

Tebib: médico.

Urf: derecho consuetudinario rifeño, nucleado en torno a un corpus de tradición oral.

Yihad: guerra santa.

Yemáa: reunión, encuentro, concejo, donde se dirimen asuntos tanto sociales, económicos, espirituales como de defensa frente a las agresiones internas o externas.

Zajmaisiz: rifle de cinco tiros.

Zagharet: grito de alegría de los árabes.

Zamja: flauta bereber.

Zaragüel: pantalón o calzón, muy amplio y abolsado.

Zaujas: cofradías que generalmente se ubican en santuarios donde se imparten enseñanzas religiosas encaminadas a purificar el alma y disciplinar el comportamiento, y cuyo protagonismo político en el Magreb ha sido determinante.

Cronología

Antecedentes

7 de abril de 1906: Firma del Tratado de Algeciras

Otoño de 1906-principios de 1907: Abd el-Krim se instala en Melilla y ejerce como profesor en la escuela hispano-árabe

27 de julio de 1909: Desastre del barranco del Lobo

1910: Abd el-Krim es nombrado secretario e intérprete en la Oficina Central de Asuntos Indígenas en Melilla

30 de marzo de 1912: Firma del Tratado de Fez por el que se crea el Protectorado español de Marruecos

28 de julio de 1913: Abd el-Krim es nombrado cadí de la Oficina Central de Asuntos Indígenas

Octubre de 1913: Abd el-Krim es nombrado cadí codat

1914-1918: Primera Guerra Mundial

8 de septiembre de 1915: Abd el-Krim es encarcelado en el fuerte de Cabrerizas Altas

Agosto de 1916: Abd el-Krim es puesto en libertad

Diciembre de 1918: La familia Abd el-Krim rompe con las autoridades españolas

25 de enero de 1919: El general Berenguer es nombrado alto comisario de la Comandancia General de España en Marruecos

1920

30 de enero: Manuel Fernández Silvestre es nombrado comandante general de Melilla

5 de mayo: el vizconde de Eza es nombrado ministro de la Guerra

8 de agosto: Abd el-Krim padre muere

8 de agosto: Ocupación de Tafersit por el Ejército español

11 de diciembre: Ocupación de Dar Quebdani por el Ejército español

1921

15 de enero: Ocupación de Annual por el Ejército español

Febrero: Abd el-Krim organiza militarmente a los rifeños para luchar contra los españoles. Instala su cuartel general en Yebel el Qama

10 de marzo: Silvestre presenta a Berenguer su plan ofensivo para la conquista de Alhucemas

12 de marzo: Ocupación de Sidi Dris por el Ejército español

31 de marzo: Reunión de Silvestre y Berenguer en el Giralda

17 de abril: Bombardeo de las tropas españolas al suk del Rabáa de Sidi Bouafif, en Bukidan (cerca de Axdir)

Finales de abril: Reunión de notables rifeños de Beni Urriaguel, Bocoia, Beni Tuzin y algunos de Temsamán en Yebel el Qama, donde acuerdan unirse para luchar contra el Ejército español

1 de junio: Conquista y pérdida de Abarrán por el Ejército español. Victoria de los rifeños al mando de Abd el-Krim. El líder rifeño traslada su cuartel general a Amesauro

2 de junio: Las tropas españolas de la posición de Sidi Dris defienden con éxito el ataque de las fuerzas rifeñas

3 de junio: Ocupación de Talilit y de las posiciones intermedias A y B por el Ejército español

5 de junio: Reunión de Silvestre y Berenguer en el crucero Princesa de Asturias. No hay refuerzos para Silvestre

6 de junio: Berenguer da la situación por restablecida. Para el alto comisario, todo el foco bélico de atención está en Yebala (Ceuta)

7 de junio: Conquista de Igueriben por el Ejército español

15 de junio: Ataque a Sidi Dris por las fuerzas rifeñas, que son rechazadas con éxito

16 de junio: Enfrentamiento entre las fuerzas españolas y rifeñas en la loma de los Árboles

17 de julio: Comienza el asedio de los rifeños, al mando de Abd el-Krim, a la posición de Igueriben ocupada por fuerzas españolas

20 de julio: Establecimiento y ocupación de la posición intermedia C por el Ejército español

21 de julio: Igueriben pasa a manos del Ejército rifeño

22 de julio: Retirada de las fuerzas españolas de Annual a Dar Drius. Suicidio de Silvestre. El general Navarro toma el mando. Las posiciones empiezan a derrumbarse. Los legionarios al mando de Millán Astray salen para Melilla desde Yebala

23 de julio: Repliegue de las fuerzas españolas de Dar Drius a Batel y Tistutin. Berenguer llega a Melilla

24 de julio: Desembarcan las primeras fuerzas de la península y el Tercio de Extranjeros

25 de julio: Las fuerzas españolas asediadas en Dar Quebdani se rinden, y las de Zoco el Telatza y Sidi Dris abandonan la posición

26 de julio: Las fuerzas españolas en Afrau abandonan la posición: la evacuación

es un éxito. Continúan llegando fuerzas peninsulares. El Tercio ocupa posiciones en los alrededores de Melilla junto con otras unidades. Toma del Atalayón por Sanjurjo

27 de julio: Nombramiento del general Cavalcanti como comandante general de Melilla en sustitución de Silvestre. Las fuerzas españolas resisten en las posiciones asediadas por las fuerzas rifeñas en Zeluán, Nador, Monte Arruit, Batel, Tistutin y en la posición intermedia A

28 de julio: Cae la posición intermedia A, asaltada por las fuerzas rifeñas

28-29 de julio: Retirada de las fuerzas españolas de Batel y Tistutin a Monte Arruit

2 de agosto: Las fuerzas españolas asediadas en Nador capitulan y las fuerzas rifeñas que asediaban la posición respetan el acuerdo de rendición

3 de agosto: Las tropas españolas asediadas en el aeródromo de Zeluán abandonan la posición y las fuerzas rifeñas se toman la justicia por su mano

4 de agosto: El general Picasso es nombrado instructor de la causa sobre los motivos del abandono de posiciones del territorio marroquí asignado a la Comandancia General de Melilla

6 de agosto: Consejo de generales en Melilla: se decide no ir en auxilio de los hombres del general Navarro en Monte Arruit

9 de agosto: Las fuerzas españolas asediadas en Monte Arruit capitulan y las fuerzas rifeñas no respetan de nuevo el acuerdo de rendición

1-15 de agosto: Abd el-Krim se desplaza y se instala en Monte Mauro, en Beni Said. Tiene lugar el juramento de Zanut Arroman

13 de agosto: Llegada del general Picasso a Melilla

14 de agosto: Maura constituye su quinto y último Gobierno. De la Cierva releva al vizconde de Eza en el Ministerio de la Guerra. Berenguer dimite, pero se le confirma en su cargo

15 de agosto: Ataque de las fuerzas rifeñas a Zoco el Had

16 de agosto: Abd el-Krim regresa a Axdir

21 de agosto: Ataque de las fuerzas rifeñas al blocao Extremadura

31 de agosto: Ataque de las fuerzas rifeñas a Taguilmanin

4 de septiembre: Ataque de las fuerzas rifeñas a Melilla

15 de septiembre: Ataque de las fuerzas rifeñas a la posición de Dar Hamed, llamada «El Malo»

17 de septiembre: Nador es reconquistada por el Ejército español

18 de septiembre: Declaración de la República del Rif

23 de septiembre: Reconquista de Tauima y los Pozos de Aograz por el Ejército español

29 de septiembre: duro enfrentamiento en Tizza Azza entre las fuerzas rifeñas y las españolas cuando aquéllas atacan un convoy. Éxito del Ejército español, que consigue desalojar a las fuerzas rifeñas

5 de octubre: el Ejército español reconquista Atlaten

10 de octubre: El Ejército español reconquista el monte Gurugú. La seguridad de Melilla queda asegurada

Diciembre: El Ejército español reconquista Batel

1922

10 de enero: El Ejército español recupera Dar Drius

23 enero: Picasso termina en Melilla la toma de declaraciones para su instrucción y regresa a Madrid

8 de abril: Reconquista de Dar Quebdani por el Ejército español

Marzo: El Ejército español recupera Kandussi. Ofensivas del Ejército rifeño a

los peñones de Alhucemas y Vélez. Bloqueo comercial al Rif por España

Mayo: Se inicia la retirada escalonada de tropas a la península

7 julio: El Consejo Supremo de Guerra y Marina abre causa sumarial a Berenguer.

10 julio: Se constituye la Comisión de los Diecinueve (diputados que estudiarán las responsabilidades)

16 de julio: Se nombra a Ricardo Burguete alto comisario de España en Marruecos, en sustitución de Dámaso Berenguer

28 de octubre: El Ejército español ocupa Tizzi Azza

7 de diciembre: el Gobierno presidido por Sánchez Guerra dimite. Formación de un nuevo Gobierno presidido por Manuel García Prieto. A finales de mes se suspenden las operaciones militares transitoriamente

1923

3 de enero: Nombramiento de Miguel Villanueva y Gómez como alto comisario de España en Marruecos, en sustitución de Ricardo Burguete

27 de enero: Son liberados, en Axdir, los 326 españoles prisioneros desde hacía dieciocho meses

1 de febrero: Proclamación oficial de la República del Rif

18 de febrero: Nombramiento de Luis Silvela Casado como alto comisario de España en Marruecos, en sustitución de Miguel Villanueva y Gómez

5 de junio: El Ejército español logra rescatar a las tropas españolas cercadas en Tizzi Azza. Se reanuda la ofensiva, hostigadas las posiciones españolas por el Ejército rifeño

10 de julio: Se constituye la Comisión de los Veintiuno (diputados que estudiarían las responsabilidades)

28 de julio: El Senado concede el Suplicatorio contra Berenguer

13 de septiembre: Golpe de Estado de Primo de Rivera

1924

4 julio: Decreto de Alfonso XIII concediendo la amnistía a los procesados militares y civiles

1925

25 de enero: Abd el-Krim apresa a El Raisuni

13 de abril: el Ejército rifeño ataca la línea del Uarga, en la zona francesa

Agosto: Se intensifican los ataques aéreos, con iperita, sobre las cabilas rifeñas. Gran número de víctimas

8 de septiembre: Desembarco de las fuerzas españolas y francesas en Alhucemas

1926

26 de mayo: Abd el-Krim se rinde a los franceses en Targuist y es deportado a la isla de la Reunión

1927

10 julio: Sanjurjo declara terminada la guerra en Marruecos

Bibliografía y fuentes

ARCHIVOS

Archivo Histórico Nacional (AHN): Expediente Picasso del Tribunal Supremo, legajos 50, n.º 1 al 10, y 51, del n.º 1 al 39.

Archivo del Congreso de los Diputados: Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD), Serie Histórica.

Archivo General Militar de Madrid (AGMM).

Archivo Fernández Larrondo.

Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM).

LIBROS

ALBI DE LA CUESTA, Julio, En torno a Annual, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.

ALÍA MIRANDA, Francisco, Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición, Madrid, Los libros de la Catarata, 2018.

ALLENDESALAZAR, Manuel, La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1990.

ALONSO, José Ramón, Historia política del Ejército español, Madrid, Editora Nacional, 1974.

AMEZIAN, Mohamed Salam, Abd el-Krim El Jattabi ua Harb Arrif, Matbaat

Almadani, Almuâsasat Assaudia bi Masar, 1971.

AMEZIAN Mohamed Salam, Araâ Wa Mauakif Mohammad ben Abd el-Krim El Jattabi, 1926-1963, Damasco, Yjtilaf, 2002.

ARAGÓN REYES, Manuel (dir.) y GAHETE JURADO, Manuel (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vols. I, II y III, Madrid, Iberdrola, 2013.

ARRAIS, Mohamed, Chahâdât An Elmokâuamat Fi Âhd Azzaîm Mohammad Ben Abd El Karim El Jattabi, N'Arif, Tifraz N'Arif, 2011.

ASKIRAJ, Ahmed, Adhel Al warif fi Mouhaarabat Arrif (Memorias de Azerkan), Al Jadida, 1926.

AYACHE, Germain, Les origines de la guerre du Rif, París, Publications de La Sorbonne, 1981.

AYACHE, Germain, La guerre du Rif, París, L'Harmattan, 1996.

AZIZA, Mimoun, La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956), Barcelona, Bellaterra, 2003.

AZPEITUA, Antonio, Marruecos. La mala semilla, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1921.

BALFOUR, Sebastián, Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939), Barcelona, Península, 2020.

BAREA, Arturo, «La ruta», segunda parte de La forja de un rebelde, Buenos Aires, Losada, 1951.

BELKADI, Mohamed Omar, Memorias de la Guerra del Rif. El León del Rif. Mohamed Abdelkrim El-Kattabi, Tetuán, Dispress, 2008.

BENCHABANE, Mehdi, Abd el-Krim Al Khattabi et la guerre du Rif, París, Albouraq, 2016.

BERENGUER, Dámaso, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, Madrid, Voluntad, 1921.

BLANCO IZAGA, Emilio, Emilio Blanco Izaga: Coronel en el Rif. Una selección de su obra, publicada e inédita, sobre la estructura sociopolítica de los rifeños del norte de Marruecos, Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1995.

BOUGHABA MALEEM, Zoubida, Cuentos populares del Rif contados por mujeres cuentacuentos, Málaga, Miraguano, 2003.

BRAVO NIETO, Antonio, Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos, Sevilla, Junta de Andalucía, 2000.

CAMPOS, José María, Abd el-Krim y el Protectorado, Málaga, Algazara, 2000.

DAHICH, Mohamed Ali, Mohammad Ben Abd el-Krim El Jattabi. Safahat Mina Al Yihad Ua Alkifaah Al Maghrebi Dhidda Al Istihmaar, Dar Achuun Azzakaafat Al Âmat, 2002.

DAOUD, Zakya, Une épopée d'or et de sang, Biarritz, Séguier, 1999.

DÁVILA JALÓN, Valentín, Una vida al servicio de España: General don Fidel Dávila Arrondo, 1878-1962, vol. 1, Madrid, Talleres Prensa Española, 1978.

DÍAZ FERNÁNDEZ, José, El blocao. Novela de la guerra marroquí, Biblioteca Virtual Omegalfa, 2015.

DÍAZ MORLÁN, Pablo, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), Madrid, Marcial Pons, 2015.

DUMAS, Pierre, Le Maroc, París, Arthaud, 1931.

EL BOUAYACHI, Ahmed, Harb Arrif Attahríria Ua Marâhil Annidhâl, Tánger, 1974.

FERNÁNDEZ DE CASTRO Y PEDRERA, Rafael, El Rif: Los territorios de Guelaia y Quebdana, Málaga, Zambrana Hermanos, 1911.

FONTAINE, Pierre, Abd el-Krim. Origine de la rébellion Nord-Africaine, París, Les Sept Couleurs, 1958.

FRANCISCO, Luis Miguel, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, Barcelona, Crítica, 2014.

FRANCO BAHAMONDE, Francisco, Marruecos. Diario de una bandera, Madrid, Pueyo, 1922.

FRISCHS, René-Jules, La guerra en África, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1910.

FURNEAUX, Rupert, Abdel Krim, Emir of the Rif, Londres, Secker & Warburg, 1967.

GÓMEZ MARTÍNEZ, Juan Antonio, Mohammed ben Abd el-Krim el-Jattaby el-Aydiri el-Urriagly, Murcia, Farjardo El Bravo, 2008.

GONZÁLEZ-RUANO, César, Viaje a África. Por las rutas posibles de los posibles prisioneros, Madrid, Fundación Mapfre, 1996.

HAKIM, Mohamed Ibn Azzuz, Maâhrakat Annual. 21 yuliuz 1921. Edit. Muassasat Abdel-Jalek Torres Li Azzakafa U'Al Fikr, Tetuán, Al Maghreb.

HART, David Montgomery, «De "Ripublik" à République: les institutions sociopolitiques rifaines et les réformes d'Abd el-Krim», en Abd el-Krim et la République du Rif, París, Maspero, 1973.

HART, David Montgomery, The Aith Waryagher of the Moroccan Rif. An Ethnography and History, Tucson, University of Arizona Press, 1976.

JENSEN, Geoffrey, Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974.

LEGUINECHE, Manuel, Annual 1921: el desastre de España en el Rif, Madrid, Alfaguara, 1997.

MADARIAGA, María Rosa de, Abd el-Krim El Jatabi, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

MADARIAGA, María Rosa de, En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

MARTÍN, Miguel, El colonialismo español en Marruecos – 1860-1956, París, Ruedo Ibérico, 1973.

MARTÍNEZ DE CAMPOS, Arsenio, Melilla 1921, Ciudad Real, Publicaciones de El Pueblo Manchego, 1922.

MARTORELL GUISASOLA, José, Historia de la Aviación Española, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Aérea, 1988.

MOGA, Vicente, El Rif de Emilio Blanco Izaga, Melilla, Bellaterra, 2009.

MORALES, Gabriel, Datos para la historia de Melilla (1497-1909). Edición de Vicente Moga Romero, Melilla, Servicio de Publicaciones del Centro UNED de Melilla, 1992.

MORALES, Gabriel, Efemérides de la Historia de Melilla (1497-1913), Melilla, Servicio de Publicaciones del Centro UNED de Melilla, 1996.

MORALES, Gabriel, Efemérides y Curiosidades. Melilla, Peñón y Alhucemas, Melilla, 1921.

NERÍN, Gustau, La guerra que vino de África, Barcelona, Crítica, 2019.

ORTEGA Y GASSET, Eduardo, Annual, Madrid, Ediciones del Viento, 2016.

OTEYZA, Luis de, Abd el-Krim y los prisioneros, Madrid, Ediciones del Viento, 2018.

OUNYA, Mohamed, Abd el-Krim El Jattabi, ua Ousturat Annidhâl.1921-1926, Tetuán, El-Jaliy El-Arabi, 2018.

PANDO DESPIERTO, Juan, Historia secreta de Annual, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

PENNEL, Charles Richard, A Country with a Government and a Flag: The Rif War in Morocco. 1921-1926, Wisbech, Menas Press Ltd., 1986.

PÉREZ ORTIZ, Eduardo, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, Madrid, Interfolio, 2010.

PICASSO, Juan, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, Madrid, Javier Morata, 1931.

PINILLA, Ramiro, Guía secreta de Vizcaya, Madrid, Al-Borak, 1975.

QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo, La Marina de guerra en África, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1928.

REGIMIENTO DE CAZADORES ALCÁNTARA, Resumen de los sucesos acaecidos en la Comandancia General de Melilla entre los días 1 de junio y 9 de agosto de 1921, Melilla, Regimiento Alcántara, 2001.

RODRÍGUEZ DE VIGURI Y SEOANE, Luis, La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924.

ROGER-MATHIEU, Jacques, Mémoires d'Abd-el-Krim, París, Librairie des Champs-Elysées, 1927.

RUIZ ALBÉNIZ, Víctor, España en el Rif, Madrid, Biblioteca Hispania, 1921.

SÁINZ GUTIÉRREZ, Sigifredo, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, Madrid, Almena, 2016.

SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Antonio, De Wad-Ras a Alhucemas. 50 años de drama colonial en Marruecos, Madrid, Creaciones Vincent Gabrielle, 2012.

SARRIONANDÍA, Joseba, ¿Somos como moros en la niebla?, Pamplona, Pamiela Etxea, 2012.

SENDER, Ramón J., Imán, Madrid, Orbis, 1985.

SERRANO SÁENZ DE TEJADA, Guillermo, De la guerra de Marruecos y el combate que no debió ser, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013.

SERRANO VÉLEZ, Manuel, Silvestre o el sueño de un imperio, Madrid, Almuzara, 2018.

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR, Historia de las campañas de Marruecos, Madrid, Servicio Geográfico del Ejército, 1947.

TALIH, Abd El-Aziz, Ibacouyen. Nabch Fi Adhàkira., Rabat, Al Maarif Al Yadida, 2018.

VIVERO, Augusto, El derrumbamiento, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1922.

ZAHER, Mohamed, Arrif, Attarij Ua Adhakira, M. Zaher, 2019.

ZNIBER, Mohamed, Safahat Mina Al watania Al Maghrebia: Men Athaura Arrifia Ilaa Alharaka Al Uatania, Dār al-Našr al-Magribīya, 1990.

TESIS DOCTORALES

CABALLERO ECHEVARRÍA, Fernando, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», Universidad Complutense de Madrid, 2013.

EL MESSAOUDI FARIS, Ahmed Messaud, El Rif en el primer tercio del siglo XX (1900-1930), Universidad de Granada, 2015.

GAJATE BAJO, María, Las campañas de Marruecos y la opinión pública, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2012.

IGLESIAS AMORÍN, Alfonso, La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936), Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, Pablo, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), Universidad Complutense de Madrid, 2003.

LOUREIRO SOUTO, Jorge Luis, Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias, UNED, 2015.

PENNEL, Charles Richard, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, Universidad de Leeds, 1979.

ARTÍCULOS

ALBERT SALUEÑA, Jesús, «La economía del Protectorado español en Marruecos y su coste para España» en Manuel Aragón Reyes (dir.) y Manuel Gahete Jurado (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vol. I, Madrid, Iberdrola, 2013, p. 83.

AYÁN VILA, Xurxo M. y GARCÍA RODRÍGUEZ, Sonia, «Cartas Marruecas: cábalas financieras y cábilas rifeñas en el archivo de la Casa Larrinaga-Echevarrieta» en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, n.º 1, Publicaciones del CSIC, enero-junio de 2016.

COLOMAR CERRADA, Vicente Pedro, «Annual en el recuerdo, Zeluán masacre olvidada» en La Nueva España, 19 de noviembre de 2014.

ESPLUGA OLIVERA, Manuel, «Las campañas de Marruecos, gestas y desastres» en Manuel Aragón Reyes (dir.) y Manuel Gahete Jurado (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vol. III, Madrid, Iberdrola, 2013, p. 315.

FUENTES GIL, Francisco Javier y PELLICER BALSALOBRE, Joaquín, «Doctrina militar sobre la guerra irregular en el Protectorado Español en Marruecos» en Revista de Estudios en Seguridad Internacional de la Universidad de Granada, n.º 34, 2017.

GAJATE BAJO, María, «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)» en Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM), vol. 2, n.º 3, Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, 2013.

GOZÁLVEZ PÉREZ, Vicente, «Notas sobre la colonización agrícola en el Protectorado de España en Marruecos» en SHARQ AL-ANDALUS, n.º 10-11, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.

GUDÍN DE LA LAMA, Enrique, «Pardo Agudín en la defensa de Nador» en Cuadernos de Historia Contemporánea, vol. 36, Universidad Complutense de Madrid, 2014.

JULIÁ DÍAZ, Santos, «Donde se torció la historia» en Manuel Aragón Reyes (dir.) y Manuel Gahete Jurado (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vol. III, Madrid, Iberdrola, 2013, p. 167.

LÓPEZ-RODRÍGUEZ, Guillermo, «Innovación militar en el Ejército español durante la guerra de Marruecos (1921-1927)» en Revista Española de Ciencia Política, n.º 51, Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, 2019, pp. 155-173.

MADARIAGA, María Rosa de, «Melilla y la fiebre minera en el primer cuarto del siglo XX» en Aldaba, n.º 19, UNED, 1992.

MAJOUKI, Abdessamad, «L'épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine» en https://tirawinino.wordpress.com/, 2016.

MARCHÁN GUSTEMS, Jesús, «El Protectorado español en Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual» en Revista Universitaria de Historia Militar, vol. 8, n.º 16, Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, 2019.

MARTÍNEZ CANALES, Francisco, La Legión, 1921. La reconquista tras el desastre de Annual, Madrid, Almena Ediciones, 2020.

MONTAGNE, Robert, «Abd el Krim» en Persée, Revue en ligne, vol. 12, n.º 3, 1947, pp. 301-324, https://www.persee.fr.

OLMO, Guillermo D., «De héroe de guerra a antipatriota» en ABC, 20 de julio de 2011.

PANDO DESPIERTO, Juan, «Benítez: síntesis de vida y milicia en 31 destellos» en www.lahistoriatrascendida.es.

SALAFRANCA, Juan Ignacio, «El comandante Benítez: el inicio de una gesta» en Foro para la Paz en el Mediterráneo, Málaga, 2018, https://www.uma.es/foroparalapazenelmediterraneo.

SÁNCHEZ PÉREZ, Andrés, «Abdelkrim» en Revista de Historia Militar, n.º 34, Estado Mayor Central del Ejército, Madrid, 1973.

SÁNCHEZ REGAÑA, Javier, «La atención médica durante el desastre de Annual: Jefatura de Sanidad militar, Melilla, julio de 1921», trabajo presentado

en la mesa redonda «Acción sanitaria durante el Protectorado de España en Marruecos» en la RAMAO.

SÁNCHEZ REGAÑA, Javier, «Sufrir, morir y vivir en Igueriben. 1.ª parte» en http://losnombresdeldesastre.blogspot.com/2013/07/regimiento-de-caballeria-alcantara-14_4.html, 2012.

SARO GANDARILLAS, Francisco, «Antonio Ibancos Llorca» en http://franciscosarogandarillasmispagin.blogspot.com/2010/01/antonio-ibancos-llorca.html, 2010.

TORRES, Sol, «Musulmanes en Melilla: apuntes etnohistóricos» en AWRAQ, Revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo, 2014, https://www.researchgate.net.

VELÁZQUEZ RIVERA, I., RAMÓN DIZ RODRÍGUEZ M., y ROBLEDO AGUILAR, A., «Fidel Pagés Miravé, cirujano militar» en Medicina Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España, vol. 59, n.º 3, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2003.

VILLATORO, Manuel P. «Los 16 héroes de la Legión que defendieron el «Blocao de la muerte» contra cientos de rifeños» en ABC, 10 de agosto de 2016.

PRENSA

ABC

Melilla Hoy

Diario de Noticias

La Nueva España

El Debate

El Heraldo de Madrid

El Imparcial

El Socialista

El Sol

El Telegrama del Rif

La Libertad

La Vanguardia

La Voz

Mundo Gráfico

ENTREVISTAS, MEMORIAS

M’hamed Chafih, Memoria rifeña

Familia de Agapito Cuenca, Madrid, 2020

Familia de Mariano García, Madrid, 2020

Familia de Marzouk Mohand, Madrid, 2020

Familia de Vicente Valle, Madrid, 2019

Mapas

El Protectorado español

Las áreas políticas del Marruecos español: división por cabilas (1921)

La zona de la batalla de Annual (Abarrán, Igueriben, Annual)

Las tropas españolas en retirada

La zona este del Protectorado donde se inicia la reconquista

Notas

INTRODUCCIÓN

1. José Ramón Alonso, Historia Política del Ejército Español, Madrid, Editora Nacional, 1974, p. 439.

2. Geoffrey Jensen, Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

3. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 57-58.

AGRADECIMIENTOS

1. Miguel Martorell Linares, José Sánchez Guerra, un hombre de honor (1859-1935), Madrid, Marcial Pons, 2011.

1. MELILLA Y AXDIR NO DUERMEN

1. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 112.

2. El Telegrama del Rif, 23 de julio de 1921.

3. El Telegrama del Rif, 23 de julio de 1921.

4. Manuel Allendesalazar, La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1990.

5. Este párrafo es fruto de un enriquecedor intercambio con Miguel Martorell.

6. Memoria rifeña.

7. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 126.

8. El Sol y ABC, 24 de julio de 1921.

9. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, tesis doctoral, Universidad de Leeds, 1979, p. 311.

10. Memoria rifeña.

11. El Telegrama del Rif, 24 de julio de 1921.

12. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, Barcelona, Crítica, 2014, capítulo «Aquel 23 de julio. La caballería del Alcántara».

13. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, pp. 132 y ss.

14. Ramón J. Sender, Imán, Madrid, Orbis, 1985, p. 248.

15. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p.67.

16. Antonio Bravo Nieto, Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos, Sevilla, Junta de Andalucía, 2000.

2. OBJETIVO COMPARTIDO: ALHUCEMAS

1. Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), Tribunal Supremo (en adelante, TS), expediente (en adelante, exp.) 50 n.º 6, folio 1199. Declaración del teniente coronel Ricardo Fernández Tamarit.

2. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 171.

3. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados

españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «Breve nota preliminar: antes del Desastre».

4. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p.176.

5. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, Madrid, Javier Morata, 1931, p. 71.

6. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, París, Publications de La Sorbonne, 1981, p. 114.

3. LA FAMILIA ABD EL-KRIM

1. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 165.

2. Memoria rifeña.

3. Andrés Sánchez Pérez, «Abd el-Krim», en Revista de Historia Militar, n.º 34, Estado Mayor Central del Ejército, Madrid, 1973, p. 134.

4. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 143.

5. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 117.

6. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 169.

7. El Telegrama del Rif, 9 de julio de 1911.

8. El Telegrama del Rif, 29 de julio de 1911.

9. María Rosa de Madariaga, En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 359.

10. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., pp. 178 y ss.

11. Andrés Sánchez Pérez, «Abd el-Krim», op. cit., p. 132.

12. Eduardo Ortega y Gasset, Annual, Madrid, Ediciones del Viento, 2016, p. 116.

13. María Rosa de Madariaga, En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos, op. cit., p. 358: Descripción de León Gabrielli.

14. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 118.

15. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 178.

16. María Rosa De Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 105.

17. Íbidem, p. 65.

18. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., pp. 189 y ss.

19. El Imparcial, 19 de junio de 1913.

20. Servicio Histórico Militar (en adelante, SHM), Historia de las campañas de Marruecos, Madrid, Servicio Geográfico del Ejército, 1947, tomo II, pp. 573 y ss.

21. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 75 y 76; El Imparcial, 4 de diciembre de 1921.

22. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 122.

23. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 193: telegrama del comandante de Alhucemas al comandante de Melilla, 28 de agosto de 1913.

24. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 177; María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 77.

25. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 180.

26. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 125.

27. Íbidem, pp. 195 y 196.

28. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 370.

29. Datos del Instituto Nacional de Estadística (INE): en 1910 había exactamente 39.852 habitantes.

30. Jesús Albert Salueña, «La economía del Protectorado español en Marruecos y su coste para España», en Manuel Aragón Reyes (dir.) y Manuel Gahete Jurado (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vol. I, Madrid, Iberdrola, 2013, p. 85.

31. Sol Torres, «Musulmanes en Melilla: apuntes etnohistóricos», en AWRAQ Revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo, n.º 10, 2014.

32. Memoria rifeña.

33. Andrés Sánchez Pérez, «Abd el-Krim», op. cit., pp. 136 y 137.

34. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 361.

35. El Telegrama del Rif, 3 de abril de 1908.

36. Andrés Sánchez Pérez, «Abd el-Krim», op. cit., pp.133 y ss.

37. Francisco Saro Gandarillas, «Antonio Ibancos Llorca», 2010, en http://franciscosarogandarillasmispagin.blogspot.com/2010/01/antonio-ibancos-llorca.html.

38. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 139.

39. Íbidem, p.197.

40. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 134.

41. Jesús Marchán Gustems, «El Protectorado español en Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual», en Revista Universitaria de Historia

Militar, volumen 8, n.º 16, Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, 2019, p. 68.

42. María Rosa de Madariaga, «Melilla y la fiebre minera en el primer cuarto del siglo XX», en Aldaba n.º 19, UNED, 1992, p. 187.

43. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 30.

44. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 54.

45. Ahmed Messaud El Messoudi Faris, El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930), tesis doctoral, Universidad de Granada, 2015, p. 313.

46. Jesús Marchán Gustems, «El Protectorado español en Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual», op. cit., p. 68.

47. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., p. 41.

48. María Rosa de Madariaga, «Melilla y la fiebre minera en el primer cuarto del siglo XX», op. cit., p. 194.

49. Augusto Vivero, El derrumbamiento, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1922, p. 62: «Por la Oficina Central de Asuntos Indígenas va y viene Si Mojand como

por su casa de Axdir; mira expedientes, curiosea informes, da parecer en asuntos políticos y en negocios mineros; averigua toda la urdimbre de nuestra labor y la formidable importancia de aquellas minas cuyos agentes le acosan con ofrecimientos de pingües dádivas… el minerismo asalta a Melilla».

50. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 195.

51. Andrés Sánchez Pérez, Abd el-Krim, op. cit., p. 135.

52. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013, p. 97.

53. El Telegrama del Rif, 11 de diciembre de 1913.

54. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., p. 82.

55. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 118.

56. Abdessamad Majouki, «L'épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine», en https://tirawinino.wordpress.com/, 2016, p. 6.

57. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 191.

58. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., pp. 53-69.

59. El Telegrama del Rif, 11 de diciembre de 1913: «Lo que debe saber el país. Los manejos de los Mannesmann», en portada.

60. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 126.

61. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 205.

62. Andrés Sánchez Pérez, Abd el-Krim, op. cit., p. 138 y 210.

63. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 233. Memoria rifeña.

64. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 115 y ss.

65. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 138.

66. Andrés Sánchez Pérez, Abd el-Krim, op. cit., pp. 139-140.

67. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p.181.

4. LA OBSESIÓN DE ALHUCEMAS

1. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, Biarritz, Séguier, 1999, p. 93.

2. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 175 y 176.

3. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, Madrid, Biblioteca Hispania, 1921, p. 52.

4. AGMM, documentos de Abd el-Krim, legajo 2, carpeta 13, caja 1531.

5. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 221.

6. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 175.

7. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 64.

8. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, Madrid, Voluntad, 1921, p.20.

9. Memoria rifeña y AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 731 vuelto: Memoria relativa a los sucesos y situación política de la zona del protectorado de España, según datos y confidencias recibidas correspondientes al mes de marzo.

10. Luis de Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros, Madrid, Ediciones del Viento, 2018, p. 67.

11. David Montgomery Hart, «De 'Ripublik' à République les institutions sociopolitiques rifaines et les réformes d'Abd el-Krim», en Abd el-Krim et la République du Rif, París, Maspero, 1973, pp. 33 y ss.

12. Memoria rifeña y Mohamed Omar Belkadi, Memorias de la Guerra del Rif. El León del Rif. Mohamed Abdelkrim El-Kattabi, Tetuán, Dispress, 2008.

13. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 316.

14. Abdessamad Majouki, «L'épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine», op. cit., p. 5.

15. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 525.

16. Vicente Moga, El Rif de Emilio Blanco Izaga, Melilla, Bellaterra, 2009, p. 255.

17. Abdessamad Majouki, «L’épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine», op. cit., pp.22 y ss.

18. Pierre Dumas, Le Maroc, París, Arthaud, 1931. Traducción de Sonia Ramos.

19. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 111.

20. Íbidem, p. 108.

21. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 56.

22. Memoria rifeña.

23. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 10 y 15.

24. Memoria rifeña.

25. Memoria rifeña.

26. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «Breve nota preliminar: antes del Desastre».

27. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 334.

28. Para más información sobre los blocaos: José Díaz Fernández, El blocao. Novela de la guerra marroquí, Biblioteca Virtual Omegalfa, 2015.

29. Íbidem.

30. Manuel Leguineche, Annual 1921: el desastre de España en el Rif, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 61.

5. LA CHULERÍA DE SILVESTRE

1. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 62.

2. Germain Ayache, La guerre du Rif, París, L'Harmattan, 1996, p. 75.

3. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 183. Declaraciones de Dávila en la Comisión de Responsabilidades.

4. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 64.

5. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 17. Carta política de Silvestre, 28 de marzo 1921.

6. El Telegrama del Rif, 2 de abril de 1921.

7. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 65.

8. El Telegrama del Rif, 2 de abril de 1921.

9. El Telegrama del Rif, 7 y 8 de abril de 1921.

10. Diario de Noticias, 22 de febrero de 1919.

11. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 294.

12. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía

Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., p. 30.

13. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 192, 193, 377 y 378.

14. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., pp. 112 y ss.

15. Xurxo Ayán Vila y Sonia García Rodríguez, «Cábalas financieras y cabilas rifeñas», en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, n.º 1, Publicaciones del CSIC, enero-junio de 2016, p. 83. Carta de Abd el-Krim a Antonio Got, 21 de marzo de 1921.

16. El Sol, 3 de noviembre de 1921. Carta publicada del señor Got al coronel Morales con fecha 9 de abril de 1921.

17. Íbidem, Carta publicada del coronel Morales al Sr. Got con fecha 13 de abril de 1921.

18. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 929 y 930. Telegramas de Berenguer a Silvestre, 7 y 9 de abril de 1921.

19. El Telegrama del Rif, 19 de abril de 1921.

20. Memoria rifeña.

21. Eduardo Quintana Martínez, La Marina de guerra en África, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1928, p. 127.

22. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 66.

23. Memoria de los bocoia.

24. Memoria rifeña. Dhar Obarran (Izran): traducción de M'hamed Chafih.

25. ABC y La Voz, 16 de abril de 1921.

26. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 55.

27. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, Madrid, Biblioteca Hispania, 1921, tomo II, pp. 131-132.

28. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo II, p. 55.

29. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 307.

30. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, op. cit., p. 81.

31. Ahmed Askiraj, Adhel Al warif fi Mouhaarabat Arrif (en adelante, Memorias de Azarkan), Al Jadida, 1926. Memoria rifeña.

6. ¿UNA TREGUA?

1. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 614. Carta política n.º 10 del general Berenguer al Sr. Marqués de Loma, 17 de abril de 1921.

2. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., pp. 33-34 y Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 84.

3. Íbidem, pp. 23 y ss.

4. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., pp. 83 y 84.

5. Memoria rifeña.

6. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 222. / Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p.108.

7. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit., pp. 25 y ss.

8. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 16 y 17.

9. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 68.

10. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 73: Real Orden del 14 de enero de 1914.

11. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 67.

12. AHN, TS, exp. 51 n.º 6, folio 1667. Declaración de Civantos.

13. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 642, doc. 22. Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 32: Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921.

14. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 327: Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921, donde le informa de la segunda reunión mantenida entre el señor Got y la familia Abd el-Krim.

15. El Sol, 3 de noviembre de 1921: artículo de Víctor Ruiz Albéniz.

16. Íbidem.

17. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual., op. cit., p. 228: el día 28 de mayo se celebra una reunión en la que Morales menciona que la harka pensaba situar una guardia en Abarrán, a lo que respondió Silvestre: «¿por qué no la ponemos nosotros?».

18. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 642. Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921.

19. La Vanguardia, 24 de junio 1924.

7. HACÍA EL ENFRENTAMIENTO

1. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 300.

2. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 614. Carta política n.º 10 de Berenguer al marqués de Lema, 17 de abril de 1921.

3. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 642, doc. 22. Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921.

4. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 147.

5. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., pp. 122 y 123.

6. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 642, doc. 22. Carta de Silvestre a Berenguer, 21 de mayo de 1921.

7. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 311.

8. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 58.

9. Memoria rifeña.

10. Íbidem.

11. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 52.

12. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 95.

13. Gustau Nerín, La guerra que vino de África, Barcelona, Crítica, 2019, p. 159.

14. Artículos en El Imparcial, de 13 de junio, en el que habla de «la España invertebrada», y en El Sol, de 9 de diciembre de 1917. Ambos citados en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 87-88.

15. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 84.

16. Francisco Javier Fuentes Gil y Joaquín Pellicer Balsalobre, «Doctrina militar sobre la guerra irregular en el Protectorado Español en Marruecos», en Revista de Estudios en Seguridad Internacional n.º 34, Universidad de Granada, 2017.

17. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 72.

8. ABARRÁN, LA GUERRA (1 DE JUNIO DE 1921)

1. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 55.

2. Los testimonios discrepan en cuanto al número de reuniones que hubo y sus fechas. Por ejemplo, Ricardo Fernández Tamarit sitúa una reunión el 18 de mayo, y Rafael Capablanca habla de dos reuniones, la segunda celebrada el 28 de mayo. Véase Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 227-228, y Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán».

3. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 17, en base a la declaración del coronel Riquelme.

4. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán», en base a la declaración del teniente coronel Capablanca.

5. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 430: declaración del teniente coronel Fidel Dávila Arrondo.

6. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 228 y Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán».

7. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 288. En Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán», el autor señala la existencia de otros testimonios que asegurarán que Silvestre no autorizó llevar una batería.

8. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 17.

9. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 75.

10. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit. Traducción de M'hamed Chafih.

11. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 17 y 22.

12. El Debate, 23 de julio de 1921: «Nuestra actuación en África».

13. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 79.

14. Íbidem, p. 21.

15. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 98. Suplicatorio de Berenguer.

16. DSCD: Apéndice extraordinario al n.º 94.

17. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., pp. 283 y ss.

18. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 468, vuelto. Declaración del capitán Fernando Correa Fortea.

19. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán».

20. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 23.

21. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit., pp. 23 y ss.: al subrayar el autor la participación de Beni Hadifa, afirma así su adhesión y reconocimiento al liderazgo de Abd el-Krim que, posiblemente, en un principio cuestionaba.

22. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 22.

23. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit.

24. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 22.

25. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, op. cit., p. 100.

26. Manuel Leguinecher, Annual 1921: el desastre de España en el Rif, op. cit., p. 178.

27. Memoria rifeña. Recuperado por M’hamed Chafih.

28. Traducción del rifeño al español de M’hamed Chafih.

29. Poema completo en Abdessamad Majouki, «L’épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine», op. cit. Traducción de M’hamed Chafih.

30. Juan Pando Despierto, «Benítez: síntesis de vida y milicia en 31 destellos», en www.lahistoriatrascendida.es. Ver también Juan Ignacio Salafranca, «El comandante Benítez: el inicio de una gesta», en Foro para la Paz en el Mediterráneo, https://www.uma.es/foroparalapazenelmediterraneo, Málaga, 2018.

31. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

32. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 23.

33. Germain Ayache, La guerre du Rif., op. cit., p. 88.

34. Eduardo Quintana Martínez, La Marina de guerra en África, op. cit., p. 131.

35. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 1519, vuelto. Diario de Operaciones de la Comandancia de Melilla, 2 de junio de 1921.

36. Memoria rifeña.

37. Luis de Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros, op. cit., p. 101.

38. José Martorell Guisasola, Historia de la Aviación Española, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Aérea, 1988.

39. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 30. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 78.

40. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 312.

41. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 30.

42. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 210. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, op. cit., p. 206, señala: «Se cuenta, y no faltan motivos para dar crédito a la referencia, que frecuentemente el comandante general de Melilla, al recibir en su despacho o en las posiciones a los jefes de las cabilas, fracciones o poblados, los hacía objeto de no pocas humillaciones, tratándolos con altanería inusitada».

43. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 76: Declaración de Núñez de Prado.

44. Luis De Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros, op. cit., p. 34.

45. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 30.

46. Íbidem, p. 31 y Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán».

47. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «1 de junio. Abarrán».

9. TRAS ABARRÁN- ¿TREGUA?

(DEL 2 AL 7 DE JUNIO DE 1921)

1. El Telegrama del Rif, 7 de junio de 1921.

2. El Telegrama del Rif, 18 de junio de 1921.

3. El Telegrama del Rif, 5 de junio de 1921.

4. El Telegrama del Rif, 10 de junio de 1921.

5. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 79.

6. Memoria rifeña.

7. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 1519 vuelto. Diario de Operaciones de la Comandancia de Melilla, 1 de junio de 1921.

8. AHN, TS, exp. 51, n.º 37, folio 58. Declaración de Capablanca.

9. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 34.

10. Íbidem, pp. 34 y ss.

11. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 379.

12. Xurxo M. Ayán Vila y Sonia García Rodríguez, «Cartas Marruecas: cábalas financieras y cábilas rifeñas en el archivo de la Casa Larrinaga-Echevarrieta», en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, n.º 1, Publicaciones CSIC, enero-junio de 2016, p. 79.

13. César González-Ruano, Viaje a África, Madrid, Fundación Mapfre, 1996, p. 57.

14. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit., pp. 56, 57 y 58.

15. Íbidem, pp. 23 y ss.

16. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 37, 38 y 42.

17. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 75.

18. Íbidem, p. 78.

19. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 312.

20. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 44.

21. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit., p. 32.

22. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 314.

23. Memoria rifeña.

24. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 317.

25. Regimiento de Cazadores de Alcántara, Resumen de los sucesos acaecidos en la Comandancia General de Melilla entre los días 1 de junio y 9 de agosto de 1921, Melilla, Regimiento de Alcántara, 2001, p. 5.

26. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 74.

27. Memoria rifeña.

28. Archivo Fernández Larrondo, postales sin fecha de época.

29. Andrés Sánchez Pérez, «Abd el-Krim», op. cit., p. 124.

30. Bernardo López García, Oda al 2 de mayo, 1866.

31. Recuerdos de Agapito Ramos Cuenca.

10. IGUERIBEN

(DEL 7 DE JUNIO AL 21 DE JULIO DE 1921)

1. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., pp. 379 y ss.

2. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 83.

3. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 44, y Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p.380.

4. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pág. 42.

5. Alfonso Iglesias Amorín, La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936), tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, 2014, p. 305.

6. Memoria rifeña.

7. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., p. 102.

8. Memoria rifeña.

9. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 269.

10. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 470, vuelto. Declaración del capitán Fernando Correa Fortea.

11. El Telegrama del Rif, 8 de junio de 1921.

12. Valentín Dávila Jalón, Una vida al servicio de España: General don Fidel Dávila Arrondo (1878-1962), vol. 1, Madrid, Talleres Prensa Española, 1978, p. 502.

13. AHN, exp. 51 n.º 37, folio 895. Declaración del capitán Fernando Correa Fortea.

14. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 275. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 83.

15. Memoria rifeña.

16. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., p. 102.

17. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 380.

18. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1482. Declaración de Antonio Andreu Modol.

19. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit., p. 27.

20. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin 'Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 317.

21. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 179.

22. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 642, doc. 22. Carta de Silvestre a Berenguer, 29 de mayo de 1921.

23. Abdessamad Majouki, «L'épopée de Dhar Ubarran: une poésie de résistance rifaine», op. cit.

24. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin 'Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 347.

25. Memoria rifeña.

26. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 178.

27. Memoria rifeña.

28. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., pp. 172 y 217.

29. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 41.

30. AHN, TS, exp. 50 n.º 5, folio 1068. Declaración del teniente médico Antonio Vázquez.

31. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp. 419 y ss.

32. Memoria rifeña.

33. Íbidem.

34. Memoria rifeña.

35. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 895. Declaración del capitán Fernando Correa Fortea.

36. Juan Pando Despierto, «Benítez: síntesis de vida y milicia en 31 destellos», op. cit., p. 5.

37. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 261, y Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «6 de junio. Vivir en África. Igueriben y la loma de los árboles». Hay una ligera discrepancia entre las dos versiones: al contrario que Julio Albi, Luis Miguel Francisco sostiene que Villar

ya había suspendido el servicio de la aguada.

38. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 419.

39. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «6 de junio. Vivir en África. Igueriben y la loma de los árboles».

40. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 263, en base a la declaración de Capablanca.

41. AHN, TS, exp. 51 n.º 1, folio 60. Declaración de Capablanca.

42. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 895. Declaración del capitán Fernando Correa Cañedo.

43. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp. 419 y 420.

44. Guillermo López-Rodríguez, «Innovación militar en el Ejército español durante la guerra de Marruecos (1921-1927)» en Revista Española de Ciencia Política, n.º 51, Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, 2019.

45. I. Velázquez Rivera, M. Ramón Diz Rodríguez, y A. Robledo Aguilar, «Fidel Pagés Miravé, cirujano militar», en Medicina Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España, vol. 59, n.º 3, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2003, pp. 51 y ss.

46. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 419.

47. Íbidem, pp. 419 y ss.

48. Ramiro Pinilla, Guía secreta de Vizcaya, Madrid, Al-Borak, 1975.

49. Memoria rifeña.

50. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 49.

51. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 52.

52. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 319.

53. Íbidem, p. 269.

54. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 317.

55. Pulgarcito, Barcelona, 1921.

56. Las historias de aicha candicha son narraciones populares de la tradición oral, típicas no sólo del Rif, sino de todo el Magreb. Se trata de un personaje femenino al que se atribuyen cualidades como la transformación en mujer bella, seductora, a la vez que fea y bruja. Incluso puede ser mitad humana, mitad animal. A veces es invisible, como los jenun que deambulan por las noches de aldea en aldea. Otras, tiene cualidades sobrenaturales, etc. para satisfacer deseos inalcanzables y/o prohibidos. Pero lo más importante es que se puede poner en su boca todo aquello que la moral y los dogmas de la tradición censuran.

57. Memoria rifeña.

58. Relato rifeño. Traducción, M’hamed Chafih.

59. Letra de romance popular sin fecha.

60. Zoubida Boughaba Maleem, Cuentos populares del Rif contados por mujeres cuentacuentos, Málaga, Miraguano, 2003.

61. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 334.

62. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 82.

63. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp.422 y 423.

64. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1010. Declaración del sargento Hermenegildo Dávila Murillo.

65. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1410. Declaración del cabo Manuel López de Prada.

66. Andrés Sánchez Pérez, Abd el-Krim, op. cit., p. 124.

67. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 423.

68. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 75 y ss.

69. El Telegrama del Rif, 23 de julio de 1921.

70. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 424.

71. AHN, TS, exp. 51 n.º 38, folio 101 vuelto. Declaración del soldado Francisco Martí Prieto.

72. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 275.

73. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 71.

74. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 425.

75. Manuel Serrano Vélez, Silvestre o el sueño de un imperio, Madrid, Almuzara, 2018, p. 230.

76. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1908. Declaración de Ramón de Alfaro Páramo.

77. José Ramón Alonso, Historia política del Ejército español, op. cit., p. 477.

78. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 426.

79. José Ramón Alonso, Historia política del Ejército español, op. cit., p. 477.

80. Íbidem, p. 476.

81. La Época, 2 de agosto de 1921.

82. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 68. María Gajate Bajo, «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», en Revista Universitaria de Historia Militar, 3, vol. 2, 2013, p.123.

83. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 57.

84. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 895. Declaración del capitán Fernando Correa.AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1002. Declaración del capitán Luis Catalán de Ocón y Altarriba.

85. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 428.

86. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1010. Declaración del sargento Hermenegildo Dávila Murillo.

87. Íbidem.

88. Faris El Mesauri, El Rif en el primer tercio del s. xx (1900-1930), op. cit., p.326.

89. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p.529.

90. Memorias de Agapito Ramos Cuenca.

91. Memoria rifeña.

92. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 92 y Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «21 de julio. Entre Igueriben a Annual», en base a las memorias de Luis Casado y Escudero, Igueriben, Madrid, Imprenta de G. Hernández y Galo Sáez, 1923, p. 198. Por el contrario, en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 286, el autor señala que los últimos heliogramas heroicos o insultantes que se mandan desde Igueriben pueden ser leyendas, ya que no se ha encontrado nada en los archivos que lo confirmen.

93. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 429.

94. Íbidem.

95. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1010. Declaración del sargento Hermenegildo Dávila Murillo.

96. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 639: parte formulado por el ya teniente de Infantería Luis Casado Escudero, superviviente de la posición de Igueriben.

97. Luis Casado Escudero era alférez en julio de 1921. Fue el único superviviente de Igueriben y fue hecho prisionero. Cuando le liberaron, ascendió a capitán y fue conocido como el capitán Casado, pero en muchas fuentes también aparece como teniente en los sucesos de Annual.

98. Guillermo D. Olmo, «De héroe de guerra a antipatriota», en ABC, 20 de julio de 2011.

99. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 431: telegrama personal del general Silvestre al ministro de la Guerra.

100. Íbidem.

101. Memoria rifeña.

102. Memoria rifeña.

11. ANNUAL (22 DE JULIO DE 1921)

1. Memoria rifeña.

2. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 431.

3. ABC, 22 de julio de 1921.

4. ABC, 22 de julio de 1921.

5. Memoria rifeña. Augusto Vivero, El derrumbamiento, op. cit., p. 158.

6. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 431.

7. Íbidem, p. 432.

8. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 296 y 297. Para ver el reparto de las fuerzas, véase p. 216 en este mismo libro.

9. Íbidem, pp. 296 y 297.

10. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 432.

11. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, Madrid, Interfolio, 2010, p. 44.

12. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 303.

13. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 302 y 303.

14. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 18 y 19.

15. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 432.

16. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., pp. 62 y 63. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., pp. 136 y 137.

17. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 60.

18. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 153.

19. Jorge Luis Loureiro Souto, Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias, tesis doctoral, UNED, 2015, p. 347.

20. Germain Ayache, Les origines de la guerre du Rif, op. cit., p. 62.

21. Fernando Caballero Echevarría, Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en el desastre militar, «Annual», op. cit., p. 132.

22. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 60 y 61.

23. El Debate, 7 de junio de 1921: artículo de Armando Guerra.

24. Augusto Vivero, El derrumbamiento, op. cit., p. 40.

25. El Imparcial, 24 de julio de 1922.

26. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 154 y Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, op. cit., p. 41.

27. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1410. Declaración de Manuel López de Prada.

28. Francisco Franco, Marruecos. Diario de una bandera, Madrid, Pueyo, 1922, capítulo VIII: «Camino de Melilla».

29. Íbidem.

30. Guillermo López-Rodríguez, «Innovación militar en el Ejército español durante la guerra de Marruecos (1921-1927)», op. cit., p. 166.

31. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 433.

32. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «21 de julio. Entre Igueriben y Annual».

33. Íbidem, capítulo «22 de julio. Annual, el nombre del Desastre».

34. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 298.

35. Íbidem, p. 305.

36. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 45.

37. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 95.

38. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 306: el autor apunta que fue Ricardo Carrasco quien informó de la aproximación del enemigo. Luis

Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «22 de julio. Annual, el nombre del desastre», señala a un oficial enviado por el comandante Villar.

39. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 80.

40. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 97 y 98.

41. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 110 y ss. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «22 de julio. Annual, el nombre del Desastre».

42. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 435.

43. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 98.

44. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 291.

45. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro, en operaciones. En el cautiverio, Madrid, Almena, 2016, p. 17.

46. Pierre Fontaine, Abd el-Krim. Origine de la rébellion Nord-Africaine, París, Les Sept Couleurs, 1958. El autor afirma que Silvestre había mandado ejecutar a algunos parlamentarios rifeños antes de la matanza. No hay ninguna evidencia documental de que sea cierta la versión de Pierre Fontaine. Al parecer, se trata de una versión elaborada para justificar esa matanza.

47. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 436.

48. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 102.

49. Íbidem.

50. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1740. Declaración de José Civantos.

51. Pierre Fontaine, Abd el-Krim. Origine de la rébellion Nord-Africaine, op. cit., p. 40.

52. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 333.

53. René Jules Frischs, La guerra en África, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1910, p. 311.

54. Jacques Roger-Mathieu, Mémoires d'Abd-el-Krim, París, Librairie des

Champs-Elysées, 1927, p. 100.

55. César González-Ruano, Viaje a África, op. cit., p. 72.

56. Íbidem, pp. 72 y 73.

57. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 437.

58. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 312 y 313.

59. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 105.

12. LA DESBANDADA

(DEL 22 AL 24 DE JULIO DE 1921)

1. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «22 de julio. Anual, el nombre del Desastre», nota 54.

2. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 60.

3. Íbidem, p. 61.

4. Memoria rifeña.

5. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 212.

6. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 328, citando al capitán Sabaté y al capitán médico D'Harcourt.

7. Jacques Roger-Mathieu, Mémoires d'Abd-el-Krim, op. cit., p. 101.

8. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 194.

9. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 106.

10. Íbidem, p. 103.

11. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «22 de julio. Annual, el nombre del Desastre».

12. El valle del Kert es llamado por el Estado Mayor del Ejército como el valle

de Sepsa.

13. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 342.

14. Íbidem, op. cit., p. 121, en base a la declaración del capitán de caballería Chicote.

15. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 354.

16. Entrevista con Atocha Calvo y Jorge Martínez Reverte, Madrid, 2020.

17. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 356.

18. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 19.

19. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 60.

20. AHN, TS, exp. 50 n.º 1, folio 61: telegrama del general Navarro dirigido a Berenguer y al vizconde de Eza a las 21.45h.

21. Íbidem.

22. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 22.

23. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 349 y 350.

24. Memoria rifeña. M’hamed Chafih.

25. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 24.

26. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 117, según declaraciones del teniente de artillería Roque Reig Valerino.

27. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 24.

28. Íbidem, p. 23.

29. Íbidem, p. 26.

30. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados

españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «25 de julio. Sidi Dris, Dar Quebdani …».

31. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp. 465, 466 y 467.

32. Íbidem, p. 443.

33. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «Aquel 23 de julio, la caballería de Alcántara».

34. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 26.

35. AHN, TS, exp. 51 n.º 38, folio 7. Declaración del teniente Ríos.

36. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «Aquel 23 de julio. La caballería del Alcántara».

37. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 358 y 380.

38. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit,

1921, op. cit., p. 62.

39. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 27.

40. Luis Rodríguez de Viguri y Soane, La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924, p. 30.

41. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 346 y 347.

42. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 301. / Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «22 de julio. Annual, el nombre del Desastre».

43. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 28.

44. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 62 y 63.

45. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «Aquel 23 de julio. La caballería del Alcántara».

46. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 29.

47. Íbidem, p.30.

48. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «Aquel 23 de julio. La caballería del Alcántara» y Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 30.

49. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 71.

50. Hay disparidad en las cifras: Luis Miguel Francisco habla de setenta soldados.

51. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 72 y 73.

52. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 33.

53. El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

54. Los datos son dispares: Julio Albi dice que hay 3.000 y Arsenio Martínez Campos los cifra en 1.800.

55. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 385.

56. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 133.

57. Manuel Leguineche, Annual 1921: el desastre de España en el Rif, op. cit., p. 105.

58. Gustau Nerín, La guerra que vino de África, op. cit., p. 39.

59. Íbidem, p. 35.

60. Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, De la guerra de Marruecos y el combate que no debió ser, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, p. 91.

61. Entrevista de Sonia Ramos con familiares de Vicente Valle.

62. Arturo Barea, «La ruta», segunda parte de La forja de un rebelde, Buenos Aires, Losada, 1951.

63. Íbidem.

64. El Telegrama del Rif, 13 de agosto de 1921.

65. El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

66. Íbidem.

67. ABC, 26 de julio, recogiendo las noticias del periódico francés El Gaulois.

68. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 126.

69. El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

70. El Telegrama del Rif, 27 de julio de 1921.

71. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «25 de julio, Sidi Dris, Dar Quebdani…».

72. ABC y El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

73. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 35.

74. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 390.

75. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «25 de julio, Sidi Dris, Dar Quebdani…».

76. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 74.

77. Según Julio Albi, Pérez Ortiz se atribuye el mérito de arreglar la noria, pero no queda claro que así fuera.

78. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 22.

79. ABC, 30 de diciembre de 1921.

80. Javier Sánchez Regaña, «Sufrir, morir y vivir en Igueriben. 1.ª parte», en http://losnombresdeldesastre.blogspot.com/2013/07/regimiento-de-caballeria-alcantara-14_4.html, 2012.

81. Memoria rifeña.

82. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 158. Apuntes confidencias de julio.

83. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 39. No hemos podido localizar a Al-lal Hamidu y desconocemos a qué cabila pertenecía.

84. Ahmed Messaud El Messaoudi Faris, El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930), op. cit., p. 121. / Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 327.

85. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 158. Apuntes confidencias de julio.

86. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., pp. 326, 327 y 328.

87. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 158. Apuntes confidencias del 27 de julio.

88. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp. 444 y 445.

89. AHN, TS, exp. 50 n.º 1, folio 124. Conferencia de Berenguer con el vizconde de Eza.

90. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 83.

91. ABC y El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

92. ABC, 27 de julio de 1921.

93. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 83.

94. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 40.

13. NADOR-ZELÚAN

(DEL 24 DE JULIO AL 3 DE AGOSTO DE 1921)

1. AHN, TS, exp. 51, n.º 37, folio 1717. Declaración del teniente coronel Vicente Verdú Amorós.

2. AHN, TS, exp. 51, n.º 37, folio 1659. Declaración del teniente coronel Vicente Garrido Conceiro.

3. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folios 151 y ss. Confidencias de julio y agosto de 1921.

4. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1717. Declaración del teniente coronel Vicente Verdú Amorós.

5. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1754. Declaración de Manuel Llamas Martín.

6. La primera línea de ferrocarril iba desde Melilla a San Juan de las Minas, y posteriormente se construye otra línea entre Nador y Tistutin, pasando por Zeluán, Batel y Monte Arruit hasta Tistutin.

7. Vicente Gozálvez Pérez, «Notas sobre la colonización agrícola en el Protectorado de España en Marruecos», en SHARQ AL-ANDALUS, n.º 10-11, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.

8. Jesús Marchán Gustems, «El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual», op. cit., p. 75.

9. Antonio Azpeitua, Marruecos. La mala semilla, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1921, p. 20.

10. Jesús Marchán Gustems, «El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual», op. cit., p. 73.

11. Íbidem, p. 58.

12. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., p. 111.

13. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 118.

14. Luis de Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros, op. cit., p. 35.

15. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p.156. Declaración de fray José Antona.

16. Íbidem, p. 26. Declaración de fray Alfonso Rey.

17. Pablo Díaz Morlán, Empresarios, militares y políticos, La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967), op. cit., p. 46.

18. Memoria rifeña.

19. Enrique Gudín de la Lama, «Pardo Agudín en la defensa de Nador», en

Cuadernos de Historia Contemporánea, vol. 36, Universidad Complutense de Madrid, 2014, p. 195.

20. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 204 y ss. ABC, 29 de septiembre y 1 de octubre de 1922 para su ejecución y sentencia.

21. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

22. Melilla Hoy, 28 de marzo de 2018.

23. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

24. Las cifras difieren entre unas declaraciones y otras.

25. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 268. Declaración del teniente coronel Núñez de Prado.

26. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

27. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 273. Declaración del soldado de Ceriñola Gámez.

28. Javier Sánchez Regaña, «La atención médica durante el desastre de Annual: Jefatura de Sanidad militar, Melilla, julio de 1921», trabajo presentado en la mesa redonda «Acción sanitaria durante el Protectorado de España en Marruecos» en la RAMAO, p. 30.

29. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

30. Íbidem.

31. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 204.

32. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 453.

33. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 203.

34. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 281.

35. Javier Sánchez Regaña, «La atención médica durante el desastre de Annual: Jefatura de Sanidad militar, Melilla, julio de 1921», op. cit., p. 29.

36. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 203.

37. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., cap. «25 de julio. Sidi Dris, Dar Quebdani…».

38. Francisco Martínez Canales, La Legión 1921. La reconquista tras el desastre de Annual, Madrid, Almena Ediciones, 2020.

39. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 161.

40. El Telegrama del Rif, 27, 28, 29 y 30 de julio de 1921.

41. Arturo Barea, «La ruta», segunda parte de La forja de un rebelde, op. cit., p. 123.

42. El Telegrama del Rif, 31 de julio de 1921.

43. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 174.

44. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 282.

45. Íbidem, p. 304.

46. El Telegrama del Rif, 30 de julio y 3 de agosto de 1921.

47. El Telegrama del Rif, 26 de julio de 1921.

48. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 601.

49. El Telegrama del Rif, 1 y 2 de agosto de 1921.

50. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

51. AHN, TS, exp. 51 n.º 5. Noticias de Nador y de Zeluán.

52. AHN, TS, exp. 51 n.º 3, Confidencias de Agosto, folio 173 y 176.

53. Charles Richard Pennel sostiene que son ochocientos.

54. ABC, 5 de agosto de 1921.

55. Enrique Gudín de la Lama, «Pardo Agudín en la defensa de Nador», op. cit., p. 199. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 456.

56. El relato de la rendición difiere según las versiones.

57. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., anexo 2: Diario del alférez Juan Maroto.

58. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 190.

59. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 271.

60. Arsenio Martínez de Campos, Melilla 1921, Ciudad Real, Publicaciones de El Pueblo Manchego, 1922, p. 258.

61. ABC, Madrid, 3 de agosto de 1921.

62. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 493. Declaración de

Juan de la Cierva en el Senado.

63. Íbidem, p. 506. Diario del Congreso de 20 de octubre de 1921. Intervención de Martínez Campos.

64. El Telegrama del Rif, 4 y 5 de agosto de 1921.

65. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 463.

66. ABC, 30 de julio de 1921.

14. MONTE ARRUIT

(DEL 29 DE JULIO AL 9 DE AGOSTO DE 1921)

1. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 45.

2. Íbidem, p. 31.

3. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 447.

4. Las cifras difieren: Juan Picasso cuantifica en 3.017 hombres los asediados en

Monte Arruit (De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., pp. 178 y 179) y Julio Albi, en base a los datos de Sigifredo Sáinz Gutiérrez, en 3.165 (En torno a Annual, op. cit., p. 414).

5. Augusto Vivero, El derrumbamiento, op. cit., p. 220.

6. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 96.

7. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 416.

8. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 173. Confidencias de agosto.

9. Manuel Serrano Vélez, Silvestre o el sueño de un imperio, op. cit., p. 272.

10. AFAM, leg. 442/9. Mensaje de Berenguer al vizconde de Eza, a las 22,45 horas, 8 de agosto de 1921.

11. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 331.

12. Íbidem, p. 327.

13. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 429.

14. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 142.

15. AHN, TS, exp. 51 n.º 39, folio 5. Declaración del teniente coronel Manuel Ros.

16. Juan Picasso González, De Annual a la República. El expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 178. En base a la declaración del soldado Palomares.

17. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 831. Declaración del teniente Fernando Gómez López.

18. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio, op. cit., p. 98.

19. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 760. Declaración de José Expósito.

20. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 172. Confidencias de agosto 1921.

21. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 415.

22. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., p. 204.

23. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 723. Declaración de Félix de Vera Valdés.

24. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 2053. Declaración de Macario Pavón Herrera.

25. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 173, Confidencias de agosto de 1921.

26. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 418.

27. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 1282. Declaración del testigo intérprete Antonio Alcaide Linares. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 139.

28. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, op. cit., p. 86.

29. Javier Sánchez Regaña, «La atención médica durante el desastre de Annual: Jefatura de Sanidad militar, Melilla, julio de 1921», op. cit., p. 34.

30. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 455. Declaración de Juana Martínez López, cantinera de Batel.

31. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 678. Declaración del teniente médico Felipe Peña Martínez.

32. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 165. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 101.

33. Mundo Gráfico, 21 de diciembre de 1921.

34. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 418. / Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 67.

35. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, op. cit., pp. 51 y 52.

36. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., pp. 47 y 48.

37. AHN, TS, exp. 51 n.º 5, folio 151 vuelto. Noticias de Monte Arruit.

38. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 441.

39. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 115 y 121.

40. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 2053. Declaración de Macario Pavón Herrera.

41. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «30 de julio y 2 de agosto. Monte Arruit…».

42. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 122, 123 y 141.

43. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 192. Declaración de María Gómez Gil, cantinera de Monte Arruit.

44. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 769. Declaración del soldado José Rodríguez Álvarez.

45. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 419.

46. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 100.

47. Íbidem, p. 125.

48. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el

cautiverio, op. cit., p. 50.

49. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 94.

50. Íbidem, p. 103.

51. Luis Miguel Francisco, Morir en África, op. cit., capítulo «3 de agosto. Socorrer Monte Arruit».

52. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 432.

53. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 176 y 178. Confidencias de agosto de 1921.

54. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, pp. 483 y 484. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 431.

55. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., pp. 94 y 97. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 412.

56. María Gajate, Las campañas de Marruecos y la opinión pública, tesis doctoral, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2012, p. 366.

57. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922), op. cit., p. 99.

58. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 433.

59. AHN, TS, exp. 5 n.º 3, folio 981. Acta original de la reunión.

60. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p.180.

61. Arturo Barea, «La ruta», segunda parte de La forja de un rebelde, op. cit.

62. AFAM, leg. 442/9. Conferencia Berenguer-Eza a las 13.05 h del 30 de julio de 1921.

63. Arturo Barea, «La ruta», segunda parte de La forja de un rebelde, op. cit.

64. Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, De la guerra de Marruecos y el combate que no debió ser, op. cit., p. 94. Testimonio de Jaime Arcos y Cuadra.

65. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 180.

66. Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, De la guerra de Marruecos y el combate

que no debió ser, op. cit., p. 88. Testimonio de Jaime Arcos y Cuadra a su llegada a Melilla.

67. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 432.

68. El Telegrama del Rif, 10 de agosto de 1921.

69. El Telegrama del Rif, 24 de agosto de 1921.

70. ABC, 24 de agosto de 1921.

71. Memoria rifeña.

72. AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 678. Declaración del teniente médico Felipe Peña Martínez.

73. Discrepancia en cifras según las fuentes y los testigos: Zagha ben-Mohamed-Auragh y Eduardo Pérez Ortiz hablan de cincuenta muertos (AHN, TS, exp. 51 n.º 37, folio 736. Declaración del sargento de la 14.ª Mía, Zagha ben-Mohamed-Auragh, de Beni Sicar, Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p.118). Sigifredo Sáinz Gutiérrez habla de 54 (Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 62).

74. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit,

1921, op. cit., p.128.

75. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 210 y 211.

76. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 51.

77. Íbidem, p. 53.

78. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 449.

79. El Telegrama del Rif, 5 de agosto de 1921.

80. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 36: «tan terrible derrota se saldó con 13.363 muertos (10.973 españoles y 2.390 indígenas), por sólo 1.000 rifeños».

81. El Telegrama del Rif, 25 de agosto de 1921.

82. El Telegrama del Rif, 3 de agosto de 1921.

83. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 449.

84. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p. 146.

85. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., pp. 137 y 138. / Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 335: el autor habla de novecientos beniurriaguelíes.

86. Los datos difieren de unos testigos a otros, pero nos hemos basado en las cifras que arroja Sigifredo Sáinz Gutiérrez, frente a las de Eduardo Pérez Ortiz, que estima en 1.200 los hombres hábiles el día 8 de agosto. Esta cifra no nos parece fiable por el número de cadáveres identificados que se encuentran más tarde al reconquistar la posición.

87. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 63: habla de una harka de 4.000 hombres.

88. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p.145.

89. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., p. 55.

90. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 151 y ss.

91. Sigifredo Sáinz Gutiérrez, Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio, op. cit., pp. 55 y ss.

92. Juan Picasso González, De Annual a la República. El Expediente Picasso. Las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, op. cit., p. 186.

93. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 449. / Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p.138.

94. Memoria rifeña.

95. Luis Miguel Francisco, Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual, op. cit., capítulo «3 de agosto. Socorrer Monte Arruit».

96. Memoria rifeña.

97. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., p.149.

98. Íbidem, p. 109.

99. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 170.

15. SALVAR MELILLA

(DEL 9 DE AGOSTO AL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1921)

1. DSCD, 10 de noviembre de 1922.

2. ABC, 10 de agosto de 1921.

3. El Telegrama del Rif, 12 de agosto de 1921.

4. Memoria rifeña.

5. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 141.

6. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 334.

7. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, op. cit., p. 111.

8. La Vanguardia, 9 de agosto de 1921.

9. La Vanguardia, 11 de agosto de 1921.

10. La Vanguardia, 9 de agosto de 1921 y 11 de agosto de 1921.

11. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., pp. 266 y 270.

12. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 222 y 223. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 169.

13. Sebastián Balfour, Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939), Barcelona, Península, 2020, pp. 241 y ss.

14. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., pp. 508 y 509.

15. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 209.

16. Íbidem, p. 208. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 376: el autor sostiene que son unos 550 hombres.

17. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit.

18. AHN, TS, exp. 50 n.º 3, folio 177. Confidencias de agosto de 1921.

19. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit. Traducción del árabe de M'hamed Chafih.

20. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., p. 111.

21. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 408. / Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 507.

22. Vila San-Juan, Lo que no tiene nombre, Barcelona, Edic. Antonio López, sin año, p. 245, citado en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 510

23. Manuel Goded, Marruecos, las etapas de la pacificación, Barcelona, Compañía Ibero-Americana de publicaciones, 1932, p. 76, citado en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 510.

24. Francisco Franco, Papeles de la guerra de Marruecos, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1986, p. 177, citado en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 510.

25. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 484.

26. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., pp. 189 y ss.

27. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 485.

28. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 377.

29. Íbidem, p. 340.

30. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, op. cit., pp. 111 y 112.

31. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., pp. 190, 191 y 192.

32. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 376.

33. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 510.

34. Zakya Daoud, Une épopée d’or et de sang, op. cit., p. 123.

35. ABC, 13 de agosto de 1921.

36. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 490.

37. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 512.

38. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., pp. 107 y 108.

39. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 209.

40. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., pp. 181 y ss.

41. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p.291.

42. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., pp. 112 y 113.

43. ABC, 28 de agosto de 1921 y El Telegrama del Rif, 27 de agosto de 1921.

44. Eduardo Ortega y Gasset, Annual, op. cit., pp. 10 y 152.

45. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., pp. 120 a 122. / Memoria rifeña.

46. María Rosa de Madariaga, Abd el-Krim El Jatabi, op. cit., pp. 380 a 386 y 412.

47. ABC, 13 de septiembre de 1921.

48. SHM Melilla, leg. 18, Información de agosto de Si Alí al-Hihí, 16 de agosto de 1921, citado en Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin 'Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 345.

49. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin 'Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 345.

50. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 511.

51. Alfredo Cabanillas, La epopeya del soldado, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 2009, pp. 124-126, citado en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 514.

52. ABC, 5 de septiembre de 1921.

53. Alfredo Cabanillas, La epopeya del soldado, op. cit., pp. 124-126, citado en Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 514.

54. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 178.

55. El Sol, 13 de septiembre de 1921.

56. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 504.

57. Orden del 11 de septiembre de 1921 que se reproduce en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra del domingo 8 de marzo de 1936, año XLIX, n.º 57, tomo I.

58. ABC, 12 de septiembre de 1921, artículo de Corrochano.

59. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 492.

60. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 373. Ahmed Messaud El Messaoudi Faris, El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930), op. cit., p. 133.

61. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 375.

16. EL DESQUITE

(DEL 12 DE SEPTIEMBRE AL 10 DE OCTUBRE DE 1921)

1. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 104.

2. ABC, 13 de agosto de 1921. Es la primera vez que hemos encontrado el término «desquite», en palabras de Millán Astray.

3. ABC, 12 de septiembre de 1921.

4. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 492 y 493.

5. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 514.

6. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 494.

7. Francisco Franco Bahamonte, Historia de una bandera, op. cit., capítulo IV, «Los blocaos».

8. Manuel P. Villatoro, «Los 16 héroes de la Legión que defendieron el “Blocao de la muerte” contra cientos de rifeños», ABC, 10 de agosto de 2016.

9. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 116.

10. ABC, 16 de septiembre de 1921.

11. Charles Richard Pennel, A critical investigation of the opposition of the Rifi Confederation led by Muhammad Bin ‘Abd Al-Karim Al-Khattabi to Spanish Colonial Expansion in Northern Morocco 1920-1925, and its political and social background, op. cit., p. 378.

12. ABC, 18 de septiembre de 1921.

13. ABC, 25 de septiembre: descripción del periodista Corrochano.

14. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 497.

15. ABC, 20 de octubre de 1921.

16. El Telegrama del Rif, 18 de septiembre de 1921.

17. El Sol, 9 de octubre. Declaración del capitán Soler.

18. Subrayado en el original. La cursiva es nuestra.

19. Guillermo Serrano Sáenz de Tejada, De la guerra de Marruecos y el combate que no debió ser, op. cit., p. 156.

20. Pierre Fontaine, Abd el-Krim. Origine de la rébellion nord-africaine, op. cit., cap. III, «La République rifaine».

21. David Montgomery Hart, The Aith Waryagher of the Moroccan Rif. An Ethnography and History, Tucson, University of Arizona Press, 1976, p. 377: sobre la Asamblea de la Unión del Pueblo Rifeño, el autor dice que en realidad era poco más que una reunión de notables a gran escala, un aitharbi disfrazado con un nuevo nombre.

22. Memoria rifeña.

23. Ahmed Messaud El Messaoudi Faris, El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930), op. cit. p.156.

24. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 515.

25. Eduardo Ortega y Gasset, Annual, op. cit., p. 187.

26. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 516: en base a una crónica del periodista y escritor Ramón Goy de Silva.

27. Íbidem, p. 516.

28. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 189.

29. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 117.

30. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 497.

31. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 118.

32. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 198.

33. Ahmed Askiraj, Memorias de Azerkan, op. cit.

34. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 196.

35. ABC, 30 de septiembre de 1921.

36. ABC, 1 de octubre de 1921.

37. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 504. / Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 186.

38. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 506.

39. Íbidem, p. 499.

40. Dámaso Berenguer, Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922). Notas y documentos de mi diario de operaciones, op. cit., p. 120.

41. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 188.

42. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., pp. 225 y 226.

43. Eduardo Pérez Ortiz, 18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit, 1921, op. cit., pp. 247 y 248.

44. Todos los autores consultados coinciden en la cifra del rescate: Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 579, y Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 216.

45. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 508.

46. Íbidem, p. 209.

47. Ahmed Messaud El Messaoudi Faris, El Rif en el primer tercio del siglo xx (1900-1930), op. cit., p. 130.

48. Zakya Daoud, Une épopée d'or et de sang, op. cit., p. 126.

49. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 524.

50. SHM, Historia de las campañas de Marruecos, op. cit., tomo III, p. 512.

51. ABC y El Telegrama del Rif, 11 y 12 de octubre de 1921.

52. Juan Pando Despierto, Historia secreta de Annual, op. cit., p. 178.

53. El Telegrama del Rif, 11 de octubre de 1921.

54. Íbidem.

55. Julián Besteiro, El Socialista, 9 de noviembre de 1921.

56. Manuel Cordero, «¡Abajo la guerra!¡Hay que hacer efectivas las responsabilidades!», El Socialista, 9 de septiembre de 1923.

57. María Gajate, «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», en Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM), vol. 2, n.º 3, Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, 2013, p. 136.

58. La correspondencia entre el Rey y Silvestre fue sustraída del despacho de éste. Véase María Rosa de Madariaga, En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos, op. cit., pp. 161 y 162.

59. Nos referimos al golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera en 1923.

60. Familia de Mariano García, Madrid, 2020.

61. Familia de Marzouk Mohand, Madrid, 2020.

EPÍLOGO

1. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 551.

2. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 238.

3. Santos Juliá, «Donde se torció la historia», en Manuel Aragón Reyes (dir.) y Manuel Gahete Jurado (ed.), El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, vol. III, Madrid, Iberdrola, 2013, p. 178.

4. Pablo La Porte, El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923), op. cit., p. 531.

5. Germain Ayache, La guerre du Rif, op. cit., p. 226.

6. El 3 de enero de 1923 Miguel Villanueva y Gómez es nombrado alto comisario de Marruecos pero por temas de salud no llegará a tomar posesión de su cargo.

7. Julio Albi de la Cuesta, En torno a Annual, op. cit., p. 582.

8. Miguel Martín, El colonialismo español en Marruecos – 1860-1956, París, Ruedo Ibérico, 1973.

9. Francisco Alía Miranda, Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición, Madrid, Los libros de la Catarata, 2018, pp. 52 y 53.

10. Santos Juliá, «Donde se torció la historia», op. cit.